

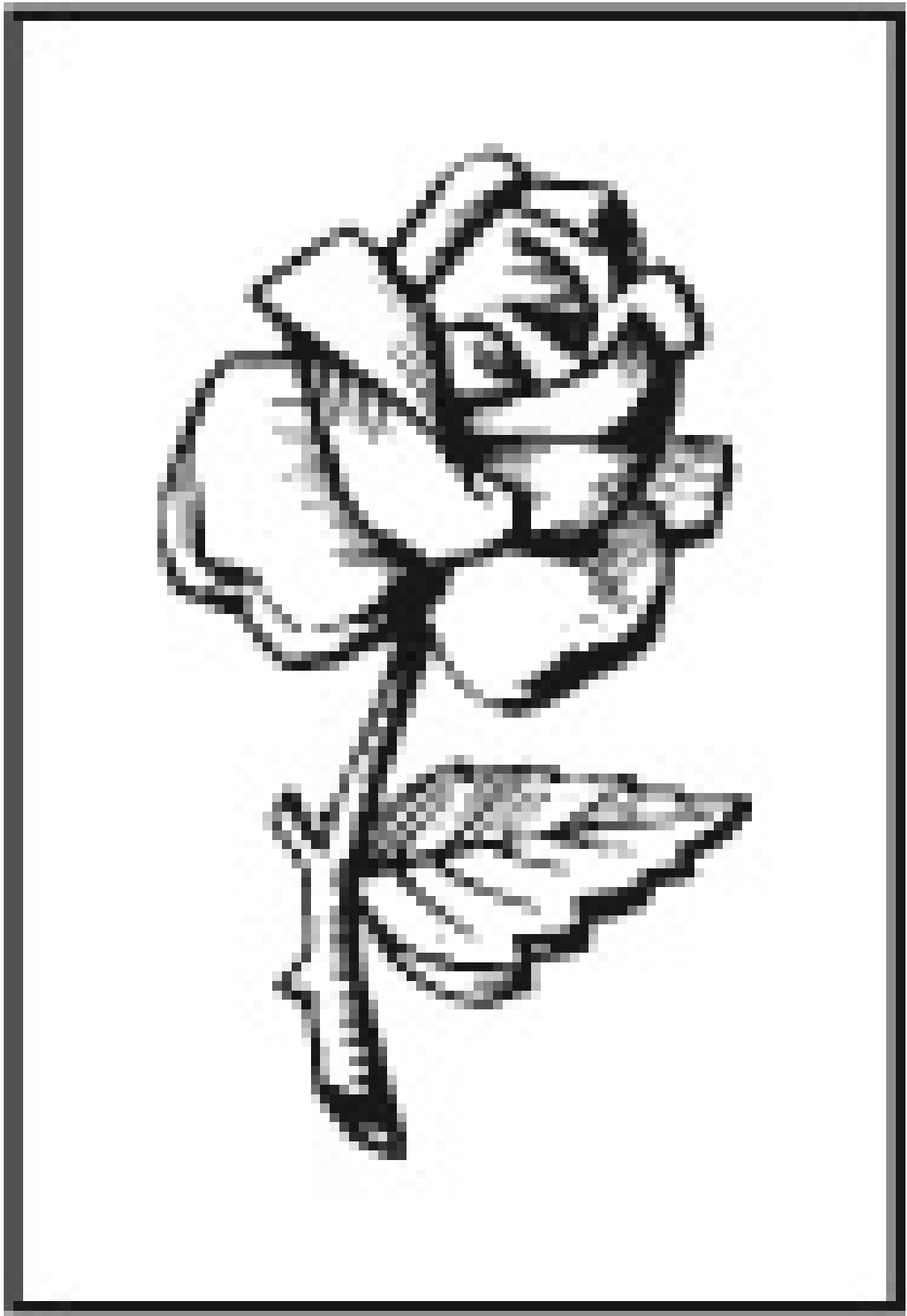
JOSÉ ANTONIO VACA DE OSMA

# CARLOS III



RIALP





CARLOS III

© José Antonio Vaca de Osma, 2014

© Ediciones RIALP, S.A., 2014

Alcalá, 290 - 28027 MADRID (España)

[www.rialp.com](http://www.rialp.com)

[ediciones@rialp.com](mailto:ediciones@rialp.com)

Cubierta: *Carlos III vestido con el hábito y manto de su Orden*, por M.S. Maella, Museo del Prado, Madrid

ISBN eBook: 978-84-321-3981-9

ePub: [Digitt.es](http://Digitt.es)

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS, D. FELIPE DE BORBÓN Y GRECIA, PROMESA DE UN NUEVO  
REINADO CARLOTERCISTA.*

# ÍNDICE

## **I. El estado de la nación**

1700: fin y principio.—La herencia de los Austria.—Entre el Archiduque y el Duque de Anjou.—Consecuencias de la guerra de Sucesión.—Primeros pasos de la nueva dinastía.—La Europa de principios del siglo XVIII.

## **II. Vísperas de un gran reinado**

Se inicia el siglo de las reformas.—Felipe V, Luis I y las mujeres en torno.—Los políticos y gobernantes del primer tercio del siglo: los franceses, Alberoni y Riperdá.—La política internacional de la época.—El gran don José Patiño.—El Ejército y la Marina.—La Administración y la Hacienda.—Los asuntos de la Iglesia.—La Cultura.

## **III. Fernando VI - El tiempo de Ensenada**

España ante sí misma.—El valor de la iconografía.—Personalidad de un rey pacífico.—Doña Bárbara de Braganza.—Carvajal y Ensenada, entre Inglaterra y Francia.—Ricardo Wall.—El marqués de la Ensenada, espejo de gobernantes y de hombres de Estado.—Melchor de Macanaz.—El Concordato de 1753.—El panorama internacional.—El reinado positivo de Fernando VI, pórtico para el gran reinado de Carlos III.

## **IV. Las mocedades del rey Carlos III**

(1.<sup>a</sup> parte) - Nace un Infante de España

Carlos III nace en el viejo Alcázar de Madrid.—Grandes ceremonias en el alumbramiento y en el bautizo.—La niñez del Infante Don Carlos.—Proyectos y frustraciones de bodas infantiles.—Perspectivas italianas.—Intercambio de princesas.—Grave enfermedad de Felipe V.—Tratado de Sevilla de 1729.—Don Carlos, reconocido duque de Parma.—Los españoles del fraile Zhan.—Encuentro con el padre Feijóo.—El padre Sillero.—Don Carlos, católico y español.—

(2.<sup>a</sup> parte) - El Duque de Parma y Toscana

Italia, cátedra política.—Séquito y viajes espectaculares.—Correspondencia materna.—El duque de Parma y Piacenza, aficionado al «calcio» y enfermo de viruela.—El hijo obediente.—Asombro en Florencia.—Juan Gastón de Médicis.—Don Carlos, deslumbrado por su entorno.—Guerra de Sucesión de Polonia y Pacto de Familia.—Carta de Felipe V.—Aparece Bernardo Tanucci.

## **V. Carlos VII, el rey de las dos sicilias**

Don Carlos, generalísimo, camino del Sur.—A través de los Estados Pontificios.—Nápoles, gran ciudad.—Carlos VII de las Dos Sicilias.—Campañas militares.—

Conquista y pacificación de Sicilia.—Incendio del Alcázar de Madrid.—«Il nostro Carluccio».—El teatro San Carlos.—

El matrimonio del rey.—Descripción física de Carlos VII.—El tema conyugal.—Las candidatas.—Los padres mandan.—María Amalia de Sajonia y sus buenas cualidades.—Encuentro real y noche de bodas.—El pequeño gran Rey.—Arte y diplomacia.—La Francmasonería.—Nacen los primeros hijos.—El gran Rey constructor.—Ataque de la flota inglesa.—Firme actitud de los Reyes.—El Rey pacífico va a la guerra.—Entrevista con el Papa.—Muerte de Felipe V.—Difíciles relaciones entre don Carlos y Fernando VI.—Trece hijos en trece años.—El futuro Carlos IV.—La gran etapa napolitana.—Enfermedad y locura de Fernando VI.—Adiós a Nápoles, querido Nápoles.

## **VI. Los reyes en Barcelona y Madrid**

Isabel de Farnesio, Reina Gobernadora.—Fernando IV, Rey de Nápoles.—Suntuosa y complicada travesía.—Entusiasmo en Barcelona.—Identificación con los catalanes.—Los Reyes en el Buen Retiro.—El pobre y sórdido Madrid.—Miserias de la población.—Impresiones desfavorables de la Reina.—Choques de Doña Amalia con Isabel de Farnesio.—Su correspondencia con Tanucci.—Ensenada en libertad.—«El Rey pone remedio a todo».

## **VII. Intermedio sobre la ilustración española**

Caracteres especiales de la Ilustración española.—Obras clave.—Acción interior y acción exterior.—«Son como los niños...».—Cultura y educación.—Razón, virtud y tradición.—Diferentes enfoques históricos de franceses y de españoles.—El carlotercismo y las dos Españas.

## **VIII. Vida de la corte - Muerte de la reina**

La pública vida privada de los Reyes.—Carácter de Carlos III.—Costumbres, rutinas y horarios.—Caza y tabaco.—Pulcritud y modestia.—Carácter y hábitos de la Reina.—Intransigencia del confesor Padre Eleta.—Profunda religiosidad del Rey.—Delicada salud de doña María Amalia: su fallecimiento y entierro.—De nuevo, El Escorial, panteón real.—La Reina, perfecta profesional.—El Rey, veintiocho años viudo, fiel al recuerdo de su único amor.—La intriga de Beaumarchais.

## **IX. Los ministros de la primera época - El palacio real**

Críticas y elogios al monarca.—Acierto selectivo.—Prevención ante la venida de los italianos.—Carlos III, cuarto Borbón español, rey madrileño.—Conserva los ministros de Fernando VI.—Esquilache, única gran novedad: su historial y sus condiciones.—La inquieta y aprovechada doña Pastora.—Ricardo Wall, admirable personaje.—Otros ministros: Campo Villar y Arriaga. El duque de Losada.—El confesor Fray Joaquín Eleta.—El «Lindo abate» Marqués de Grimaldi.—El Pacto de Familia de 1761.—El nuevo Palacio Real.

## **X. El motín de Esquilache**

El trasfondo de los motines en general.—«Con Esquilache o contra Esquilache».—El omnipotente don Leopoldo de Gregorio: su buen gobierno y sus abusos.—Los guardias valonas.—La organización del motín.—El edicto de las capas y de los sombreros.—

Clara previsión de Macanaz.—Se desencadena la revuelta.—Serenidad del Rey.—El fraile «gilito».—Reclamaciones populares.—Reunión y decisiones del Consejo Real.—Carlos III ante el pueblo.—Retirada a Aranjuez.—¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!.—Esquilache, desterrado.—Letrillas.—Actitud de Ensenada.—Nuevos ministros.—El conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla.—De cómo el motín se extendió por España.—Juicio sobre la actitud del Rey durante el motín de Esquilache.

### **XI. Carlos III y la expulsión de los jesuitas**

Coincidencias entre los cuatro destierros históricos.—Planteamiento de la cuestión.—¿Hubo conspiración?.—Enérgica actitud de Aranda.—El Papa Clemente XIII.—Las razones y sinrazones del Rey.—Informe regalista de Nava y Campomanes.—Predisposición de los jesuitas contra Carlos III.—El Consejo Real decide la expulsión.—Reacción de Clemente XIII.—Intransigente respuesta del Rey.—Expulsión de todos los países borbónicos.—Se pide la extinción de la Compañía.—Clemente XIV, nuevo Papa.—Obsesión antijesuita de Carlos III que un día admiró a los hijos de San Ignacio.—Don José Moñino, en Roma.—Duras críticas contra el Rey, auténtico motor de la disolución de la Compañía.—Contradictorios juicios históricos.—El tema de la Masonería.—Carlos III, decidido enemigo de los francmasones y sincero católico.

### **XII. In interior Hispania...**

La asombrosa y múltiple actividad del Rey de la sencillez y la rutina.—Ilustración y Autoridad.—Sentido histórico de lo concreto.—Transformar España, el gran objetivo.—La educación como base.—Universidades, Colegios y manteístas.—Nobleza de los oficios.—Crear riqueza.—El campo y el agua.—Obras Públicas y Comunicaciones.—El Correo.—Las bases navales.—Florecimiento y desconcentración industrial.—El comercio.—Protección a las Ciencias.—Las Artes aplicadas: porcelanas, tapices, cristal, relojes, muebles... —Las Reales Academias.—Las Sociedades de Amigos del País.—El comercio con las Indias.—El Banco de San Carlos.—La Lotería.—Montes de Piedad y Hospitales.—Enormes progresos militares.—Las Ordenanzas.—La Bandera y la Marcha Real.

La colonización de Sierra Morena: Olavide y las nuevas poblaciones.—Aciertos y errores de la Colonia, obra preferente del Rey.

### **XIII. Política europea y mediterránea de Carlos III**

Políticas de Fernando el Católico y de Carlos III.—El equilibrio europeo.—Entre Francia e Inglaterra.—Preferencias por los caminos del mar y de las Indias.—Realismo internacional de Carlos III.—Actitud inglesa.—El Tercer Pacto de Familia.—Política de Luis XV.—Paz de Versalles de 1763.—Relaciones con Portugal y matrimonios portugueses.—Carlos III y los asuntos italianos.—Atención al norte de África.—Frágil alianza con Marruecos.—La espalda de España.—Paz con Turquía.—Amistosa relación con Federico II de Prusia.—Interés de Catalina II de Rusia por lo español.

### **XIV. Carlos III y la independencia de los Estados Unidos**

Carlos III ante graves decisiones históricas.—Lección del Rey al futuro Carlos IV.—Retirada de Grimaldi.—Floridablanca, Secretario de Estado.—Palabras de Mr. Stanton

Griffis.—Declaración de Independencia de las colonias inglesas en América del Norte.—Belicismo oportunista de Francia.—Ocho razones para la neutralidad española.—Corrientes antibritánicas en España.—El pacífico Carlos III, entre la espada y la pared.—La Corte inglesa quiere la guerra: ¡la tendrá!—Comienza la ayuda española a los colonos. Inteligente dictamen de Floridablanca.—Popularidad de la guerra contra los ingleses.—Grandes envíos de armas, municiones y dinero.—Francia se apunta los tantos.—Todos nos ofrecen Gibraltar.—Rivalizan en patriotismo Aranda y Floridablanca.—¿Pierde protagonismo el Rey?—Victorias militares de Gálvez en el golfo de Méjico.—Relaciones diplomáticas con los Estados Unidos.—El mayor error, la más grande frustración del reinado.

### **XV. Carlos III ante Menorca y Gibraltar**

Excesiva caballería y gran error del Rey ante Gibraltar.—Se decide la recuperación de Menorca.—La ignominia de Gibraltar.—El fracaso de las baterías flotantes.—Previsora actitud del Duque de Crillon.—El equipo del Conde de Artois.—Nuevos ataques fallidos a la Roca.—Conquista de las Bahamas.—Paz de 1783.—Se adquiere la Florida y la costa del Golfo de Méjico.—El gran proyecto hispánico del Conde de Aranda.—Vitalidad española.—La conquista, las exploraciones y las misiones de California.

### **XVI. La América virreinal de tiempos de Carlos III**

El milagro de las provincias de América.—La Corona y los Virreinos.—El Asiento de negros.—Las comunicaciones con la metrópoli.—El Rey Carlos se interesa personalmente por la administración indiana.—Los intendentes.—Criollismo e indigenismo.—La piratería inglesa.—Los nuevos virreinos.—Los Gálvez.—La Iglesia en la América Hispánica.—Enfrentamiento con los ingleses.—El mestizaje.—Esplendor del Virreinato del Perú.—Rebelión del pintoresco Tupac Amaru.—Su lealtad a Carlos III.—Vida a la europea en Chile.—El virrey Amat y la Perricholi.—El virreinato del Río de la Plata.—El conflicto de las Malvinas.—España en América del Norte.—España en Extremo Oriente.—Liniers y Sobremonte.

### **XVII. Dos ministros para un rey: Aranda y Floridablanca**

Absolutismo e Ilustración.—Libre elección de Ministros.—Lealtad recíproca.—Historial y personalidad del Conde Aranda.—Presidente del Consejo de Castilla.—Gran labor de Aranda en Madrid.—Retrato del Conde de Floridablanca.—Su importante misión en Roma.—Secretario de Estado.—Primer Consejo de Ministros.—Correspondencia y políticas enfrentada de los dos Condes rivales.—Su gran patriotismo.—El Real Decreto de Honores.—Las «damas de la intriga».—Aragoneses y golillas.—La «Instrucción reservada».—Prestigio europeo del Rey.—La embajada de Aranda en París: su política francófila, fastuosa y casamentera.—Sus segundas nupcias.—Los Príncipes de Asturias, hostiles a Floridablanca.—Aranda, Secretario de Estado.—Formidable balance de un gran primer ministro: el Conde de Floridablanca.

### **XVIII. Los reyes de Europa en tiempos de Carlos III**

Las reuniones en la cumbre de fines del siglo XX.—Los Reyes del xviii no se conocían en persona.—La Internacional de las Coronas.—Luis XV y Carlos III, biznietos del Rey Sol.—La frívola Corte de Versalles.—Jorge III, rey absoluto con Parlamento.—Pitt y Compañía.—Relación y contraste entre el Rey de España y el de Inglaterra.—Federico II el Grande y Carlos III.—Extraordinaria personalidad del rey de Prusia.—La gran María Teresa de Austria y sus hijas.—Buenas relaciones con España.—Catalina de Rusia, máxima figura del siglo.—Sus éxitos, sus excesos, su vida novelesca e imperial.—Asombroso reinado.—José I y Pombal, la simbiosis portuguesa.—Difíciles relaciones con España.—Los Reyes del Norte.—George Washington.

### **XIX. El mejor alcalde, el rey**

Atraso de las ciudades españolas.—Transformación urbana de Madrid.—Carlos III, motor del cambio.—Las cartas del marqués de San Leonardo.—Eficaz dirección del Conde de Aranda.—Relatos de los viajeros extranjeros.—Arquitectura madrileña.—Grandes mejoras y progreso de Barcelona con el estímulo de Carlos III.—Notable desarrollo de Bilbao.—Cádiz, modelo carlotercista.—Las ambiciones ilustradas fueron más allá de sus posibilidades: de ahí, sus éxitos y sus fracasos.

### **XX. Literatura y arte en tiempos de Carlos III**

Evolución cultural impulsada por el Rey.—Crisis de la cultura barroca.—Los universitarios.—Empirismo y nueva filosofía.—Las tertulias.—LITERATURA: Don Ramón de la Cruz.—Los Moratín.—Cadalso.—El padre Isla.—Meléndez Valdés.—Vaca de Guzmán.—Forner.—Iriarte y Samaniego.—Nipho.—MUSICA: La Opera.—Auge de la música de cámara.—El padre Soler.—La marcha real.—Boccherini.—El infante don Luis.—ARQUITECTURA: Arte predilecto del Rey.—Ventura Rodríguez.—Juan de Villanueva.—Obras admirables y otras menores por todas partes.—El Museo del Prado y la Puerta de Alcalá, símbolos de su reinado.—ESCULTURA: De Salzillo a los hermanos Michel.—Las fuentes y las artes menores.—PINTURA: Crisis del arte más español.—Los pintores extranjeros. Giaquinto, Tiépolo, Mengs.—Bayeu y Maella.—Meléndez y Paret.—Goya, un genio para todos los tiempos.—La bandera nacional.

### **XXI. La familia de Carlos III - Últimos días del rey**

Tierno encuentro entre Carlos III y su hermana Marianina.—Irregular conducta del Infante Don Luis.—Su matrimonio con Teresa Vallabriga.—Su vida en Arenas de San Pedro.—Los nietos de Carlos III: sobreviven el futuro Fernando VII y Carlos María Isidro.—Desfavorable impresión sobre el futuro Carlos IV.—Las bodas portuguesas.—Los Príncipes de Asturias: tensas relaciones en Palacio.—Graves diferencias entre Carlos III y su hijo el rey de Nápoles: indigna actitud de éste.—Sucesivas desgracias familiares.—Carlos III, decano de los monarcas de Europa.—Depresión del Rey.—¡Gabriel ha muerto...!—Primera y última enfermedad de Carlos III.—Su extraordinaria devoción.—Serenidad y claridad de ideas.—El testamento.—El Rey, «muere como los justos» (14-12-1788).

### **XXII. Epílogo escrito por muchos**

(Florilegio del Rey Don Carlos)

S. M. D. Carlos de Borbón y Farnesio, vigésimo segundo Rey de Castilla y León y undécimo de España y de las Indias.—Dio principio a su reinado en el año 1759 y murió en el de 1788.

(«Retratos de los Reyes de España - Don Carlos III, que de Dios goce»).

Madrid. MDCCXC

**Bibliografía**

**Índice Onomástico**

**Índice de ilustraciones**

# I

## EL ESTADO DE LA NACIÓN

1700: fin y principio.—La herencia de los Austria.—Entre el Archiduque y el Duque de Anjou.—Consecuencias de la guerra de Sucesión.—Primeros pasos de la nueva dinastía.—La Europa de principios del siglo XVIII.

1700. No todos los autores están de acuerdo acerca de la trascendencia histórica de esta fecha. Creen algunos que la transición de un siglo a otro, dentro de la relativa precisión de la cronología generalmente admitida en Occidente, supuso un cambio de extraordinaria importancia. Me estoy refiriendo, naturalmente, a España, a este país, ya que me dispongo a escribir la biografía de Carlos III y su tiempo.

Crean otros historiadores que el calendario nada indica en este aspecto y que los cambios que culminan en el siglo XVIII, en todos los campos, se venían gestando desde hacía bastantes años en las obras y en las mentalidades de destacadas personas del siglo XVII.

Creo, a mi vez, que ambas posiciones son perfectamente compatibles, ya que, en efecto, las ideas críticas y arbitristas venían de largo, anunciando una evolución política, cultural y económica que se hacía indispensable para salir de la prolongada y terrible decadencia.

Pero es cierto también que habían ido apareciendo notables síntomas de nueva vitalidad, de una línea muy positiva de modernización, no incompatible con la recuperación de valores tradicionales. Esto ocurría de modo mucho más notorio en la periferia de la península que en el gobierno y en las gentes del centro de España.

De lo que me parece que no cabe duda es que todas esas ideas motrices y esa fuerza incipiente renovadora no alcanzaron su concreción, su efectividad, hasta que a partir del año 1700 se marcó simbólicamente el fin de una etapa histórica con el cambio dinástico, con la apertura al llamado siglo europeo de las luces, camino de una asombrosa recuperación española.

La transición no iba a ser fácil.

Hace diez años escribí «De Carlos I a Juan Carlos I» (vol. I)<sup>1</sup>, un comentario que complementa las ideas que vengo exponiendo y que considero un pórtico útil para situar al protagonista de esta biografía en las circunstancias históricas que precedieron a su llegada al trono y que iban a condicionar en gran parte su reinado.

Decía entonces que en determinadas fechas clave, como en el paso de un siglo a otro, empieza a notarse un sentimiento colectivo de angustia y de esperanza a la vez. Es como si la humanidad se sintiera obligada a adaptar su marcha al calendario. Los historiadores se disponen a bautizar la centuria que se va, todo se cifra a partir del año que se espera, y los reyes y los pueblos, inconscientemente, se lanzan a la aventura profética del futuro cambio de siglo. Nuevo rey en España, nueva dinastía, nueva guerra, nuevo estilo de vida, nuevas corrientes políticas y filosóficas, el equilibrio europeo, la Ilustración... El neoforalismo que apuntaba a fines del siglo XVII se ve cortado de raíz por el importado centralismo borbónico, y la nobleza va a pasar a representar un papel de segundo orden.

Parece que todo cambia, pero para el pueblo todo sigue igual. Sólo bien adelantado el siglo se empezarán a notar, en general en sentido positivo, las consecuencias de la nueva época, cuando el carlotercismo imponga desde arriba el paternalismo eficaz y benéfico del despotismo ilustrado.

Porque hasta entonces igual de pobres en su limitada y escasa vida seguirán siendo los pueblos de Castilla o de Cataluña, de Galicia o de Andalucía... asolados por guerras, reclutamientos, tributos y pestes, pero siempre dispuestos a darlo todo, tal vez sin saber bien por qué o para qué. Tal vez por unos ideales, por algo que a fuer de profundo parece salir de las entrañas de la tierra en una tradición de siglos.

\* \* \*

A la muerte de Carlos II, España presenta un panorama de abatimiento, un negro horizonte. El estado del país, de Castilla en particular, era desastroso. La sociedad se hundía en una mediocridad pavorosa y sin embargo aún se mantenía en las venas del pueblo el orgullo de los grandes días del Imperio, de una grandeza que tan poco beneficio le había producido pero con la que se había fundido como si fuera la razón de su existencia, como si él fuera el protagonista anónimo de la historia. Era el producto de la compenetración monárquica de la Corona la nobleza y el pueblo que venía desde la guerra de las Comunidades, que no se había roto y que ahora buscaba un rey como en la fábula. El testamento de Carlos II establecía que no se fragmentase lo más mínimo su herencia y que España no se uniese jamás a otra nación. Una herencia que todavía representaba una inmensa fuerza potencial y que podría hacer que el país volviera a ser el más rico y el más fuerte si conseguía ser bien gobernado.

Teólogos, filósofos, memorialistas y arbitristas habían venido publicando una literatura de impresionante volumen y muy diverso valor, en opinión del profesor Domínguez Ortiz. Unos trataban de corregir el increíble desorden de las finanzas, de los grandes gastos de las Casas Reales, que estaban en la ruina. Se debían los sueldos a los empleados, los soldados mutilados pedían limosna por las calles. La Corte consumía millones, pero eran más los que pasaban hambre y el país vivía en una pura deuda. Los cronistas relatan que los caballos de las caballerizas reales morían por falta de pienso y las despensas de palacio estaban vacías<sup>2</sup>.

Otros de aquellos escritores atribuían tantos males a causas externas, a fenómenos de la naturaleza y casi a castigos divinos: pandemias, mala climatología, demografía negativa, estructura social demasiado rígida, instituciones sin vitalidad... Algunos

ofrecían fórmulas diversas para corregir las deficiencias y no faltaba quien llegaba a insinuar que la responsabilidad final estaba en los reyes, verdaderos protagonistas que en el Antiguo Régimen tenían todos los resortes del poder en su mano. Ciertamente es que en los últimos reinados había fallado notablemente ese máximo personaje y había faltado una administración fuerte para suplir sus deficiencias. Las Cortes se habían convertido en una auténtica caricatura, lejos de aquellas instituciones que un día auxiliaran, exigieran y controlaran a la Corona.

Los Consejos, de nombres altisonantes, mandaban menos que las camarillas palaciegas. Los Ayuntamientos habían caído en manos de pequeñas oligarquías locales que actuaban pro domo sua y no por el bien común. Y como una reminiscencia de tiempos de los Reyes Católicos y de los Austria mayores, lo único que conservaba vitalidad en las estructuras del Estado eran las instituciones forales, respetadas todavía escrupulosamente por el gobierno central. Pero cierto es también<sup>3</sup> que los males de Castilla no eran compartidos por Navarra, el País Vasco y la Corona de Aragón. No hay más que recordar los versos de Quevedo:

«En Navarra y Aragón  
no hay quien tribute un real.  
Cataluña y Portugal  
son de la misma opinión.  
Sólo Castilla y León  
y el noble reino andaluz  
son los que cargan la cruz.  
Católica Majestad,  
por favor, tened piedad».

Aparte de razones forales y geográficas, algo tendrían que ver con tan desigual situación las deficiencias administrativas, el carácter e idiosincrasia de los respectivos habitantes y una serie de condicionantes históricos que venían de largo. Así se daban los casos contradictorios de que Cataluña apareciera a principios del xviii con una renovada vitalidad, mientras que Castilla continuaba hundida en el marasmo.

La España que se iban a disputar los pretendientes a suceder a Carlos II padecía una serie de tristes lacras y cargaba con muy pesados lastres. No obstante era un bocado muy apetitoso para quienes aspiraban a la hegemonía continental —o a evitar que se consolidara en manos ajenas— y también a hacerse con las grandes riquezas que todavía venían de las Indias hacia puertos españoles.

El país había vivido una larga etapa en la que el poder estuvo en manos de los sucesivos validos que habían suplido las deficiencias de los monarcas con mayor o menor acierto a lo largo de casi un siglo. En la última etapa, la parcela de poder más influyente la ocuparon las reinas, María Luisa de Orleans y Mariana de Neoburgo, que hicieron la política de palacio en favor de sus países de origen con la ayuda de sus respectivos embajadores, francés y austriaco. Influencia que llegaría a ser más notoria, si cabe, con el cambio de dinastía. Pronto aparecerán los nombres de la princesa de los Ursinos y de Isabel de Farnesio.

Pero en los últimos tiempos de los Austria, más importante aún que la presencia femenina en la Corte fue la de otras faldas, negras, moradas o purpuradas que aparecían en todos los estamentos, de los salones de Palacio y de las covachuelas administrativas hasta el último rincón de las aldeas. El prestigio y la fuerza política y social de la Iglesia eran enormes, sin lugar a dudas, el más poderoso grupo de presión. No tardaremos en ver como se plantearon muy graves cuestiones derivadas de esa situación cuando con los muy católicos Borbones llegaron las corrientes regalistas, una nueva visión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Los muchos contratiempos exteriores, las exigencias bélicas y tributarias, la serie de circunstancias naturales adversas, es lógico que llevaran al pueblo a un estado de depresión y de malestar. Pocos eran los cauces para manifestarse. Se estaba acostumbrado a soportarlo todo. No obstante, los pasquines corrían de mano en mano, los mentideros se nutrían de bulos y de medias verdades y no faltaban las algaradas aunque sin graves consecuencias.

La nobleza seguía siendo la fuerza política más digna de tenerse en cuenta por su cercanía a la única fuente de poder, que seguía siendo un monarca en horas finales, y también por sus dominios territoriales, enormes latifundios que comprendían villas y pueblos enteros. Con miembros de la aristocracia se cubrían los altos puestos del gobierno, de la justicia y las prebendas eclesiásticas. De tal procedencia fueron algunos buenos políticos del reinado de Carlos II, empezando por su hermano bastardo, don Juan José de Austria y los primeros ministros, duque de Medinaceli y Conde de Oropesa. Mucho iban a cambiar las cosas en los reinados de los primeros Borbones, en los que empiezan a aparecer figuras de funcionarios, de profesionales, de gentes de las clases medias, primero extranjeros y luego procedentes de los colegios universitarios de mayor tradición en España.

Mala herencia iban a recibir Felipe V, Fernando VI y Carlos III en cuestiones militares y navales. Tal vez por ello tuvieron gran mérito sus reinados al ir corrigiendo con esfuerzo y éxito tan lamentable legado. La profesión militar había caído en el más grande descrédito. Se perdían las batallas y no se cobraban las soldadas. ¿Qué decir de una defensa nacional con las fortificaciones inservibles, la artillería desmontada y los almacenes de municiones e intendencia vacíos? Lo sorprendente en este estado de cosas fue la vitalidad española demostrada en los dos campos durante la Guerra de Sucesión. Tal vez porque las guerras civiles galvanizan a los combatientes.

\* \* \*

Para poder considerar y apreciar la figura y el reinado de Carlos III, evitando en todo lo posible las especulaciones históricas, creo que es conveniente ir a sus orígenes, a la venida a España de la Casa de Borbón, en contra de una muy extendida opinión nacional en favor de su oponente, el archiduque Carlos de Austria, hijo y heredero del emperador Leopoldo. Digo lo de la amplia oposición austracista porque cuanto más se estudian y se analizan las circunstancias de la sucesión de Carlos II, menos se comprende cómo pudo imponerse el pretendiente francés, en un país que en su inmensa mayoría detestaba a

Francia por tradición, por intereses y por vecindad. Y que además, durante dos siglos se había identificado en alma y vida con sus reyes Habsburgo.

En la última decisión testamentaria de Carlos II pesaron influencias cercanas, la del poderoso Portocarrero, la del embajador francés Harcourt, la de Ana María de Trémouille, princesa de los Ursinos... Todos ellos en favor del duque de Anjou, nieto de Luis XIV. El pobre rey Carlos «el Hechizado», sabe que en La Haya, en septiembre de 1698, se ha firmado un tratado entre las grandes potencias europeas para repartirse, a su muerte, el Imperio español. Cree que el mejor modo de evitarlo es ponerse en manos del rey de Francia, el más poderoso de su tiempo, para que garantice en su nieto Felipe la integridad de los territorios hispanos de Europa y Ultramar.

A partir del momento en que se plantea la sucesión al trono de España, toda la política europea girará en torno a ella y España se convertirá en la gran pieza en juego entre las grandes potencias. La guerra se hizo inevitable. Para nosotros se convirtió en una guerra civil absurda ya que, en el fondo, no había un decidido entusiasmo popular por un pretendiente o por otro. Parecía que debía haber pesado la actitud de la mayor parte de la nobleza, que se fue decantando en favor del archiduque. Lógica era también la posición de la Corona de Aragón, enfrentada a Francia desde hacía largos años por la cuestión del Rosellón, por la competencia tradicional en el Mediterráneo y en materias comerciales. Madrid, el centro en general, mostraba una gran indiferencia y parecida frialdad mostraba al paso de los ejércitos borbónico o aliado, cuando llegaba el seudo Carlos III o cuando entraba en la capital el futuro Felipe V.

Cierto es que los ingleses, aliados de los austriacos y de los portugueses, nos planteaban problemas en el mar, en el Atlántico y en las costas de California, en el asiento de negros, en la corta del palo de Campeche y con su piratería oficial, pero los franceses no les iban a la zaga con sus corsarios y aún estaban recientes las derrotas que nos habían infligido en los Países Bajos. Ciertamente es también que no teníamos motivos de enfrentamiento con el todavía poderoso Imperio Austrohúngaro, al que tantos lazos nos unían, y que al alinearnos frente a la Gran Bretaña poníamos en peligro nuestras colonias o virreinos americanos así como nuestras posiciones en el Mediterráneo, como pronto se vería con la pérdida de Menorca y Gibraltar. Y no digamos, años después, con la ayuda prestada a los rebeldes norteamericanos contra la Corona inglesa.

La política imperialista de Luis XIV nos obligó a una alianza que pagaríamos muy cara, que se prolongó en los muy discutibles Pactos de Familia y que llevó, con otros protagonistas, hasta el desastre de Trafalgar. Pero esto es adelantar acontecimientos y saltarnos todo el reinado de nuestro gran rey don Carlos III, cuando lo único que queremos decir es que la llegada al trono español de su padre, Felipe V, fue consecuencia de un verdadero capricho histórico, de una torcida concatenación de circunstancias que, en principio, presentaban más aspectos negativos que positivos.

Con estas explicaciones creo que resalta aún más el mérito de los primeros miembros de una dinastía que llegó a España con muy discutible apoyo popular, que nos traía más problemas que soluciones, que se presentaba con todo un equipo de gobernantes

extranjeros y con una política centralizadora que chocaba con el respeto a las peculiaridades de los reinos que venía desde tiempo de los Reyes Católicos.

La resistencia a los Borbones franceses vino marcada muy especialmente en los territorios de la antigua Corona de Aragón. Se ha querido interpretar por algunos esa oposición como la manifestación política de todo un pueblo en pos de su soberanía ultrajada, lo que no deja de ser más que una interpretación torcida con intenciones políticas actualizadas y muy lejos de la realidad de lo que fue la Guerra de Sucesión. Cataluña, concretamente Barcelona, no hizo más que expresar su fervor austracista, el mismo que había manifestado tanto hacia Carlos I como hacia el triste fin de raza que fue Carlos II, al que llegó a proclamar como el mejor rey que había tenido España. Fueron muchas las razones que inclinaron a una parte de los catalanes en favor del Archiduque y en contra de Felipe V. No puede decirse que esa actitud fuera unánime, ni mucho menos. En todo caso, entrar en los pormenores de la Guerra de Sucesión — insisto en que no de secesión — se sale de los propósitos de esta biografía y vuelvo a remitirme a la abundante bibliografía sobre el tema, concretamente, y perdón por la falta de pudor, a mi obra reciente «Los Catalanes en la Historia de España». Lo más lamentable es que la tal guerra, movida por intereses extranjeros, utilizó como carne de cañón a muchos miles de españoles, hizo padecer a Barcelona<sup>4</sup> un largo y duro asedio y nos costó la pérdida de Menorca y Gibraltar, con lo que la nueva dinastía llegó al trono con un pesado lastre de fracasos nacionales y de dolorosas amputaciones territoriales.

Coinciden la mayor parte de los historiadores, catalanes y del resto de España, en que en la Guerra de Sucesión no aparece la menor intención de los países forales por desligarse de Castilla. No me refiero a los historiadores vascos porque no los ha habido hasta hace poco y porque en el caso del País Vasco y de Navarra fue tan decidida y total su adhesión al poder central, en este caso la nueva dinastía borbónica, que como consecuencia conservaron sus fueros y privilegios mientras los perdían los reinos y condados de la Corona de Aragón, «castigados» con el famoso decreto de Nueva Planta, en la línea de lo que un día quiso el Conde Duque de Olivares con su Unión de Armas.

Insisto en que en la guerra dinástica nadie quiso romper la unidad ni, incluso, quitar la capitalidad a Madrid. Los que lucharon por el Archiduque creyeron siempre que lo hacían por el conjunto de España, por llevar al rey que creían más apropiado al trono de los Reyes Católicos. Puede suponerse que si los territorios de la Corona de Aragón hubieran estado a favor de Felipe V, éste habría respetado sus fueros como lo hizo con navarros y vascos.

El sentimiento monárquico de los españoles estaba por encima de los problemas dinásticos, si bien puede suponerse, con la perspectiva que nos dan los siglos, que la debilidad del gobierno central favorecía las tendencias disgregadoras, unas veces como protesta constructiva patriótica ante los fallos de Madrid; otras, simplemente porque a río revuelto... Es una lección aplicable a todos los tiempos y que, por cierto, Carlos III, el verdadero, tuvo muy en cuenta.

En el terreno religioso debo recordar que el Papa llegó a reconocer al pretendiente austriaco lo que llevó a España al borde del Cisma. La Iglesia, aún dentro de las mismas

regiones, se mostró muy dividida, tanto los obispos como los sacerdotes y religiosos. Muchos de ellos fueron desterrados por el bando vencedor, es decir por Felipe V. Italia y Austria recibieron al mayor número de exiliados, en gran parte catalanes.

Algún autor se pregunta si la Guerra de Sucesión tuvo un sentido social. En general la respuesta sería negativa. Hubo aristocracia y grandes señores en los dos bandos. La reacción en algunas zonas contra ingleses y austriacos se debió a determinadas acciones criticables de sus ejércitos, a los que una propaganda bien orquestada y no falta de razones acusó de robos, violaciones, herejías y sacrilegios contra nuestra Sacrosanta religión. Pero del otro lado, en Cataluña especialmente, fue el clero el que promovió una auténtica guerra santa contra el invasor francés, algo así como un prólogo, anticipado un siglo, de la guerra de Independencia.

Parece ser, en cambio, que en Valencia sí hubo una cierta coincidencia en la lucha austracista con las reivindicaciones sociales populares. Las violencias que se vivieron en la contienda de Sucesión parecían como una reminiscencia de las Germanías en las que los aspectos sociales antiseñoriales se mezclaban con las cuestiones dinásticas. En éstas subyacían intereses de los Estados que habían salido de la Edad Media a través del Renacimiento y del Barroco. No hay que olvidar tampoco la aparición de un nuevo elemento con precedentes anteriores. Se trata del poderío turco, la Sublime Puerta, que deberá ser tenido muy en cuenta por los Borbones españoles en su política mediterránea y norteafricana.

La influencia de los protagonistas suele ser decisiva en los grandes cambios históricos. En el momento de la sucesión de Carlos II no cabe duda de que el protagonista clave en el escenario de Europa era Luis XIV. El Rey Sol tuvo sus vacilaciones, porque bajo la influencia del Consejo del Reino y de su favorita, Madame de Maintenon, llegó a pensar si no sería menos costoso y más productivo para Francia el aprovechar los tratados de partición en vez de aceptar la herencia española en su plenitud con todas las cargas que supondría la guerra costosísima que inevitablemente se iba a desencadenar.

Parece ser que Luis XIV pensó por aquellos días en crear una Confederación borbónica que sería la primera potencia mundial. Desistió a medias de tan ambicioso proyecto cuando en el acto solemne de Versalles<sup>5</sup> prefirió respetar la voluntad de su primo Carlos II, limitando sus ambiciones pero asegurándose la alianza subordinada de España a través de su nieto Felipe de Anjou. Eran los años finales de su gran reinado.

Comenzó aconsejando al asustado muchacho que estaba a punto de subir al trono de San Fernando a sus diecisiete años inexpertos y desconocedores de todo lo español. En cambio, Luis XIV, hijo y esposo de infantas españolas, conocía como pocos el modo de ser español. Como Carlos I a Felipe II, dio un práctico consejo a su nieto: «Recorre el país, no te dejes gobernar, da los puestos de responsabilidad a los nacionales».

En el capítulo siguiente veremos con algún detalle cómo supo el nuevo rey ser digno de sus antepasados, franceses y españoles, y dar los primeros pasos para que el Reino que recibirían sus hijos Fernando VI y Carlos III fuese ya muy distinto del que él heredara en tan discutidas y bélicas circunstancias.

\* \* \*

El 23 de enero entraba Felipe V en España por Irún y Fuenterrabía, siguiendo a caballo hasta Vitoria entre el clamor del pueblo. El País Vasco y Navarra estuvieron siempre al lado de Castilla en su lealtad al nuevo rey. Estos fervores populares son muy aleatorios y con frecuencia se han manifestado a lo largo de la historia con igual entusiasmo en pro de personajes bien diversos y encontrados en ocasiones sucesivas. En todo caso se trataba de una manifestación más de la vieja identificación del rey con el pueblo y del pueblo con el rey, de lo que nuestro pasado y ¿por qué no?, nuestro presente, está lleno de ejemplos.

Igual favorable acogida tuvo en principio el rey Felipe en Madrid al ir del Buen Retiro a los Jerónimos, donde se efectuó su proclamación, que no coronación, pues en España, por centenaria tradición, a los reyes se les proclama, no se les corona.

Igual acogida tuvo el rey en toda España, incluso en Cataluña, donde aleccionado por la experiencia de los Austria y por los consejos de su abuelo, concedió todo lo que se le pidió. Cinco meses permanecieron los reyes en Barcelona en 1702, sin el menor rechazo por parte de las instituciones o del pueblo. Parecía que todo iba bien; ajenos intereses enturbiarían pronto tan positiva situación inicial.

Felipe V fue perjudicado en su primera etapa española por la cercanía de algunos ineptos personajes procedentes del reinado anterior. No contó, en cambio, con el más valioso de todos, el conde de Oropesa, patriota honrado y eficaz que pudo haberle sido muy útil.

El joven rey se sintió descorazonado por el ambiente de intrigas palaciegas, y propenso a la melancolía como era, tentado estuvo de volver a ser sólo duque de Anjou, como confesó a sus íntimos. De esas crisis de decaimiento lo único que le libraba, su revulsivo, era la guerra, el tronar de los cañones, que volvían a sonar en Italia. Claro que también se olvidaba de su intrínseca melancolía cuando se dedicaba al amor conyugal, en admirable monogamia que le llevó a tener once hijos de sus dos matrimonios. Tal vez por esos entusiasmos bélicos y amatorios mereció el apelativo de «el Animoso». Vemos también que su fidelidad conyugal, que siguieron también sus sucesores, suponía un nuevo cambio en relación a sus predecesores, tan proclives, en general, a las aventuras extraconyugales y a las reales bastardías.

Felipe V fue reconocido sin oposición del pretendiente, en Flandes, en Milán y en Nápoles. Eran los días anteriores a la guerra de Sucesión. A Nápoles, por ejemplo, acudió «el Animoso» y allí fue aclamado como lo fuera en tiempos Alfonso V el Magnánimo y como lo sería años más tarde Carlos III.

El nuevo rey español estuvo también en Milán, siendo en el norte de Italia donde se dieron los primeros combates de la guerra de Sucesión entre franceses y austriacos. Don Felipe participó en ellos con gran valor personal, identificado con su nueva patria y con su oficio de rey. Él mandaba sus ejércitos, al lado de Vendôme, en las batallas de Santa Vittoria y de Luzzara, obteniendo en la primera un claro triunfo; más dudoso en la segunda. Enfrente estaba nada menos que el príncipe Eugenio de Saboya, que era, con Malborough, el gran general de la época.

De no haberse desencadenado el conflicto internacional, los españoles se habrían sentido unidos al nuevo rey, en el que algunos veían a un Carlos I redivivo. La recepción que tuvo en Madrid, en enero de 1703, al volver de Italia, así lo prueba.

Sin embargo, por mucho que se identifique con España y con su misión de rey español, en Felipe V, en su espíritu, en su carácter, siguen pesando su origen y su formación. Además, su abuelo, el Rey Sol, en cuanto siente que se desmanda, le envía un aviso perentorio recordándole que a él le debe el trono.

No quiero que se vea en estas últimas líneas una crítica negativa. El cambio de dinastía obligaba a traer un nuevo rey, de Viena, de Munich o de Versalles. La aportación francesa, novedosa y lógicamente de no fácil asimilación, iba a traernos cambios muy positivos, que se verían sobre todo en el gran reinado de Carlos III.

La influencia de Luis XIV se ejerció a través de una serie de personajes muy leales y muy franceses que acompañaron al joven duque de Anjou. Los marqueses de Louville y de Torcy, el confesor real, jesuita padre Daubenton, el abate y luego cardenal d'Estrées, los embajadores duque de Gramont y marqués de Gournay... Todos influyeron en la política española en mayor o menor medida. Son como los flamencos de Carlos V, pero más honrados, inteligentes y eficaces. Dos de ellos sobre todo: el alto funcionario y hacendista Jean Orry y el embajador d'Amelot. Ellos son en realidad verdaderos primeros ministros en la primera etapa del reinado de Felipe V.

\* \* \*

La potencia bélica demostrada por las fuerzas franco-españolas en el norte de Italia produce unas consecuencias que van a determinar la política internacional de Europa durante todo el siglo XVIII. Hasta la eclosión napoleónica no hay imperialismo en el continente. Los Estados más poderosos no lo consienten. Aplicarán un sistema de equilibrio. Anexiones parciales, casi nunca permanentes, compensaciones, repartos, devoluciones... Todo actúa en el mismo sentido bajo la inteligente dirección británica que jugando a todas las bandas va redondeando un formidable poderío naval y un inmenso imperio colonial. Ya iremos viendo cómo los Borbones españoles afrontaron estos planteamientos y si fueron capaces de tener una política propia y una visión clara del mundo en torno con perspectivas de futuro.

Puede decirse que el lema de la diplomacia de la época era el siguiente: «Si un Estado se engrandece hasta el punto de amenazar la seguridad de los demás, tendrá que enfrentarse con una coalición ocasional»<sup>6</sup>.

Es lo que ocurrió con la sucesión de España. Viena, Londres y La Haya declaran la guerra a los Borbones, mientras la unidad que nuestro país había mostrado en torno al nuevo monarca empieza a resquebrajarse. Claro es que ello interesa a la gran coalición enemiga, pero una vez más es la insolidaridad y el espíritu cantonalista español el que facilita la acción de los agentes extranjeros e incluso toma ciertas iniciativas disgregadoras.

Los intereses extranjeros convierten a España en campo de batalla. No vamos a entrar aquí en el relato de la guerra sucesoria ni en las consecuencias políticas internas a las que dio lugar su desarrollo en las diversas regiones. Se repitió por aquellos días lo que tantas

veces hemos ido viendo a lo largo de nuestra Historia desde la Edad Media y que se seguirá repitiendo hasta nuestros días. La tremenda virulencia de las contiendas civiles en nuestro país hace que cada bando llame en su apoyo a cualquier fuerza extranjera, aunque ésta sea, a la larga, la que se beneficie. Afortunadamente fue una costumbre lamentable que tuvieron la inteligencia y habilidad necesarias de evitar los sucesores de Felipe V, sus hijos Fernando y Carlos, que se dieron cuenta que para no ser juguete de intereses ajenos y para impedir divisiones internas, lo esencial es ser fuertes en el interior del país.

La contienda sucesoria española se estaba prolongando demasiado. Se lucha por y en los mismos territorios que en tiempo de los Austria: Flandes, la Valtelina, Nápoles, Milán, Sicilia, Viena amenazada... Parecen sonar como un eco los ríos de Garcilaso: el Mosa, el Elba, el Rin, el Tajo y el Danubio... Se enfrentan grandes ejércitos, entre ambos bandos más de 300.000 hombres. A pesar de que las pelucas, casacas, bandas de pífanos y formaciones cerradas parecen más llamar a la parada o a la opereta, los muertos se cuentan por muchos miles, las devastaciones asuelan los campos ubérrimos y los ejércitos profesionales de los monarcas resultan carísimos de sostener.

Por otro lado la guerra se había extendido también a América y en las fronteras de Florida y Canadá se enfrentaban las fuerzas coloniales de las potencias europeas rivales.

Con este panorama era lógico que, exhaustos los erarios y los combatientes, todos desearan una tregua, una negociación que abriera una era de equilibrio. Inglaterra se perfilaba como la primera potencia mundial dispuesta a sacar provecho, a ejercer una hegemonía más o menos rotunda y ciertamente distinta de las anteriores, que sucedería a la española del siglo XVI y a la francesa del xvii y las superaría con creces en duración, prolongándose casi dos siglos.

La tregua a la que me refiero fue funesta para España: se llama Tratado de Utrecht. Sus consecuencias tuvieron que soportarlas en su política internacional los hijos de Felipe V, Fernando VI y Carlos III, y aún tenemos que soportar el atraco y secuestro de un histórico rincón del solar hispano.

En los Preliminares de Londres (1711), Luis XIV anuncia toda clase de concesiones. Convince a Felipe V de que lo esencial es mantener las dos coronas unidas y para ello conviene que España se reduzca a su territorio peninsular (¡sin Gibraltar!) y a las Indias, sin la fuente de conflictos que suponen las posesiones europeas, que venían de tiempo de los Reyes Católicos y de Carlos I. Mal paso era el que daba la nueva dinastía si pretendía la grandeza de España.

El 11 de abril de 1713 se firman en Utrecht varios tratados que se completan con otros en Rastatt, cerca de Baden, en Suiza. Perdemos Gibraltar y Menorca, que pasaban a Inglaterra; nuestros territorios de Italia se incorporaban al Imperio, salvo Sicilia, que se adjudicaba a Víctor Amadeo de Saboya. También se adjudican al Emperador los Países Bajos españoles y se concedió a Inglaterra el «asiento de negros» en América. En un acuerdo suplementario cedemos a Portugal la colonia de Sacramento, en Sudamérica.

Recuérdese que nuestro vecino país estaba unido a la Gran Bretaña por el tratado de Methuen<sup>7</sup>, que desde entonces vincula la política exterior de los dos países. Al negociar

estos malhadados acuerdos, Luis XIV dio de lado a los negociadores españoles, que fueron el duque de Osuna, el marqués de Monteleón y el conde de Bergeyck. Algún historiador ha tratado de ver un lado positivo en aquel despojo. Opinan que España, al perder dominios, se volvió más homogénea, menos dispersa. Creen también que en Utrecht comienza una era de considerable avance en el proceso de atlantización de la Monarquía española, que tenderá a canalizar hacia el Imperio indiano, milagrosamente intacto, las empresas de la política exterior de España.

A lo largo de estas páginas iremos viendo cómo encauzó Carlos III esas empresas, pero en conjunto podemos decir que para la nueva dinastía española, lo esencial, lo obsesivo, fue la recuperación de los dos trozos entrañables de tierra hispana perdidos en Utrecht.

**1** Continuación de «Así se hizo España». Ambas obras, en tres volúmenes constituyen un tratado completo de la Historia de España. (Ed. Espasa-Calpe, Madrid 1981-1986).

**2** Entre otros testimonios, el de don Pedro Portocarrero, patriarca de las Indias (1700).

**3** Lo explico y recalco con detalle en mis obras «Los Vascos en la Historia de España» (Ed. Rialp, Madrid 1996) y «Los Catalanes en la Historia de España» (Ed. Biblioteca Nueva, Madrid 1996).

**4** Barcelona parecía haberse dedicado desde el siglo XV al peligroso «deporte» de los sitios y los bombardeos. Raro fue el período en que no sufrió alguno, dando muestras muchas veces de un inútil heroísmo. Estos asedios y «afición a las bombas» de fuera y de dentro se ha prolongado hasta el siglo XX.

**5** Parece ser que fue en dicho acto donde el marqués de Castelldosrius pronunció la famosa frase: «Quelle joie! Il n'y a plus de Pyrénées, elles se sont abimées et nous ne sommes plus qu'un».

**6** Ubieto, Reglá, Jover y Seco: «Historia de España», Barcelona 1963.

**7** El Tratado lleva el nombre de su firmante inglés, Lord Methuen. Es uno de los pocos tratados que no se conoce por el nombre del lugar donde se firmó (1701).

## II

# VÍSPERAS DE UN GRAN REINADO

Se inicia el siglo de las reformas.—Felipe V, Luis I y las mujeres en torno.—Los políticos y gobernantes del primer tercio del siglo: los franceses, Alberoni y Riperdá.—La política internacional de la época.—El gran don José Patiño.—El Ejército y la Marina.—La Administración y la Hacienda.—Los asuntos de la Iglesia.—La Cultura.

La trascendencia del cambio que se produce en España después de la guerra de Sucesión y como pórtico para el que va a ser uno de los mejores reinados de nuestra historia es tan grande, que de antemano pido disculpas al lector si aprecia en este capítulo alguna reiteración de datos y de ideas expuestos en el anterior. Ello se deberá de una parte al entrecruce de acontecimientos que se producen en España y en Europa por aquellos años y al deseo de recoger opiniones y criterios de los más conspicuos historiadores que se han ocupado de este periodo.

Todo con el objetivo de la mayor claridad posible al recalcar esa trascendencia del cambio en casi todos los terrenos al que acabo de referirme.

Desde tiempos de los Reyes Católicos no se había visto una preocupación mayor por lo que podríamos llamar política interior, en términos modernos, que la que se produce con la llegada de la nueva dinastía. Es decir, por la necesidad y conveniencia de ordenar la casa como presupuesto indispensable para cualquier empresa exterior. Y procurando siempre el máximo bienestar para los ciudadanos y el arreglo del país, normas esenciales de buen gobierno.

Durante más de dos siglos en España todo se había subordinado a la grandeza, a la cruzada hispana universal de la Contrarreforma, a una expansión imperial sui generis y a la defensa de un arco grandioso de posiciones europeas heredadas o conquistadas desde fines de la Edad Media. Isabel y Fernando fueron capaces de mirar hacia dentro y hacia afuera. Sus sucesores tuvieron que extrahvertirse con todo el peso y el honor de la púrpura, sin apenas tiempo para ocuparse de España y de los españoles, núcleo y motor de la gran empresa ecuménica.

Luego fue el decaer, la lucha por la sucesión y la liquidación de nuestras posesiones en Europa. Desde los Reyes Católicos no hubo verdadera política interior del Estado con un gobierno generador de la misma. O bien un peculiar sistema de monarquía absoluta con reminiscencias medievales en las que el Rey lo era todo, utilizando unas Cortes

escasamente convocadas para conectar con los municipios y con el pueblo, esa simbiosis monárquico-popular tan grata a los Austrias mayores.

Y después una política cortesana, de sucesión de validos, de grandes esfuerzos e insignes personalidades malogradas o de ineptos encumbrados, en una etapa en la que la grandeza se fue hacia los campos perdurables de las artes y de las letras.

Ahora, la situación, como venimos viendo, va a cambiar. No se trata de un cambio milagroso, de la llegada de unos hombres superiores ni de un sistema perfecto. Se trata simplemente de poner los pies sobre la tierra, de imponer el sentido común y la razón de la medida. Se acabaron los vuelos imperiales, que no nos iban, y volveremos al reino, que era lo nuestro. Ramón de Bastera, genial vasco olvidado, hablaba de la política del ave y de la política de la planta. Casualmente el decreto símbolo de la primera época borbónica se llamó de «Nueva Planta». En otro aspecto, Bastera hablaba también del saber de provecho y del saber de salvación. No cabe duda de que los primeros Borbones, buenos católicos y apostólicos, lo fueron menos como romanos, dando a Roma el sentido de poder temporal, ya que en el espiritual no flaqueó su adhesión al Pontífice. Saber de provecho fue el que pretendieron aquellos monarcas dentro de la limitación de sus medios y con la generalmente acertada elección de sus colaboradores. Todo ello sin prescindir del patriótico objetivo de devolver a España el rango y prestigio internacionales que le correspondían por su Historia. Y el paso previo sería, naturalmente, el poner al país en forma, en pos de lo cual el profesor Palacio Atard aprecia una gran coherencia interna en los sesenta años de los reinados de Felipe V y de Fernando VI, a pesar de las muy cambiantes situaciones.

El mencionado profesor, en un admirable prólogo de más de cien páginas (Historia de España - T. XXIX - «Espasa-Calpe») explica los propósitos de los primeros Borbones para «ir arrojando lastre del pasado austracista»:

- a) Fortalecer a la Monarquía con el absolutismo interno.
- b) Recuperar la potencia perdida en el exterior.
- c) Salir de la pobreza reconstruyendo la economía y promocionando fuentes de riqueza.
- d) Fomentar el pragmatismo educativo, la cultura popular y las artes útiles.

Se va a entrar así en el dinamismo histórico de la época, común a varios países europeos que viven el «Siglo de las reformas», la «Monarquía reformadora».

Con el progreso del absolutismo va a crecer el aparato burocrático, la abigarrada administración local y territorial, mientras el famoso decreto de «Nueva Planta» liquida el antiguo sistema que era una especie de confederación de reinos. Todo se centraliza y hay una clara tendencia a la estatalización de las actividades productivas. Es curioso señalar cómo las corrientes políticas y sindicales de signo izquierdista de nuestro tiempo pretenden seguir las líneas maestras del absolutismo monárquico del siglo XVIII en los dos importantes aspectos que acabo de citar. Claro es que con objetivos políticos muy distintos. Cuestiones que se prestan a interesantes análisis en unos tiempos democráticos y de partidos tan distintos a los del despotismo ilustrado.

Da la impresión de que lo que pretendieron nuestros gobernantes del siglo XVIII fue unificar en un solo personaje a don Quijote y a Sancho Panza, es decir, sin dejar de fijarse altos ideales y de atender las cuestiones del espíritu, ocuparse primero de llenar la despensa y de armar al caballero con algo más que una quebradiza lanza y una adarga antigua.

Por ello me atrevo a afirmar, en contra de la idea orteguiana, que España sí tuvo un siglo XVIII, con positivos frutos, que malograron, una vez más en nuestra Historia, acontecimientos exteriores, Revolución francesa y Napoleón. Más de acuerdo estoy con don Eugenio d'Ors cuando afirmaba que dicha centuria fue la clave de nuestra modernidad y que nunca como entonces estuvimos más lejos del hombre de las cavernas. Estuvimos entonces donde debíamos estar, en el momento preciso. Luego, una vez más, fuimos «la España a destiempo», «la de los tristes destinos».<sup>1</sup>

\* \* \*

Poco se iba a parecer Carlos III a su padre Felipe V en lo personal, aunque sí en algunos aspectos de las directrices que marcaron sus políticas. Por esta última razón creo que no estará de más recordar ciertos puntos de interés en la conducta y en el entorno del rey Felipe, ya que, además, ambas cosas tuvieron que influir en la formación de la personalidad del hijo, teniendo en cuenta que éste nació en enero de 1716 y que Felipe V murió en julio de 1746. Es decir, que padre e hijo convivieron durante treinta años, aunque la mitad los pasó Carlos en sus reinos italianos.

Felipe V había renunciado al trono de San Luis cumpliendo la disposición testamentaria de Carlos II que así lo imponía. Durante varios años dependió de la correspondencia directa con su abuelo, como un satélite de la constelación borbónica. Para él debió ser una desilusión la desmembración del Imperio Habsburgo que creía haber heredado. Utrecht, sin embargo, le produjo el alivio de librarle de una pesada carga: los Países Bajos. Le dolió más la pérdida de las posesiones italianas, cuya recuperación sería objetivo esencial de sus acciones bélicas y diplomáticas. Tanto para Felipe como para sus sucesores, lo más humillante y peligroso, motivo de fracasos de toda índole, fue la presencia británica en Gibraltar, plaza que además se convirtió en nido de contrabandistas.

\* \* \*

Cuentan las crónicas que Felipe V «el Animoso», «doblábase muy fácilmente a la voluntad de la mujer con la que compartía su lecho». Así debió ocurrirle con su primera esposa María Luisa Gabriela de Saboya, joven y atractiva reina, cuya cercana amistad y compañía eran el único amor y el mejor remedio para la melancolía y el voluntario aislamiento del muy devoto y sensual monarca, doblándole, sí, la voluntad, pero nada más que la voluntad.

No obstante, quien de verdad mandaba en lo político y en lo cortesano a través del amor conyugal era Ana María de la Trémouille, princesa de los Ursinos, gran dama francesa que por indicación de Luis XIV vino a España como camarera mayor de la joven reina. Esta ilustre viuda de un príncipe italiano Orsini (Ursini), tenía casi sesenta años al llegar a nuestro país y unía a su experiencia una clara visión política y una

tenacidad a toda prueba, con la que pronto se impuso al viejo cardenal Portocarrero, antaño todopoderoso. Otro cardenal, el d'Estrées, se enfrentó con la de los Ursinos, logrando que fuera expulsada de España. Luego Luis XIV impuso su regreso y fue ella la que gobernó hasta la muerte de la reina, en 1713, como los famosos validos de Felipe III y Felipe IV. Desde luego con mayor inteligencia y acierto, pues en su etapa fue gestándose, en bien difíciles circunstancias, el resurgimiento que culminaría en el reinado de Carlos III. Y con la habilidad de no hacerse odiosa al pueblo.

Cuando murió la joven soberana, el rey no fue capaz de defender a la princesa de los Ursinos y ésta fue expulsada sin consideración alguna por la nueva reina, Isabel de Farnesio, cuando fue a ponerse a su servicio. Como escribe un cronista «comprensible actitud política y cruel conducta humana, ingratitud propia de los reyes...»

La nueva reina, hermosa, inteligente y cultivada, según el padre Flórez, impone pronto su voluntad al débil Felipe V al que sabe ofrecerle las dos cosas que más le atraen: tálamo y guerra, siete hijos y nuevas contiendas en todos los frentes. De esa reina y en ese ambiente nace Carlos III.

\* \* \*

La muerte de Luis XIV incrementó la melancolía del rey Felipe, que tan propenso era a ella. Siempre estuvo en él latente el deseo de reinar en Francia. Para ello habría tenido que renunciar al trono de España, ya que el tratado de Utrecht prohibía la unión de las dos Coronas. Se temía más la reacción de las grandes potencias que el incumplimiento del testamento de Carlos. Felipe V se había identificado tanto con España que es posible que hubiera luchado para lograr la unión por encima de todo, tentador futurible que el historiador debe rehuir. No hubo caso porque Luis XV había llegado a la mayoría de edad, y además el regente duque de Orléans vivía todavía y era el verdadero factotum de la política francesa. Por cierto que el tal regente no era precisamente santo de la devoción de Felipe V desde hacía muchos años.

El rey de España no había cumplido cincuenta años y la reina andaba por los treinta y dos. La versión oficial de un voto secreto como causa de la abdicación no fue publicada hasta mucho después. Sorprendió a todos en enero de 1724. ¿Fue una decisión política o espiritual, melancólica consecuencia de las soledades de La Granja de San Ildefonso? Tal vez una mezcla de ambas, con añoranzas versallescas y presión de la reina al itálico modo.

\* \* \*

Luis I llega al trono a los diecisiete años. El nuevo rey agrada al pueblo, por el cambio político —que siempre gusta—, porque es español de nacimiento y por sus juveniles gracias. Ya de entrada, se le llama «el Bienamado».

Poco tiempo tuvo Luis para hacer una política propia. Parece ser que rechazó las intrigas del duque de Borbón que quería preparar la unión de las dos Coronas, en contra, claro es, del duque de Orléans. Volvemos al espinoso tema de los futuribles ¿Lo habrían admitido las potencias?

Pocos meses de reinado. Los suficientes para tener que soportar las indecentes frivolidades de la muy joven reina Luisa Isabel de Orléans, a la que se vio obligado a

encerrar en Palacio para evitar sus locos caprichos.

Murió Luis I, de viruelas, a los siete meses de reinado y volvió Felipe V.

Su primera preocupación fue hacer jurar como heredero a su hijo, el príncipe de Asturias don Fernando. Lo hicieron las Cortes de Castilla y de Aragón en sesión conjunta. Por aquellos días Francia devuelve a la infanta María Ana Victoria, que Isabel de Farnesio, en su política matrimonial, había enviado al vecino país para casarla con Luis XV. Es muy posible que esta devolución principesca fuese una represalia por la anterior devolución de la insensata Luisa Isabel de Orléans a la muerte de Luis I.

Siempre fueron los temas matrimoniales algo esencial en las monarquías hereditarias. Para lograr sucesión, para asegurar alianzas, para colocar príncipes y princesas, si es posible en tronos importantes. Así lo hizo Isabel de Farnesio, italiana por los cuatro costados, al tratar de situar a sus hijos Carlos y Felipe en la línea sucesoria de Parma y Toscana. Le ayudaron en estas campañas, que pudiéramos llamar en campos de seda y con escudos, que no de batalla, el bilbaíno marqués de Grimaldo y sus pajes don Juan Bautista Orendain y don Sebastián de la Cuadra<sup>2</sup>, que llegaron a ministros y fueron hechos marqueses de la Paz y de Villarias.

\* \* \*

Carlos I y Felipe II habían gobernado con la eficaz ayuda de una serie de secretarios que nunca pasaron de ser eso, secretarios al servicio directo del monarca absoluto. De estos discretos personajes, casi siempre vascos o navarros, sólo uno, Antonio Pérez, intentó desmandarse, y ya conocemos sus lamentables peripecias.

Los Austria menores se entregaron en brazos de los que he llamado «los nobles e innobles validos», y estos fueron los que mandaron de verdad mientras contaban con el favor real.

Ahora, el rey Felipe V, por obvias razones, confía las tareas políticas, sucesivamente, a varios extranjeros que aportan un aire nuevo al gobierno y una visión práctica que iban a ser muy convenientes al anquilosado sistema político y a la acartonada administración. Nos venían muy bien esos aires exteriores, que, además, iban a crear escuela sin por ello poner en peligro la independencia y cohesión interna de la monarquía ni su acción exterior.

Cité anteriormente al alto funcionario y hacendista Jean Orry, importado de Francia con un bagaje de ideas colbertistas que aplica para equilibrar los presupuestos, suprimir despilfarros y obtener los primeros medios para relanzar una economía exhausta y crear riqueza.<sup>3</sup>

Decía Dedevises du Désert que la historia financiera de España desde Felipe II no era sino un largo grito de angustia. Una verdad como un templo.

No es que se pase a la opulencia, pero se empieza a salir de la depresión. Es el preludio de una etapa, que vendrá con Carlos III después de la gran tarea de Ensenada, con la que España va a ponerse al nivel de las primeras potencias de Europa. Se daba además el semimilagro psicológico-político de que el pueblo, que reacciona con xenofobia contra lo francés, ni por un momento duda en su adhesión a la persona del monarca una vez terminada la guerra de Sucesión. Lo único que choca con el

sentimiento español, si bien sin producir conflictos abiertos, son ciertos aspectos de regalismo y galicanismo frente a la tradicional adhesión a la Santa Sede.

Muy distinta a la eficaz colaboración con Felipe V de Jean Orry y del embajador d'Amelot fue la del confesor del rey, el también francés y jesuita padre Guillermo Daubenton. Su actuación creó un clima desfavorable a la Compañía de Jesús. Sus miembros fueron rechazados en Zamora, en Toro y en Vitoria, y las demás órdenes religiosas les manifestaban su animadversión. En realidad Daubenton era la punta de un iceberg mucho más profundo, como se vería en los reinados siguientes. El confesor real era apoyado por la reina Isabel de Farnesio, pero don Felipe acabó harto de aquellas influencias. Un día le dijo a Daubenton: «¿No estáis contento de vender lo que ha pasado por vuestra mano, sino que venís a vender a Dios por venderme a mí? Retiraos y no volváis a mi presencia». En francés sonaría tal vez más suavemente, pero en todo caso cuentan las crónicas que el padre Daubenton se quedó mudo desde aquel instante y murió al poco tiempo.

Cuentan también las crónicas que el factor de toda la política que se hizo desde entonces fue un personaje al que se atribuye incluso la invención de la candidatura de Isabel de Farnesio para matrimoniar con Felipe V. Se trata de un italiano que iba a jugar un papel trascendental en el gobierno español durante cinco años, Giulio Alberoni, acólito de una parroquia de Piacenza, luego astuto abate, hijo de un hortelano o jardinero de Firenzuola, hombre de agudo ingenio y rey de la perseverancia y la lisonja, según sus detractores que eran a la vez sus admiradores. Prueba de sus artes fue la conquista del duque de Vendôme a base de prepararle una exquisita receta de macarrones, a los que el gran mariscal era muy aficionado. Ya entonces era agente de Parma, su país natal y del famoso queso. Desde allí empezó a preparar genialmente la vuelta de España a los estados en los que había permanecido más de dos siglos y que le habían sido arrebatados por el tratado de Utrecht, es decir, casi toda Italia, de Milán a Sicilia.

El aprovechado abate hace rápidamente la carrera de cardenal, y aliado con Isabel de Farnesio domina la débil personalidad del monarca. El historiador Baudrillart es cruel en su juicio<sup>4</sup>:

«Alberoni es un sacerdote indigno y un peligroso ministro... Felipe pasa de los brazos de su mujer a los pies del confesor... Este rey y esta reina asocian debilidad, devoción pusilánime, vergonzosa superstición, humillantes urgencias de una sensualidad siempre despierta».

Pero el sacerdote indigno, a juicio del autor francés, es el político que abre de nuevo a España las puertas de Italia, eleva el tono de nuestro decaído ánimo y resulta ser el precursor en muchos aspectos del gran reinado de Carlos III. Precisamente por la vía Alberoni llegó a nuestro país un nuevo modo de hacer política, lo que nos vino muy bien después de tantos años de un imperialismo decadente, aquél del que dijera Quevedo que, como a los hoyos, nos hacían más grandes cuanto más tierra nos quitaban. Otro ilustre personaje, Melchor de Macanaz, siempre contrario a Alberoni, tenía que reconocerlo: «La España caminaba a su ruina, porque aunque la tiranizó Alberoni, al fin la puso en paraje de dar la ley a la Europa». Y no era Macanaz el único en pensar así, porque

siguiendo una nueva política internacional de prestigio, otros famosos gobernantes de la época, Patiño, Grimaldi, Carvajal, Ensenada... quisieron convertir al rey de España en el árbitro del continente.

Alberoni detestaba todo lo germánico: siempre sus paisanos del norte de Italia odiaron la presencia austriaca. Tampoco quería a los franceses y por ello se identificó con lo español, alentando el belicismo de Felipe V y la reivindicación de Parma y Toscana para los hijos de Isabel de Farnesio, ya que no era presumible que reinaran en España al estar por delante el príncipe de Asturias, hijo del primer matrimonio de Felipe V.

Todos estos factores nos llevan lógicamente a una política expansionista que ha de chocar con las potencias de la Triple Alianza, que empieza a advertir «el peligro español», especialmente en el Mediterráneo. Un resurgimiento inconcebible después de tanto desastre al que contribuyen, después de la buena administración de Orry, unos cuantos españoles de los que sabe rodearse Alberoni y que le sucederán en el gobierno. Son los Patiño, Campillo y Ensenada, que, entre otras cosas, dirigieron la adecuada utilización de los metales preciosos que llegaban de América y pusieron en marcha un plan para crear una poderosa marina.

Es posible que el cardenal italiano sobrevalorara los medios españoles. Se lanzó a una política agresiva. Los 15.000 hombres del marqués de Lede ocuparon Cerdeña sin lucha en 1717. Una nueva expedición de 35.000 hombres, bien armados y organizados, conquista Sicilia. Europa se asombra ante tal capacidad de reacción. El emperador se une a ingleses, holandeses y franceses. Todos contra España, formando la Cuádruple Alianza, pero ofreciendo a Felipe V ciertas compensaciones en Italia para mantener el equilibrio.

Alberoni no se dejó seducir. Organizó en Francia una conspiración contra el duque de Orléans, la llamada «conjuración de Cellamare» por el nombre del embajador español en París. Descubierto el plan, se produce la ruptura entre las dos ramas de la casa de Borbón, (1719).

El audaz cardenal busca lejanas alianzas con las potencias nacientes, Carlos XII de Suecia y Pedro I de Rusia. Y hasta apoya una expedición a Escocia en favor del pretendiente Estuardo y alienta un levantamiento de los húngaros contra el emperador Carlos VI, con ayuda de los turcos. Todo vale para Alberoni.

En aquel siglo de combinaciones internacionales vemos que los franceses atacan a la España borbónica. Manda el ejército invasor el duque de Berwick, al servicio de Francia, contra su antiguo señor, Felipe V. Este se dirige al norte, al frente de un cuerpo de ejército, mientras el propio Alberoni va con la reina al frente de otros dos. La situación se complica porque Seo de Urgel cae en manos de los franceses y la flota británica destruye los astilleros de Vigo. Entonces, Felipe V cree llegado el momento de sacrificar a Alberoni, y lo hace sin escrúpulo alguno, en uno de esos gestos de los reyes débiles que se desprenden de los hombres que les han servido leal y eficazmente, pero que les han dominado con firmeza frente a indolencia. El resentimiento latente sólo se manifiesta cuando presionan los enemigos comunes. El rey cree que se libera del poder que le domina. En realidad sólo pasa de un dominador a otro. Es una de las lacras de la

monarquía hereditaria cuando hay un soberano débil. Pero es también una de sus ventajas, al poder cambiar de gobernantes sin que el cambio produzca traumas, sin que se vea afectada la Institución real.

Alberoni sólo dispone de ocho días para abandonar España, a la que seguirá sirviendo lealmente desde Italia. Carlos III podrá beneficiarse más adelante de las consecuencias de su eficaz lealtad.

A España le convenía disponer de una tregua y por ello nos adherimos a la Cuádruple Alianza. Son los días en los que, entre cambio y cambio de alianzas, en el juego del equilibrio europeo, todos nos ofrecen la devolución de Gibraltar o el apoyo para recuperarlo y nadie cumple, empezando por el rey Jorge I y siguiendo por los franceses y por el Emperador. Son los días también de la abdicación de Felipe V, a la que antes nos hemos referido, y también los de su vuelta pocos meses después.

Ahora el cerebro y el ejecutor de la política española, llenando en vacío de Alberoni y cambiando nuestro papel en el juego europeo, será un aventurero holandés, Juan Guillermo de Ripperdá, de formación católica y supuesto origen catalán, un tipo con una imaginación delirante y muy pocos escrúpulos. Un personaje, por desgracia más que anecdótico, al que algunos historiadores incluyen en la línea de los grandes trapisondistas del siglo XVIII, como Casanova o Cagliostro.

Ripperdá, por su cuenta y riesgo, negoció en Viena, provocándonos una difícil situación entre los bloques enfrentados, las ligas de Hannover y de Viena. El curioso personaje duró en el favor real apenas un año, que le valió para ser nombrado primer ministro, duque y grande de España; títulos de los que fue desposeído al pasar del regio alcázar de Madrid al no menos regio de Segovia, convertido en cárcel. De allí huyó y parece ser que un tiempo después reapareció en Tetuán, convertido al islamismo.

\* \* \*

Afortunadamente el siguiente personaje que aparece en escena es don José Patiño, auténtico precursor del buen estilo de gobernar carlotercista.

Patiño había nacido en Italia. Era de origen gallego. Buena mezcla para darnos un buen político. En 1726 se había convertido en un verdadero ministro universal al reunir los despachos de Marina, Indias y Hacienda. Antes había pasado por ejecutar con eficacia una difícil tarea en Cataluña, donde tuvo que poner en marcha las controvertidas medidas del decreto de Nueva Planta. Sus cargos habían sido los de intendente general y presidente de la Junta del Principado. Fue una etapa compleja y llena de interés en cuyo relato y análisis no podemos detenernos ahora.<sup>5</sup>

Patiño fue un político a la altura de los grandes gobernantes de la época, como lord Walpole o el cardenal Fleury, uno de los más modestos, inteligentes y eficaces de la historia moderna de España. El historiador William Coxe no exagera al exaltar sus cualidades: ideas claras, solidez de actitudes, gran administrador, astuto y dulce a la vez —se ve al buen gallego-italiano—, diestro y firme, sagaz político... Parece que Coxe está describiendo todos los aspectos positivos del próximo reinado de Carlos III. Los positivos, claro es, ya que también los hubo negativos, como veremos a lo largo de esta biografía del rey Carlos y de toda una época.

En la parte final de este capítulo volveremos sobre el tema de la acertada tarea de don José Patiño como gobernante en España.

Durante aquellos años, en el terreno internacional mantuvimos una pequeña guerra contra los ingleses. Se redujo a combates navales en el Caribe y a un nuevo intento de sitio de Gibraltar, bien montado y emprendido con ímpetu, pero de nulo resultado. Una vez más tuvimos que plegarnos al sistema del equilibrio europeo. Todos nos dejaron solos y poco pudo hacer Patiño para impedir el tratado de El Pardo de 1728 en el que cedíamos a las presiones inglesas y lo mismo ocurrió en el tratado de Sevilla (1729) ante franceses y británicos<sup>6</sup>.

Menos mal que el gran Patiño había establecido una firme y sólida política nacional, costas bien artilladas, marina renacida y fuertes posiciones en el Mediterráneo, proyectada hacia los ducados italianos y Nápoles y Sicilia, con una estrategia defensivo-ofensiva enfocada hacia Africa, que dio, como consecuencia, la reconquista de Orán, con la nueva base naval de Cartagena como centro. Esta política sería seguida por Fernando VI y Carlos III.

También por aquellos días la casamentera Isabel de Farnesio arregló los matrimonios portugueses de sus hijos: María Ana Victoria, la rechazada por Luis XV, con el heredero de Portugal y Príncipe de Brasil, y el Príncipe de Asturias con doña Bárbara de Braganza. Esta maniobra doble se enfocaba políticamente a alejar al vecino país de su tradicional alianza inglesa reafirmada en el Tratado de Methuen.

\* \* \*

Francia buscó de nuevo la alianza española en su guerra por la Sucesión de Polonia. Es curioso recordar que durante su larga estancia en Sevilla (1729-1733), Felipe V vegetaba y sólo se animaba al saber que las viruelas ponían en peligro la vida de Luis XV. Pervivía en él la idea de unir las dos Coronas, idea que heredó Carlos III, incluso con el proyecto de llevar la capital de ambos reinos a Burdeos. Idea que se vino abajo al tener descendencia Luis XVI y María Antonieta.

Después de este inciso volvemos al nuevo tratado, que se firmó en El Escorial en noviembre de 1734 y que constituye el llamado primer Pacto de Familia.

Vuelven las victorias militares españolas y no precisamente por la ayuda de los Borbones de la familia francesa. El infante don Carlos, el futuro Carlos III que es ya duque de Parma, Plasencia y Toscana, cruza con sus tropas Italia, de norte a sur, y después de varias victorias del duque de Montemar<sup>7</sup>, entra triunfalmente en Nápoles, como verdadero rey, ya que Felipe V le ha cedido todos sus derechos. Iba a ser el digno descendiente de Alfonso V el Magnánimo, no un simple virrey como los que habían gobernado allí más de doscientos años. Pero quede toda esta bella empresa napolitana del rey Carlos para el capítulo correspondiente.

Había muerto ya Patiño. Una lamentable claudicación española da lugar a que las guerras de Sucesión de Polonia y de Austria —intereses de Francia que poco nos afectaban— nos hagan perder Parma y Toscana, que son cedidas al Emperador y a Francisco de Lorena, respectivamente.

El infante don Carlos sólo conserva las dos Sicilias y los llamados presidios de Toscana. Se frustran así las brillantes victorias militares de Montemar y del marqués de la Mina que habían expulsado a los austriacos de Parma y del Milanesado.

Siguió hasta la muerte de Felipe V aquel baile de alianzas y contralianzas derivado del Pacto de Familia. Francia nos obligaba a enfrentarnos a Inglaterra y Austria. El embajador inglés en Madrid, Keene, trataba de contrarrestar el peso familiar en la Corte. Jorge II, más bien pacifista, proponía un arreglo, pero Gibraltar seguía siendo un obstáculo insalvable porque los ingleses lo habían convertido para el pueblo en un tema de orgullo nacional.

El general Gages, que sucedió al duque de Montemar, obtuvo algunos triunfos parciales, pero no pasábamos de ser los hermanos menores del desdichado Pacto que nos vinculó a Versalles sin ventaja alguna.

Los hijos de Felipe V e Isabel de Farnesio, Carlos y Felipe, dieron muestras en Italia, en lo político y en lo militar, en salud y en cualidades, de ser muy superiores a los últimos Austria. No hay duda de que el cambio de dinastía supuso una gran mejora con la aportación de sangre nueva y de una nueva mentalidad más acorde con las corrientes de la época.

Pero Francia estaba siempre dispuesta a sacrificar los intereses españoles en la mesa de negociaciones. Una vez más su nuevo canciller, el marqués de Argenson, negoció a nuestras espaldas, dejándonos solos frente a austriacos y británicos. En Madrid se gritó ¡traición! y se dispuso la ruptura con Francia. Felipe V había caído gravemente enfermo y murió en el palacio del Buen Retiro el 9 de julio de 1746, con lo que Inglaterra vio el camino abierto para intentar llevar al nuevo rey, Fernando VI, a una política de neutralidad <sup>8</sup>.

\* \* \*

Según se lamentaba el marqués de San Felipe en sus conocidos «Comentarios», el estado de indefensión de España a principios del siglo XVIII era algo escalofriante. Los puertos estaban desprovistos, faltaban fundiciones y los arsenales se habían ido desmantelando.

Las unidades militares que se fueron creando siguieron el modelo francés que, al fin y al cabo, era el que se había impuesto en la guerra de Sucesión. Se renovó el Arma de Artillería y de él se desprendió el cuerpo de Ingenieros. Vuelvo a insistir en el asombro de los historiadores, Didier Ozanam, Palacio Atard, Domínguez Ortiz... al ver cómo en 1710 España contaba con un ejército imponente.

En 1728 se publican las Reales Ordenanzas Militares que se mantendrán muchos años, hasta las famosas de Carlos III. Otra medida importante fue la creación de las Milicias provinciales (1734), un poco al estilo de los somatenes catalanes y de la idea que han seguido los Estados Unidos con su Guardia Nacional.

Como figuras destacadas al frente de esos ejércitos ya hemos venido citando al duque de Montemar, al marqués de Lede, al marqués de la Mina, al general Gages. Al tratar del próximo reinado y de la personalidad y obra del marqués de la Ensenada ampliaremos algunos datos respecto al admirable resurgimiento del Ejército y de la Marina española,

de la absoluta prioridad que se dio al armamento naval. Por aquellos años se hacía famoso en Europa don Alfonso Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, con su obra «Reflexiones militares» que sirvió de modelo y lección a Federico II de Prusia, el gran rey militar que llevó a Marcenado a su Corte.

Pero esta política de prestigio, parte de autodefensa y parte de reclamación de derechos, no podía hacerse sin enormes gastos. El Ministerio de la Guerra consumía la casi totalidad de los recursos y de los ingresos ordinarios. La guerra contra Inglaterra, en nuestras costas, que soportaban sus ataques (Vigo, Pontevedra, Cádiz, Canarias...), en el Caribe, contra Gibraltar, contra los piratas, resultaba una verdadera ruina. Y las victorias en Italia salían muy caras, mientras Francia, la de los Pactos de Familia, no sólo no nos ayudaba sino que, además, nos implicaba en nuevos, lejanos y costosísimos conflictos, cuando no nos atacaba, entrando en San Sebastián, Fuenterrabía, Santoña (con la flota inglesa), Seo de Urgel, etc. etc. Manes del equilibrio dieciochesco, de las Triples y Cuádruples Alianzas...

A fines del siglo XVII, el Ejército tenía muy mala fama. Es flor deletérea de todas las épocas de crisis; se busca un responsable de los males y no se encuentra otro mejor que el que más da y menos recibe, al grupo de hombres que sirve a la patria con el lema de nuestros clásicos: «La Milicia no es más que una religión de hombres honrados».

No opinaba así, en 1681, el jurisconsulto Francisco de Amaya, que decía que el ejército era «una sentina de facinerosos, crueles, lujuriosos, piratas, robadores, perjuros y blasfemos». Hermosa retahila que la nueva dinastía se encargó pronto de convertir en opinión injusta y estúpida.

El nuevo sistema exigía un soldado por cada cien vecinos, mozo soltero, de 18 a 30 años y natural del lugar. Los reemplazos duraban tres años y los soldados formaban regimientos, al modo francés, de 500 hombres, que pronto serían 1.000. Estas unidades sustituían a los antiguos tercios.

El reclutamiento variaba de unas regiones a otras. En Galicia y Asturias, por ejemplo, subsistían en parte sus antiguas milicias y en Navarra y Vascongadas se aplicaban sus regímenes forales. Y no faltaban, de vez en cuando, las redadas de vagabundos, maleantes y algún que otro infeliz.

La nobleza seguía siendo el nervio, la columna vertebral de los Ejércitos, honor y obligación de las grandes familias, que recibían compensaciones con premios y títulos. Se daba gran importancia al fuero militar; la espada y la daga eran un privilegio, y curiosa costumbre que hoy nos parece puro anacronismo: los sorteos para el servicio de armas los hacía el párroco y en ellos se extraía un mozo de cada cinco, de ahí el nombre de «quinto» y de las «quintas».

En 1722 el Ejército tenía 59.000 infantes y 14.000 caballos, un instrumento carísimo, como todos los que estaban al servicio de las potencias europeas. En los regimientos, el nuevo armamento consistía en el fusil y la bayoneta. Los maestros de campo se llamaban ahora coroneles y entre los españoles se seguía demostrando valor a toda prueba, quejas a todas horas, poca afición a la infantería y deseo de ser todos caballeros. En conjunto, se iba abriendo paso la idea del servicio militar obligatorio, algo que acabó trayendo la

Revolución francesa, la izquierda política igualitaria, la misma, con la lógica evolución de los tiempos, que hoy pide la supresión de ese servicio. Y que, paradójicamente, es muy probable, por no decir seguro, que sea la derecha gobernante la que lo suprima en nuestro país. Así se volverá a los ejércitos profesionales, mercenarios al fin y al cabo, como en tiempos de Felipe II o de Felipe V.

Y nada tendría de particular que en una Europa unida se importaran también soldados, como se hacía con los suizos y lansquenets y como hoy se hace en varios deportes.

En lo que se refiere a la Marina, como la magnífica empresa de volver a crear una poderosa escuadra metropolitana y de ultramar, de artillar las costas y de construir bases navales, tuvo especial intensidad en el reinado de Fernando VI, por obra fundamental de Ensenada; dejamos el tema para el capítulo siguiente.

\* \* \*

No se puede gobernar con blandura y con vacilaciones. Una cosa es la suavidad en las formas y el consultar antes de decidir y otra la falta de voluntad, la improvisación y el dejarse llevar por el último que llega.

La administración de la nueva dinastía pareció tener bastante bien aprendida la lección que, «a sensu contrario», le habían ofrecido los Austria menores en la segunda mitad del xvii. Su primer intento fue aplicar desde posiciones mucho más sólidas, la política centralizadora en la que había fracasado la prepotencia de Olivares. Después de dura resistencia fue una política que acabó imponiéndose y hasta siendo un factor favorable de cohesión, al punto de que más de un historiador considera los primeros reinados borbónicos, y sobre todo el de Carlos III, como la primera vez en la historia en que España es verdaderamente una unidad nacional y estatal.

Felipe V no se propuso reformas estructurales. El profesor Domínguez Ortiz considera que no tenía todavía el sentido de la Ilustración y que lo único que pretendía era reforzar el Estado. Tal vez por ello tuvo que hacer varios intentos para controlar a una Iglesia prepotente, un verdadero Estado dentro del Estado.

La pieza esencial del sistema seguía siendo el rey, como lo era desde la Edad Media y lo sería hasta el fin del Antiguo Régimen, ya en el siglo XIX.

La idea de los nuevos gobernantes fue igualar a todos los súbditos del reino, sin distinción de regiones, igualdad de derechos y deberes con los castellanos, lo que de una parte podía ser considerado como un privilegio y de otra como una denegación de particularismos, lo que ahora algunos llaman el hecho diferencial.

Uno de los primeros acuerdos fue suprimir la anacrónica línea fronteriza entre el norte y el sur peninsular, si bien manteniendo los fueros de Navarra y Vascongadas. En esta política, como en todo lo demás, Macanaz se mostró intransigente y Patiño mucho más moderado.

En tiempos de Felipe V el Consejo de Gobierno o de Despacho fue desplazando al antiguo Consejo de Estado, que pervivió al lado de los de Guerra, Hacienda, Indias, Inquisición y Ordenes, pero el de Castilla era el primero y extendía su competencia a todos los reinos de la Corona<sup>9</sup>.

En 1721 se crearon las Secretarías que empiezan a llamarse ministerios, si bien siguen siendo simples instrumentos ejecutivos al servicio de la voluntad real. Lo que ocurrió es que algunos de esos secretarios demostraron gran personalidad y eficacia, acumulando varios ministerios, caso del admirable Patiño o de su sucesor, el asturiano José del Campillo, más administrador experto que político avisado. Su gobierno duró poco, pues falleció al año y medio de llegar al poder, pero dejando ejemplo de actividad y buen criterio, apropiado precursor del marqués de la Ensenada y de la forma de gobernar en el reinado de Carlos III.

En 1711 se trasladó a España el modelo francés de las Intendencias, con altos funcionarios al frente que acumulaban tareas de policía, hacienda y guerra. Su labor se extendió a todas las provincias en 1749, surgiendo algunos problemas de competencia con los Corregidores y con las Audiencias, problemas que llegaron a preocupar en su día a Carlos III. El rey supo aplicar bien el lema del caballero antiguo; «suaviter in modo, fortiter in re». Para él no había más competencia que la suya.

En los antiguos reinos, principados y señoríos de la Corona, los Capitanes Generales sustituyeron a los virreyes y, en general, todos aquellos altos cargos se siguieron confiando a la nobleza, una auténtica burocratización aristocrática, pues el que no era noble de cuna era ennoblecido casi siempre cuando llegaba a las alturas del gobierno. Algún autor, como Baudrillart, subraya el hecho del frecuente y grande acceso a la administración de vascos, navarros y asturianos, hasta el punto de despertar celos en las otras regiones.

\* \* \*

Los conflictos entre los dos poderes, el del Estado y el poder temporal de la Santa Sede, no son una novedad que trae a España la nueva dinastía. Tampoco algunas derivaciones de tan delicada cuestión en determinados aspectos espirituales y no digamos en cuestiones de intereses económicos y de influencias sociales. Como aficionado a los estudios históricos vengo encontrándome con diversas facetas este casi eterno problema, al menos desde que Recaredo se convirtió al catolicismo. Y no digamos en tiempo de nuestros Reyes Católicos por antonomasia y de sus dos grandes sucesores, don Carlos y don Felipe, exactos en el principio de dar a Dios lo que es de Dios etc., etc.

Pero hay quienes tienen ganas de buscar tres pies al gato y llevan años queriendo cargar las tintas de irreligiosidad y de peligrosos contubernios masónicos o Dios sabe qué, en los años de los reinados borbónicos del xviii, para llegar a las máximas diatribas en el de nuestro biografiado, don Carlos III, que Dios guarde. Que por cierto era, así como sus predecesores en el trono, un católico, apostólico, romano que, en muchos aspectos, casi podría considerársele como ejemplar, y en ciertas devociones casi un beato.

Para mayor seguridad en los datos y opiniones respecto a tema tan espinoso y discutible, voy a seguir aquí, muy sintéticamente, algunas ideas del insigne profesor Palacio Atard, que nos ofrece todas las garantías de su ciencia y prudencia.

Dice el citado historiador que el regalismo es una cuestión capital en el siglo XVIII. Pero advierte enseguida que no es lo mismo regalismo que jansenismo. Hay un jansenismo doctrinal, el de las cinco proposiciones condenadas por Inocencio X, y otro histórico o político. Hay también que tener en cuenta que por los años del reinado de Felipe V, el regalismo fue defendido ante el trono y en el púlpito por los reverendos padres jesuitas Robinet, Fèvre y Rávago, éste de gran influencia en Palacio.

El problema latente no es sino una manifestación actualizada de la vieja pugna entre la Monarquía todopoderosa y el Pontificado, no como cabeza espiritual sino como reflejo en la actuación en cada país europeo de los poderes efectivos que lo representan. Poderes de la curia que más de una vez se han convertido en abusivos. Su choque con un absolutismo que los reyes del xviii quieren robustecer, se convierte en inevitable, aunque los matices varían según quienes sean los protagonistas<sup>10</sup>.

No todos los regalistas son civiles, como el famoso Macanaz, del que pronto nos ocuparemos con algún detalle, personaje que concitó contra él las iras de las antiguas aristocracias. También hubo regalistas eclesiásticos, como el obispo Solís, y gran regalista fue el cardenal Alberoni.

Las tensiones lograron suavizarse a través de múltiples negociaciones, contando siempre con la catolicidad de nuestros monarcas. Así se llegó al Concordato de 1753, del que los responsables máximos fueron don Ventura Figueroa y el siempre influyente padre Rávago. Una frase de Ricardo Wall, ministro en el siguiente reinado, viene a resumir la teoría:

«La Iglesia está en el Estado y el Estado debe protegerla».

En el campo de la cultura, término tan elástico, el tono deprimido de los años finales del siglo XVII se prolonga en los primeros de la siguiente centuria.

Las obras más importantes, como comprueba el profesor Domínguez Ortiz, se publicaban en el extranjero hasta el fenómeno sociocultural que supuso la aparición de la obra de Feijóo, el sorprendente benedictino.

En España, una costumbre inveterada que se ha prolongado hasta nuestros días, es la de leer lo menos posible. «Lejos de nosotros la funesta manía de leer», podríamos decir parafraseando el lema de la Universidad de Cervera, de tan injusta y exagerada mala fama. Cosa que se demuestra porque a partir de los años en que funciona dicha Universidad, se empieza a leer algo más, en torno a 1720. Y con frecuencia, gracias a la enseñanza de los jesuitas, algunos de ellos, los afrancesados de la época.

La miseria intelectual del pueblo, incluyendo a las clases medias y aún más arriba, se prueba con las publicaciones más frecuentes: villancicos, sobre todo, sermones, oraciones fúnebres, morralla jurídica... en forma casi siempre de pequeños folletos, almanaques y hojas sueltas.

Había, claro es, escasas y laudables excepciones, tertulias al modo francés en algunas casas de la nobleza, como la del duque de Montellano en Madrid, del marqués de Villatorcas en Valencia, dos o tres más en Sevilla.

Pesaban mucho las opiniones que se difundían en pulpitos y confesonarios: las nuevas ideas científicas, procedentes en general de Inglaterra (Newton, Harvey, Boyle...),

suponían un grave peligro para la religión.

La Universidad valenciana estaba más abierta a las novedades y los catalanes con medios se iban a estudiar a Toulouse, si bien Cervera iba ganando prestigio con un profesorado, caso de Finestres, que trataba de mezclar provechosamente lo religioso y lo profano. Repito que en este terreno fue notable la labor de los jesuitas, como más adelante confirmaron desde Italia, después de su expulsión.

En 1726 publicó el padre Feijóo su «Teatro Crítico Universal» de asombroso y rápido éxito y difusión, así como sus «Cartas eruditas».

Dice de él Domínguez Ortiz que parecía escandaloso pero era más bien tímido, aunque con la pluma en ristre era atrevido y, desde luego, antioscurantista. Su obra dependía, en parte, de las publicaciones que recibía del extranjero.

Dada su longevidad y fama, alcanzó los reinados de Fernando VI, de cuyo favor gozó, y también de Carlos III, aunque su mentalidad y estilo son más bien los de un pensador y divulgador de principios de siglo, hombre de transición entre dos épocas.

Más moderno y profundo que el ilustre benedictino fue don Gregorio Mayans y Siscar, destacado en la crítica histórica y por sus agudos comentarios sobre supuestos milagros y la proliferación de reliquias.

Estos atrevimientos críticos le llevaron a ser víctima de la censura, que siguió activa durante el reinado de Felipe V, en el que, como contraste, la iniciativa privada de la nobleza dio lugar a la creación de la Real Academia de la Lengua, idea y obra del marqués de Villena, duque de Escalona; de la Real Academia de la Historia, que lo fue de Agustín de Montiano, del Padre Burriel, de Pérez Bayer y del Marqués de Valdeflores, y de la Real Biblioteca, por influencia de Macanaz.

<sup>1</sup> Véase «España a destiempo», del autor de esta obra (Ed. Rialp, Madrid 1988).

<sup>2</sup> Vascos Orendain y de la Cuadra.

<sup>4</sup> «Philippe V et la Cour de France».

<sup>3</sup> Jean Baptiste Orry fue muy elogiado en sus «Memorias» por el conde de Saint-Simon.

<sup>5</sup> Vuelvo a recomendar, junto a las clásicas obras sobre el tema de Vicens Vives y Ferrán Soldevila, ver «Los Catalanes en la Historia de España» (Ed. Biblioteca Nueva, Madrid 1996).

<sup>6</sup> En el Tratado de Sevilla hubo, al parecer, una convención aneja para la devolución de Gibraltar y Menorca en seis años (Dolores Gómez Molleda así lo afirma, Béthencourt lo pone en duda).

<sup>7</sup> La victoria de Bitonto, una de las más gloriosas batallas del ejército español, comparable a las más grandes del Gran Capitán, facilitó la conquista de Nápoles y Sicilia frente a los austriacos. Por cierto que el Papa, esta vez, estuvo a favor de España.

<sup>8</sup> Felipe V llevaba ya una larga temporada «con la cabeza perdida». Paseaba desaliñado por los salones de Palacio, quería ir de pesca a media noche y pretendía montar en los caballos de los tapices. Sólo se distraía con los armoniosos trinos de Farinelli.

<sup>9</sup> Fueron suprimidos los Consejos de Aragón, Italia y Flandes, y luego el de la Cruzada.

<sup>10</sup> Como consecuencia de la posición pro-austriaca del Papa durante la Guerra de Sucesión hubo momentos muy tirantes entre los dos poderes. Felipe V llegó a expulsar al Nuncio de Su Santidad. Tres mil eclesiásticos

catalanes acabaron en el exilio romano. Después de Utrecht se llegó a una sincera reconciliación. Al menos de momento...

### III

## FERNANDO VI - EL TIEMPO DE ENSENADA

España ante sí misma.—El valor de la iconografía.—Personalidad de un rey pacífico.—Doña Bárbara de Braganza.—Carvajal y Ensenada, entre Inglaterra y Francia.—Ricardo Wall.—El marqués de la Ensenada, espejo de gobernantes y de hombres de Estado.—Melchor de Macanaz.—El Concordato de 1753.—El panorama internacional.—El reinado positivo de Fernando VI, pórtico para el gran reinado de Carlos III.

«El gobierno fue francés en tiempo de Luis XIV, italiano en el resto del reinado de Felipe V; pero ahora va a ser español y nacional».

Esta frase del marqués de Argenson, ministro de Estado de Francia, tiene su parte de verdad y un tanto de exageración. Es cierto que los nuevos monarcas de la casa de Borbón no tardaron en identificarse con España y con sus intereses, pero cierto es también que Felipe V seguía siendo un príncipe francés, nieto nada menos que de Luis XIV que le había puesto en el trono de Madrid y mandaba con autoridad en su descendiente y protegido.

Además, lo francés había entrado en la Península desde antes de 1700, en modas, costumbres y estilo, que siguen al imperio como la sombra al cuerpo. Lo mismo había ocurrido el siglo anterior, cuando España se imponía en Europa. Nuestra cultura áurea había ido muriendo poco a poco, no la mató la Ilustración que venía.

Fernando VI al llegar al trono hereda una situación en la que, por primera vez desde tiempo de Carlos I, España se ve enfrentada a sí misma, en su área geográfica peninsular, pero con la obligación de defender las Indias lejanas y su comunicación con ellas. Quedan también a la orilla del mar las dos reivindicaciones, consecuencia del reinado anterior: Menorca y Gibraltar. Ensenada diría por aquellos años: «La restitución de Gibraltar es cuerda delicada para que se toque en su día». El día de nunca acabar... Ahí sigue.

\* \* \*

Si preguntáramos a cien españoles elegidos al azar cuál era el parentesco entre Fernando VI y Carlos III despertaríamos en la mayor parte de ellos un auténtico mar de dudas. Dos hermanos por parte de padre, no cabe más diferentes. Apenas hay contactos entre ellos, viven mundos distintos y, sin embargo, el reinado de Fernando pone las bases de gobierno que van a ser fundamentales para la gran etapa de su hermano.

Las diferencias vienen marcadas esencialmente por la personalidad de sus respectivas madres. Si no tuviéramos mayor información, nos bastaría con las imágenes. Gran valor el de la iconografía como auxiliar de la historia. Nos basta ver de una parte a esa María Luisa Gabriela de Saboya, primera mujer de Felipe V y madre de Fernando VI. Pintada por Menéndez<sup>1</sup> se nos aparece suave, blanda, delicada, con un sí es no es de infantilismo. De otra parte, en llamativo contraste, doña Isabel de Farnesio, segunda esposa de don Felipe y madre de Carlos III en el retrato de Juan Ranc del Museo del Prado. Enérgica, imperial, de rasgos firmes, en la línea de sus contemporáneas María Teresa de Austria y Catalina de Rusia.

María Luisa Gabriela murió muy joven, mientras que Isabel de Farnesio dispuso de largos años para hacer su propia política encaminada siempre a situar a sus hijos Carlos y Felipe en los tronos italianos ya que no era posible su acceso al de España, al estar por delante el príncipe de Asturias.

Fernando VI llega a ser rey a los treinta y tres años, en edad muy adecuada para poder gobernar pero con escasas condiciones para ser un monarca absoluto, como estaba obligado a serlo porque así lo marcaba la hora histórica. Por fortuna había pasado el tiempo de los validos en cuyas manos hubiera caído en otras épocas. Ahora los gobernantes más que políticos eran buenos administradores, intendentes en el más amplio sentido, hacendistas, formadores de equipos de eficaces colaboradores, gentes que llegaban al gobierno cargadas de experiencia y, a partir de Patiño, como dice un historiador, con el estímulo del hispano patriotismo. Claro es que al llegar a ciertos altos niveles estaban obligados a hacer política en el más amplio sentido, y algunos, los más excelsos, adquirirían categoría de verdaderos hombres de Estado.

Estos gobernantes hicieron que el absolutismo, que el paternalismo del despotismo ilustrado, desde su inicio en el reinado de Fernando VI, cree un puente de eficacia y de política entre el rey y el pueblo. Suplen con ventaja a unas Cortes que no funcionaban desde hacía largos años y a una serie de Consejos, demasiados, que sólo creaban burocracia y conflictos de competencia.

El acierto en la elección de colaboradores permitió a Fernando VI cubrir sus muchas deficiencias y tener un corto pero muy positivo reinado.

Hace años recogí la crítica de algún moderno historiador que acusa a los monarcas «ilustrados» de no haber prestado la atención necesaria para mejorar directamente la vida del pueblo, que aún viviendo en paz en tiempos de don Fernando, se gastó mucho en preparativos militares y navales. Hay quien saca a relucir, incluso, un trato discriminatorio a los gitanos. Es una visión corta y anacrónica que no puede negar la evidencia histórica, pero juzgan, o quieren hacer ver que juzgan, con criterios políticos de partido de fines del siglo XX.

Pronto veremos si Carlos III y sus ministros no fueron un ejemplo para todos los tiempos en materia de mejorar la vida y condición de los españoles en general.

Dicen sus contemporáneos que Fernando VI era tímido, afable y modesto. Durante el reinado de su padre se vio un tanto preterido. No en vano mandaba la madre de sus medio hermanos, Isabel de Farnesio, y mientras vivió su hermano mayor, Luis I, se

mantuvo a su lado con admiración y respeto. La iconografía nos ayuda también a conocer al personaje, a pesar de que los pintores, hasta Goya, eran muy dados a la benevolencia con la realeza.

En el Fernando VI joven, de pintor anónimo, que conserva el Museo de San Martino de Nápoles, se aprecia bien su carácter. Años más tarde, casado ya con Bárbara de Braganza, seguía siendo, según los cronistas, «un hombre de bien, tocado de hipocondria como su padre, celoso de su dignidad e independencia, esencialmente pacífico (lo contrario que el belicoso Felipe V) y propenso a llamarse amigo de todos».

Don Fernando, en cambio, se parecía a su padre en su sentido del deber, de su oficio de rey, con verdadero amor a España.

Padre e hijo no sabían actuar sin la influencia femenina. Doña Bárbara de Braganza la ejerció con habilidad, a pesar de su limitada inteligencia y de su carencia de ambición, tal vez porque carecía de hijos. En cambio en las cosas pequeñas era codiciosa y a veces se mostraba triste y asustadiza; puede que fuera porque aún sentía en torno el recuerdo, la sombra de la poderosa y absorbente personalidad de Isabel de Farnesio<sup>2</sup>.

El amor de Felipe V a la guerra fue en su hijo afición a la música y a la caza. El tenor italiano Carlos Broschi, el famoso Farinelli, fue uno de los personajes más influyentes de la época, si bien no se aprovechó de ello para inmiscuirse en política.

No era bella doña Bárbara de Braganza. Casi niña nos la presenta el retrato de Domenico Dupral, en el Museo del Prado, seria, correcta, algo insignificante. Luego parece ser que se fue afeando, si bien lo compensaba algo con su aventajada estatura y noble porte, que con los años se volvió excesivamente voluminoso.

Doña Bárbara llevó con discreción una política proportuguesa, que indirectamente resultaba probritánica. La reina tenía ya treinta y siete años al subir al trono, que compartió durante diez con su esposo, matrimonio siempre muy unido pero que sin embargo no tuvo descendencia.

\* \* \*

Una cualidad fundamental para el gobernante es el don de la buena elección. Al político que pudiéramos llamar profesional le resulta más difícil elegir con acierto y oportunidad, ya que vive sujeto a compromisos, debe favores que tiene que pagar, depende de la disciplina de partido, puede estar tentado por el cohecho, la corrupción, la venganza, le condicionan los poderes fácticos... Es una de las grandes ventajas de la monarquía, o al menos lo era en la época del absolutismo. El rey podía elegir libremente sus colaboradores pensando únicamente en el bien del Reino, en la buena marcha de la cosa pública, en que el éxito del gobernante o del funcionario elegido repercutía automáticamente en su éxito, en la exaltación de su nombre ante sus contemporáneos y ante la Historia.

Cierto es que existía el riesgo del capricho, de la audacia del advenedizo, las presiones de alcoba y las intrigas de las posibles camarillas, pero, a mi juicio (expresión que utiliza sin ton ni son un importante político de nuestros días), esos riesgos son mucho menores que aquellos a los que está sometido el gobernante de partido elevado al poder del Estado o al ejercicio de la administración politizada. En todo caso, la época que estamos

historiando es una admirable muestra de acertado criterio selectivo de unos monarcas que, en líneas generales, decidían libres de trabas y compromisos.

En esta línea de aciertos, Fernando VI reparte el poder entre dos personajes que no son dos recién llegados, pues venían dando muestras de sus condiciones desde tiempo atrás.

Por ser casi simultáneas sus tareas de gobierno y por el equilibrio bien buscado entre sus cualidades para aplicarlas según las circunstancias, es difícil separar a don José de Carvajal y Lancáster de don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, sobre todo en lo que a política exterior se refiere. No así en materias de alta política interior y talla de auténtico hombre de Estado, soberano ejemplo de eficacia, en la que el segundo de los citados, más conocido por su título de marqués de la Ensenada<sup>3</sup>, no admite parangón en su tiempo y está a la altura de los mejores gobernantes de nuestra Historia. De esa extensa faceta nos ocuparemos un poco más adelante.

Don José de Carvajal y Lancáster era un noble extremeño, con sangre portuguesa e inglesa, lo que debió influir en sus inclinaciones y muy claros conceptos de política exterior. Era diplomático, aunque por entonces no existía la carrera como tal. Había desempeñado el gobierno del Consejo de Indias. Fernando VI le encomendó la Secretaría de Estado y en ella se mostró ferviente partidario de la alianza inglesa, con visión de nuestros intereses de presente, especialmente atlánticos, y por la experiencia histórica de los mejores tiempos de Carlos I y de Felipe II.

«España e Inglaterra no tienen intereses contrapuestos. En realidad se complementan», decía Carvajal, si bien condicionando la alianza inglesa a la devolución de Gibraltar y Menorca<sup>4</sup>.

Don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, fue precisamente quien descubrió a Carvajal como político y le lanzó como gobernante. Ensenada pertenecía a una familia hidalga de la Rioja y se había distinguido ya en el reinado anterior, en la guerra y en la paz. Era un hombre de la estupenda escuela hacendística y administrativa de don José Patiño. Sus primeros servicios distinguidos se los prestó en Nápoles al futuro Carlos III y de él recibió su título nobiliario, lo que le vincula desde un principio a nuestro biografiado.

Es posible que esta relación desde sus orígenes políticos con un monarca de la casa de Borbón le llevara a su preferencia por la amistad con Francia, si bien sin confundir nunca amistad con dependencia. En esta línea debió mantener una colaboración, o al menos relación indirecta, con el padre Rávago, confesor real, santanderino de noble estirpe, que ejerció una prudente influencia profrancesa con el rey.

Ensenada y Carvajal sólo se parecían en la eficacia y en sus patrióticos y competentes servicios. En lo demás eran opuestos como los dos polos.

A Carvajal le describen sus contemporáneos como sobrio, austero y casi desaliñado, a pesar de su rango y carrera. El artista que le pintó para el retrato existente en la Real Academia Española debió extremar el cuidado para presentárnoslo apuesto y elegantemente ataviado.

En cambio don Zenón tenía bien merecida fama de opulento, fastuoso y gastador, con gran don de gentes. El rey le reprochó un día sus lujos y dádivas. «Señor, por la librea

del criado se debe conocer la grandeza del amo» —le contestó el ministro.

Los dos grandes Secretarios no llegaban a chocar frontalmente. Su duelo a distancia se prolongó durante seis años de un modo hábil y fructífero para el país, Carvajal en Estado y Ensenada acumulando Marina, Guerra, Hacienda e Indias. Cada uno tenía su esfera de acción, pero sus fuertes personalidades tenían que pesar inevitablemente en la disyuntiva de política internacional, no sólo de aquellos días sino que supuso el prólogo de la cuestión clave del reinado de Carlos III en materia de asuntos exteriores, como tendremos pronto ocasión de estudiar con mayor detalle.

La muerte de Carvajal en 1754 abrió un interrogante político pues si le sucedía Ensenada al frente de la política internacional los planes británicos se vendrían abajo. Para Inglaterra era casi un duelo nacional y el embajador en Madrid, el veterano y experto Keene, vuelca sus influencias para lograr que el amigo «sincero, honrado y noble» sea sustituido por cualquiera menos por Ensenada.

Durante un breve paréntesis ocupó la Secretaría de Estado el duque de Huéscar<sup>5</sup>, que luego lo sería de Alba, y por fin es nombrado el hasta entonces embajador en Londres, Ricardo Wall.

La conspiración contra Ensenada tergiversó con malevolencia su intervención en el famoso caso de la Colonia de Sacramento.

Vamos a procurar un relato breve del histórico episodio. España y Portugal, la aliada de Inglaterra, habían llegado a un acuerdo en sus disputas en el Río de la Plata firmando un tratado en 1750 en el que recuperábamos la Colonia de Sacramento<sup>6</sup> a cambio de un territorio de 500 leguas cuadradas, Yacuy, de las misiones jesuíticas del Paraguay. Ensenada se opuso, no sólo por considerar el tratado perjudicial para España, sino porque además se dirigió secretamente a su antiguo protector, el rey de Nápoles, nuestro Carlos III, en quien todos veían ya al futuro rey de España, propugnando un acuerdo secreto con Francia para contrarrestar el tratado de 1750.

Los enemigos de Ensenada inventaron unas instrucciones del marqués a los ejércitos españoles en el golfo de Méjico para que se prepararan para atacar a los ingleses. Además le acusaron de formular, de acuerdo con el padre Rávago, jesuita y confesor del rey, una rebelión de los indios expoliados en las misiones del Paraguay, lo que era totalmente falso. Son las habituales campañas de insidias y calumnias que en todos los tiempos se lanzan para combatir al hombre íntegro y con autoridad que sabe dónde va<sup>7</sup>.

Calumnia, efectivamente, que algo queda. Fernando VI, y más todavía doña Bárbara, se dejaron llevar por la corriente y Ensenada fue condenado al destierro en Granada, cuando estaba en plenitud de facultades y dispuesto a continuar su formidable labor revitalizante y modernizadora de España. De ella vamos a ocuparnos enseguida, no sin considerar aquí las preferencias del autor que esto escribe por el Ensenada gobernante y administrador sobre el Ensenada diplomático, ya que no podemos estimar como muy acertadas sus implicaciones en la política exterior, en la que, sin duda, influyó su admiración por lo francés y su devoción, que venía desde Nápoles, al futuro Carlos III.

Nunca debe contar el que sirve fiel y eficazmente a la Corona con la gratitud real. Más bien lo contrario. La historia nos ofrece continuas muestras de esa reacción del señor que

casi siempre prefiere hacer olvidar su vinculación a la etapa anterior y apuntarse a la que viene. Es una ventaja, no muy bonita pero muy política, que tiene la Corona en la jefatura del Estado y que es mucho más difícil en la presidencia de las Repúblicas.

Dice un historiador que para sustituir al marqués de la Ensenada no bastaba un hombre: el de Valparaíso fue a Hacienda, don Sebastián Eslava a Guerra y Arriaga a Marina, que difícilmente podían llenar el vacío dejado por don Zenón de Somodevilla.

El nuevo Secretario de Estado va a ser don Ricardo Wall, embajador en Londres y recomendado por el duque de Alba, antes de Huéscar, fiel seguidor de la política de Carvajal. Fue también una victoria diplomática del embajador inglés en Madrid, el incombustible Keene, que logró también la destitución del padre Rávago.

A pesar de estos orígenes probritánicos, Wall fue un verdadero ministro de España y supo servir con valor e inteligencia la política de neutralidad que procuró seguir a ultranza el rey Fernando.

Volveremos sobre la actuación de Wall al tratar en este mismo capítulo de la política exterior de la época, la que iba a heredar muy pronto Carlos III.

\* \* \*

La figura de don Zenón de Somodevilla en cuanto a capacidad, eficacia e inteligencia en la elección de sus objetivos de gobierno tiene difícil parangón en nuestra historia. Se pregunta el profesor Palacio Atard, máxima autoridad en la materia, cómo un tal personaje no tiene todavía la biografía que se merece. Confieso mi predilección por Ensenada y lo tentadora que es la idea, si bien por ahora esa admiración se tiene que limitar a unas líneas de referencia a la obra de tan gran ministro. Confieso también que al hacer este elogio, que no es elogio sino una escueta relación de alguno de sus méritos, puede dar la impresión de que quito trascendencia y relieve al reinado del que me voy a ocupar en este libro. Y creo que no es así, pues si ingente y precursora fue la obra de Ensenada, se habría frustrado de no venir a continuación don Carlos III, que fue como el espíritu del gran don Zenón elevado al trono, con años por delante para completar, rematar, extender y multiplicar todo lo que para el beneficio interior del país y de sus habitantes había proyectado y realizado Ensenada en tiempos de Fernando VI.

La idea clave de las dos figuras históricas, el rey don Carlos y el ministro marqués, fue algo fundamental y que muchos olvidan, que para ser alguien y que te respeten, lo primero es poner la casa en orden, ser fuerte, estar en forma. Luego podrás inclinarte de un lado o de otro, o quedarte en medio, en una inatacable neutralidad.

Ensenada se ocupó de mejorar a España en todos los terrenos, pero su tarea histórica está unida esencialmente a la creación de una poderosa escuadra y, en general, al fortalecimiento de las fuerzas armadas<sup>8</sup>.

La Casa de Austria había dejado una marina ruinosa, cuatro navíos de línea podridos que «apenas podían aguantar el fuego de sus propias baterías». Ensenada puso en pleno rendimiento los astilleros y los arsenales de La Carraca, El Ferrol, Cartagena y La Habana, erigió el Colegio de Guardias marinas en la Isla de León, creó escuelas de pilotaje en Sevilla, estimuló la construcción naval en los puertos del Cantábrico, todo lo necesario para que, al cabo de pocos años, antes de morir Fernando VI, España disponía

de 44 navíos de línea, 19 fragatas, 14 jabeques, 4 paquebotes y 4 bombardas. Es decir, una Armada para imponer respeto a ingleses, franceses y holandeses.

Tuvo Ensenada el acierto de utilizar los conocimientos de tan ilustres personalidades como Jorge Juan, al que envió a Inglaterra en busca de información, Antonio de Ulloa, que cumplió igual misión en Francia, Países Bajos, Prusia y Escandinavia, y el experto marino Antonio de Gaztañeta, que le aportó valiosas ideas.

En su tiempo don Francisco Cornejo conquistó Orán y don Juan José Navarro obtuvo la importante victoria del cabo Sicié, no yéndose más allá en las hazañas bélicas debido a la prudente política neutralista de Fernando VI.

Con la mentalidad de hoy podría criticarse el aumento de gastos que suponía el gran incremento de la construcción naval así como la potenciación de los Ejércitos. Hay que ponerse en aquel tiempo, en una época en la que ser español, sentirse miembro de una gran potencia en el concierto europeo, con proyección atlántica y mediterránea, era algo más que una expresión patrioterica sin ser tampoco una prueba de ambición imperialista. ¡Ha llovido tanto desde entonces!

Debemos recordar que el embajador inglés Keene, traduciendo la alarma de su país ante el resurgimiento español, fomentó la campaña anti-Ensenada que provocó la caída del gran ministro (julio 1754), lo que le llevó a exclamar alborozado: «¡Ya no está Ensenada, ya no se construirán más barcos!»<sup>9</sup>

No olvidemos tampoco que la política naval de aquellos días contribuyó de modo importante al progreso científico de España, progreso que quedó cortado con el cambio copernicano que supuso para nuestro país la Revolución francesa. Bien saben las grandes potencias de nuestro tiempo cuánto han servido a la ciencia la investigación y los trabajos relacionados con la defensa nacional.

En ese campo de la defensa, en el más amplio sentido, la labor de Ensenada fue extraordinaria. Los objetivos fundamentales de su política en este terreno fueron tres: a) la salvaguardia del territorio, b) la creación de un sistema estratégico de fortificaciones y c) potenciar los recursos económicos, ordenar la administración y proteger el comercio.

Durante el reinado de Fernando VI, con el aliento de Ensenada, se creó el Cuerpo de Ingenieros, así como los Guardias de Corps y se reformó la Compañía de Alabarderos, «que sirvió de honroso descanso para sargentos».

Se instituyeron también los Cadetes, sistema de ingreso en las Armas para nobles y, en otro aspecto, se fortalecieron las Milicias Provinciales. Ya no imploraban la caridad pública los veteranos, para los que se crearon cómodos retiros en Toro, Algeciras y San Roque.

Eran tiempos de neutralidad armada y vigilante. Necesitábamos un largo período de paz para recuperarnos.

\* \* \*

Muy útiles debieron ser para Ensenada los informes que le trajeron Jorge Juan y Ulloa de sus viajes a varios países, así como también sus buenos contactos italianos. De todo ello pudo confirmar que para que una nación progrese y se alinee entre las grandes

potencias es necesario desarrollar las industrias, fomentar el comercio, poner en valor los recursos naturales del país.

Estábamos acostumbrados a creer que se podía vivir de la Mesta como en la Edad Media, que bastaba con cambiar lana por tejidos y soñar con los metales nobles de las Indias que, o se quedaban por el camino, por arte de piratas y bucaneros, o iban a parar a manos extranjeras de usureros, o se dilapidaban en gastos suntuarios o de guerras ajenas.

Gran parte de la riqueza nacional estaba en poder de las llamadas «manos muertas», sin producir o con producción escasa, y después de varios años de arbitrios bien intencionados pero teóricos, era preciso pasar a una etapa de decisión y de ejecución práctica.

Un paso esencial para llevar a cabo esta política era tratar de cambiar la mentalidad de las gentes, formar los equipos de técnicos y expertos que salieran de los colegios sabiendo algo más que el «trivium» medieval. Una serie de medidas características de la Ilustración, algo de lo que años después llamó Costa una política de «despensa y escuela», política para la que hacía falta poner inteligencia y constancia, y también autoridad, ordeno y mando, algo que nunca gusta a las gentes pero que a veces es muy necesario.

El marqués de la Ensenada fue el hombre de Estado, el gobernante capaz de llevar a la realidad todas estas ideas de la época que acabamos de ir resumiendo. La simple enumeración de alguna de sus obras nos dará idea de la eficacia de su relativamente corta etapa de gobierno que tan bien supo continuar durante todo su reinado don Carlos III. El lector sabrá añadir a la reducida lista de obras la trascendencia de las mismas. Algunas de ellas tenían su origen en el reinado de Felipe V, pero la mayor parte se debieron totalmente al talento y visión de futuro de don Zenón de Somodevilla.

Siguiendo a su maestro, don José Patiño, y como verdadero precursor del reformismo creativo carlotercista, Ensenada hizo canales como el de Castilla, abrió la comunicación entre las dos Castillas atravesando el Guadarrama<sup>10</sup>, comunicó a Santander por carretera, creó el Observatorio Astronómico de Cádiz, las fábricas de armas y municiones que hasta hoy han servido al Ejército español, e inició el Jardín Botánico, el Fomento de la Cría Caballar, los silos cerealistas. De su tiempo vienen las primeras sociedades médicas, las compañías mercantiles de Caracas, Sevilla, Habana, Barcelona..., los socorros a los pobres y las medidas contra vagos y maleantes. Protegió a las Reales Academias recién creadas y ayudó a la fundación de la de Bellas Artes de San Fernando y a las de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla (1751-1752)...

Todo ello sobre la base de una Hacienda pública que subió las recaudaciones del Tesoro de 53 a 90 millones de ducados, sin extorsiones y sin aumentar las gabelas, unificando impuestos<sup>11</sup>, elevando los caudales que venían de las Indias de cuatro a seis millones anuales.

Ensenada creó el Catastro que lleva su nombre, obra imperecedera no superada hasta tiempos bien recientes.

Durante su etapa de gobierno la expansión demográfica fue en rápido aumento, se desarrolló la burguesía, sobre todo en la periferia, con fuertes clases medias en las zonas

urbanas en Cataluña, el País Vasco, Navarra, Levante, la región Cántabro-Astur, Galicia y en el binomio Sevilla-Cádiz. Se creó también la estructura radial de las comunicaciones partiendo de la capital del país. Se recortaron los privilegios de la Mesta, los salarios alcanzaron su punto óptimo, se concedió la nobleza por fuero a los vizcaínos y el centralismo no perjudicó el desarrollo armónico de toda la nación, todo lo cual debemos considerar, como dice un historiador, con la medida y la mentalidad de la época y no con la visión de nuestra contemporaneidad, a la que más de un autor es muy aficionado.

\* \* \*

Otro personaje de larga andadura que vivió durante cuatro reinados fue don Melchor de Macanaz, político controvertido y de influencia diversa en los muchos campos a los que extendió su inquieta personalidad.

Macanaz fue una mezcla de tipo serio y capaz y de aventurero de la política, con notas de arbitrista y de una peculiar religiosidad.

En tiempos de Felipe V había gozado del favor real, ostentando cargos diplomáticos que le llevaron a ser el negociador con Inglaterra en Breda. Allí trató con lord Sandwich<sup>12</sup>, muy en secreto, de dejar la alianza francesa a cambio de Gibraltar y Menorca, lo que no estaba nada mal. Pero los servicios de información borbónicos funcionaron a tiempo y se impuso el pacto familiar, lo que hizo caer en desgracia a Macanaz.

Nuestro hombre gozó, sin embargo, de una pensión por sus servicios, y algo debió hacer para que el inquisidor general Guídice quisiera procesarle acusándole de hereje, apóstata y fugitivo. Macanaz hizo una solemne profesión de fe, publicó una obra antijansenista en varios volúmenes e hizo declaraciones públicas en favor de la religión católica y hasta del Santo Oficio.

Don Melchor no era hombre capaz de estar inactivo. Hábil e imaginativo, hizo grandes planes, varios de los cuales se aplicaron en los reinados de Fernando VI y de Carlos III, de cuya eficaz política fue un acertado precursor, muy distinto a Ensenada pero, en ciertos aspectos, su oportuno complemento en cuanto a ideas.

Ya en 1725 había presentado al rey, a través del marqués de Grimaldo, sus «Auxilios para bien gobernar una monarquía católica». En ellos se refería a «los males que ocasiona al Estado la muchedumbre de religiosos y qué debe hacer el Príncipe para su remedio». Palabras que dejan clara su tendencia, muy en la corriente de moda en Europa y que provocarían la lógica reacción en determinados sectores muy arraigados en España.

Macanaz, curioso personaje de innegables dotes, tenía a los jesuitas «por enemigos tenaces de la dignidad episcopal y del Estado», crítica de la que salvaba a San Ignacio, por el que sentía admiración.

Durante un cierto tiempo fue Fiscal General del Reino. Desde tal cargo hizo una intensa campaña contra la blasfemia, insistió en su reverencia al Papa y dio muestras de una piedad acrisolada.

En el terreno de la teoría política clamó contra los privados y validos, exponiendo múltiples muestras de los males que habían producido aprovechándose de la debilidad de los monarcas. En cambio apoyó la idea de llevar Prelados a la presidencia de los Consejos.

En otros aspectos fue un hombre avanzado y hasta cierto punto librepensador. Criticaba a la Inquisición, con muy laudables ideas: «La tortura es un medio sumamente falible en la inquisición de delitos». No decía que fuera malo y condenable, sino que podía fallar.

«Fuera de lo espiritual no tiene el Rey dependencia alguna del Papa» y añadía: «Fuera de los dogmas católicos, es libre el pensamiento».

Y entre unas ideas y otras se pasaba en la cárcel un año sí y otro no.

Fue un gran admirador de Feijóo, con el cual coincidía en muchas cosas. Hay que tener en cuenta que el gran benedictino fue nombrado consejero real honorario por Fernando VI y puede pensarse que, directa o indirectamente, las opiniones de Macanaz y Feijóo posiblemente influyeran en la animadversión del rey hacia los jesuitas, contra los que don Fernando, de habitual apacible, se mostró tardíamente bastante violento, apartando de su lado a su confesor, miembro de la Compañía y su hombre de confianza durante muchos años, el padre Francisco Rávago.

En conjunto, nos atreveríamos a adelantar que Ensenada de una parte y Macanaz de otra, fueron no sólo bien conocidos sino estudiados a fondo por Carlos III, en cuyas ideas y planes políticos influyeron indudablemente, logrando una síntesis que podrá ser criticada en cuanto a sus aspectos regalistas e internacionales, pero no en cuanto a su admirable eficacia para el buen gobierno interior del país y la mejor condición de sus habitantes.

\* \* \*

Al comenzar su reinado Fernando VI heredaba una guerra. Su principal anhelo era salir de ella con la máxima dignidad y sin traicionar sus compromisos. Al principio trató sólo de ahorrar vidas y de sostener sus posiciones en Italia, a lo que le ayudó bastante poco su hermano el príncipe Felipe, que defendía los principados de Parma y Plasencia con escasas dotes militares y excesiva dependencia de Versalles, pues fue el más afrancesado de nuestros infantes Borbones. Menos mal que compensaba sus deficiencias el general marqués de la Mina, del que decía el ministro de Estado francés d'Argenson: «Es un verdadero español, por su odio a los franceses». Frase de época que hoy debemos suponer fuera de lugar.

Ya nos hemos referido a la actuación de Macanaz en Breda. Fracasado el cambio de alianzas se pudo ver que lo que todos querían era la paz. Francia nos superó una vez más en el terreno de las habilidades, dirigiendo las negociaciones de Aquisgrán de acuerdo con su tradicional enemiga, Inglaterra. Nosotros nos conformamos con un papel de comparsas, lo que no pudo impedir el embajador español don Jaime Masones de Lima, duque de Sotomayor.

Aquisgrán fue una obra de arte diplomática, sin vencedores ni vencidos y todos «provisionalmente satisfechos». El infante don Felipe se quedó con los ducados

italianos, el gran designio de Isabel de Farnesio, y el infante don Carlos como rey de Nápoles y Sicilia. Se confirma a Inglaterra el «asiento de negros» y el «navío de permiso», pero de Gibraltar y Menorca ni se habla. En otro aspecto, todas las potencias reconocen a María Teresa como emperatriz de Austria, resultado de la guerra de Sucesión o de la Pragmática Sanción, por la que tanto se había luchado.

Más que un equilibrio duradero lo que salió de Aquisgrán fue un paréntesis para descansar, rearmarse y luego vuelta a empezar. De equilibrio estable, muy poco, más bien el «balance of powers», tan caro a los ingleses. Fernando VI escribió a Luis XV quejándose de los resultados de Aquisgrán.

De la política exterior de Carvajal y Ensenada ya hemos tratado en líneas generales. España había firmado con Austria el Tratado de Aranjuez en 1752 y Carlos, desde Nápoles, lleva una política internacional propia. Lo que sí empieza a tenerse en cuenta en el tablero internacional es la presencia de la poderosa escuadra, creada por Ensenada.

La rivalidad entre Francia e Inglaterra se manifiesta principalmente en las colonias. Del lado de los ingleses está la nueva potencia emergente, Prusia, y con los franceses las vecinas y enemigas naturales de Prusia, Austria y Rusia. De ahí viene la llamada guerra de los Siete Años o de la recuperación por Austria de la Silesia perdida en Aquisgrán. De la contienda, lo que nos afecta más directamente, es la conquista de Mahón por los franceses (1756), plaza que nos ofrecen, así como ayuda para reconquistar Gibraltar, si abandonamos la neutralidad y nos vamos de su lado.

María Teresa de Austria presiona a Bárbara de Braganza para lo contrario y William Pitt tiene lo que un historiador califica de desfachatez, de ofrecernos Gibraltar si les ayudamos a recuperar Menorca. Ricardo Wall, pleno de dignidad y en la línea de neutralidad fernandina, rechaza todas las ofertas y combinaciones<sup>13</sup>.

Coincide esta época con la muerte de la reina en Aranjuez y la retirada del rey al castillo de Villaviciosa de Odón, al borde de la locura melancólica.

Durante cerca de un año permanece España casi sin rey. Fernando VI no despacha con los ministros, se niega a ver a todo el mundo y deambula solitario por las sombrías galerías del inhóspito castillo. A veces cae en la depresión total o en la furiosa agresividad.

Gobierna como regente doña Isabel de Farnesio, que lo hace a través del marqués de Gamoneda, todos ya en expectativa del próximo reinado de Carlos III, con el que Fernando se ha mostrado siempre afectuoso y comprensivo, a pesar de la política exterior francófila de su medio hermano desde Nápoles.

Fernando VI muere en Villaviciosa de Odón el 10 de agosto de 1759, a los cuarenta y cinco años de edad. Deja a España en paz y con setenta millones de ducados de reservas en las arcas del Tesoro.

Deja también un histórico Concordato con la Santa Sede, en cuya negociación tuvieron parte principal los cardenales Acquaviva y Belluga y don Manuel Ventura Figueroa. Firmado en 1753 fijó nuestras relaciones con el Vaticano para muchos años, en una línea de regalismo y al mismo tiempo de mutuo apoyo Estado-Iglesia. Se

estableció el patronato real absoluto, como tenía Francia, así como ciertas restricciones a la intervención de la Curia y a la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos.

Macanaz fue en gran parte el artífice de esta política, insistiendo en limitar la independencia de la Iglesia. El rey mantuvo en todo momento una gran dignidad patriótica en su papel de Jefe del Estado, pero sin mengua de su devoción lealísima a la Santa Sede. El Papa del Concordato fue Benedicto XIV.

Desde el punto de vista diplomático, la organización de la política exterior española fue como un prólogo que facilitó la enorme actividad del siguiente reinado. España estableció con carácter permanente representaciones diplomáticas como Embajadas o Legaciones en doce capitales, París, Roma, Londres, Venecia, Génova, La Haya, Lisboa, Suiza, Saboya, Toscana, Nápoles y Parma; después en Suecia y Dinamarca.

No había en puridad una carrera diplomática, ya que como tal no se establece hasta tiempos de Carlos III, en los que el servicio exterior evolucionó muy favorablemente. Hasta entonces muchos de los esfuerzos de nuestros embajadores se habían visto frustrados por falta de medios y escasa información, por las dificultades de las grandes distancias y por lo caros que resultaban los informadores en competencia con los países más ricos.

Para paliar las deficiencias se incrementó el servicio de correos y las instrucciones se hicieron más elásticas, dejando un margen al criterio de los representantes diplomáticos. Se creó un servicio de «jóvenes de lenguas» y otro de oficiales de Secretaría. Y, dato curioso, la mayor parte de los nuevos incorporados al servicio exterior eran vascos y navarros, un sesenta por ciento. Tal vez ello se debiera al origen de dos de los Secretarios de Estado de la época, Orendain y Grimaldo. Debe recordarse también que sólo en Navarra funcionaron perfectamente las Cortes forales, que se reunieron varias veces durante el reinado.

Dice un autor que citar a estas alturas a Menéndez y Pelayo puede parecer anacronía tridentina, pero que nada parece más apropiado para calificar el nada anacrónico ni tridentino reinado de Fernando VI, que enumerar los calificativos que don Marcelino le dedica: honrado, justo, sensato, pacífico, respetuoso con las tradiciones, prudente, reformador, bueno y recto. El «insigne polígrafo», por antonomasia, no dedicará iguales elogios a don Carlos III.

<sup>1</sup> Retrato en el Museo Lázaro Galdiano, de Madrid.

<sup>2</sup> Fernando VI, al llegar al trono se negó a consultar a la reina viuda como le aconsejaban algunos. Su reacción fue clara: «Lo que yo determino en mis reinos no admite consulta de nadie antes de ser ejecutado y obedecido».

Isabel de Farnesio fue enviada, para temprar sus aficiones políticas, a los bellos jardines versallescos de San Ildefonso, rodeada de los fríos y de los pinos, del Real Sitio de Valsaín.

**3** El título de marqués de la Ensenada fue primero un título de las Dos Sicilias; luego fue confirmado en España en favor de don Juan Bautista de Terrazas y Somodevilla, nieto del gran ministro de Fernando VI y de Carlos III.

**4** Coincidió esta política con un verdadero clamor popular. «Con todos guerra y paz con Inglaterra». Pero Fernando VI prefirió la neutralidad armada.

**5** El duque de Huéscar había estado destinado en la Embajada de España en París. Era hombre del equipo de Carvajal, al que informaba con todo detalle de sus actividades. En una de sus cartas le decía, por ejemplo: «En París ni juego, ni bailo ni puteo».

**6** La Colonia de Sacramento fue fundada por los portugueses entre Brasil y el Río de la Plata.

**7** Los inevitables y sañudos libelistas de la época atacaron a Ensenada como antes lo hicieran con Patiño. Son los insignificantes resentidos, los mediocres a sueldo.

**8** Ensenada aspiraba a tener 100 batallones y 100 escuadrones. 20 batallones eran extranjeros. En Italia teníamos 28 y se hacían reclutas en Alemania.

**9** Según Ozanam, «España pasa entonces de la neutralidad voluntaria a la neutralidad padecida...»

**10** En el Alto del León o de los Leones se conserva el monumento que recuerda tan gran obra.

**11** Se suprimieron los impuestos llamados alcabalas, cientos y millones. Fueron medidas difíciles de aplicar. Años más tarde, Floridablanca las calificaría de utópicas.

**12** El famoso inventor de los bocadillos que llevan su nombre.

**13** Las relaciones hispano-británicas habían mejorado en los últimos años con el conde de Fuentes, embajador español en Londres, y lord Bristol, embajador inglés en Madrid.

## IV

# LAS MOCEDADES DEL REY CARLOS III

### **1.ª Parte: Nace un Infante de España**

Carlos III nace en el viejo Alcázar de Madrid.—Grandes ceremonias en el alumbramiento y en el bautizo.—La niñez del Infante Don Carlos.—Proyectos y frustraciones de bodas infantiles.—Perspectivas italianas.—Intercambio de princesas.—Grave enfermedad de Felipe V.—Tratado de Sevilla de 1729.—Don Carlos, reconocido duque de Parma.—Los españoles del fraile Zhan.—Encuentro con el padre Feijóo.—El padre Sillero.—Don Carlos, católico y español.—

Cuentan las crónicas que el dos de mayo de 1715 salieron los reyes, don Felipe V y doña Isabel de Farnesio, desde el Buen Retiro hacia Aranjuez. Iban con el «señor príncipe y los señores infantes». Hicieron oración en el santuario de Atocha y pasaron la noche en Pinto. Así se viajaba entonces para recorrer seis o siete leguas.

Pues bien, en Aranjuez, el cinco de julio se hizo pública la noticia de que la reina estaba embarazada.

El 24 de diciembre del mismo año, —continúa la crónica— «Sus Majestades y Altezas han determinado pasar del Retiro a Palacio que se está menageando».

El viejo Alcázar de los Austria se remozaba «a la francesa» para hacer más confortable el alumbramiento real. Este tuvo lugar entre las tres y las cuatro de la mañana del día 20 de enero en aquel frío, inmenso y destartalado castillo palacio. Vino al mundo el infante don Carlos de Borbón y Farnesio, el último rey que nació en el Alcázar que sería destruido por un incendio veinte años después.

Siempre es interesante tener una idea del cuadro en el que tienen lugar los acontecimientos históricos. Una breve visión panorámica a través de varias centurias nos muestra el viejo castillo que en tiempo de los reyes Trastámara fue convertido de fortaleza feudal dominante del valle del Manzanares en residencia real, y que corriendo el tiempo se convirtió en sede desde la que la monarquía de los Austria gobernaría el mundo.

Allí vivió y murió a fines de la Edad Media don Enrique IV y allí nació la Beltraneja. Allí recibieron a grandes y chicos los Reyes Católicos, impartiendo justicia todos los viernes según relata el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en sus «Quincuagenas». Allí viene el emperador Carlos I después de vencer a los comuneros, pero a un Madrid

todavía reacio a admitir al rey extranjero que, cada día más español, celebra en el regio Alcázar la victoria de Pavía y en él recibe y aloja al vencido, Francisco I de Francia.

En 1561, el rey Felipe II fija su residencia en Madrid, la Villa y Corte. Toda Europa, príncipes y embajadores, pasan por el viejo palacio donde viven y mueren Isabel de Valois y el príncipe don Carlos, y nace Felipe III. Un palacio alhajado con las obras de Rubens, que en él reside, y en el que Velázquez instala su taller, el palacio de «las Meninas» y de la «Venus del Espejo», los salones y corredores en los que se oyeron las palabras de Lope, de Calderón, de Tirso, de Quevedo... Felipe IV, siguiendo la iniciativa del Conde Duque, prefirió, con sobradas razones, pasar largas temporadas en el nuevo palacio entre las frondas del Buen Retiro, y entre éste y el Alcázar transcurrieron los últimos años de la Monarquía austriaca y los primeros de la nueva dinastía francesa, aunque Felipe V mostró enseguida sus preferencias por otro tipo de residencias reales, añoranzas de su Versalles, lo que le llevó a construir con urgencia el palacio de San Ildefonso rodeado de jardines y artísticas fuentes.

Madame d'Aulnoy, que tanto se interesó por lo español en aquellos años de pactos familiares, describe fielmente el palacio de los Austria, ahora residencia borbónica. Un enorme edificio cuadrangular flanqueado por torreones, con balcones dorados y coronado por la estatua en bronce de Felipe IV. En el interior destacaba la suntuosa capilla decorada con frescos de Lucas Jordán. Otros testigos de la época, Gil González Dávila<sup>1</sup> y Juan Alvarez Colmenar<sup>2</sup>, dicen que ya en el siglo XVII quedaban sólo recuerdos de la primitiva estructura. La llamada Torre de la Reina por ejemplo fue añadida por doña Mariana de Austria, y la estatua de Felipe IV a la que acabo de referirme fue colocada en todo lo alto por orden del singular y lamentable personaje que fue el privado don Fernando de Valenzuela, probablemente para halagar a la realeza decrepita del hijo del caballero don Felipe. La tal estatua, obra de Pietro Tacca, regalo del gran duque de Toscana, duró poco en los tejados de palacio, porque de allí la hizo bajar don Juan José de Austria cuando llegó al poder y la hizo colocar en el Buen Retiro<sup>3</sup>. Por cierto que este curioso descenso lo recogió en unas coplillas la musa popular:

«Pan y carne a quince y once,  
como fue el año pasado;  
conque... nada se ha bajado  
sino el caballo de bronce.»

\* \* \*

A aquellos que al escribir de historia hacen crítica de los hechos del pasado con la mentalidad de nuestro tiempo habría que recordarles el abismo en las costumbres que separa un acontecimiento como el ocurrido en el viejo Alcázar de Madrid el 20 de enero de 1716 de otro equivalente que dos siglos y medio después ocurrió en la Clínica de Loreto de la Villa y Corte. Se trataba en ambos casos del nacimiento de un príncipe llamado a ser rey de España. Del segundo de estos casos tenemos la noticia directa de lo vivido y está en todas las hemerotecas. El que un día será felizmente Felipe VI viene al mundo sin más protocolo que el de cualquier hijo de vecino. No vale la pena ahora

insistir en los detalles del modo de hacer las cosas a finales del siglo XX, aun cuando se trata de egregios personajes, sin demérito alguno para la realeza.

Para marcar el contraste vamos a referir con algún pormenor el entorno del nacimiento del infante don Carlos de Borbón y Farnesio y cómo se desarrollaron sus primeros días de vida.

En los albores del siglo XVIII se rodeaba de gran solemnidad todo lo que tenía relación con la Casa Real. No se trata ahora de la expectativa de la venida al mundo del heredero del trono. Se espera que doña Isabel de Farnesio dé a luz al cuarto hijo de Felipe V. Ha muerto Luis XIV hace pocos días. Su nieto, después de las solemnes exequias por el Rey Cristianísimo, da orden de que todos los presidentes de Consejos, máximas autoridades, grandes de España, embajadores de las potencias... estén preparados para asistir al alumbramiento por la reina que se prevé próximo. El duque de Pópoli organizará los actos dentro de Palacio y el marqués de Montealegre se ocupará de la guardia exterior y de dejar libres los alrededores y accesos al Alcázar.

Vino al mundo el primero de los siete hijos que dio a don Felipe su segunda esposa. Un infante más sin derecho previsible a llegar al trono de los Reyes Católicos. La «Gaceta», como no podía ser menos, le califica de hermoso, blanco y rubio, aunque parece que de poco peso. Un peso político y de alta categoría histórica que vendría bastantes años después.

El regio vástago, madrileño —y bien lo probaría con el tiempo— vio la luz ayudado por una comadrona francesa, madama Copené, y por varios médicos, todos de gran uniforme de gala. Enseguida se puso al servicio del infante una larga serie de señoras de diversa condición social, desde la que sería su muy querida aya, doña María Antonia de Salcedo —que por tal motivo recibió el título de marquesa de Montehermoso— y de su nodriza, Isabel Ramírez de Cañizares, hasta una colección de servidas de la que da detallada noticia las crónicas de la época: una asistenta de nodriza, una acunadora, dos lavanderas, una planchadora, una barrendera de cámara, un ama de repuesto, etc., etc., todas especificando sus nombres, orígenes y sueldos.

El Patriarca de las Indias, don Carlos de Borja, bautizó al príncipe con el nombre de Carlos y la ceremonia solemne se celebró en el tradicional monasterio de los Jerónimos, precedido de lujoso desfile de carrozas, personajes y tropas de gala. Fueron padrinos la viuda de Carlos II, doña Mariana de Neoburgo —curiosa vinculación con el pasado austriaco— y el duque de Parma —anuncio del futuro ducal italiano para el recién nacido—.

Luis XV, nuevo rey de Francia, tenía sólo cinco años. No obstante, Felipe V, su tío, le dio enseguida cuenta del nacimiento del infante. El Rey Cristianísimo contestó con un despacho versallesco, lleno de superlativos que empieza así: «Très haut, très excellent et très puissant Prince, notre très cher et très aimé bon frère et oncle...»<sup>4</sup>.

Poco interés tienen, como es lógico, los primeros meses de don Carlos, al cuidado de su aya y demás sirvientes mientras sus padres iban de Madrid a Valsain para proyectar y dirigir las obras del palacio de la Granja, y de allí a El Escorial, a esa gran piedra política creada por su antepasado Felipe II. Luego, después de cacerías y algún concierto, vuelta

al palacio del Buen Retiro, que la reina prefería para esperar otro hijo, ya que ella y don Felipe no paraban de procrear. De las circunstancias políticas de la época, en lo interior y en lo exterior, ya hemos hablado en los capítulos anteriores. Baste recordar que cuando nace el futuro Carlos III, enero de 1716, apenas han pasado dos años desde que se firmó la paz de Utrecht, es decir, del final jurídico y diplomático de la guerra de Sucesión y de la llegada de los Borbones al trono de España.

\* \* \*

Vamos a dedicar unas breves páginas a los quince años que vivió en España el infante don Carlos desde su nacimiento hasta su marcha a Italia para ser duque de Parma y Plasencia. Son años que carecen de importancia en la vida del futuro rey en cuanto a protagonismo personal y trascendencia política. La vida de un niño, la primera adolescencia de un muchachito que tiene todos sus momentos pautados, encerrados en el orden de palacio, en las normas de la educación principesca, sin notas llamativas y teniendo en cuenta de que se trata de un infante más de la numerosa prole, sin pensar por un momento que don Carlos pueda llegar a ser rey de España.

Tienen importancia y trascendencia, sin embargo, estos años, ya que en ellos se va a ir forjando una personalidad, un modo de ser y de vivir la relación familiar, y de ir adquiriendo un carácter y un criterio para enfocar las altas funciones que el destino le va a deparar.

En la Corte de Madrid la influencia italiana de Isabel de Farnesio había sustituido políticamente a la francesa, no así en cuanto a costumbres ya que las modas y la lengua del vecino país seguían siendo las imperantes en Europa.

En palacio, la reina seguía dando a luz. El 31 de marzo de 1718 le tocó el turno a una niña, la única de la numerosa familia. Para su hermano Carlos, de dos años, iba a ser su adorada «Marianina»; como dice un historiador, totalmente suya ya que era hermana de doble vínculo y no sólo de padre como sus hermanos mayores<sup>5</sup>.

Los días se pasaban entre Aranjuez, El Escorial, Valsaín y el Buen Retiro, muchas cacerías y aún más frecuentes devociones, las procesiones del Corpus, los maitines en la Capilla de Palacio, los rosarios en la Cámara. De vez en cuando llegaban noticias de los galeones que traían de las Indias Occidentales los tesoros ultramarinos. No eran sólo el oro y la plata. Un cronista nos da cuenta de la carga que trajeron los ocho bajeles de la escuadra de don Baltasar de Guevara. Miles de libras de añil, de manteca de cacao, de vainilla (bainiya), polvos de oaxaca, chocolate, azúcar, contrayerba, bálsamo, colmillos de elefante, cuayacán, tabaco en polvo y en hoja, brasilete, cobre...<sup>6</sup>. Todos estos productos sumaban un valor de doce millones de pesos, de los cuales dos y medio eran para Su Majestad. Nada tiene, pues, de particular que se celebrara la llegada de estas escuadras con el correspondiente Te Deum, al que asistía el infante don Carlos con toda la familia real.

La primera carta del futuro Carlos III de la que hay noticia la escribió a los cinco años desde Valsaín en agosto de 1750, escrita en francés, probablemente redactada por su profesor Mr. Arnaud. Otro francés, el padre Lambrusel, le dio su primera instrucción elemental. En francés hablaba con los reyes y aprendía con facilidad varios dialectos

italianos, florentino, lombardo, napolitano, astuta preparación inspirada por la reina con vistas al ducado de Parma y tal vez a algo más. Y el niño políglota completaba su enseñanza práctica, ésta bien española, en su vida diaria con el aya, las nodrizas de sus hermanos y la servidumbre palatina<sup>7</sup>.

Los hermanos, por cierto, el príncipe de Asturias y el infante don Fernando, eran mucho mayores que él y apenas le hacían caso. El cronista describe a «Carlet» —nombre que le daba su madre en la intimidad— como un niño de seis años tímido, más bien menudo, de facciones irregulares y pequeños ojos azules, un personajillo que aún parecía más pequeño abrumado por la gran peluca y perdido dentro del uniforme de gala que le hacían vestir para las ceremonias. No sería precisamente por el físico por el que don Carlos afirmaría su personalidad, el atractivo para conquistar al país y el factor apropiado para llegar a la grandeza histórica. El «carisma» —término del que hoy se usa y abusa— sería la consecuencia de un estilo de gobernar, el carlotercismo, reflejado en sus obras y en su estatua en bronce, a caballo, en su ciudad.

Algo debió comprender el infante sobre la importancia que tenían sus destinos como vástagos reales cuando oyó llamar a Marianina «Su Majestad Cristianísima» porque la iban a casar con el rey de Francia, compromiso matrimonial que estuvo rodeado de ceremonias solemnes y grandes fiestas. E igual fasto y alegre complacencia nacional rodeó el acuerdo casi simultáneo para casar al príncipe de Asturias con la cuarta hija del duque de Orléans, el Regente, Luisa Isabel, princesa de Montpensier.

No se conformaron con estos proyectos de boda Sus Casamenteras Majestades. Un buen día llaman a don Carlos y le comunican que han acordado casarle con la princesa de Beaujolais, de ocho años de edad, que acaba de ser bautizada con el nombre de Felipa Isabel, ya que sus padrinos fueron los reyes de España.

La tal mademoiselle, con importante séquito, carrozas, pajes, guaridas de corps, damas y casa propia, llega a Irún, donde la recibe el duque de Osuna en nombre de Felipe V. Algo así como veinte días tardó la niña francesa en llegar a Buitrago, adonde se hizo acudir al infeliz de don Carlos para recibir a su prometida. Al día siguiente llegarían los Reyes. El cronista tiene palabras de conmiseración para el muchachito de siete años del que dice que no era precoz ni malicioso, de imaginación mas bien lenta y habituado a seguir la disciplina de sus mayores. Con ellos asistiría al gran baile de gala y a la representación teatral en el Buen Retiro para «celebrar la boda del señor infante». No debió divertirse mucho el jovencito de siete años ya que consta que llegó a tener verdadera aversión a la ópera, de tantas a las que se le obligó a asistir. Un motivo más de diferencia con el Príncipe de Asturias, de diez y seis años, tan aficionado al bel canto.

Por aquellos días el Rey consideró que don Carlos estaba ya en buena edad para pasar de la jurisdicción femenina de su aya, la marquesa de Montehermoso, a las de un ayo, el duque de San Pedro y de un teniente de ayo, que sería el hijo de la citada marquesa. Y con ello todo un equipo personal de nómina fija, que iba desde un gentilhomme a un mozo de retrete.

Los acontecimientos políticos más importantes, por su futura repercusión en la vida del infante, que se producen en sus primeros años, son, entre otros, la abdicación de

Felipe V y el brevísimo reinado de Luis I, la muerte repentina del duque de Orléans, padre de su prometida, y la noticia del reciente fallecimiento de Cosme III, gran duque de Toscana. Transcurrido apenas un mes, diciembre de 1724, el emperador de Austria expedía la investidura eventual de dicho ducado en favor de don Carlos, de acuerdo con las disposiciones de la Cuádruple Alianza y conforme al gran designio de doña Isabel de Farnesio de tallar coronas en Italia para sus hijos.

El infante prosigue con regularidad sus estudios de matemáticas, geografía, cronología, historia sagrada, y profana de España y Francia; se muestra con precoz facilidad para las lenguas, y el cronista, más bien adulador dice que «danzaba con donaire, montaba gentilmente a caballo y apuntaba bien a las piezas». Dice también que «era de continente agraciado, de genial muy dulce y de trato sobremanera afectuoso, de buenos instintos y piedad sincera». Todo nos lo creemos salvo lo del continente agraciado, si bien es verdad que en su dorada juventud el pintor Van Loo nos lo presenta apuesto y de buen semblante en el gran retrato de toda la familia de Felipe V. Antes le había pintado Jean Ranc, discípulo de Rigaud, nombrado pintor de cámara y residente en palacio; un palacio en el que la mujer del príncipe de Asturias era motivo de escándalo con sus constantes excentricidades y «descocos»; afortunadamente el futuro rey Carlos III era demasiado joven para que aquellas historias le afectaran, como tampoco hay noticia de que le causaran mucho efecto las posteriores devoluciones a Francia de las dos princesitas Orléans, una de ellas su propia prometida la señorita de Beaujolais. En cambio sí le alegró sobremanera el regreso de su querida Marianina, devuelta por los franceses, que no la consideraron adecuada para esposa del joven Luis XV, prefiriendo a la princesa polaca María Leczniska. Alegría de don Carlos que se vio enturbiada al saber que su adorada hermana se iba a casar con el príncipe heredero del Brasil.

La muerte de Luis I hace príncipe de Asturias a don Fernando, hermanastro mayor ahora de Carlos, y al que se ha prometido con la infanta de Portugal doña Bárbara de Braganza. De sus historias ya nos hemos ocupado en el capítulo anterior.

Ahora, el gran intrigante de la época, Guillermo de Riperdá, del que también hemos tratado, monta en Viena por su cuenta un complicado tinglado diplomático para concertar el matrimonio del futuro Carlos III con la archiduquesa María Teresa de Austria, hija del emperador Carlos VI, el que quiso ser rey de España en la guerra de Sucesión, dando la casualidad de que se le llamó también Carlos III. Este plan de Riperdá no cuajó, en parte por la lógica oposición de las potencias ante un nuevo imperio hispano-austriaco y en parte, aún mayor, por la falta de prestigio y credibilidad del aventurero holandés, que durante breve tiempo fue el árbitro de la política exterior española, para acabar en la cárcel<sup>8</sup>.

Carlos empieza a darse cuenta de que su destino italiano no es un juego de niños. Su madre le llama para comunicarle que el tío Francisco Farnesio, duque de Parma, ha muerto de «un mal violento de pecho». «No ha dejado sucesión —añade la reina—. Ahora le corresponde ocupar su puesto al tío Antonio. Veremos si se casa y tiene descendencia». El infante escucha, simplemente. Nunca pregunta ni replica cuando le hablan sus progenitores.

Como el tío Antonio se casó, el tema sucesorio quedaba por el momento pendiente hasta saber si tendría o no descendencia. Doña Isabel de Farnesio seguía pariendo y don Felipe V decaía física y moralmente de día en día, recluido en palacio, rodeado de médicos y jugando a los «trucos» en los momentos lúcidos. Nació otra hermanita para Carlos, María Teresa Antonia, y un año después un nuevo hermano, Luis Antonio, en un parto tan rápido y fácil de la reina-coneja, que no hubo tiempo para convocar a la Corte, a los grandes y demás dignidades.

Al infante don Carlos le hizo gran impresión ver a su padre en El Pardo, enfermo, desencajado, dando «alaridos ultrahumanos que llegaban al alma». El rey estaba sucio, con la barba crecida. Decía que le querían envenenar, tenía señales de mordeduras, las uñas tan largas que daba miedo darle la mano, lo que hizo con respeto el infante para besársela. Apenas pudo haber diálogo entre padre e hijo. La reina hizo signos a Carlos para que se despidiera. Es de imaginar la impresión de la escena en un jovencito de doce años.

Estamos en la primavera de 1728. Aun en tan lamentable estado del rey, la vida sigue en palacio y la familia real tiene que desplazarse a Badajoz. La poderosa voluntad de Isabel de Farnesio obra prodigios para mover de un lado al otro a su decrepito cónyuge. Esta vez el viaje, rodeados de cortesanos y de los embajadores de todas las potencias es para reunirse en Elvas con sus majestades lusitanas y hacer el intercambio de princesas: doña Marianina por doña Bárbara de Braganza. La ceremonia fue solemnísima. Se efectuó en la llamada «Casa de las Entregas», al otro lado del río Caia, y formaban a ambos lados de la frontera regimientos enteros de los dos países, más de 6.000 hombres de parte española. Para Carlos lo único importante es que veía como Marianina se le iba para siempre.

Probablemente porque se confía en la bondad del clima para la salud del rey, la familia en pleno se traslada a Sevilla. Los cronistas dan cuenta de que el infante don Carlos vivió unos días felices, cabalgando, haciendo ejercicios al aire libre, adiestrándose con el arcabuz, navegando por el Guadalquivir, antesala del mar, en la dorada góndola real, entusiasmándose con la visión de las fragatas y galeones con el estandarte real sobre las altas arboladuras... Veía el mar por primera vez. ¡Qué importante iba a ser esa impresión para su futura política!

Por aquellos días, 9 de noviembre de 1729, se firma en Sevilla el «Tratado de paz, unión, amistad y defensa mutua» entre las Coronas de España, Gran Bretaña, Francia y Holanda. Por falta de buena voluntad no será. Pero el Tratado, que lleva el nombre de la ciudad del Betis, estaba condenado, como todos los del famoso equilibrio europeo, a una vida efímera. En un artículo del acuerdo las potencias signatarias se obligan a mantener al infante don Carlos en la posesión y disfrute de los estados de Parma, Plasencia y Toscana.

Los embajadores pasan a cumplimentar al infante en el salón «de Embajadores» del Alcázar. Don Carlos, ante la pleitesía de tan importantes y representativos señores, el marqués de Brancas, el coronel Stanhope, Mr. Keene, Mr. Van der Meer... empieza a creerse que aquello va en serio. Se ve ya gran duque en Italia. Nadie se figura por

entonces que iba a ser rey de España. Tal vez si llegan a saberlo el curso de la historia europea habría sido distinto.

Pero el tío-abuelo, el duque Antonio, sigue vivo y coleando.

No debemos olvidar que don Carlos es todavía un niño. Tiene trece años. No hay historiador que se resista a reproducir parte de la carta que el 29 de noviembre escribe a su querida y no olvidada aya, la marquesa de Montehermoso. Tampoco yo me resisto a copiarla:

«Mía de mi vida y de mi corazón, me alegro mucho de que estés buena: yo lo estoi, a Dios Gracias. Ai te enbio una caxita con un palillero y una caxa de marfil que he torneado, es la obra primera que he hecho. Muchos recados a Juachín y a Orduño. Dios te guarde m.s.a.s. como te desea, Carlos.»

En otra carta le dice:

«Escríbeme siempre que sea de tu gusto. Yo no me canso de escribirte... De lo que toca a marchar todavía no sé nada; pero en cualquier parte que estuviere te tendré siempre presente con el mismo amor y singular afecto, y procuraré a menudo darte noticias de mi verdadero cariño.»<sup>9</sup>

¿Le faltó a Carlos la ternura maternal para tener que ir a buscarla en su aya?

La Corte prolongó varios meses su jornada andaluza. Don Carlos tuvo la oportunidad de recorrer varias ciudades, permaneciendo una larga temporada en Granada. Allí pasó con los reyes el severo luto guardado por la muerte de Pedro II de Rusia, víctima de las inevitables viruelas, que afectaban también a la realeza, como lo probaba la cara de Luis XV, toda «pointillé». Media familia real también las padeció, librándose Carlos, de fuerte naturaleza que no pasó del sarampión.

El infante asistió a varias corridas de toros, con toreo a pie y a caballo, sin mostrar reserva alguna de tipo ecológico en cuanto a nuestra fiesta nacional, antes bien, disfrutando con el bello espectáculo. Y en cuanto a fiestas, no podían faltar las organizadas para celebrar el nacimiento de una nueva infanta, María Antonia Fernanda. Doña Isabel de Farnesio, inagotable, quiso también tener una hija andaluza y dejar en alto el pabellón real en la tierra de María Santísima.

Fue la Corte luego a Cazalla de la Sierra, en la Sierra Morena, porque alguien dijo que sus aguas serían buenas para la salud de Felipe V, que ni mejoró allí ni luego en el Puerto de Santa María.

Es a principios de 1731 cuando se recibe en el Alcázar sevillano la noticia del fallecimiento en Parma del duque Antonio Farnesio, joven aún, de cuarenta y dos años, que dejaba heredero del trono ducal «a lo que naciese» y en su defecto al infante don Carlos de Borbón y Farnesio.

Al parecer nadie espera que la duquesa viuda Enriqueta siga el prolífico ejemplo de doña Isabel, porque Inglaterra, amiga nuestra en aquellos días, da orden al almirante Wager para que la escuadra del Mediterráneo escolte al infante español en su viaje a Italia. Y, en efecto, pocos días después se recibe en Viena un «expreso de Parma» con «la esperada noticia —así lo dice la Gaceta— de haberse desvanecido enteramente el preñado de la serenísima Enriqueta, por haberlo declarado así ella misma».

Por una vez parece que todas las cancillerías europeas están de acuerdo en que don Carlos sea duque de Parma. Versailles, Saint James y Schoembrunn aplauden la candidatura del hijo de Isabel de Farnesio. Patiño va más adelante. Le dice al infante: «Lo de Toscana va bien». El duque Juan Gastón comunica que se ha firmado en Florencia el reconocimiento de don Carlos como heredero de aquellos estados. Como consecuencia, inmediatamente, comienzan los preparativos de viaje.

\* \* \*

Antes de concluir esta parte del capítulo, no estará de más relatar brevemente dos significativas anécdotas de la vida de aquellos primeros años de don Carlos antes de emprender el viaje a Italia.

El segundo tomo del «Teatro Crítico», obra fundamental de Feijóo, había producido grave disgusto al infante. Tenía motivos para ello. En el discurso 15 de la obra, titulado «Mapa intelectual y cotejo de las naciones», se reproduce una tabla escrita por el fraile premostratense alemán Johannes Zhan en el que se juzga así a los españoles: «El español es en el cuerpo horrendo, en el ánimo elefante, en el vestido modesto, en costumbres grave; en la mesa fastidioso, en la hermosura demonio, en las conversaciones habla, en los secretos es mudo, en la ciencia teólogo, en la fidelidad falaz, en los consejos cauto, en la religión constante, en las armas usa magnificencia, en el matrimonio el marido es tirano, la mujer esclava, el criado sujeto; enfermedades las padece todas y es generoso en la muerte».<sup>10</sup>

El polígrafo benedictino, grande y prestigioso oráculo de la época, universalmente admirado, viene a Madrid por un mes. Lo cuenta en sus «Cartas Eruditas» (carta 25 titulada «Ingrata habitación en la Corte») y relata su audiencia con el infante don Carlos en el t. III de su «Teatro Crítico» con el título «La ambición en el solio».

El jovencísimo príncipe madrileño se indigna. «Hay que quemar este libro» — exclama—. Y como su ayo Aguirre le hace ver que el propio Feijóo critica la tabla, le dice: «Bueno, pues por lo menos, hay que quemar la tabla».

Así se lo dice don Carlos al ilustre benedictino, un tanto compungido, que comenta así la escena: «Mal avenida la impasibilidad del semblante con el rigor de la sentencia porque en aquellos suavísimos y soberanos ojos parecía que la piedad se estaba riendo de la ira».

Es posible que en esta frase de profundo análisis psicológico, Feijóo estuviera haciendo el mejor retrato del temperamento del que será Carlos III.

Sin embargo el fraile se pasa luego en la dedicatoria del tomo IV del «Teatro Crítico» en noviembre de 1730, en el que pretende desenojar al infante por el agravio hecho por Zhan a los españoles. En la cumbre de la adulación reverencial le dice nada menos que lo siguiente:

«Hoy es Vuestra Alteza ídolo, mañana será oráculo: hoy Adonis, mañana Apolo: hoy cuidado de las Gracias, Mañana, Ornamento de las Musas. Ruego a la Divina Majestad prospere la vida de Vuestra Alteza por muchos años para logro de nuestras esperanzas, para gloria de los españoles, para admiración de los extranjeros, para protección de ciencias y artes».

Feijóo dice que escribe esta dedicatoria «más bien como tributo forzoso que como obsequio voluntario». De lo que no me cabe duda es que la Divina Majestad invocada atendió en gran parte sus esperanzas.

La otra anécdota, sencilla y simpática, se refiere a la buena amistad que se estableció en Sevilla entre don Carlos y un frailecico o lego de la Orden de San Francisco, fray Sebastián de Jesús Sillero, muy bien conceptuado en la ciudad por «su particular virtud y ejemplarísima vida». El rey Carlos III, cuarenta años después lo recordaba con cariño:

«Cada vez que hablaba de mí llamábame nuestro señor don Carlos, que, por lo muy repetida en su boca, me obliga a pensar si aludiría a lo que después ha sucedido, viniendo yo a reinar y a ser señor de todos estos dominios, en cuyo caso fue particular profecía...» Y luego añade el infante:

«Estando yo en vísperas de partir para Italia, visitóme exprofeso dicho siervo de Dios y, dándome una crucecita de las que solía hacer con sus manos, me dijo que podía ser que en el mar sobreviniera alguna borrasca y que si la echaba al agua se calmaría. En efecto, sobrevino la borrasca en mi viaje a Italia; pero no quise arrojarla al mar a causa del aprecio que la tenía, por ser su cruz y por quien me la había dado».<sup>11</sup>

Son dos anécdotas que destacan dos rasgos fundamentales del rey don Carlos III, ante todo español y católico.

#### **LAS MOCEDADES DEL REY CARLOS III**

##### **2.ª Parte**

##### **El Duque de Parma y Toscana**

Italia, cátedra política.—Séquito y viajes espectaculares.—Correspondencia materna.—El duque de Parma y Piacenza, aficionado al «calcio» y enfermo de viruela.—El hijo obediente.—Asombro en Florencia.—Juan Gastón de Médicis.—Don Carlos, deslumbrado por su entorno.—Guerra de Sucesión de Polonia y Pacto de Familia.—Carta de Felipe V.—Aparece Bernardo Tanucci.

Los historiadores, en general, han dado poca importancia a la etapa pamesana y toscana de don Carlos. Apenas alguna alusión al largo viaje desde Sevilla, a las brillantes recepciones en las ciudades ducales y a las complicaciones que se produjeron en aquellos territorios como consecuencia del conflicto europeo motivado por la sucesión de Polonia. Pero desde su partida de tierras andaluzas en Octubre de 1731 hasta que emprende su marcha hacia Nápoles en febrero de 1734, transcurren casi tres años en la vida del infante, tres años que tienen gran importancia en la formación, en la experiencia de quien está llamado a los más altos destinos. Las personalidades con las que va a tratar, los ambientes que va a conocer, esas admirables cátedras de política que son las ciudades italianas de los Médicis, los Farnesio, los Este, el sentirse halagado, envidiado, envuelto en una atmósfera de arte y de cultura y al mismo tiempo con lo que pudiéramos llamar con mando en plaza, al frente de grandes ejércitos... Carlos toma ejemplo, aprende, se asombra y empieza a dar precoces muestras de tener la talla de un auténtico hombre de Estado.

Por todas estas razones vamos a dedicar unas páginas para resumir algunos de los episodios, para reflejar la presencia de interesantes personalidades y las reacciones de

nuestro personaje, sin podernos abstener de algún que otro comentario.

Cuando va a iniciar su viaje a Italia, el infante don Carlos tiene quince años de edad. Su porvenir en España, como advierte un fiel cronista no habría sido otro que vegetar a la sombra de la Corona de su hermanastro Fernando. Ahora recibe la noticia de su destino ducal con su habitual tranquilidad, modestia y subordinación a las decisiones paternas. En todo momento y en todas sus decisiones va a primar siempre la buena voluntad y el deseo, puede que un tanto ingenuo, el verdadero afán de procurar el bienestar y la felicidad de sus súbditos.

Felipe V señaló al infante una pensión anual de 150.000 ducados como ayuda para la dignidad de su cargo. Y si a esa dignidad podía contribuir la magnitud y variedad desmesurada del séquito que le acompañaba en el viaje, no cabe duda de que Su Alteza iba bien servido. Desde el ayo, Conde de Santisteban, hasta la almidonera, mademoiselle Rénat, no menos de cien personas<sup>12</sup>, enormes cantidades de plata, uniformes y alhajas, una impedimenta que llenaba cientos de cajones, lo que obligó a movilizar todas las carrozas disponibles de la Casa Real y aún obligó a pedir más a los particulares. Tan formidable caravana tenía que hacer nada menos que cuarenta y siete jornadas hasta el puerto francés de Antibes, primera etapa terrestre del viaje.

Felipe V, haciendo un gran esfuerzo en su decaído ánimo, ciñó al infante su propia espada, la que le diera su abuelo Luis XIV al venir a España, espada de oro macizo con empuñadura de brillantes. La reina, después de bendecirle le colocó un anillo con un brillante de gran tamaño. ¿Dónde estarán hoy espada y sortija?

La caravana atraviesa la península de sur a norte. Treinta días hasta llegar a Barcelona, en los que, casi todos, don Carlos escribe a sus padres, correspondencia siempre en francés.

Algunas etapas tuvieron un especial significado. El infante tuvo gran interés en recorrer con gran detenimiento el campo de Almansa, cuya batalla se sabía de memoria en sus detalles bélicos y por su importancia histórica, ya que a la victoria del duque de Berwick se debió en gran parte que su padre fuera rey de España. Recorrió la llanura célebre con el príncipe de Campo Florido y con él siguió a Valencia donde tuvo una acogida entusiasta, «arcos triunfales, jardines de idea y fuentes de vino». Y no podían faltar los fuegos de artificio y la ópera italiana (¡pobre don Carlos, tan poco aficionado!). En cambio debió disfrutar con la cacería que le organizó Campo Florido en la Albufera.

De Valencia a Barcelona, diez días, y en la ciudad condal algo parecido a lo de Valencia, preparado por el Comandante General, marqués de Risbourg. Por los detalles de las recepciones, actos populares, visitas, acompañantes, etc., da la impresión de que desde entonces se estableció una relación de mutuo afecto y comprensión entre la capital catalana y el futuro rey de España, relación que se confirmaría más tarde a lo largo del reinado.

El viaje de Sevilla a la frontera fue un éxito pero resultó muy caro. Los contables de la época, que eran gente seria y no necesitaban auditorías ni posteriores juicios por corrupción, cifran los gastos en cerca de 800.000 reales más otro medio millón que se pagó en París. Cabe preguntarse por qué se organizó tan larga y costosa expedición por

tierra en vez de haber embarcado a don Carlos con todo su séquito e impedimenta desde el Guadalquivir a Liorna en una cómoda travesía. No conocemos explicación al respecto. Menos comprensible resulta cuando se conocen las dificultades que encontró la voluminosa comitiva para atravesar los Pirineos y recorrer en penosas jornadas los malos caminos, entonces, del sur de Francia, en condiciones climáticas muy adversas, nevadas, cortes de carreteras por inundaciones, etc. etc. No fue por culpa de Su Majestad Cristianísima, a quien don Carlos agradeció las facilidades dadas para el paso por sus tierras, pero dos meses de marchas continuas hasta llegar a Antibes eran como para agotar a cualquiera. Nada tiene de particular que don Carlos tuviera que guardar dos días de cama.

Seguía la correspondencia entre los padres y el hijo. Resulta curioso ver con cuanta complacencia asistía doña Isabel de Farnesio a las corridas de toros en la Maestranza sevillana. «La corrida de ayer fue bastante mala porque los animales valían poco...».

Otra de las preocupaciones en las cartas de la reina era la salud del duque de Toscana. Se ve que tenía prisa de que el buen señor se fuera al otro barrio. Por ello acuciaba a su hijo para que acelerara el viaje y también para que ante su próxima llegada «se marcharan de una vez los alemanes». Bien es verdad que en aquellas tierras del norte de Italia no se tenía gran afecto a los «tedeschi», nombre que incluía a los austriacos, que eran los vecinos.

En una carta del 18 de noviembre, la reina se muestra especialmente tierna: «Buenas noches, mi pobre Carlitos: os amo y abrazo con todo mi corazón y creed que vuestra ausencia se me hace siempre más dura y más sensible».

Para evitar contratiempos al pobre Carlitos las fuerzas enviadas por Felipe V han ocupado ya la plaza y el puerto de Liorna. El infante iba a embarcar en Antibes en la galera capitana, al frente de una escuadra de veinticinco navíos al mando del marqués de Mari y de dieciséis del almirante Wager, en una colaboración hispano inglesa que nunca debió romperse.

El séquito con el que el nuevo duque iba a arribar a costas italianas se había incrementado; el confesor padre Bolaños, otro confesor, fray Juan de Tembleque, el duque de Salas, la condesa de Santisteban, la duquesa de Arión y doña Joaquina Benavides. También don José Miranda, después duque de Losada, el marqués de Villafuerte, don Manuel Larrea, don Francisco Chacoso y don Juan Goicoechea, que volvieron a España con el rey veintiocho años después. Viene a la memoria el recuerdo de Alfonso V el Magnánimo, cuando llegó a ser rey en Nápoles y se hizo casi un rey italiano dejando España en manos de su hermano Juan II. Carlos III, en cambio, fue un gran rey en Italia mientras su hermano Fernando reinaba en España, pero nuestro país tuvo la fortuna de recuperar al monarca, que nunca dejó de sentirse español y fue capaz de emprender desde el Palacio Real de Madrid un ejemplar reinado de casi treinta años.

\* \* \*

A las tres de la tarde llegaba don Carlos el 27 de diciembre de 1731 al pequeño puerto de Liorna. El joven duque de Parma iba lujosamente vestido, con una casaca de

terciopelo morado bordada en oro, con sombrero de plumas de garza y sin olvidar la espada de Luis XIV y el Toisón de Oro.

Después no podían faltar la gran parada militar, el solemne Tedeum y los grandes festejos, todo en honor del infante madrileño rodeado de los personajes del país, entre ellos el primer ministro de Toscana, enviado por el gran duque, Juan Gastón, lo que era un buen augurio para el futuro gobierno florentino de don Carlos.

Dos días después las tropas alemanas se retiraban hacia Milán y la gran duquesa Dorotea, abuela materna del infante español, daba posesión a éste de los estados de Parma y Piacenza. No faltan las encantadoras cartas filiales dirigidas a los reyes, que siguen en Sevilla. Les da cuenta de todos aquellos actos en su honor, de la favorable acogida y el intercambio de regalos. Hay también un detalle muy curioso: don Carlos cuenta a sus padres que ha asistido a un partido de «calcio» que le gustó tanto que pidió que se repitiera todos los días de fiesta. Por si el lector no lo sabe, el «calcio» es el fútbol que se jugaba en las plazas italianas desde la Edad Media, precedente del deporte de masas actual por excelencia, con lo cual nuestro Carlos III nos resulta también en eso un adelantado de la modernidad, perfectamente identificado en pleno siglo XVIII con las aficiones deportivas de fines del siglo XX.

El nuevo duque no se libra de uno de los grandes males de la época. Se había defendido hasta entonces, pero por fin la viruela hace presa en él, con gran alarma de la pequeña corte. Se llena de pústulas, manchas en la cabeza, una muy grande debajo del ojo izquierdo... Sin embargo, cura pronto, es fuerte, no como sus débiles predecesores; escribe a sus padres: «Después de Dios, debo la salud a Boncore (su médico). He escapado de buena, porque en el cuerpo y en la cabeza he tenido una cantidad prodigiosa de pústulas, pero gracias a Dios no me han dejado señal». Se ve que se va soltando de pluma. Y como se hablaba ya en Italia de matrimonio, pues han surgido numerosas candidatas a duquesa de Parma, a pesar de que el infante de quince años es más bien poco atractivo y de insignificante figura, escribe a sus padres: «Le he dicho al conde, como sus majestades lo mandaban, que si me hablaban de matrimonio, yo no haré nada sin la orden de vuestras majestades».

Siempre tan obediente a las órdenes paternas. En una carta desde Sevilla, le preguntan que si le gusta el rapé. El duque de Parma contesta: «No tengo costumbre de tomarlo pero si vuestras majestades me lo envían y quieren que lo tome, lo haré».

El 22 de febrero sale don Carlos de Pisa camino de Florencia. Revista brillantes regimientos que están bajo su mando, los Dragones de Batavia, los Suizos de Bésier, la Infantería de Castilla... Apenas tiene tiempo con tantas obligaciones y festejos de apreciar las extraordinarias bellezas arquitectónicas, el arte admirable, el mundo de fabulosa cultura medieval y renacentista que le rodea en las ciudades que pasa, que ahora son las suyas.

La comitiva con la que llega a la ciudad de Arno es algo deslumbrador. Más de trescientas carrozas, de ellas sesenta con tiro de seis caballos. Salvas de honor, campanas de aquellas torres y campaniles que resumen la gloria y el arte de siglos de historia. La maravilla de Florencia abre sus puertas a «Carlet», el gran duque, que pronto en Nápoles

será «Carluccio». Para algo debió servir al futuro rey de España aquella temporada en la cátedra florentina del saber y de la belleza. De pequeño, en Madrid, dijo que le gustaría que la posteridad le conociera como Carlos el Sabio. Aquí en Florencia estaba aprendiendo a «saper vedere», como diría Marangoni. Y buena cosa es saber ver para adquirir sabiduría y luego saber gobernar.

Don Carlos sigue escribiendo a sus padres. Tedeums en la catedral con cien músicos y cien cantores, calles alfombradas de flores y adornadas de tapices. Por todas partes el espíritu de los Médicis, los Pitti, los Strozzi, el genio del Giotto, de Leonardo, de Miguel Angel, de Donatello, de Brunelleschi, de Maquiavelo... Reside en el palacio Pitti, invitado por el inválido y calamitoso Juan Gastón de Médicis y su hermana, la electriz viuda. Y no es sólo el arte a raudales acumulado entre sus muros desde los que Boticelli y Tiziano le están mirando; son también muchas las damas jóvenes, elegantes, bellísimas que le rodean y ante las que el infante se siente deslumbrado. Aquello es algo muy distinto al severo Alcázar de Madrid y al imponente monasterio palacio del Escorial, o el frío Valsain.

Juan Gastón de Médicis, un fin de raza decadente de una admirable y reproable dinastía, pudo apreciar las cualidades de don Carlos. «Se ha ganado la voluntad de todos, empezando por la mía». Impresión favorable muy oportuna para evitar obstáculos a una sucesión que se preveía cercana.

Casi ocho meses permaneció don Carlos en Florencia entre gentes que parecían conocerle y quererle de toda la vida. Recibió allí la visita de Valentí Gonzaga, de la famosa familia, que venía a cumplimentarle en nombre del duque de Guastalla; obsequió al gran duque Juan Gastón con seis caballos alazanes de los veintisiete corceles andaluces que le envió Felipe V, y, sobre todo, supo con admirable diplomacia juvenil imponer suavemente su candidatura a la sucesión en el gran ducado frente a las reticencias de la hermana de Juan Gastón, Ana Luisa María de Médicis, que como hija de Cosme III podía considerar a don Carlos como un usurpador.

Antes de salir para Parma, el infante recibió al nuncio de Su Santidad que le recordó con bellas frases que Clemente XII seguía considerando al ducado como feudo pontificio, es decir, dependiente y tributario de la Santa Sede desde tiempos del papa Alejandro Farnesio en 1545. En definitiva, todo se reducía al pago anual de nueve mil ducados y a seguir manteniendo buenas relaciones con el nuevo duque, que para algo era hijo de Su Majestad Católica.

Don Carlos, en Parma, fue recibido por su abuela, Dorotea de Neoburgo, madre de Isabel de Farnesio. Por ésta, por sus relatos e historias, el infante se sabía ya de memoria todo lo que iba viendo en la ciudad de sus antepasados maternos. Es curiosa, aunque en parte justificada, la reacción de nuestro personaje ante las bellezas arquitectónicas que le van rodeando en Italia. Sin duda está impresionado. Escribe a sus padres diciéndoles que el panteón de los Médicis de Florencia le gusta mucho más que el de El Escorial; que el palazzo Pitti, el Vecchio o el Riccardi son mejores y más lujosos que los de la casa real española; ahora, que la residencia ducal y los jardines de Colorno los prefiere a los de la

Granja. Claro es que este palacio de San Ildefonso y sus jardines los había visto en obras, a medio hacer...

Estos primeros tiempos de don Carlos en Italia son casi como un cuento de hadas. Belleza por doquier, lujo, cacerías —aquí hay muchas más y mejores piezas que en el Pardo, escribe también—, afecto, música, bailes, fiestas... No es que sea precisamente el príncipe encantador de esos cuentos, pero reúne tantas cualidades que compensan su escaso atractivo físico.

Hasta aquí no podían marchar mejor las cosas. Pero la situación internacional se iba a complicar. El motivo es la muerte del rey de Polonia, Federico Augusto II. Hay dos candidatos a la sucesión, lo que va a dar lugar a la tercera guerra en Europa de este tipo durante lo que va de siglo: la de España, la de Austria y ahora la de Polonia. A Estanislao Leczinski, suegro de Luis XV, le apoya éste. Al nuevo elector de Sajonia, hijo del rey muerto, le apoya el Emperador. ¿Qué podía importarle al duque de Parma este lejano conflicto?

Luis XV recurre a su pariente Felipe V. Necesita los soldados y los recursos españoles. Es la ocasión también de expulsar de Nápoles a las tropas del emperador y poner allí en el trono al infante don Carlos, que, por sus muchas virtudes, merece ser rey y no sólo duque de un pequeño ducado. Felipe V, el 31 de mayo de 1735 contesta al Rey Cristianísimo que puede contar con él y con sus ejércitos para combatir al emperador. Tal vez se esté acordando de Almansa, de Brihuega y de Villaviciosa. Precisamente, el vencedor de aquellas batallas, duque de Berwick, está ya pasando revista, como generalísimo, a los ejércitos franceses en la línea del Rin.

En El Escorial se firma el Pacto de Familia. En él se adjudica al infante don Carlos de Borbón y Farnesio el trono de Nápoles. Para hacerlo efectivo hay que expulsar de las Dos Sicilias a los alemanes. Y hay que hacerlo por las armas.

Francia, además, quiere la Lorena y los sardos quieren dominar la Lombardía. Don Carlos, por primera vez, viste el uniforme de Capitán General, y a punto de cumplir diez y ocho años emprende la aventura militar al frente de los ejércitos borbónicos. No tiene experiencia alguna pero cuenta a su lado con un gran jefe encanecido en cien campañas, don José Carrillo de Albornoz, conde de Montemar.

Felipe V dirigió a su hijo desde San Lorenzo de El Escorial una carta, de la que vale la pena reproducir sus párrafos más significativos: «Mi charo y amado hijo: habiendo resuelto enviar a Italia un ejército, que unidamente con los del Rey Christianísimo mi sobrino y del rey de Cerdeña, emprenderán la guerra contra el Emperador...: he venido en conferirte el mando de mis Reales armas con todas las preeminencias y prerrogativas que han tenido en semejantes casos los infantes de España... He encargado al general conde de Montemar te asista con sus experiencias, zelo y aplicación para que puedas llegar al auge de la gloria que es propia de tu sangre... Y espero de tu aplicación, valor y conducta, que tendrás la oportunidad de escarmentar a los enemigos que se obstinen en impugnar nuestros derechos y a no atender a la respetable dignidad que Dios me ha constituido. Nuestro Señor te guarde, mi charo Hijo, los muchos años que te deseo»<sup>13</sup>. Un lenguaje difícil de asimilar en los descreídos y democráticos tiempos actuales.

Demuestra hasta qué punto estaban imbuídos los reyes de ser poseedores de la Gracia divina y cómo ponían a sus ejércitos al servicio de sus intereses dinásticos.

Don Carlos, antes de partir, recibió la visita del héroe nacional francés, el octogenario mariscal duque de Villars, que le dio consejos para su nuevo mando de capitán general. El 4 de febrero se despidió de su abuela Dorotea y retrasó algunos días su llegada a Florencia, camino del sur. El conde de Montemar, que había recibido el Toisón de Oro por sus actuaciones en Orán y frente a Gibraltar, prepara el embarque de sus ejércitos en la flota que manda el conde de Clavijo. El punto de concentración será Siena, veinte leguas al sur de Florencia para seguir la vertiente occidental de los Apeninos y marchar sobre Nápoles.

Por esos días tenemos las primeras noticias de un hombre que ha conocido don Carlos en el Palacio Pitti y que ahora le acompaña en su Cuartel General. Se trata del abogado Bernardo Tanucci. Es tan importante su influencia en la personalidad, en el estilo, en las condiciones de gobernante y de hombre de Estado de Carlos III, que merece algo más que unas líneas coincidiendo con el momento en que entran en relación. Nada menos que cincuenta años duró su cercana amistad, su lealtad, su eficaz servicio a Carlos III. Volverá a aparecer por ello repetidamente en estas páginas. Ahora, simplemente unas breves líneas biográficas para entrar en contacto, para conocer al personaje.

Bernardo Tanucci nació en Stia de Casentino, cerca de Florencia, ciudad de la que es ciudadano, en 1698. Es, por tanto diez y ocho años mayor que el infante-duque. Su formación humanística y jurídica es muy completa, con profundos estudios sobre los maestros griegos y latinos. Fue profesor de Derecho público en la Universidad de Pisa y adquirió fama como asesor de los tribunales toscanos. Destacó cerca de la realeza por un brillante informe defendiendo los derechos del Gran Duque de Toscana al mando en la ciudad de Siena. Igualmente rebatió con acierto los dictámenes de la Corte de Viena en contra de la independencia de Toscana, lo que le valió el favor de Felipe V, que nombró a Tanucci asesor de cámara de don Carlos, algo así como su ministro de Justicia. En la casa militar en campaña del infante capitán general aparece Tanucci como auditor. A partir de ahí, seguirá siempre a su señor y alumno en el arte de gobernar, más amigo que consejero de don Carlos en su camino, de corona en corona, hasta los últimos años de su reinado en España.

<sup>1</sup> «Teatro de las grandezas de España» (Madrid 1623).

<sup>2</sup> «Annales d'Espagne et du Portugal» (Amsterdam 1741).

<sup>3</sup> Es la famosa estatua ecuestre de Felipe IV que hoy ocupa el centro de la plaza de Oriente.

<sup>4</sup> Citado por el historiador Enrique de Tapia en su obra «Carlos III y su época», que sigo en muchos de los detalles de este capítulo.

**5** Entre don Carlos y María Ana (Marianina) nació otro hermano, don Francisco, que vivió pocos días. El 15 de marzo de 1720 nació don Felipe, lo que a Carlos hizo pasar a la categoría de hermano mayor entre los hijos de Felipe V e Isabel de Farnesio.

**6** Todos estos productos son los que dieron nombre a los establecimientos dedicados a la venta de alimentos y otros varios, los clásicos «Ultramarinos», término casi desaparecido, absorbido por toda clase de nombres ingleses o franceses.

**7** Salvo la planchadora, que era francesa, Ana Dubuisson, nombrada «almidonera real».

**8** Riperdá se escapó del Alcázar de Segovia con la ayuda de la seducida segoviana Josefa Ramos, doncella de la Alcaidesa. Luego, en Inglaterra se hizo protestante. Más tarde llegó a Marruecos, donde conquistó a la madre del sultán, que se enamoró del apuesto catalán-holandés. Riperdá se convirtió al islamismo y parece que acabó de mala manera. Una vida para proponer como tema a los productores de cine.

**9** Cartas copiadas por D. Antonio Ferrer del Río en casa del Conde de Ezpeleta en 1845.

**10** «Specula physico-matemática-histórica» (t.II).

**11** Carta del rey Carlos III al cardenal de Solís, arzobispo de Sevilla (San Ildefonso, 2 de septiembre de 1773).

**12** Por su curiosidad documental citamos en esta nota algunos de los nombres y cargos de los componentes del séquito: Ayo, el conde de Santisteban - Teniente de ayo, don Antonio de Aguirre - Gentilhombre de manga, marqués de Justiniani - Preceptor, padre Niel - capellán de honor, don Juan Blas Garor - Maestro de caligrafía, Mr. Jean Arnaud - Maestro de baile, don Miguel Godró - Treinta y cinco dependientes - Maestre de cámara - Tesorero contador - Grefier - Jefe de cocina - Varios gentileshombres de casa y boca - Ujier - Mozos de oficio y de la furriera, guardallaves de muebles, mozos de retretes, barrenderos - Caballerizo mayor - 1er caballerizo - Caballerizos de Campo - Pajes - Ballesteros - Sumiller de Corps - Gentileshombres de Cámara - Ayudas de Cámara - Peluqueros - Lavanderas - Almidonera y personal que se agregaba en las escalas y de camino, aparte de las fuerzas militares de escolta.- Así nada tiene de particular que en aquellos tiempos no hubiera paro.

**13** La carta de Felipe V a su hijo Carlos figura en el Archivo General del Estado, legajo 2.453.

## V

### CARLOS VII, EL REY DE LAS DOS SICILIAS

Don Carlos, generalísimo, camino del Sur.—A través de los Estados Pontificios.—Nápoles, gran ciudad.—Carlos VII de las Dos Sicilias.—Campanías militares.—Conquista y pacificación de Sicilia.—Incendio del Alcázar de Madrid.—«Il nostro Carluccio».—El teatro San Carlos.—

El matrimonio del rey.—Descripción física de Carlos VII.—El tema conyugal.—Las candidatas.—Los padres mandan.—María Amalia de Sajonia y sus buenas cualidades.—Encuentro real y noche de bodas.—El pequeño gran Rey.—Arte y diplomacia.—La Francmasonería.—Nacen los primeros hijos.—El gran Rey constructor.—Ataque de la flota inglesa.—Firme actitud de los Reyes.—El Rey pacífico va a la guerra.—Entrevista con el Papa.—Muerte de Felipe V.—Difíciles relaciones entre don Carlos y Fernando VI.—Trece hijos en trece años.—El futuro Carlos IV.—La gran etapa napolitana.—Enfermedad y locura de Fernando VI.—Adiós a Nápoles, querido Nápoles.

No recuerdo en la Historia de España un solo rey que haya venido a reinar en nuestro país después de haberlo hecho durante largos años en otras tierras. Tampoco el caso de un madrileño que haya sido soberano durante una muy prolongada etapa en una nación extranjera.

Carlos III, VII de las Dos Sicilias, es la gran excepción. Bien es verdad que los lazos a través de los tiempos entre las dos penínsulas mediterráneas, ibérica e itálica, eran tantos que apenas se puede considerar extranjeros a sus territorios y a sus habitantes.

Don Carlos, al marchar hacia el sur de Italia va al reencuentro con un pasado que viene desde los gloriosos tiempos de la Corona de Aragón, a las provincias y señoríos que más tarde fueron escenario de las hazañas del Gran Capitán y de sus victorias, al Nápoles de los arcos en honor de Alfonso V el Magnánimo y a la Sicilia, la Magna Grecia, de la que fue rey nada menos que don Fernando el Católico.

«Italia, mi ventura», dirían todos ellos e Italia venía siendo la ventura para el infante don Carlos desde que llegó a Liorna para ser el duque heredero de Parma y de la Toscana.

Ahora, las combinaciones internacionales en la Europa del equilibrio dieciochesco, le llevaban hacia el Sur, a través de los Estados Pontificios. El primer Pacto de Familia, firmado en El Escorial, unión borbónica proyectada frente al Emperador, nos ponía al servicio de Francia pero permitía el reconocimiento de don Carlos como rey de las Dos

Sicilias. Hermoso tanto que compensaría en parte las muchas y poco deseables obligaciones derivadas del tal Pacto, que, además, nos iba a llevar a un poco deseable enfrentamiento a ultranza con Inglaterra.

Había tomado el infante español el mando en calidad de Generalísimo de la numerosa hueste del conde de Montemar. Antes de abandonar Parma y Piacenza, se declaró mayor de edad para que fuera reconocido el gobierno provisional que dejaba al abandonar los ducados, cumpliendo con ello las leyes del país.

El 24 de febrero de 1734 salía de Florencia. Había encargado al cardenal Belluga y al duque de Liria que gestionaran el permiso pontificio para poder atravesar los territorios de la Iglesia que se iba a encontrar de camino, empezando por la ciudad de Perugia.

Cuando estaba don Carlos en Moterrotondo, tres leguas al norte de Roma, llegaron los cardenales Acquaviva y Belluga para cumplimentarle. Luego, ya en tierras napolitanas, visitó el monasterio de Montecassino y se presentó en Aversa, cerca de la capital.

La marcha a través de la Toscana, la Umbría, el Lacio y la Campania, había sido pacífica, sin oposición de las fuerzas austriacas del conde de Traum. El virrey del Emperador en Nápoles, conde Julio Visconti, huyó de la ciudad y don Carlos se preparó para entrar solemnemente mientras la escuadra del conde de Clavijo desembarcaba en Pozzuoli.

Relata el conde de Fernán Núñez, fiel cronista de nuestro biografiado, que Nápoles era la capital de un territorio que desde hacía doscientos treinta años no era considerado como reino «sino como una colonia remota de que por lo común sólo se piensa en sacar el jugo mientras dura». Sin embargo era una gran ciudad de 350.000 habitantes, mientras la capital de las Españas no llegaba a 150.000. Añádase su posición privilegiada desde el punto de vista estratégico en el Mediterráneo y la belleza sorprendente de todo el golfo, «vedere Napoli e poi morire». ¿Para qué vamos a repetir aquí todos los honores y grandiosas ceremonias en el recibimiento al nuevo rey? Baste decir que se superaron todos los precedentes y que en el recorrido sonaban los viejos nombres españoles de calles, plazas y monumentos, Aragón, Toledo, Santiago Mayor... Y todo lo más clásico napolitano, la catedral con las reliquias de San Genaro, los castillos Nuovo y dell'Ouovo, el arco del rey Alfonso...

El nuevo monarca recibió la investidura del reino bajo el nombre de Carlos VII de las Dos Sicilias, mientras el condestable Colonna, como delegado suyo, presentaba el tributo anual a la Santa Sede de una hacanea cargada con siete mil escudos romanos.

Don Carlos ejerció desde un principio, en plenitud y con su característica seriedad, el papel de soberano, asistiendo a los consejos tres o cuatro veces por semana, recabando y recibiendo informes, siempre muy digno y un tanto desconcertante al mirar a su interlocutor con sus pequeños ojos azules, que el cronista describe «entre bondadosos y cazarros». Añade el cronista también que «era un alumno aplicado que tomaba las primeras lecciones prácticas de gobierno con buena voluntad. Lento en comprender, compensaba la falta de agilidad mental con asiduidad y atención». Así volveremos a encontrar a don Carlos en cada recodo de su real camino, hasta la cumbre del poder en Madrid.

La primera victoria militar del reinado entusiasmó al joven rey. Montemar había vencido en Bitonto, cerca de Bari, a un ejército de nueve mil alemanes, haciendo prisioneros a sus generales, Radoski, que mandaba la Infantería, y Pignatelli, jefe de la Caballería. Eran los generales de su padre los que dirigían las campañas bélicas, los duques de Veragua y de Liria en Gaeta, el conde de Maceda en Reggio, Montemar por todas partes.

Él, don Carlos, ordenaba la administración de sus territorios. Las cartas de Isabel de Farnesio pretendían despertar en él un ardor guerrero que no sentía. No obstante tuvo que presenciar el asedio y conquista de Gaeta, añoranzas del Gran Capitán, y tuvo la satisfacción de enviar a su padre, Felipe V, que estaba en San Ildefonso, diez banderas tomadas al enemigo y de las que fue portador el mariscal de campo Juan Bautista de Gajes.

Don Carlos era rey de las Dos Sicilias. Faltaba por conquistar la segunda. Fue, ¡cómo no!, Montemar, el encargado de dirigir la expedición a la isla, de la que previamente fue nombrado virrey<sup>1</sup>.

El primero de septiembre entraba el general vencedor en Palermo, si bien la conquista total de las demás poblaciones importantes de Sicilia tuvo que esperar algún tiempo, mientras Isabel de Farnesio seguía animando a su hijo para la toma del célebre triángulo siciliano, objetivo de tantas guerras en el Mediterráneo hasta nuestros días: Mesina, Siracusa y Trápani: «Le quali, a regno libero, seran tue. Va dunque e vinci; la piu bella corona de Italia ti attende.». Además una delegación de la isla llegó a Nápoles para rendir homenaje al joven rey y estimularle con ello a cruzar el estrecho. La brillante delegación estaba formada por el príncipe de Aragón, hermoso recuerdo de pasadas glorias, el marqués de San Germano y los príncipes de Pantellaria y de Poggio Real, varios de ellos, grandes de España.

Tres meses tardó la pacificación total de la isla. El tres de julio, en la catedral de Palermo, por fin, el rey de Nápoles y Sicilia ceñía la corona que llevaron en otros tiempos Federico II de Suabia y Alfonso V de Aragón.

Durante la campaña, todavía antes de pasar a Sicilia, don Carlos recibió la noticia del terrible incendio que había destruido completamente el viejo Alcázar de Madrid, donde él nació, lleno de recuerdos de su infancia, verdadero archivo de glorias pasadas y soberbio museo, parte del cual fue salvado, perdiéndose no obstante admirables obras de los grandes maestros. El rey de Nápoles lamentaba muy en especial la pérdida del famoso balcón dorado desde el que presenciaba los desfiles, y, siempre hombre devoto, la destrucción de la Real Capilla y de las reliquias que guardaba.

Lamentaba el joven rey el haber tenido que renunciar a los ducados de Parma, Piacenza y Toscana, por las dichas combinaciones diplomáticas, obligada cesión al Emperador para que éste los cediese a su vez a la casa de Lorena. Le compensaba la mucha mayor extensión del territorio de las Dos Sicilias con más de cinco millones de habitantes. Sus padres, además, endulzaban el cambio y facilitaban su tarea enviándole grandes sumas de dinero —¿de dónde salía?— para pagar un ejército de nada menos que cuarenta mil hombres y para ayudarle en sus primeras etapas de gobierno. Para ello

forma una Junta, verdadero Consejo de Ministros. Tiene que unificar nada menos que once legislaciones diferentes. Vale la pena enumerarlas para darnos cuenta de la tarea de «Carlet», al que ahora Nápoles llama «il nostro carluccio». Son: la antigua romana, la longobarda, la normanda, la sueca, la angevina, la aragonesa, la de los Austria españoles, la de los Austria tudescos, la feudal, la eclesiástica y los decretos de los príncipes.

En don Carlos se impone su afán constructivo («infinita cupiditas aedificandi») sobre su escasa afición a la música. Decide construir un gran teatro que sustituya al viejo y medio ruinoso de San Bartolomé. Encarga el proyecto a Juan Medrano y Angel Carasale y a fines de 1737 se inauguraba el teatro de San Carlos, durante dos siglos el mayor y más lujoso del mundo. El rey se instaló en el palco real, verdadera obra de arte, situado en el fondo, frente por frente y bien lejos del escenario. Malas lenguas dijeron que lo hizo así para estar lo más alejado posible de la música.

El afán renovador y constructor presidió toda la vida de don Carlos, lo que hizo de tan gran monarca un verdadero regalo de la Providencia para los países en los que reinó. A lo largo de estas páginas, lo iremos viendo. Su intensa dedicación a las tareas de gobierno, despachos, audiencias, embajadores, atención a los necesitados, no impidió que dispusiera siempre de tiempo para su gran afición, la caza, y para su profunda devoción religiosa.

\* \* \*

#### *El matrimonio del Rey*

El 20 de enero de 1737, el rey de las Dos Sicilias cumple veintiún años. La descripción que se nos hace del personaje por aquellos días no puede ser menos atractiva. De ser ciertas las medidas que se nos dan, cinco pies y dos pulgadas (un metro cuarenta y cinco o cincuenta centímetros), resulta que no era más bien bajo, como dice el cronista, sino que era casi enano. Enjuto de carnes y lampiño: la primera vez que se afeitó fue el once del citado mes y año. Su mirada dulce inspiraba confianza y hacía olvidar las dimensiones exageradas de su nariz. Ya por entonces se distinguía por la sencillez de su atuendo, rodeado casi siempre por las galas y dorados de las gentes de la Corte.

Este joven monarca, que ha conservado hasta entonces una vida de virginal castidad, parece que empieza a preocuparse por la conveniencia de una compañía femenina, tanto por razones personales, como por dar un heredero al reino. Ni por un momento piensa en «amistades peligrosas», el pan nuestro de cada día en las Cortes del xviii, en las que solían complacerse, dando ejemplo, sus regios colegas, en especial los de la familia Borbón.

Son sus padres los primeros en abordar el tema conyugal en su intensa correspondencia. La elección de la futura reina de Nápoles depende de las relaciones internacionales. Estamos condicionados por los Pactos de Familia pero nos conviene la relación amistosa con el Imperio, tan difícil en tierras italianas. Sin olvidar, por múltiples razones, a la cada día más poderosa Inglaterra. El amor no cuenta en las monarquías absolutas y es lógico que sea un valor subordinado a la razón de Estado, no sólo

entonces sino en las monarquías de todo tiempo. El hacer compatibles esos dos valores se convierte en una verdadera obra de arte político-sentimental.

A don Carlos se le había querido casar con la señorita de Beaujolais, hija del duque de Orléans, y luego nada menos que con la que sería la gran emperatriz María Teresa de Austria, la frustrada maniobra vienesa de Riperdá. ¿Puede imaginarse en un sueño de historia-ficción lo que habría sido en lo personal y en lo nacional el enlace entre Carlos y María Teresa?

El rey de las Dos Sicilias está preocupado. Sabe que el conde de Fuenclara está haciendo gestiones «casamenteras» en Viena. Escribe a sus padres manifestándoles sus deseos de saber algo sobre el tema «car le temps se pase et on reste sans rien faire». Algún historiador ve en estas palabras el despertar erótico del monarca, con el recuerdo de las bellezas florentinas que le rodearon años atrás en la corte de los Médicis. Carece de experiencia, no ha tratado a muchachas de su edad, pero parece que ha idealizado una imagen femenina y quiere convertirla en realidad.

Hay propuestas de princesas desde la corte de Prusia y no podía faltar otra del Rey Cristianísimo, que quiere reforzar aún más los pactos familiares, pero Felipe V e Isabel siguen insistiendo en el matrimonio austriaco, ahora la archiduquesa María Ana, hija segunda del emperador. En cuanto a las candidatas de Prusia y de Inglaterra, se tropieza con el inconveniente de las diferencias religiosas.

Don Carlos muestra abiertamente sus preferencias por María Ana, cuyo retrato le ha gustado mucho, pero se cura en salud: «Si la gestión de Fuenclara falla, si tal desgracia aconteciera, no me faltarían mujeres.»

El emperador Carlos VI se opone terminantemente a que una de sus hijas se case con el hijo de su enemigo y vencedor en la Guerra de Sucesión de España. Había que pasar de nuevo revista a las princesas de Europa. Don Carlos advierte a sus padres por primera vez. Sabe que son ellos los que deciden: «Pongan cuidado al elegir, no vayan a labrar mi desventura».

Surge una nueva posibilidad. En Viena, la emperatriz viuda de José I, cuñada del emperador y decidida partidaria de don Carlos, cuyas buenas cualidades admira, descubre a Fuenclara la existencia de su nieta, llamada Amalia como ella, e hija primogénita del rey de Polonia, de la familia Brunswick. La tal princesa tiene trece años, es católica, de buena salud y, al decir, de buena presencia.

El rey de las Dos Sicilias seguía subordinado a la voluntad de sus padres, pero ante las buenas impresiones sobre la princesa Amalia les urge para que resuelvan lo más pronto posible pues, como ellos mismos decían, «le temps se passe». Y como no hay noticias de Madrid en contrario, don Carlos, cansado de esperar, se decide por María Amalia de Sajonia o de Walpurgo, hija de Federico Augusto II de Sajonia, llamado Augusto III como último rey de Polonia, y de la archiduquesa María Josefa de Austria. Por falta de noble ascendencia europea no quedaría.

Don Carlos tiene en su cámara el retrato de la niña y lo contempla a diario con ilusión. Es rubia, sonrosada, de rasgos todavía poco definidos. El acta con la promesa matrimonial se firma en Viena el 31 de octubre de 1737. El negociador, don Pedro

Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, está radiante. Él firma las capitulaciones fijando la dote y esas múltiples condiciones habituales en tales casos, previsiones de futuro en cuanto a sucesiones y cláusulas económicas que casi nunca suelen cumplirse.

Al anhelante esposo «las horas se le hacen siglos». Ha cumplido veintidós años y prepara todo para que la futura reina encuentre en Nápoles todo lo que pueda complacerla. Le llegan noticias, por el marqués de la Mina desde Versalles, de que Amalia es de muy buen parecer, robusta, muy alta para su edad (¿qué iba a hacer junto al 1'45 del rey?), color claro, genio y espíritu muy dignos de elogio; hablaba italiano y francés, montaba a caballo y estaba criada en los principios de religión, piedad y virtud. Con estos datos, llegados a través de un tercero que a su vez los había recibido de un cuarto, tenían que decidirse en aquellos tiempos los matrimonios reales una vez que la alta política había dado su conformidad<sup>2</sup>.

Todos los preparativos del viaje y de la boda se consultan con Madrid. Son más de seiscientas millas de camino que deberían hacerse en diecisiete jornadas y setenta y ocho postas. Se prevén escalas, postillones, tiros de caballos, equipajes, forrajes...

Después de atravesar más de media Europa entre agasajos, regalos y principescas escoltas, llega Amalia de Sajonia a Portello, en el límite entre los Estados Pontificios y su futuro reino. Don Carlos espera anhelante y relata así el encuentro en carta a sus padres:

«Para obedecer las órdenes de vuestras majestades, diré aquí todo, tal como ha pasado. El día que la encontré a mi alcance, me coloqué desde luego con ella en la silla de posta, donde hablamos todo el tiempo (probablemente en francés) amorosamente hasta Fondi. Allí comimos en la misma silla y después seguimos nuestro viaje a Gaeta, siempre hablando de lo mismo, y donde llegamos un poco tarde y con el tiempo necesario para que la reina se desnudase y quitara el peinado. Fue hora de cenar... nos acostamos a las nueve de la noche, temblábamos los dos, pero...», Y el pudoroso cronista detiene el relato del tálamo nupcial allí donde el rey Carlos no tiene pudor alguno en proseguir contando a sus padres con pelos y señales los secretos de aquella noche en la improvisada regia alcoba. Resulta que aquel matrimonio concertado sin amor entre un rey de veintidós años y una princesa sajona de trece, fue consumado amorosamente y no tardó en empezar a dar frutos, resultando, a la larga, feliz y muy fecundo. Feliz, efectivamente, don Carlos creó la Real Orden de San Genaro, que concedió, entre otros, al eficaz casamentero conde de Fuenclara, haciendo marqués de Tanucci a su inseparable e indispensable don Bernardo, de dicho apellido.

Y así concluyeron las bodas de los Reyes de las Dos Sicilias.

\* \* \*

En los ocho años que van desde su matrimonio hasta la muerte de Felipe V en Madrid el 9 de julio de 1746, Carlos VII de Nápoles, el perfecto grande y pequeño rey de su grande y pequeño reino, cumple sus funciones con precisión, sin alardes, con buen criterio y sentido de la medida. A todo atiende y sin embargo encuentra tiempo para sus aficiones, que en tierras italianas se han incrementado con una especial dedicación a las antigüedades. Pasa grandes temporadas en el palacio de Portici, rodeado de jardines

junto al mar. Y lo mismo se ocupa de la botadura de la nueva fragata que lleva su nombre, la «San Carlos», con sus cincuenta cañones, que de revisar los trabajos en las ruinas de Herculano, descubiertas hacía pocos años, a las que da nuevo ritmo, interesándose, una por una, por las piezas que se van descubriendo, estatuas, joyas, ánforas, rollos de papiros.

Don Carlos da prueba de su magnanimidad atendiendo las súplicas de un grupo de treinta y seis forzados a galeras que encontró en su camino, a los que no sólo dio orden de liberar al oír los motivos de sus desgracias, sino que además distribuyó entre ellos cuarenta cequíes de oro. «Volved a vuestras casas y mudad de vida y de conducta» —les dijo—. Es muy probable que a la vuelta de la esquina estuvieran otra vez salteando caminos o violando doncellas, cuando no cayendo en el horrible vicio de la sodomía; pero don Carlos era así de benigno y, todavía, ingenuo.

Supo el rey, por sus padres, que España e Inglaterra estaban en guerra, lo que parece que por entonces no le inquietó demasiado. Más le preocupaban algunas dolencias de María Amalia, sin gran importancia, ya que a los pocos meses empezó a dedicarse con intensidad a su tarea de traer hijos al mundo, con mayor o menor fortuna, ya que, como era normal en aquellos tiempos, no solían ser muchos los que sobrevivían. Con la Ilustración la filosofía había progresado mucho, pero la medicina estaba todavía en mantillas.

El rey Carlos puso en marcha la bella idea de montar una fábrica dedicada a la producción de porcelanas artísticas siguiendo el modelo de la de Meissen, en Dresde, que había conocido por la reina. A este fin dedicó un viejo edificio al lado del palacio de Capodimonte, llamado de la «Guardia Maggiore». Fue en uno de los días que los reyes visitaban las obras cuando doña María Amalia tuvo que retirarse a Portici para dar a luz a su primera hija, que fue llamada María Isabel.

No dejaba de atender el rey las relaciones internacionales de su pequeño Estado. Por aquellos días habían muerto el emperador de Austria, Carlos VI, y Federico Guillermo de Prusia, el Rey sargento. De ambas muertes era previsible que se derivaran los conflictos sucesorios y dinásticos que eran en aquel siglo el pan nuestro de cada día. Cuestiones importantes pero que, de momento, no afectaban a las Dos Sicilias. Sí, en cambio, el Concordato con la Santa Sede, firmado en Junio de 1741, que el rey hizo celebrar públicamente. Católico, sí, pero pragmático en política exterior, atendió con interés las relaciones con el poder creciente al otro extremo del Mediterráneo, Turquía, la Sublime Puerta, adonde envió una numerosa y selecta misión a bordo del navío «San Felipe» y de la fragata recién armada, «San Carlos», con el ministro plenipotenciario del rey, conde Finochietti, que fue recibido solemnemente por el Gran Turco. También autorizó don Carlos el regreso de los judíos a las Dos Sicilias dejándoles establecerse y montar negocios, lo que no podían hacer desde tiempos del emperador Carlos V. Se cuenta que tal medida no agradó a la reina Amalia, que así se lo manifestó al marqués de Montealegre y al conde San Estéfano. Es posible que el rey hubiera llegado a aquel acuerdo en favor de los judíos, con vistas a futuras experiencias de mayor envergadura.

Entre estas interesantes medidas tomadas por don Carlos en aquella pacífica y constructiva etapa de su reinado napolitano, cuenta también su reclamación del derecho, caído en desuso hacía largo tiempo, para nombrar obispo de Malta entre los propuestos por el Gran Maestre de la Orden. Y resulta muy curioso recordar, sobre todo para cierto sector que ha venido acusando al rey de determinadas concomitancias, el empeño que puso en perseguir, de acuerdo con la Santa Sede, a los denominados *liberi muratori* o francmasones, «muy extendidos a la sazón en aquellos reinos por el atractivo del socorro mutuo que se prometía a los afiliados y la facilidad para adquirir relaciones en todas partes». Algo que parece que no ha cambiado mucho. El pueblo miraba a los francmasones como enemigos de la Religión y del Estado. Don Carlos les amenazó con ser tratados como perturbadores del orden público y violadores de los derechos de soberanía, prohibiendo sus reuniones. Nada nuevo bajo el sol. Cabe también recoger el dato de que fue Tanucci quien más influyó en estas medidas antimasónicas. El director espiritual del ministro era un jesuita, y el confesor del rey, el Obispo de Nísibe, fray José de Bolaños, modesto y virtuoso, perteneciente a la Orden de los «gilitos»<sup>3</sup>.

El rey seguía con interés el problema de la sucesión en Austria. Había tenido que vencer su natural pacifismo para enviar hacia el norte las fuerzas napolitanas que mandaba el duque de Castropignano, que estaban ya en el límite de los Estados de la Iglesia. Se cumplían así los deseos, más bien órdenes, de Felipe V, para que las tropas borbónicas en Italia se unieran a las españolas del conde de Gajes que habían desembarcado en Orbetello.

Nació por aquellos días la segunda hija de los reyes, María Josefa Antonia, que sólo vivió setenta y tres días, a pesar de las rogativas por su salud, dirigidas por el cardenal Spinelli en la Catedral. Nada tuvo que ver aquella muerte infantil con la epidemia de peste originada por un barco griego llegado a Mesina, procedente de Misolonghi, epidemia que produjo millones de víctimas y que dio lugar a una caritativa y valiente acción asistencial del monarca.

Mientras se sucedían estos episodios, unos amables y otros tristes, la actividad positiva de don Carlos no reducía su ritmo. Las fortalezas se reparaban y reforzaban; se construían numerosos buques en los arsenales y cañones en la nueva real fundición, armas en la fábrica de la torre de la Annunziata, fundada también entonces. Eran medidas necesarias para asegurar la independencia, siempre relativa, de la monarquía renaciente y para ensanchar el comercio indispensable para enriquecer el país. Se agilizaron los trámites judiciales y la lengua italiana fue sustituyendo al latín. Se crearon nuevos centros universitarios, se formaron compañías de comercio y se pidió autorización a España para comerciar con las Indias Occidentales. En otro terreno, se construían anchos y sólidos caminos donde antes sólo había riscos y cenagales, un gran puente sobre el Volturno, la renovada Universidad de Nápoles, la biblioteca Farnesina, que se trajo desde Parma...

Todo ello y mucho más sin olvidar las maravillas artísticas de los palacios de Portici, Capodimonte y Caserta, amén de los descubrimientos y puesta en valor de las ruinas y tesoros de Herculano y Pompeya. «Afanos y desvelos tan dignos de encomio valieron a

don Carlos el glorioso título de Restaurador de las Artes, con el que le aclamó Europa», según el conde de Fernán Núñez, su biógrafo. Parece que estamos leyendo el admirable curriculum de los ministros que casi por los mismos días estaban transformando la decaída España de principios de siglo, los Patiño, los Ensenada, que como ya hemos dicho en los capítulos anteriores fueron las columnas del pórtico para llegar al gran reinado carlotercista.

\* \* \*

Parece como si las circunstancias obligaran al pacífico don Carlos a volverse belicoso. Su pequeña figura tiende a crecer y a imponer su dignidad cuando llegan los momentos difíciles. Con los años no sólo ha ido ganando experiencia de gobierno y de los hombres. Su cuerpo se ha fortalecido y su piel se ha curtido con las cacerías, el ejercicio y la vida al aire libre. Ya no es el muchachito frágil y sonrosado; se ha convertido en un hombre que ha ganado en apostura y vigor, con la presencia agradable de siempre que disimula la fealdad de alguno de sus rasgos.

Es este rey de veintitantos años el que tiene que enfrentarse con una situación internacional con amenaza de guerras que, desde luego, él no ha provocado.

La familia real napolitana acababa de soportar los sobresaltos producidos por los movimientos sísmicos y de las desgracias derivadas de ellos en varias poblaciones, que los reyes fueron los primeros en atender durante el caluroso verano de 1742. Pero una mañana surgió una amenaza inesperada: una división de la escuadra inglesa del Mediterráneo al mando del almirante Mathews, se acercaba a Nápoles sin hacer los saludos de rigor y sin contestar a las señales de la plaza. Esta actitud supone una especie de ultimatum: o don Carlos retira sus tropas del norte de Italia o la ciudad va a ser bombardeada desde los doce bajeles ingleses.

Todo lo que ocurrió a continuación es relatado con gran minuciosidad en una larga carta del ministro Tanucci al príncipe Corsini, gobernador de Palermo (25-8-1742). Resumiremos sus puntos esenciales.

La población estaba atemorizada por los temblores de tierra que no cesaban, corría desalentada por las calles y se refugiaba en los templos. Vino a añadirse ahora la presencia amenazadora de los navíos ingleses. Se celebró con urgencia una junta de ministros y generales, con más temor a una rebelión popular que a los posibles bombardeos. El marqués de Montealegre, en nombre del rey, recibió al mensajero de la flota británica, un tal capitán Martín, que se mostró áspero y agresivo, sin consideración alguna incluso al referirse al propio rey. El consejo reunido no quiso exponer a la ciudad a muertes, destrucción, pillajes y posibles enfermedades y hambres derivadas del ataque y difícil resistencia. Se temía alguna conjura interior y ya habían aparecido incendios en varios puntos de la ciudad.

No hubo otro remedio que prometer a los ingleses que las tropas del Norte volverían a Nápoles y no se ayudaría a las de Montemar si la flota amenazante se retiraba. Así se acordó y así se llevó a cabo, si bien con muchas reservas por ambas partes<sup>4</sup>. En realidad se trataba sólo de salir del paso, como lo prueba que a los pocos días, ante las noticias de la evolución favorable de la situación militar para las tropas borbónicas en Italia, el rey

Carlos dispone que las fuerzas napolitanas al mando de Castropignano entren en la Umbría para asegurar la defensa del reino frente a un posible desembarco austriaco en las costas de Apulia.

Más de un autor atribuye al episodio antes relatado, a la desconsiderada y violenta actitud de los ingleses frente a Nápoles, la reacción anímica del futuro Carlos III, que a partir de entonces se mostró decididamente antibritánico y así fue la norma que, en general, siguió su política exterior. A lo largo de estas páginas iremos viendo, y con un sentido crítico, cuáles fueron las consecuencias de esta actitud del monarca. El ver a su ciudad, a sus gentes que tanto le querían y respetaban, a su reino, amenazados de muerte y desolación, le marcó tanto como para condicionar su política exterior sin la clara visión de futuro y sin el sentido pragmático que tuvo su reinado español en casi todos los aspectos.

Don Carlos escribe a sus padres una carta confidencial informándoles de todo lo que acaba de suceder y, siempre respetuoso, solicita su benevolencia si es que ha cometido algún error.

También la reina Amalia da cuenta a sus suegros de las penalidades sufridas con los terremotos y la amenaza de bombardeos, si bien les dice que lo que más le preocupaba era «ma pauvre Isabelitha que j'avais à moitié mala». Por desgracia la pobre Isabelita se incorporó pronto al triste balance familiar, seis hijos malogrados, «más que por la deficiente constitución física de los progenitores —como dice el cronista—, por el azote de la viruela y por la carencia de conocimientos prácticos de higiene y medicina infantil».

El pueblo de Nápoles había pasado también muy malos momentos, como sus reyes. La licuación de la sangre de San Genaro fue un signo compensador de esperanza; además, en un terreno mucho más prosaico, Carlos VII ordenó bajar los precios de la carne y de la harina. Y los regalos que llegaron del Gran Turco y del Bey de Trípoli, un elefante, quince caballos berberiscos, dos dromedarios blancos de gran tamaño, un león «y otras cosas raras», desfilaron por las calles de Nápoles, asombrando y divirtiendo al vecindario. Pan y circo, como siempre.

\* \* \*

El rey pacífico va a la guerra. Sus padres le han puesto como ejemplo a su hermano, el infante don Felipe, que lucha entre el Piamonte y la Saboya contra el rey de Cerdeña, aliado de Austria y de Inglaterra. Va también dispuesto a combatir porque el ejército enemigo del príncipe Lobkowitz se acerca a la frontera napolitana. Teme que sus vasallos y sobre todo por la reina y por «la pobre Isabelita», que le esperarán en Gaeta mientras dura la guerra.

Dice el cronista que el joven monarca no da nunca la sensación de caudillo o de general en jefe. Sus ademanes tranquilos carecen de aire militar, está deseando volver a los asuntos administrativos y dejar el uniforme y los despachos de campaña con Castropignano. Lo que no podía olvidar era la ofensa que le había infringido la flota inglesa: «La neutralità promessa a l'Inghilterra offendava gl'interessi della mia casa...» —dice en su manifiesto bélico.

Por fortuna aquella fase de la guerra dura poco. Los contendientes están cansados, desgastados. Unos y otros quieren retirarse sin considerarse vencidos, se mueven de un lado para otro sin verdadero afán ofensivo. El duque de Montemar, el gran soldado, se queja: «Isabel de Farnesio pretende dirigir la guerra desde su tocador». Parece que las órdenes de la emperatriz María Teresa de Austria tampoco son muy claras ni decididas. Mientras don Carlos espera en Veletri, seis leguas al sur de Roma, Lobkowitz vivaquea por los alrededores. Empiezan a darse encuentros entre los dos ejércitos. El monte Artemiso cambió de manos varias veces. Don Carlos recorría las líneas a caballo estimulando a sus tropas. Pasó momentos difíciles en una emboscada que le sorprendió en la noche, salvándose de verdadero milagro, a medio vestir y en unión del duque de Módena y del embajador de Francia. La presencia de este último parece probar quien mangoneaba desde París la totalidad de los asuntos borbónicos.

Por fin los austriacos se retiraron habiendo sufrido muchas bajas. También del lado del rey don Carlos hubo pérdidas importantes, como la del general irlandés Daniel MacDonald y la del teniente general marqués de Aufort. Lobkowitz repasó el Tiber en franca huida perseguido por el conde de Gajes y la guerra cayó en un período de languidez.

Aprovechando la calma, don Carlos decidió ir a Roma y visitar al papa Benedicto XIV, que le recibió con gran solemnidad y pruebas de afecto, como al parecer había hecho hacía poco con su enemiga circunstancial, la emperatriz María Teresa. Absurdas peleas dinásticas entre parientes que tan pronto se casaban como armaban ejércitos empelucados de súbditos y de mercenarios para matarse en combates que nada decidían.

La brillantez y éxito formal de la visita al papa Benedicto —de grata memoria— quedó reflejada en dos cuadros de Panini que guarda el Museo de Nápoles. Y, por cierto, el rey Carlos VII hizo su visita de incógnito bajo el nombre de «Conde de Pozzuoli», no obstante lo cual fue saludado con las salvas del castillo de Sant Angelo y fue acompañado en carroza por el cardenal Acquaviva.

Cuando el rey regresó a Nápoles, María Amalia había dado a luz a la cuarta de sus hijas, María Josefa Carmela. Según el conde de Fernán Núñez, la nueva infanta es pequeña y contrahecha<sup>5</sup>. Mala suerte la de aquellos padres, que dura hasta que un año después nace otra infanta, María Luisa Antonia, ésta sí, bien constituida y fuerte, aunque fue recibida con poco entusiasmo porque lo que todos llevaban años esperando era un heredero varón, un príncipe para consolidar la dinastía en las Dos Sicilias<sup>6</sup>.

\* \* \*

Carlos VII de Nápoles era un hombre sensible con un temperamento afectivo. Aunque llevaba muchos años sin ver a sus padres, la muerte de Felipe V le produjo profundo dolor, sintiéndose al mismo tiempo un poco como desamparado. Se había acostumbrado a los consejos, a las advertencias, casi órdenes, a través de la intensa correspondencia. El rey de Madrid, con todas sus deficiencias, era como el patriarca de aquella rama borbónica desprendida del árbol de Luis XIV. Tenía don Felipe al morir sesenta y tres años después de más de cuarenta y cinco de reinado, y llevaba ya muchos meses de incapacidad física y mental. Isabel de Farnesio fue durante ese tiempo la verdadera

cabeza de la dinastía, con un enfoque preferente a consolidar los tronos itálicos de sus hijos Carlos y Felipe.

En Madrid se comentaba, anticipándose a los acontecimientos, que era muy poco probable que el nuevo rey, Fernando VI tuviera descendencia después de diez y ocho años de matrimonio con doña Bárbara de Braganza. De esta real pareja ya hemos hablado, suficientemente creo, en capítulos anteriores. Tiene interés aquí volver sobre ellos para ver cuál era la situación, cómo eran las relaciones personales entre los dos hermanos de padre, Fernando y Carlos, mientras duró el reinado del primero, mientras el segundo era ya Príncipe de Asturias como más directo heredero del trono en el orden sucesorio.

No había transcurrido un mes desde la muerte de Felipe V, el 8 de julio de 1746, cuando el nuevo rey expulsó ¿amablemente? del Palacio del Buen Retiro a su madrastra, y la antes todo poderosa doña Isabel tuvo que irse a una casa de nobles amigos y luego, en una especie de destierro, al Palacio de La Granja. Tal medida, lógicamente, no debió ser muy del agrado de su amantísimo hijo, el rey de las Dos Sicilias.

Fernando VI quería mandar sin interferencias. Al fin y al cabo no tenía por qué pensar en un corto reinado ya que era un hombre joven todavía, en buena salud y sólo tres años mayor que su hermano Carlos. Este, entretanto, seguía procreando hijos en el clima estimulante del Amalfitano y el Sorrentino, del palacio de Portici al nuevo y grandioso de Caserta. Pero el extraordinario acierto del monarca para transformar urbanística y arquitectónicamente las ciudades fallaba en materia de crear descendientes de buena calidad, aunque sí muchos en cantidad.

Después de cinco infantas sucesivas, malogradas casi siempre, doña Amalia dio a luz, por fin, a un niño, al que se llamó Felipe Pascual, se le dio el título de duque de Calabria, tradicional de la Casa napolitana, y Fernando VI le declaró infante de España con una importante pensión anual.

Nacieron luego más varones. Trece hijos tuvo doña Amalia, la prolífica sajona, de los que sólo siete salieron adelante, dos infantas y cinco infantes; además del citado Felipe Pascual vinieron luego Carlos, Fernando, Gabriel, Antonio y Antonio Pascual. Los trece nacidos en trece años.

El pobre duque de Calabria era un anormal sin paliativos. No es falta de caridad. Tratándose de herederos del trono hay que pensar en algo mejor que en un niño epiléptico, desmedrado y con extraños síntomas de la que ahora se llama autismo. Cuentan los próximos al rey que éste sufrió mucho al ir viendo en lo que se convertía el infante en el que tantas esperanzas había depositado. Estas pasaron al hijo que vino después, Carlos, como su padre. Este, al menos, empezó a criarse fuerte, sin tara física alguna, si bien (o si mal), dando muestras de tan escasa inteligencia, según iba creciendo, que rayaba con la anormalidad. De ello se daba cuenta el rey, con la triste conformidad de ver que un día tendría que ser su heredero, el futuro sano y bobalicón don Carlos IV, rey de las Españas que quedaban.

Por aquellos años del reinado de Fernando VI, don Carlos reinaba en sus reinos con plena independencia, sin esperar ya el correo de Madrid. Trabajó intensamente y fue

cada día más un gobernante experto y eficaz, pendiente del bien de sus súbditos. Fueron diez años en los que reafirmó su posición internacional después de la paz de Aquisgran y vio asegurado a su hermano Felipe en los ducados de Parma, Piacenza y Guastalla.

Tenía el rey cuarenta y un años. Sabía mandar sin ofender, era fiel a los que le eran fieles, le gustaba poco cambiar de caras, sabía elegir a sus colaboradores y a su espíritu tolerante no le faltaba un punto de socarronería, un cierto humorismo, que viene bien para la defensa prudente y para el discreto ataque.

Fueron esos diez años un período constructivo, una admirable escuela para lo que vendría después. Son los tiempos de la puesta en marcha de la fábrica de Capodimonte, y de los formidables descubrimientos en Pompeya, estimulados y dirigidos por el propio rey; pero al mismo tiempo crea el gran «Albergo dei Poveri», capaz para dos mil asilados, enorme obra muy parecida al gran hospital de San Carlos creado por nuestro Carlos III en Madrid, edificio que después de otras dedicaciones médicas y asistenciales es hoy el Museo Reina Sofía.

El rey construyó también nuevos puertos, Barletta, Cotrone, Girgenti, el puente de Monte Argentario, caminos reales a Reggio, Salerno... Publica el Código Carolino, refuerza la Marina e impone la táctica prusiana para sus tropas. Y sigue con el marqués de Tanucci como su hombre de confianza. En conjunto, brillante etapa napolitana, ensayo general con todo para la representación definitiva ante la Historia. Esta, en Madrid.

\* \* \*

Entre don Carlos y Fernando VI se cruza una correspondencia que los historiadores consideran como poco efusiva. Al rey de Nápoles no le gustó ni poco ni mucho el tratado firmado en Aranjuez en 1752 entre los reyes de España, Hungría y Cerdeña, contando de antemano con la adhesión de Nápoles y de Parma. Don Carlos se quejó y don Fernando se mostró contrariado por sus reticencias y reservas. Vino a decirle a su hermano —y a Felipe, duque de Parma—, que si no querían adherirse, que peor para ellos, que él lo había suscrito para favorecerles. Nada tiene de particular que Isabel de Farnesio, encerrada en el «pastel de nieve» (como ella calificaba a La Granja), tuviera algo que ver en esta tirantez política entre los dos hermanos.

Corre el año 1757 cuando Carlos VII va dando los últimos toques al fabuloso palacio de Caserta, nada menos que con doscientos cincuenta metros de fachada y cinco pisos, con un zaguán de las dimensiones de una catedral, mármoles por doquier, oros, palcos lujosos, columnas de alabastro, jardines estilo Versalles... Allí se relaciona con Sabatini, al que luego traerá a Madrid para trazar hermosas zonas en torno al Palacio que se llamará, impropriamente, de Oriente.

También conoce el rey por aquellos días a su nuevo confesor, el padre Joaquín Eleta, franciscano natural de Burgo de Osma. Dará juego en su reinado español. Se lo ha presentado su anterior e inseparable confesor, el anciano padre Bolaños, obispo de Nísibe. Siempre los mismos. Ya hemos dicho que a don Carlos no le gusta cambiar de caras.

Ante la guerra que ha estallado entre todas las grandes potencias en 1756, don Carlos defiende con ardor su neutralidad. Quiere, al menos de momento, llevarse bien con todos. Así se lo explica en larga carta a su hermano en la que le dice también que del tratado de Aranjuez prefiere no hablar más. En mayo de 1758 muere el papa Benedicto XIV, que tan buena relación tuvo con el rey de Nápoles. Le sustituye Clemente XIII. Su Pontificado resultará más conflictivo para el futuro rey de España.

Pocos meses después muere también, en Aranjuez, doña Bárbara de Braganza. Las consecuencias que su pérdida produjo en el ánimo de Fernando VI, las hemos visto ya en capítulos anteriores. La Corte está desquiciada con la demencia del rey, y la administración y el gobierno del país paralizados. Todos no hacen ya más que pensar en la pronta venida del Príncipe de Asturias, que sigue en Nápoles dispuesto a respetar la soberanía de su hermano mientras viva, aunque son muchos los que le incitan para que venga a España con urgencia para poner remedio a tan desastrosa situación<sup>7</sup>.

Fernando VI se consume en el castillo de Villaviciosa entre extravagancias, delirios y ataques de violencia. Da la impresión de que don Carlos, despachando en Portici con Tanucci, con el marqués de Esquilache y con don Antonio del Río, está ya como preparando su futuro reinado. Se escribe intensamente con su madre, en clave, de su puño y letra, en francés, con signos cabalísticos. La reina viuda ve que por fin su querido Carlet va a compensar el trato poco digno que, a su modo de ver, le ha infringido su hijastro.

En cambio Nápoles sentía que se iba a quedar sin su rey. «Il nostro Carluccio se ne va». Efectivamente, Carluccio, tan querido, se va, pero antes concede autorización a su madre para que tome posesión del reino de España, en su nombre y sólo cuando muera Fernando VI. Para ello firma un poder en Caserta «rogando a su augustísima real madre... para que tome en nombre de Su Majestad, las riendas del gobierno de las Españas e Indias...»

Sería muy interesante conocer cuáles fueron los íntimos sentimientos de don Carlos en aquellos días trascendentales de su vida. Veintisiete años en Italia, un reino en orden que era como su palacio, su jardín, su bahía... Unos súbditos alegres que le querían como suyo, un clima benigno, un paisaje ideal, ¡que paraíso para su madura realeza, para su vejez tranquila! Y, sin embargo, el patriotismo, el deber, la atracción de la tierra en la que había nacido, el peso de muchos siglos de historia a través de varias dinastías... La suya se ha identificado tanto con España y con sus intereses que don Carlos siente íntimamente la fuerza del destino, la meta que la Providencia le señala, a él, el rey Católico.

Fernando VI va a morir. Madrid espera ya a Carlos III.

1 Por aquellos días, el rey de España le concedió la grandeza y el título de duque de Bitonto, que luego cambió por el de su apellido.

2 El retrato de doña Amalia, de cuerpo entero, realizado por aquellos días por Luis Silvestre, pintor de cámara de la Corte sajona, está en el Museo del Prado.

3 «Es jesuita el director de mi conciencia por educación y por costumbre; para un particular no puede servir de mucho daño; para un monarca jamás aconsejaría confesor jesuita por infinitas razones» (Carta de Tanucci al príncipe de Yaci, embajador de Nápoles en España, abril 1760). ¿Qué quería decir el ministro de confianza, el gran amigo de Carlos III, con tan tardías y sibilinas palabras? No resulta muy difícil de imaginar sabiendo lo que iba a suceder.

4 Don Carlos fue partidario de resistir. Sólo cedió cuando Montealegre le hizo ver que estaba próximo un levantamiento popular promovido por conspiradores.

5 En el Palacio Real de Madrid se conserva una pequeña miniatura en forma de corazón que refleja el defecto físico de la pobre doña María Josefa.

6 Doña María Luisa se casó con el archiduque Leopoldo, hijo de la emperatriz María Teresa, y llegó a ser duquesa de Toscana.

7 El ministro Ricardo Wall apremia respetuosamente a don Carlos para que se haga cargo del gobierno en Madrid. El rey le contesta que sólo irá «abiertamente, con dignidad y franqueza».

## VI

# LOS REYES EN BARCELONA Y MADRID

Isabel de Farnesio, Reina Gobernadora.—Fernando IV, Rey de Nápoles.—Suntuosa y complicada travesía.—Entusiasmo en Barcelona.—Identificación con los catalanes.—Los Reyes en el Buen Retiro.—El pobre y sórdido Madrid.—Miserias de la población.—Impresiones desfavorables de la Reina.—Choques de Doña Amalia con Isabel de Farnesio.—Su correspondencia con Tanucci.—Ensenada en libertad.—«El Rey pone remedio a todo».

Doña Isabel de Farnesio debía ser una señora de armas tomar. El versallesco destierro durante trece años en San Ildefonso al que le sometió su hijastro Fernando VI, debió ser para ella una verdadera tortura. Sin mando y «entre nieves», como solía decir, su único consuelo era la correspondencia más o menos cifrada que sostenía con su hijo Carlos, y la esperanza de que éste llegara un día no lejano al trono.

Su larga y dolorosa espera, casi ciega y con sesenta y seis años de edad, que eran muchos para entonces, estaba a punto de ser recompensada. Murió don Fernando VI en Villaviciosa de Odón el 10 de agosto de 1759, después de unas últimas semanas de epilepsia y de locura desbocada. Carlos, desde Nápoles, había nombrado «gobernadora de todos los reinos y señoríos a la reina madre, viuda del rey, mi señor y padre».

Viéndose de nuevo reina y gobernadora, doña Isabel se lanza sobre el poder como un halcón sobre la presa. En su papel anterior de gallina ha ido dejando a sus polluelos bien colocados. Claro es que todo lo hace con un sentido del Estado y una visión política que justifica en gran parte su invencible ambición.

Por malos caminos la gobernadora atraviesa la sierra, catorce leguas en dos jornadas, y se planta en Madrid para mandar desde el Buen Retiro donde le esperan cortesanos, secretarios y todas esas gentes que rodean al que va a gobernar para ver si pueden sacar algo de la nueva situación.

Isabel de Farnesio, acompañada siempre por su hijo don Luis, el Cardenal-infante, se ha librado de la tutela o compañía del duque de Alba, probable imposición del rey anterior. Amablemente le facilita el retiro a sus estados de Piedrahita: «Véritablement il est comme un mort et il a besoin de rétablir sa santé».

Una de las primeras medidas de la reina-gobernadora es ordenar que se prepare la escuadra que debe ir a recoger a Nápoles al nuevo rey. Irá al mando de don Juan José Navarro, marqués de la Victoria, con los generales Spínola y Stuart.

La proclamación pública de don Carlos tiene lugar en la plaza llamada de la Pelota, en el Buen Retiro. El alférez mayor del Reino, conde de Altamira, tremola el estandarte y exclama: ¡Castilla por el rey nuestro señor, Carlos III! La ceremonia se repite luego en varios lugares simbólicos de la Villa y Corte. Obsérvese que se ha dicho Castilla y no España. ¿Quiere esto dar una preminencia absoluta a Castilla sobre los demás territorios hispánicos? ¿O es que la proclamación debía repetirse en cada uno de ellos? Don Carlos por intuición y por experiencia debió superar este dilema, ya que supo ser el rey de todos y de cada uno de sus reinos.

Obsérvese también, en plan puramente anecdótico, que la proclamación tuvo lugar en la plaza de la Pelota. Treinta años después puede decirse que la monarquía francesa, la de su dinastía, caía para siempre como consecuencia de otra solemne proclamación-juramento en el llamado Jeu de Paume, es decir, del juego de la pelota.

En septiembre de 1759 don Carlos estaba todavía en Nápoles. En pocos días resuelve a base de habilidad y de dinero un difícil problema. Consigue que la emperatriz María Teresa y el rey de Cerdeña renuncien a los ducados de Parma y Piacenza en favor de su hermano don Felipe. Previamente ha depositado un capital a favor de los renunciantes, capital que producirá unos intereses como los que rentaban los citados ducados.

Más desagradable era otra tarea que no podía obviar el rey de Nápoles: inhabilitar para la sucesión a su hijo, el infante Felipe Pascual, con todos los dictámenes médicos y jurídicos acerca de su incapacidad total y enfermedad incurable. Al propio tiempo, como el segundo hijo, don Carlos, era ya príncipe de Asturias, el tercer varón, don Fernando, de ocho años, sería el rey de las Dos Sicilias, ocupando el trono que hacía tres siglos ocupó otro rey de su mismo nombre, Fernando el Católico<sup>1</sup>.

El rey-niño de Nápoles recibe la famosa espada de Luis XIV, que le entrega su padre con estas palabras: «Maestà: Tienla per difesa della tua religione e de tuoi sogetti».

Quedaba el fiel Tanucci, una garantía como paternal regente, con la colaboración de los secretarios de Estado príncipe de San Nicandro, don Antonio del Río y don Carlos del Marco. Todo ello hasta que Fernando IV llegara a los dieciséis años de edad.

\* \* \*

Los viajes reales en el siglo XVIII eran siempre una extraordinaria exhibición de prosopopeya, aparato, pompa y lujo llevados al máximo si el traslado se efectuaba por mar. Esto era lo aparente, lo que reflejan con precisión, casi de miniaturistas, los pintores de la época. Lo que no puede ver ni apreciar el espectador de hoy era la dureza de aquellas travesías interminables, en barcos de madera que apenas llegaban a las mil toneladas a pesar del peso de decenas de cañones de bronce, con los vientos contrarios, los galeotes forzados atados al duro banco, los mareos, la difícil higiene, etc., etc. Y encima, el protocolo agobiante que iba unido a las reales personas como la sombra al cuerpo.

En esas condiciones embarcaron los reyes don Carlos y doña Amalia en el navío insignia, el «Fénix», que enarbolaba el estandarte real, rodeado de bajeles, unos para despedirle y otros para escoltarle durante todo el viaje, navíos con nombres de santos y todos al mando del marqués de la Victoria. Este propuso al rey que para evitar riesgos

sería conveniente que la familia real se dividiera en varios navíos. Algo que se sigue haciendo en nuestro tiempo al viajar el rey don Juan Carlos y el príncipe de Asturias en distintos aviones. Pero don Carlos III era de otro aviso y ante la insistencia del marqués de la Victoria, contestó tajante: «Victoria, a las tres y juntos. Dios sabe las veras con que le he pedido la salud de mi hermano y ningún deseo que he tenido de poseer sus inmensos bienes. Su Divina Majestad ha querido que vaya a España: Él cuidará de nosotros y se hará su santa voluntad.»<sup>2</sup>.

Acompaña a Sus Majestades una serie de distinguidos personajes, la duquesa de Castropignano, el duque de Losada, el marqués de Squillacce, que pronto será famoso... No faltan los confesores, el viejo Bolaños y el joven Eleta, así como el inevitable embajador en Francia, Marqués de Ossun, presencia que se nos hace bastante incómoda vista desde nuestro tiempo porque da la impresión de que representa una especie de tutela de París sobre los parientes borbónicos, en este caso nada menos de quien es ya rey de España. Doña Amalia se marea. El rey la anima, bonachón según las crónicas: «¡Ah, pobre mujer, que no sirves para nada!». Y ella reconoce humilde: «E vero, no valgo niente». Mientras, el rey alterna con la oficialidad, se interesa por los trabajos de la marinería, y pesca. Conversa a menudo con el capitán de navío Francisco de León y Guzmán, hombre franco y de grata conversación. Un día le advierte al rey sobre los aduladores que le esperarán en España. Carlos III le replica: «En mi reino no tendrán cabida, pues hace veintiséis años que estoy aprendiendo a reinar y no les he dado entrada... Y también sabré ponerles la cabeza a los pies».

Otro día habla sobre caza con el tesorero de la escuadra, Juan Antonio Enríquez, que encomia el gran número de piezas cazadas por Fernando VI en una cacería cerca de El Escorial. Don Carlos comenta:

«Ya sabían ellos lo que hacían con mi hermano, al que le vendían gato por liebre. Habrá que acabar con eso; a mí me gusta buscar la caza en el monte, porque no me importa ni el agua ni el viento; he sido muchos años infante, soldado de a pie, que es menester que esté hecho a todo».

En otra ocasión, el carpintero mayor que es francés enseña al rey una máquina que ha inventado para varar fácilmente los navíos. Don Carlos, después de detenido examen, le dice al carpintero que el aparato es muy bonito pero a continuación le da una lección de estática, de técnica naval y de eficacia práctica, en definitiva, que la tal máquina sólo puede servir de adorno.

Se traen aquí estas anécdotas porque revelan importantes facetas del carácter del monarca, de una personalidad crítica, de ideas claras y de decisiones terminantes, siempre después de informarse bien y de recabar los dictámenes y consejos oportunos.

Después de ocho días de navegación, el 15 de octubre de 1758 aparecen en el horizonte las costas catalanas. Al recibir la noticia, el rey asciende al marqués de la Victoria al grado supremo de capitán general de la Armada y concede una serie de gracias y premios a varios miembros distinguidos de las tripulaciones, así como una paga extraordinaria a la marinería.

Reciben a los reyes en Barcelona el capitán general de Cataluña, marqués de la Mina, los duques de Medinaceli y de Medina Sidonia, el conde de Oñate y todas las autoridades y representaciones de la ciudad. Bien sabe el nuevo rey que la capital del Principado cuyo título condal ostenta, tuvo no ha muchos años graves diferencias con su padre y que defendió a ultranza la candidatura del archiduque de Austria, luego emperador Carlos VI, sufriendo intensos bombardeos, manteniendo al propio tiempo una actitud anticontralista, más española y tradicional que la que imponía, «a la francesa», la nueva dinastía borbónica.

Por estas razones a don Carlos le sorprendió el entusiasmo con que le recibió Barcelona, auténtico, desbordante. La reina Amalia escribe a Tanucci: «El país hace verdaderas locuras de contento». Es posible que el pueblo catalán, con su clásico buen sentido y con intuición histórica, tenga la premonición de que aquel hombre sencillo<sup>3</sup> posee muchas de las cualidades que al catalán complace por ser las suyas, y que ello le puede llevar a ser un gran monarca, que haga compatibles la grandeza del país con el bienestar de sus súbditos. Los gritos espontáneos, múltiples, repetidos allá por donde iban los reyes, así lo daba a entender: «¡Viva Carlos III, el verdadero!» — especificaban, para no confundir con el pretendiente austriaco de la guerra de Sucesión —. Los pueblos son volubles, suelen ir por donde les llevan y esas intuiciones sabias a las que acabo de referirme se convierten en acusaciones necias de la noche a la mañana, según soplen los vientos. Estos, ahora, eran favorables. Había que aprovecharlos. Para ello, y antes de salir para la Corte, el rey devuelve a Cataluña varios de los privilegios que había perdido en las guerras contra Felipe IV y Felipe V y dispensa al Principado de las deudas que tenía por varios conceptos con la real hacienda<sup>4</sup>. Todo esto alternando con las fiestas, desfiles y cabalgatas, con la participación de los gremios y de la población, con tal fervor, que don Carlos, al despedirse, lleva bien profunda la impresión de que aquella ciudad es suya y que deberá de corresponderla en adelante con todas sus preferencias.

Toda la familia real, salvo el fuerte Carlos III, cae enferma a su paso por Zaragoza, donde tienen que quedarse todo un mes, es decir, retrasando mucho la llegada a Madrid, donde espera al rey el trono de sus antepasados, Borgoñas, Trastamaras, Austrias y Borbones. Ricardo Wall se ha acercado a la capital aragonesa para despachar con Su Majestad. Se habla, sin duda, de los preparativos de la Villa y Corte para recibir al madrileño Carlos III, preparativos en los que se adivinan las ideas majestuosas y maternales de la reina-gobernadora.

El cortejo real llega por fin al Buen Retiro, penetrando por la Puerta de Alcalá, una puerta modesta y mezquina, según el cronista, que probablemente dio desde entonces la idea a don Carlos de construir «su Puerta de Alcalá»<sup>5</sup>.

El conde de Fernán Núñez, testigo presencial, relata el encuentro del rey con su madre, doña Isabel de Farnesio, medio ciega, apoyada en un bastón o muleta. Recibe en sus brazos al hijo que no veía desde hacía casi treinta años y que vuelve en la cumbre de la grandeza familiar colmando sus aspiraciones, sus trabajos y luchas de décadas enteras.

Muy pronto el palacio del Buen Retiro está lleno de aquellas gentes sobre las que advertía al rey el capitán de navío de León y Guzmán.

Pero tras las lágrimas y los abrazos entre madre e hijo, del intercambio de regalos y de las presentaciones protocolarias, don Carlos, de lo único que tiene ganas es de irse a dormir, después de tantos años, en su ciudad natal. Por cierto, el preciso y meticoloso cronista nada dice de qué pasó con la reina Amalia en el encuentro con su suegra, a la que no conocía, ni acerca de cuál fue su actitud al entrar en contacto con la capital de su nuevo reino. Pronto se vería que sus impresiones no fueron muy favorables.

\* \* \*

Don Carlos y doña Amalia estaban acostumbrados a las grandezas y lujos del palacio de Caserta. La belleza del paisaje en torno y el horizonte del mar azul alegraban la mirada y compensaban los inconvenientes del bullicioso callejero napolitano. ¡Qué contraste el de aquel ambiente tan grato con el que iban a encontrar los reyes en Madrid! Señores sí, de un gran Imperio un tanto disperso y desarbolado, pero ¡qué incómoda y destartalada residencia la del Buen Retiro y qué sucia y pobre ciudad en torno! Nada de particular tienen las continuas lamentaciones de la reina en su intensa correspondencia con Tanucci.

El palacio del Buen Retiro era lo único disponible para mansión real después del incendio del antiguo Alcázar, en cuyo solar ha empezado a construirse el nuevo palacio, con la idea de igualar o superar a los más grandiosos de Europa.

Cinco años tendrían que vivir los reyes en el conjunto irregular de edificios, obra del Condeduque de Olivares para alojamiento de su señor Felipe IV y de las colecciones de arte que atesoraba. De aquellos pabellones separados por grandes plazas cuadradas queda hoy en pie, como muestra, el llamado Salón de Reinos, convertido en museo, primero, de Artillería, luego, del Ejército, y pronto, al parecer, en anejo del Museo del Prado. También el llamado Casón, que tendrá igual destino después de haber tenido sucesivas y varias ocupaciones.

Rodeaban al palacio jardines y zonas arbóreas un tanto heterogéneas, atravesadas por arroyos y con un par de estanques, uno de los cuales es el que hoy se halla en el centro del parque, el cual, por cierto, fue rodeado con un señorial cerco de fábrica y verjas de hierro, dándole su aspecto actual, por el rey Carlos III<sup>6</sup>.

La ciudad capital de las Españas era un poblachón, la tercera parte de Nápoles en cuanto a habitantes e importancia urbana. Todos los contemporáneos, españoles y extranjeros, coinciden en la lamentable descripción del Madrid de mediados del xviii. Sucio, sobre todo muy sucio, con agua escasa, callejas mal empedradas con agudos pedruscos, cuando no «pavimentadas» de lodo, de polvo o de basuras, residuos del vecindario, de las caballerías y de los cerdos, que habían convertido la ciudad en una auténtica cochiguera.

El Madrid del ¡agua va!, sin más alumbrado que alguna lamparilla en la hornacina de un santo esquinero, atravesado por ruidosas carretas, por hediondos arroyuelos, por perros vagabundos... Y sin que faltaran los ladrones y los bravucones pendencieros que hacían peligroso salir por aquellos andurriales después del toque de oración y sin que la

ronda fuera garantía para damas y caballeros. Un verdadero paraíso que nos describen con triste humorismo el cronista Mesonero Romanos y el político y poeta de Piedrahita don José Somoza. Para darnos una idea basta citar los títulos de dos obras de la época, que no necesitan traducción: «Merdidum Matritensi...» de Juan de Iriarte y «La merdeide Stanze in lodo dei stronzi delle Real Villa de Madrid», de autor italiano anónimo. Las casas, en general, eran sórdidas, lóbregas, mezquinas, algunas aunque céntricas casi covachas con entradas angostas y oscuras escaleras.

Las gentes vivían a un ritmo lento. Predominaban los vagos y desocupados sobre los que se dedicaban a trabajos dignos. Mucha conversación en los mentideros cercanos a la Plaza Mayor y a la Puerta del Sol, centros de la vida social y del politiquero al aire libre. Y en otro terreno, iglesias y más iglesias, conventos y más conventos.

Podrían escribirse páginas y páginas describiendo aquel Madrid y la vida en él de hidalgos, comerciantes, paseantes en cortes y covachuelistas, de damas de alto copete y otras de la media almendra, de menestrales, artesanos, aguadores, meretrices y paletos de paso, llamados isidros... Esa era la ciudad de ambiente irrespirable a pesar de los aires heladores del Guadarrama en invierno y del sol abrasador en verano; esa era la nueva Corte del rey venido de Nápoles. Fernán Núñez la llama pocilga, una pocilga que don Carlos iba a empeñarse en transformar, en limpiar, en ennoblecer. Él era madrileño, hablaba en español sin el acento extranjero de sus padres y tenía un sentido innato del poder y del patriotismo que la experiencia de gobierno había incrementado. Lógica era su ilusión ante la ingente tarea que le esperaba.

La reacción de la reina Amalia era, también lógicamente, muy distinta. Para ella el cambio era como pasar de la luz a la sombra; nada le unía a su nueva patria, ni por sangre ni por educación ni por gustos. Todo lo encontraba feo y triste. En carta a Tanucci se quejaba hasta de los tabiques del palacio del Buen Retiro, que no aislan del frío, ni del calor, ni de los olores, ni de los ruidos. «No hago más que pensar en Italia y en Nápoles, la ciudad que llevo dentro de mi corazón... Mi vida no alcanzará a ver los resultados de las reformas que hemos emprendido». Añádanse a estas reacciones sentimentales y hasta físicas, las tirantes relaciones que, inevitablemente, se establecieron desde el primer día entre doña Amalia, la todavía joven reina recién llegada, y la anciana y autoritaria doña Isabel de Farnesio, su suegra.

Parece que don Carlos había pedido a su mujer que pasara todos los días dos horas haciendo compañía a la reina madre. Las dos mentalidades chocaron enseguida aunque se guardaran las formas, sobre todo por no molestar al rey. A doña Amalia la imperativa Farnesio no le pareció tan inteligente como era su fama. Más bien una vieja de ideas fijas, que no hilvanaba dos conceptos seguidos, que hasta hablaba con torpeza. Es posible que fuera por la edad, pero doña Amalia, nada comprensiva, escribía a Tanucci diciéndole que con tal señora dirigiendo el Estado o influyendo en su gobernación durante tantos años, nada raro era que las cosas hubieran ido tan malamente. Y doña Isabel correspondía detestando amablemente a su nuera, sin atacarla directamente sino atacando a los que sabía sus ministros preferidos, don Ricardo Wall y el duque de Losada.

La correspondencia entre los reyes y Tanucci es tan voluminosa y detallada que a través de ella podría seguirse día a día la vida de la Corte de Madrid desde la partida de Nápoles hasta los últimos días de vida del fiel ministro y amigo. Las cartas reales están encuadradas por semestres y ocupan varios tomos, y los legajos de Tanucci van ordenados por trimestres. Dada la acumulación de datos y de anécdotas casi diarias tenemos que ir solamente a aquellos extremos que sintetizan las diversas situaciones que vivieron Sus Majestades en sus primeros años madrileños.

Doña María Amalia, por ejemplo, le escribe al ministro napolitano diciéndole que sus Estados españoles son pobres y necesitan muchos años de tranquilidad y de paz para recobrar el primitivo brillo, pero «Dios ha destinado al rey para reorganizarlos... Todo está en desorden y cada uno se lamenta de lo hecho en los tiempos pasados. Mi mayor consuelo es ver que el rey no se entristece por semejantes males y con su acostumbrada sangre fría pone remedio a todo»<sup>7</sup>. Es muy de señalar esta última frase de la reina porque pone de relieve su clara visión política al apreciar dos de las cualidades que más destacan en su esposo: la sangre fría y su confianza, capaz de poner remedio a todo. Por otra parte estas opiniones de la reina no dejan en muy buen lugar las etapas de gobierno de Felipe V y Fernando VI y no parece conocer, o reconocer, la labor de los Patiño, Campillo y Ensenada, a las que nos hemos referido en anteriores capítulos. Tal vez porque en España había tantas cosas por hacer que todo era poco para ponerla al día. Tal vez porque en los dos reinados anteriores la atención se dispersó por todo el país olvidándose un tanto de la capital del reino, que era lo que doña Amalia tenía a la vista, su padecimiento y lamentación de todos los días.

A la reina Amalia le preocupa también su pequeño hijo, el rey napolitano Fernando, que quedó en Italia. Confía en Tanucci como mentor y guía y le dice: «Al empezar mis cartas hago la señal de la cruz e invoco al Espíritu Santo para que dirija mi pluma al escribirlas, y la inteligencia y el corazón de mi hijo al leerlas». Una prueba más de la profunda religiosidad de los regios esposos, por si alguien la ponía en duda.

Doña Amalia da prueba también de su generosidad y buen sentido al encomiar la decisión del rey poniendo en libertad al marqués de Ensenada, el gran ministro de su hermano Fernando, injustamente desterrado durante varios años. «No fue un acto de gracia sino de justicia... Nadie halló sombra de delito que se le pudiera imputar» — escribe la reina, que recibió a Ensenada en palacio. Según la soberana, el antiguo ministro se desenvolvió con gran aplomo y compostura, contrastando con la del duque de Alba, que al verle llegar «pareció que iba a darle un accidente y era tanto el temblor que tenía...».

También expresa la reina en sus cartas a Tanucci interesantes opiniones de política internacional. Algunas de sus ideas podían haberse convertido en inspiradoras de unas directrices en la materia que, por desgracia, no pudieron ser seguidas por el rey, al fin y al cabo un Borbón ligado por los Pactos de Familia. Doña Amalia escribía, por ejemplo, al comentar la guerra declarada, de un lado entre Prusia y Austria, de otro, entre Francia e Inglaterra:

«Sólo el nombre de guerra me causa horror, pues con la guerra sólo se puede esperar la ruina, como por experiencia estamos viendo».

«Las perversidades de Francia son contagiosas y no puede hacerse cosa mejor que estar separado de ella».

«La altivez de Inglaterra ha aumentado con los sucesos de la campaña, pero jamás ha hablado con amenazas... Ha declarado que aprovechará la menor ocasión para utilizar los buenos oficios que el rey don Carlos les promete para intervenir en el asunto».

«La corte de Viena hará todo el mal que pueda a los Borbones»<sup>8</sup>.

Muchas más ideas dignas de consideración en materia política interior aparecen en la correspondencia de la reina, sobre todo en aquellos primeros años de su reinado, cuando refleja las impresiones que le ha producido el estado del país, tan lamentable como lo expresan los siguientes párrafos, escritos a poco de llegar a España: «Ninguno sabe lo que dice en relación con su cargo, además de la abundancia de empleos y de gente inútil que aquí existe. La justicia está desorganizada». Todo esto parece cosa de hoy.

«El arsenal que visitó ayer el rey está falto de toda clase de cosas, siendo peor su estado de lo que el rey juzgaba antes de examinarlo y poner las cosas en orden» Esa, esa es una de las cualidades mágicas del rey Carlos, querer y saber poner las cosas en orden.

«Los secretarios se hallan todos llenos de terror y trabajan como perros. Más hacen en una semana que antes en seis meses. El país, contento de su señor, no cesa de bendecirle, y confío que esto irá en aumento por las sabias disposiciones que se van dando».

Da gusto leer estas frases de la reina que indican su clara visión, su sentido crítico, bien medido, la identificación con la tarea de su esposo y su entrega al servicio de su nueva patria.

No debemos olvidar que estamos en pleno siglo XVIII, época de la Ilustración, de la monarquía absoluta de derecho divino como algo indiscutido, pero siempre debiendo tener como objetivo esencial el bienestar de los vasallos y mantener el rango de potencia en el concierto europeo.

Hora es ya de ver cómo supo el rey Carlos III enfocar su política y su acción en pos de tan altos objetivos.

<sup>1</sup> El nuevo rey sería Fernando IV. El rey Católico fue Fernando III de Sicilia.

<sup>2</sup> No obstante, consta en los documentos del viaje que los pequeños infantes don Antonio Pascual, de cuatro años, y don Francisco Javier, de dos, embarcaron en el «Triunfante» y no en el «Fénix».

<sup>3</sup> El rey iba vestido con chupa y calzón de paño negro y casaca gris. Nada de terciopelos, condecoraciones y bordados de oro. Accesible, además, a todos los que le rodeaban y al pueblo en general.

<sup>4</sup> Estos detalles pueden confirmarse en «Los catalanes en la Historia de España» del mismo autor de esta biografía (Ed. Biblioteca Nueva, Madrid 1996).

<sup>5</sup> La antigua Puerta de Alcalá fue construida para la entrada en Madrid de doña Margarita, esposa de Felipe III.

**6** Para más datos acerca del palacio del Buen Retiro en el siglo XVIII, puede verse el muy documentado libro «Carlos III y su época» de don Enrique de Tapia. También la «Historia de la Villa y Corte de Madrid» de J. Amador de los Ríos (Madrid 1860).

**7** «España no ha sido conquistada por completo y creo que su total conquista está reservada a su majestad» — escribía la reina a Tanucci, siempre en italiano y de su puño y letra—. «¡Qué país tan singular! No os podéis figurar lo que es» —añadía.

**8** Cartas de la reina a Tanucci escritas en 1760.

## VII

# INTERMEDIO SOBRE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA

Caracteres especiales de la Ilustración española.—Obras clave.—Acción interior y acción exterior.—«Son como los niños...».—Cultura y educación.—Razón, virtud y tradición.—Diferentes enfoques históricos de franceses y de españoles.—El carlotercismo y las dos Españas.

Antes de adentrarnos en el somero relato de la ingente tarea del gobierno de Carlos III, tanto en lo nacional como en lo internacional, creo que debo hacer un intermedio para considerar cuáles fueron las especiales características de la Ilustración española. Esta, no sin contactos con el resto de Europa e indudablemente dentro de las corrientes imperantes de la época, tuvo rasgos propios, la mayor parte motivados por las arraigadas tradiciones, por el atraso cultural del pueblo, por los condicionamientos del Imperio de Ultramar y por el profundo catolicismo de los monarcas, amén de otros matices que saldrán a relucir a lo largo de estos capítulos.

Sin embargo, es tan amplio, y a la vez «nuclear» el tema, como diría Ortega, que no puedo pretender siquiera ofrecer una visión de conjunto que abarque los múltiples y variados aspectos de nuestra Ilustración, que más justo y preciso sería llamar «carlotercismo».

Por las razones que acabo de indicar, me permito recomendar a quienes sigan estas páginas la lectura de tres obras que considero esenciales, claras, llenas de datos, inteligentemente analizadoras y críticas. Se trata de «Los españoles de la Ilustración», de Vicente Palacio Atard, «La España posible en tiempo de Carlos III», de Julián Marías y «Sociedad y Estado en el siglo XVIII español», de Antonio Domínguez Ortiz<sup>1</sup>.

«In interior Hispania habitat veritas», debieron pensar nuestros antepasados, los hombres de la Ilustración española, adelantándose más de un siglo a la generación regeneracionista que siguió al desastre de 1898. No es que aquella minoría selecta que empezó a dirigir tímidamente en el reinado de Felipe V renunciase a la acción exterior. Más adelante lo veremos. Pero se dio cuenta de que una España extravertida caminaba hacia su desintegración, mientras que en el interior se hallaba en pleno y total abandono.

Los intelectuales y gobernantes de mediados del xviii se dieron cuenta de que un país no es más feliz porque sea más grande, sino porque sea mejor y apto para que en él vivan

sus habitantes lo más felices posible.

No más grandes aventuras imposibles de altos vuelos, guerras divinales con espíritu de Edad Media sin otra base material que los metales de las minas de América, que se llevaban los prestamistas extranjeros y los gastos militares en beneficio de otros reinos, mientras España cada día se hallaba más extenuada.

Las gentes vivían mal, escasamente, en la ignorancia. Ya hemos visto como era la capital del reino cuando llegaron don Carlos y doña Amalia. Había que mejorar las condiciones de vida de aquellas gentes aun en contra de ellas mismas, porque mucha mano muerta, mucha sopa boba y mucha jornada de campamento habían hecho verdad la frase simbólica de Carlos III: «Son como los niños; lloran cuando les lavan la cara».

Tal vez por estas preocupaciones educativas y materiales la Ilustración española fue distinta de las corrientes imperantes en Europa, aunque tomase mucho de ellas. Aquellos ilustrados no se quedaron en el camino entre lo soñado y lo razonado, como ha dicho algún autor. Sus propósitos eran muy distintos de los intelectualizados y filosóficos de los hombres de otros países de nivel de vida superior, en pequeñas cortes sin el peso del imperio todavía a cuestas y sin la profundísima raíz católica que en España iba más allá de los cambios de dinastías o de regímenes.

No se rompe con el pasado. Se hace un gran esfuerzo para adaptarse a los nuevos tiempos. Más tarde, muerto Carlos III, la bella empresa de síntesis histórica se frustrará al ser arrollada por la revolución. Será el canto del cisne de la tradición, en opinión de Juan Reglá.

«Todo para el pueblo, por el pueblo, pero sin el pueblo» es algo así como el lema de nuestros gobernantes del xviii, lo que puede parecer aberrante a los que viven en las supuestas delicias del desarrollo democrático de las postrimerías del siglo XX. Pero habría que preguntarse si son tan placenteras esas cumbres político-sociales de nuestro tiempo, si la desigualdad civilizada supone felicidad y qué es eso de la democracia cuando todos se la ponen por mote y siguen siendo unos pocos los que conducen y deciden, no siempre con las elevadas miras y la buena fe paternalista que tuvieron los ilustrados patricios del reinado de Carlos III.

Para dar plena participación a los súbditos, hoy ciudadanos, lo primero que hace falta es poner a su alcance la formación, la educación, la cultura y el mínimo vital suficiente<sup>2</sup>. Así lo entendieron los gobernantes carlotercistas. No había sentido dictatorial ni desprecio afectuoso hacia el pueblo por los sectores que dirigían. Si acaso un cierto esoterismo, conscientes los gobernantes de que todavía existían profundas diferencias de conocimiento entre las clases sociales. Claro es que eso sigue ocurriendo en vísperas del tercer milenio en todas las latitudes.

La cultura y la eficacia fueron el equivalente en España al culto a la razón en el resto de Europa. Se trataba también de explotar mejor los recursos del país, de crear riqueza para igualar las oportunidades y poder repartir mejor. Los que pretenden igualar hacia abajo con una falsa justicia social sólo llevan a la tiranía o a la anarquía revolucionaria.

La Ilustración española es fundamentalmente patriótica, con muy pocas concesiones al internacionalismo filosófico y filantrópico en boga. Así lo observa el viajero Antonio

Ponz, uno de los hombres que mejor conoció la España real de la época.

Algunos de los gobernantes españoles, caso más notorio el del conde de Aranda, mantuvieron una relación personal de amistad con los nombres definitorios del siglo de las luces, los Voltaire, Rousseau, D'Alembert, Federico II, Pombal... que constituían una verdadera internacional de clara tendencia anticatólica. En cambio el cristianismo ilustrado español no rompe con la fe tradicional, aunque sí tiende a modificar formalismos más o menos fanáticos, beaterías incultas y reminiscencias inquisitoriales. Nunca se aceptaron las teorías heterodoxas de los jansenistas franceses. Lo que sí interesó a aquellos gobernantes fue deslindar bien los campos de la autoridad real y de la autoridad papal en materias de Estado. Los Borbones españoles del siglo XVIII fueron sinceros católicos, muy piadosos y de intachable conducta moral personal, superior en líneas generales a la de los Austria, portaestandartes de la Contrarreforma. Siempre he celebrado la figura poético-religiosa de Ramón de Bastera, diferenciando el saber de provecho del saber de salvación, las teorías de la planta y del árbol, de la meseta y el Pirineo. Es todo lo que Carlos III intentó hacer compatible, la tarea de los reformistas españoles, como un puente entre los erasmistas del xvii y los liberales del xix, aunque estos últimos derivaron desde Cádiz a divisiones de partidos políticos que los Campomanes, Aranda, Roda, Floridablanca, etc., no podían ni imaginar.

Hubo, sí, resistencia de determinados poderes económicos y sociales reacios a los cambios. Hubo también competencia entre órdenes religiosas y un cierto choque entre sectores oscurantistas con otros racionalistas a ultranza. Pero de lo que no cabe duda es de que el rey, poder absoluto, heredero y continuador de todas las anteriores dinastías, reinaba, gobernaba, todo iba por donde y como él quería.

En plenos tiempos de culto a la razón, Carlos III crea la Real y muy distinguida Orden de su nombre con la imagen de la Inmaculada Concepción —que es declarada patrona de España— y con el lema «Virtud y Mérito». No estaban en contradicción tan católicos acuerdos reales con los versos de J. Chenier:

«C'est le bon sens, la raison qui fait tout:

vertu, génie, esprit, talent et goût.

Qu'est vertu? Raison mise en pratique...»

No, para el carlotercismo no son incompatibles razón y virtud, el cultivo de la ciencia y las obras públicas con la fe tradicional del pueblo español. Como diría Eugenio d'Ors, la revolución desde arriba, la ilustración de Carlos III, no era un plagio: era, inteligentemente, tradición<sup>3</sup>.

\* \* \*

Hace ya bastantes años pronuncié una conferencia en la Universidad de Salamanca titulada «La Historia de España que está por escribir». En ella decía que una de las grandes diferencias que hay entre España y Francia es la manera que tienen de asumir sus propias historias. Los franceses se enorgullecen de todo lo que ha destacado a través de su pasado en todos los terrenos, haciendo abstracción de su significado ideológico, de su política, de su sangre, hasta de sus crímenes. Se trata de un francés importante y famoso, y basta. Lo mismo da que se trate de Vercingetorix, que de San Luis, de

Carlomagno o de Luis XIV, de Napoleón o de Robespierre, de Voltaire o de Proust, de De Gaulle o de Mitterrand. Incluso asimila rápidamente y se vanagloria de extranjeros que hace suyos, pintores, cantantes, escritores o deportistas.

El español es todo lo contrario. Uno reniega de la ascendencia romana y otro de la visigótica, unos se avergüenzan de lo árabe y otros maldicen de la Reconquista; se ensalza a los Reyes Católicos o se les detesta por inquisidores y antijudíos; el austracista es antiborbónico, el que es de Felipe II detesta a Carlos III y viceversa; y no digamos cuanto más nos acercamos a nuestro tiempo, con los inevitables García Lorcas y Albertis de un lado y los Pemán y Foxás del otro...

Esta misma idea he encontrado con satisfacción en uno de los historiadores que mejor ha estudiado el reinado de Carlos, el catalán Pedro Voltes Bou. Dice que desde hace muchas décadas, «los españoles de este o de aquel bando vienen buscando precursores y antepasados para dar arraigo y prosapia a su respectiva actitud». Así cita a los que se proclaman seguidores de Balmes o de Giner de los Ríos, de los Comuneros o de Riego, etc., etc, y enfrente a los personajes contrapuestos.

No cree Voltes que dentro del reinado de Carlos III se produjese una escisión tan rotunda y radical en la colectividad española como para haberse mantenido viva siglo y medio «de suerte que todos nosotros sigamos divididos en campos y pareceres prefigurados por aquella». Es decir que lo que pasó en tiempos del rey Carlos nada tiene que ver con el triste tópico de las «dos Españas» que a veces tanto tiene de verdad desde el siglo XIX hasta nuestros días.

El historiador francés Defourneaux, biógrafo de Olavide, cree por el contrario que la lucha entre las dos Españas no nace entre 1789 y 1815, sino que se manifiesta claramente desde el comienzo del reinado de Carlos III. En cambio, el profesor don Luis Sánchez Agesta, que fue rector en Granada, opina que «la distinción entre las dos Españas responde en gran parte a una proyección sobre la historia del siglo XVIII de la guerra ideológica del xix». Menéndez Pidal, en un punto medio, estima que la Ilustración española, aunque moderada en el fondo, como era novedad... pareció a los contrarios esencialmente excesiva y desmesurada.

Cierto es que todo intento de relacionar el carlotercismo con actitudes o ideales posteriores conduce a graves errores de interpretación y a mixtificaciones del reinado. Parece como si se quisiera enfrentar a dos bandos, tema al que ya me he referido en líneas anteriores: de un lado, Inquisición, clero retrógrado, oligarquías cortesanas y latifundistas; de otro, los hombres cultos, ilustrados, amantes del progreso.

¿Qué papel correspondía a la Corona en este supuesto enfrentamiento? A través de esta biografía creo que podrá probarse que el rey Carlos III se propuso unificar ideas y aclarar conceptos políticos, llevando sus consecuencias a la práctica mediante un gran esfuerzo de su poder absoluto, paternalista y magnánimo para lograrlo. Para ello procuraré no unirme al grupo de los panegiristas ni al de los detractores. Pero el relato simple y contrastado de los hechos nos llevará sin duda al primero de dichos grupos, si bien con la crítica «puntual», como ahora se dice en abusivo término, con la perspectiva

histórica de dos siglos y sin pretender que esa crítica pase de ser las opiniones personales del autor.

**1** «Los Españoles de la Ilustración», V. Palacio Atard, Ed. Guadarrama, Madrid 1964.

«La España posible en tiempos de Carlos III», Julián Marías, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1963.

«Sociedad y Estado en el siglo XVIII español», A. Domínguez Ortiz, Ariel, Ed. Madrid-Barcelona, 1976.

**2** España en 1750 tenía 9.300.000 habitantes. En 1787, 11.000.000. Madrid y Barcelona eran ciudades de unos 150.000 habitantes.

**3** Sobre estos temas es interesante conocer los estudios del profesor José Luis Abellán en su obra «Historia crítica del pensamiento español» (v.III) Espasa-Calpe, Madrid 1981.

## VIII

### VIDA DE LA CORTE MUERTE DE LA REINA

La pública vida privada de los Reyes.—Carácter de Carlos III.—Costumbres, rutinas y horarios.—Caza y tabaco.—Pulcritud y modestia.—Carácter y hábitos de la Reina.—Intransigencia del confesor Padre Eleta.—Profunda religiosidad del Rey.—Delicada salud de doña María Amalia: su fallecimiento y entierro.—De nuevo, El Escorial, panteón real.—La Reina, perfecta profesional.—El Rey, veintiocho años viudo, fiel al recuerdo de su único amor.—La intriga de Beaumarchais.

Los reyes no tienen vida privada. En nuestro tiempo pretenden tenerla, y a veces lo logran. En el tiempo de las monarquías absolutas del xviii no sólo no la tenían sino que hacían ostentación de su privacidad, desde las noches de bodas a los partos, desde las comidas hasta las descomidas. Siempre rodeados de los grandes, de cientos de nobles, gentileshombres, damas, azafatas, guardias, servidores, etc., etc., la vida privada de los reyes se convertía en un espectáculo. Desde el punto de vista histórico estas costumbres tienen un gran interés documental; los movimientos, las palabras y los gestos de los personajes se convierten en documentos vivos, y los cronistas, algunos de gran categoría pero tan indiscretos como los «paparazzi» de hoy, nos los cuentan con toda clase de pormenores, acompañados de comentarios no siempre bienintencionados.

De esas vidas privadas de los reyes, de las preferencias cortesanas, de las intrigas de palacio, de los valimientos, de las amistades más o menos peligrosas, se derivan muchas veces consecuencias de verdadera trascendencia histórica, y más de una paz y de una guerra, hasta la caída de algún imperio, han tenido su origen en la selecta y dudosa intimidad de la Corte.

La vida que llevó Carlos III desde su llegada a Madrid, en los años que tuvo a su lado en el trono a la reina Amalia, nos ayudará a conocer mejor la personalidad del monarca y a ver cómo de su carácter y costumbres se derivan muchos de los hechos de su reinado.

Don Carlos era ahorrativo sin ser mezquino y sin mengua de su dignidad, siempre a tono con su alta magistratura. En cuanto llegó al Buen Retiro estableció un principio: «En mi casa no ha de haber más que una mesa, una cocina y una religión». Era una nueva fórmula, pero con ella quería indicar que sólo él tenía derecho a marcar las normas económicas de la Corte y de los que en ella servían, aun de los más altos. Nada de despilfarros, si bien, dentro de un orden, los gastos eran inevitablemente muy elevados: casa del rey, capilla<sup>1</sup>, cámara, caballerizas, gastos específicos de la reina y de los

infantes... Un total de sesenta y cinco millones de reales. ¡Vaya usted a saber lo que esa cantidad supondría en dinero de fines del siglo XX!

El conde de Fernán Núñez, fiel cronista y miembro de la Corte, nos relata anécdotas definitivas de la vida del rey. Conocida es la costumbre de don Carlos de cenar todos los días un huevo pasado por agua en una huevera alta en forma de caliz. El rey golpeaba con una cucharita con admirable precisión, todos los días exactamente igual, de manera que sólo abría en el huevo el agujero exacto para introducir la tal cucharita, que el gentilhombre de servicio tenía que retirar una vez que Su Majestad había terminado la parca consumición. Fernán Núñez no precisa si Carlos III era aplaudido por los cortesanos cada vez que cascaba el huevo, cosa que ocurría en Versalles, cuando Luis XV llevaba a cabo la misma hazaña diaria, costumbre borbónica, al parecer, para la que no había Pirineos.

El ayuda de cámara, Almerico Pini, despertaba al rey a las seis menos cuarto de la mañana, todos los días del año. Su Majestad se quedaba solo y rezaba durante una hora hasta que recibía al sumiller de corps, su íntimo amigo y reciente duque de Losada. Después, rodeado de su médico, de su cirujano y de su boticario, se lavaba, se vestía y tomaba varias jícaras de chocolate. Entre huevos y chocolate, buen hígado debía tener el soberano.

De la cámara pasaba el rey a oír misa. Luego visitaba a sus hijos y a las ocho empezaba a trabajar hasta las once. Luego hablaba con el príncipe de Asturias y recibía a su confesor, fray Joaquín Eleta. Casi a diario recibía después a los embajadores, siempre los primeros, indispensables, los de Francia y Nápoles, ¡la familia!, seguidos de los de otras naciones, cardenales y personajes varios. A las doce comía en público, rodeado de cortesanos. Bendecía la mesa el Arzobispo de Toledo, que Dios sabe lo que hacía en Palacio en vez de estar en su diócesis, y la media jornada terminaba con un besamanos, antes de la siesta, en verano, o de la salida a cazar, en invierno. Y el rey no regresaba a Palacio hasta el anochecer. Una vez en su despacho recibía por turno a los ministros y más tarde se distraía jugando al revesino, hasta la cena de las nueve y media de la noche. Después, otra vez sus devociones y a la cama hacia las once.

Cuentan también las crónicas la regularidad de las jornadas en los diversos sitios reales. En el palacio de El Pardo desde el día siguiente de Reyes hasta el domingo de Ramos; en Aranjuez desde el miércoles de Pascua hasta junio; en julio en Madrid, y después en La Granja de San Ildefonso, el más francés de sus palacios, hasta octubre, seguido de la jornada en El Escorial, donde don Carlos hizo habilitar y alhajar su propio palacio con añoranzas pompeyanas en un ala del Monasterio. Y otra vez en Madrid, de diciembre hasta Reyes. En todos estos sitios tenía más o menos cerca los cotos de caza para complacer, a lo largo del año, su gran afición cinegética.

El rey adoraba esa vida ordenada casi matemáticamente, esa distribución de su tiempo que le permitía gobernar, estar al tanto de todo y disponer de horas suficientes para vivir al aire libre y ocuparse de la familia. Nada de ocios ni de melancolías, para evitar las depresiones derivadas hacia la demencia. Bien recordaba a su padre y a su hermano Fernando. Hay quien ha llegado a decir que la caza era para él sólo como una medicina.

Pedro Voltes cita unas palabras del rey dirigidas a uno de sus gentileshombres: «Si muchos supieran lo poco que me divierto a veces en la caza, me compadecerían más de lo que podrían envidiarme esta inocente diversión».

Hay detalles en la vida del rey que chocan con la mentalidad actual. En nuestros días se tiende a proteger las especies animales autóctonas. Don Carlos, que cazaba todo lo que de pelo o de pluma se le pusiera por delante, era especialista en lobos. El inglés Townsend relata que un día de montería en El Escorial, el propio rey le dijo que en los últimos tiempos llevaba matados ochocientos diez y ocho. Es de suponer que por entonces el lobo era tan abundante que no dejaba cordero vivo.

En nuestros días hay una justificada corriente antitabáquica. Pues bien, tanto don Carlos como doña Amalia eran impenitentes fumadores. En los almacenes de la llamada Real Casa de la Geografía se guardaban para los reyes «seis corachas de tabaco habano», y para doña Amalia, que fumaba mucho, llegaron en febrero de 1760 «cuatro cajones con cuarenta botes que pesan doscientas veinticinco libras».

Don Carlos llevaba siempre sombrero, que se quitaba respetuosamente para saludar a todo aquél con que se cruzaba, alto o bajo, eclesiástico o seglar. Siempre vestido con sencillez, hasta su gala quería que fuera simple, todo lo más una rica botonadura de diamantes. Características eran sus casacas de paño de Segovia, de color castaño, y todas las demás prendas, cuyo estilo sólo cambiaba del verano al invierno. Fernán Núñez dice que el sastre no necesitó tomarle medidas en treinta años para ninguna prenda. Era un hombre al que no le gustaba cambiar, ni de ministros, ni de servidores, ni de vestimenta. Siempre pulcro, eso sí, pero sin soportar la más mínima mancha, si bien sus reconvenciones por cualquier fallo de sus criados o ayudas de cámara eran siempre suaves, amables, con un deje de humor.

Con las naturales variantes de sexo y oficio, la Reina hacía la perfecta pareja con el Rey. Sencilla por naturaleza, se dio cuenta de que la Corte española exigía cierta suntuosidad para adaptarse a las diversas ceremonias de un protocolo bastante estricto. Encargó sus trajes y jubones a una modista vienesa, Anne Sophie Koblerin, y adquirió telas orientales a las que era muy aficionada. Los modelos que le hacía su otra modista, Luisa Ruel, eran siempre honestos pero resaltando su señorío, si bien su presencia, según los retratos que se conservan, era mucho menos espectacular que la de sus contemporáneas María Teresa de Austria y Catalina de Rusia. Lo que sí tenía doña Amalia, bien guardada y discretamente exhibida, era una formidable colección de joyas cuya enumeración y descripción nos lleva a preguntarnos donde habrá ido a parar tanta riqueza y arte exquisito.

La Reina era muy piadosa. Toda su correspondencia demuestra su fe y su devoción. Visitaba con frecuencia conventos y monasterios. Veneraba a las Vírgenes de Montserrat y de Guadalupe, así como a la italiana de Loreto. Fue ella quien trajo de Nápoles la costumbre de los Nacimientos, su mejor ejemplo el llamado «Belén de Carlos III».

Doña Amalia tenía un gabinete recóndito para sus rezos, con sólo un Cristo y una calavera en el altar. Mientras fue reina de España siguió las tradiciones religiosas españolas y dedicó gran atención a los pobres.

Desde nuestro tiempo vemos también como exagerada y contraproducente la constance intervención del confesor, padre Eleta, en la vida de los Reyes y en las actividades de palacio. Pretendía prohibir hasta las más inocentes diversiones, bailes y juegos. Odiaba y condenaba a los infiernos la representación de cualquier clase de comedias. Fernán Núñez cita el enfrentamiento de fray Eleta con el famoso y gran corregidor Armona, cuando éste pretendió organizar una función, mezcla de comedia y música, en honor de los reyes, probablemente una zarzuela. «Primero me dejaré cortar la cabeza que permitirle en los sitios reales. ¡Vayan esas comedias a los infierrnos! —exclamaba arrastrando con ira la erre de los infiernos—. Nada tiene de particular que Federico de Prusia escribiera al enciclopedista d’Alembert lo siguiente: «C’est bien la plus grande marque de folie qu’un homme puisse donner que de s’abandonner à son confesseur». Claro que depende de que clase de confesor<sup>2</sup>. Precisamente, el predecesor de Eleta, fray José Bolaños, cuenta lo que dijo don Carlos cuando se le informó en Nápoles que se había descubierto una conspiración para envenenarle: «Yo sólo cuido de no desagradar a Dios; lo demás corre de cuenta suya... No hay cosa mejor que lo que dispone el Amo, ni hay mejor padre de familia que Dios».

La religiosidad de don Carlos no era ñoña, como dice Domínguez Ortiz. Era una fe firme, que se puede compartir o no, pero que en modo alguno se puede atribuir a ignorancia, a falta de cultura o a intransigencia oscurantista. «No sé —decía el rey a un obispo— cómo hay quien tenga valor para cometer deliberadamente un pecado, aun venial; yo, todas las noches hago examen de conciencia y, si le hallara en mí, no me acostaría sin confesarme primero». «Verle asistir a misa... edificaba a todos» —escribe Fernán Núñez.

El no faltar a la verdad era una norma de vida para el monarca. Faltar a la verdad sería también la infidelidad conyugal: sólo su mujer, por la ley de Dios, y fuera del matrimonio absoluta castidad. «Padre Prior —dijo un día el rey al del monasterio de San Lorenzo—, gracias a Dios, yo no he conocido más mujer que la que Dios me dio; a ésta la amé y estimé como dada por Dios; y después que ella murió, me parece que no he faltado a la castidad, aun en cosa leve, con pleno conocimiento»<sup>3</sup>.

\* \* \*

Veintidos años de amor, de estima y de fidelidad, resumiendo la idea del rey acerca de su matrimonio. En 1738 había llegado a Nápoles la niña de trece años que iba a ser reina de España. Ahora, en Madrid, en 1760, doña Amalia, bien joven todavía, se encontraba fatigada, sin fuerzas.

En unos meses había ido decayendo su proverbial vivacidad, su carácter alegre, hasta sus momentos de genio. La reina estaba abatida, su fin se aproximaba sin remedio y el rey se daba cuenta de ello, con gran tristeza y aceptando de antemano la voluntad de Dios.

La reina había tenido demasiados partos seguidos. Había sufrido las enfermedades y muertes de varios de sus hijos y, además, no acababa de adaptarse anímicamente a la vida de la Corte española, añorando siempre su ventura en Nápoles, su clima, su mar, sus palacios, sus jardines, y el rey siempre cerca, con tiempo para ello. Todo eso le faltaba

ahora en Madrid. Por eso don Carlos piensa que lo mejor es llevarla a San Ildefonso para que se reponga en el palacio borbónico, entre florestas, parterres y fuentes encantadas. Para allí salió la Corte, el 26 de julio. Los médicos estaban pesimistas. La reina respiraba mal y los fríos y las lluvias de un otoño prematuro vinieron a agravar unos catarros que nunca se curaban<sup>4</sup>.

Se decidió que la Reina volviera con urgencia a Madrid. Después de hacer escala en El Escorial y en La Zarzuela, en dos jornadas llegaron por fin al Casón de Buen Retiro.

La junta de médicos celebrada el 18 de septiembre no pudo ser más pesimista. La Reina pidió el Viático. Estaba ya desahuciada. Sólo quedaban los rezos y las tradicionales reliquias e imágenes en las habitaciones de la egregia señora: el cuerpo de San Isidro, el Niño de la Virgen del Sagrario de Toledo, y, desde Alcalá de Henares, el cuerpo de San Diego.

En el Archivo de Palacio figura el acta de defunción. Estaban presentes el cura de dicho palacio, don Francisco Barcelona, y el confesor de la reina, padre Soldebraun, probablemente compatriota suyo, el infante don Luis, los príncipes y el cuarto del rey. Este permaneció aislado en su cámara hasta que fueron a darle la triste noticia (27-9-1760).

El entierro, desde el Casón, tuvo lugar el día de San Miguel, 29 de septiembre, previo oficio fúnebre a cargo del obispo de Cartagena, rodeado de los moneros de Espinosa, de los mayordomos del Rey y de los grandes de España. Luego, desde el Buen Retiro, por la calle de Alcalá y el Prado, hacia el camino de El Escorial.

Es un sensacional detalle histórico en el que no sé si algún historiador ha reparado y buscado las causas. Me figuro que el rey no se lo explicó a nadie ni tenía porqué. Ha elegido la mole pétrea del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, la gran piedra política, que no piedra lírica como dijera Ortega, insisto en ello.

No ha querido don Carlos III continuar la nueva línea funeraria iniciada por su padre, don Felipe V, el nieto de Luis XIV, de hacerse enterrar, seguido de los suyos, en la Colegiata de San Ildefonso, en el recinto palaciego construido por él, a la francesa, al modo de Versalles, en el paraje de La Granja, cerca de la antigua residencia real de Valsaín. Allí yace el primer Borbón español y su hijo y también rey, Luis I, el Breve. Luego el tercer rey de la dinastía, don Fernando VI, ha tenido no sé si el detalle amoroso o la débil voluntad de elegir el recinto del convento de las Salesas, en Madrid, obra predilecta de su autoritaria esposa, doña Bárbara de Braganza, con la que será enterrado.

¿Es que cada Borbón español va a elegir un enterramiento distinto, rompiendo con la tradición austriaca y escurialense y sin crear un panteón donde reunir las glorias póstumas de su dinastía si es que nada se quería relacionar con la anterior?

Don Carlos III, que tiene un sentido político admirable, una clara idea del Estado, se ha fundido a tal punto con lo español que deja a un lado el recuerdo de rivalidades históricas, y no sólo no tiene inconveniente, sino que se complace en elegir el Panteón de Reyes de El Escorial, construido por Felipe IV en la cripta del Monasterio que Felipe II edificó para última morada de Carlos I, otro fundador de dinastía hispánica, ya que Felipe I, el Hermoso, no merece la condición de tal.

Tampoco ha querido Carlos III inventarse otro regio enterramiento particular, como su padre y su hermano Fernando. Lleva a la reina a El Escorial, para seguirla años después. Así, hasta hoy.

\* \* \*

Cuando murió la reina don Carlos tenía solamente cuarenta y cuatro años, buena edad para contraer segundas nupcias. Eso era lo que toda Europa esperaba. Pero el rey sigue una conducta que prueba sus firmes ideas y el amor que tuvo a doña María Amalia de Sajonia. Podemos decir de ella, con prosaicos términos modernos, que fue la perfecta profesional para compañera de un rey ante Dios y ante la Historia, lo que debe ser siempre una reina, por su origen, por su formación y educación, por su capacidad para soportar las tareas que ocuparán toda su vida, siempre de servicio, sin vida privada, teniendo que sufrir y gozar con un país que casi nunca es el suyo de nacimiento, y todo sin un mal gesto, siempre a tono y en ayuda de su regio consorte, aunque éste, a veces, no lo merezca...

Carlos III resiste las presiones políticas, las insinuaciones, las tentaciones que le aproximan<sup>5</sup>, las alianzas que se le ofrecen. Como dice un autor, la reconocida fealdad del soberano no es inconveniente para que haya bellas princesas dispuestas a venir a inaugurar el soberbio palacio que se está construyendo en Madrid.

Puede asegurarse que durante los veintiocho años que el rey permaneció viudo no hubo ni la menor veleidad amorosa, ni el menor equívoco sobre la conducta del rey. Ni la menor murmuración o comentario picaresco con visos de verosimilitud. Esto, para el lector puede que resulte aburrido, pero a la fuerza tendrá que admirar a aquel feo caballero, lleno de cualidades, entre otras la de dedicar todos sus afanes, sus horas y sus días a procurar el bien de su país y de sus gentes.

Entre el trabajo y el ejercicio físico el rey está lejos de caer en «el desenfreno erótico de su primo Luis XV, entregado, todavía con mayor intensidad que su bisabuelo común, al capricho de las favoritas», de las «maîtresses du roi». Contraste también con todos los Austria españoles, que llenaron de bastardos el Ejército y los conventos, generales y abadesas, a los que no se recataban en dar el apellido «de Austria». ¡Qué aburrido, monótono y equilibradamente casto este don Carlos III!

<sup>1</sup> Sólo en la Capilla Real había: el Patriarca de las Indias y Vicario General Castrense, que la dirigía, tres sumilleros de cortina, medio centenar de capellanes de honor, once capellanes de altar, diez predicadores y un coro.

<sup>2</sup> Domínguez Ortiz escribe que «Carlos III era personalmente religioso, y aun devoto, con la devoción ñoña y poco ilustrada que fue frecuente en aquel siglo».

<sup>3</sup> Citado por Pedro Voltes Bou.

<sup>4</sup> El diagnóstico de la enfermedad de la Reina, bien a posteriori, fue de una afección pleuropulmonar con complicaciones hepáticas. Además había sufrido una caída de caballo en Nápoles de la que no acabó de reponerse.

<sup>5</sup> Beaumarchais, el famoso autor de «Las bodas de Fígaro» y personaje de moda, fue el instigador de una intriga amorosa en la Corte madrileña. Se las arregló para que «una liviana francesa casada en Madrid», la marquesa de la Croix, fuera invitada a una recepción en San Ildefonso, con la colaboración del ayuda de cámara del rey, Pini. La idea era utilizar a la atractiva marquesa para tentar con sus gracias al casto monarca viudo.

La conspiración amatoria tropezó con la decidida abstinencia carnal de don Carlos, que no mostró el menor interés por la casquivana francesa, conocida por su carrera galante con la complacencia de su esposo. El asunto no pasó de ser una trapisonda más de Beaumarchais, uno de los conocidos intrigantes y aventureros de la época.

## IX

# LOS MINISTROS DE LA PRIMERA ÉPOCA - EL PALACIO REAL

Críticas y elogios al monarca.—Acierto selectivo.—Prevención ante la venida de los italianos.—Carlos III, cuarto Borbón español, rey madrileño.—Conserva los ministros de Fernando VI.—Esquilache, única gran novedad: su historial y sus condiciones.—La inquieta y aprovechada doña Pastora.—Ricardo Wall, admirable personaje.—Otros ministros: Campo Villar y Arriaga. El duque de Losada.—El confesor Fray Joaquín Eleta.—El «Lindo abate» Marqués de Grimaldi.—El Pacto de Familia de 1761.—El nuevo Palacio Real.

El ilustre catedrático y académico don Antonio Domínguez Ortiz no es muy benévolo en las consideraciones que hace sobre Carlos III en el capítulo que dedica a describir el marco político de su reinado en la obra «Sociedad y Estado en el siglo XVIII español». Acepta que no carecía de experiencia al llegar a España y que tampoco le faltaban energía e ideas propias, pero le tacha de poco brillante, de escasa afición al trabajo, de excederse en su manía de la caza y de ser, quizá, demasiado piadoso.

Razones tiene el profesor Domínguez Ortiz para opinar así, pero sus comentarios hacen más notable y fuera de serie la personalidad de Carlos III, pues si, sin ser brillante y con escasa afición al trabajo, logró presidir e inspirar uno de los reinados más importantes de nuestra historia, pleno de realizaciones y mejoras en el interior y de prestigio en el exterior, no cabe duda de que lo positivo superaba con mucho a lo negativo en el balance del reinado.

El académico de la Española, don Antonio Ferrer del Río, publicó a mediados del siglo XIX la más completa biografía, en cuatro volúmenes, de nuestro personaje, A ella me remito y a la interminable serie de elogios al monarca que figuran en dicha obra, elogios de sus contemporáneos y de la mayor parte de los historiadores decimonónicos, en contraste con las críticas ultramontanas originadas por la apasionada erudición ortodoxa de Menéndez y Pelayo.

A Ferrer del Río me remito evitando aquí al lector tanto panegírico<sup>1</sup>. Ciñéndome a los hechos me refiero a uno, confirmado y definitorio a lo largo del reinado: al acierto del rey al elegir, mantener, inspirar y estimular a sus colaboradores. Puede que así se explique cómo un hombre intelectualmente nada más que discreto y no excesivamente

trabajador pudo dedicar tanto tiempo a las cacerías y a las devociones, mientras en España se hacía en seis semanas mucho más que en seis años en los reinados anteriores.

Con habilidad, discreción y persistencia, don Carlos puso en marcha un aparato de gobierno eficaz, sabiendo distribuir el trabajo, evitando roces y sólo cambiando de caras, lo menos posible, cuando no había más remedio.

Vamos a ver, pues, ahora, algunos datos y características de los principales personajes en torno al rey en su primera época en España. Los grandes ministros del reinado, Aranda y Floridablanca, que alcanzarán su mayor poder en otra etapa posterior, merecerán más adelante los oportunos capítulos.

\* \* \*

Cuando el nuevo rey llegó a España desde Nápoles, se despertaron grandes expectativas. Se veía con la lógica prevención la probabilidad de que el monarca, después de tantos años de gobierno en Italia y con tantos aciertos, llegara rodeado de italianos. Más de uno recordaría la llegada de Felipe el Hermoso y de Carlos I con su cohorte de flamencos y, después, la de Felipe V rodeado de franceses, bajo la tutela versallesca de Luis XIV.

Don Carlos «no pecó en igual trance ni de precipitado ni de impaciente». Procuró, simplemente, lo que le parecía más útil para su nueva patria, que era la de su nacimiento. Hay que considerar en este aspecto que el haber nacido en Madrid era un tanto positivo. Las dinastías reales a lo largo de nuestra historia habían venido de fuera, pudiéramos decir que desde los godos, salvo excepciones. No era mala cosa el ver como los Borbones iban arraigando en España: Carlos III era ya el cuarto Borbón español.

El rey conservó en sus puestos a los ministros de su difunto hermano. El único cambio que hizo fue el del secretario de Hacienda don Juan de Gaona y Portocarrero, conde de Valparaíso. El rey confió el puesto a don Leopoldo de Gregorio, que aparece ante la Historia con el título de marqués de Esquilache. Se trataba de un siciliano de origen humilde y de edad avanzada, que iba con el siglo. Parece ser que era un tipo emprendedor, con algo de aventurero «y no sin travesura». Había sido proveedor de tropas y después director general de Aduanas demostrando habilidad en arbitrar recursos, por lo que pasó a desempeñar la secretaría de Hacienda. Era un arbitrista que presumía de entender de todo, lo que le llevaba a intervenir en cuestiones que no eran de su incumbencia, eso sí, con gran capacidad de trabajo y mucho don de gentes. En Nápoles se hizo cargo de las secretarías de Guerra y Marina, además de la suya de Hacienda, y su eficacia y puntualidad le hicieron granjearse el favor real, por lo que se lo trajo a España, acompañándole a bordo de «El Fenix». De su ambiciosa solicitud es prueba que mientras los reyes hacían escala en Zaragoza, él se había instalado ya en un despacho oficial en Madrid.

Los cronistas describen a don Leopoldo de Gregorio como hombre maduro, poco agraciado, de rostro marchito donde campeaba una nariz ganchuda. Estaba casado con una atractiva catalana, Pastora Paternó, hija de un oficial. El matrimonio se trajo un cuñado y seis hijos pequeños.

En los mentideros de Madrid no se tarda en hablar de la laboriosidad del marqués y de su generosidad. Más tarde empezarían a preguntarse los madrileños de dónde salían los dineros. Y se comenta también «la insinuante belleza de doña Pastora» y su espléndido palacio en la plaza del Rey, esquina a la calle de las Infantas, el edificio conocido como «Casa de las Siete Chimeneas». De ahí, y más aún siendo extranjeros, es fácil pasar de la admiración a la animadversión del pueblo bajo.

El bien informado Ferrer del Río no se muestra muy partidario de Esquilache. Dice de él que era práctico en los negocios pero con pocas cualidades de hombre de Estado. Solía hablar largo y tendido por lo que se le podía aplicar el dicho de «quien mucho habla, mucho yerra», y tenía fama de indiscreto. También la tenía de dadivoso, mientras doña Pastora, «sin aprensión alguna, abría las manos a los regalos de pretendientes y favorecidos, que por su influencia fueron muchos en Sicilia y pensaban serlo no pocos en España, los palaciegos y los ambiciosos que residen en la Corte diéronse prisa en hacérsela a dicha señora...» Volveremos a hablar del famoso matrimonio Esquilache en el capítulo dedicado al motín que lleva su nombre.

\* \* \*

Del equipo de gobierno de Fernando VI el secretario más destacado que conservó el nuevo rey fue don Ricardo Wall, en el departamento de Estado que desempeñaba desde la muerte de Carvajal y Lancaster. También era secretario de Guerra, por fallecimiento de don Sebastián Eslava, que años atrás fue el sustituto de Ensenada. Acumulaba así un importante poder el irlandés Wall<sup>2</sup>, político perspicaz y anglófilo, de larga trayectoria al servicio de España, que, agotadas ya sus ambiciones, «sólo aspiraba a terminar sus días hermanando la dignidad y el ocio». Pertenecía a la estirpe de militares y políticos más o menos ilustres —algún historiador les llama aventureros— que habían venido a tierras españolas, país de acogida de tantos Blakes, Mac Donalds, Redings, O'Connors, Kirpatrick, Lacys, O'Donoghues, Van Halen... que llenan páginas de nuestra historia<sup>3</sup>, la mayoría irlandeses y católicos.

Wall empezó sus servicios a bordo de la escuadra hispana luchando contra el almirante Byng en aguas de Sicilia, y luego en Italia a las órdenes del marqués de Lede y del duque de Montemar, llegando a coronel de dragones y distinguiéndose por su despejo natural y carácter insinuante. Estuvo en las Antillas preparando un plan para arrebatar la Jamaica a los ingleses, luego fue agente secreto de España en Aquisgrán y más tarde en Londres, donde actuó ya abiertamente como diplomático. De embajador en la Corte británica pasó al ministerio de Estado, para hacer una política anglófila, en desventaja para la amistad francesa patrocinada antes por Ensenada. Interesante personaje este don Ricardo Wall, digno de ser protagonista de novela o de película, lo que no rebaja en absoluto su categoría política y su valor militar, que le hicieron llegar a ser un verdadero primer ministro, y mariscal de campo y teniente general, sin el menor abuso en cuanto a caudales, honores y valimientos, lejos de algunos de los personajes que antes y después de él ejercieron altos cargos públicos. Carlos III le encontró muy mayor, cansado, un tanto de vuelta, pero aun así le resultó todavía útil.

Otro ministro o secretario que don Carlos conservó en su gobierno de los primeros tiempos fue don Alfonso Muñiz, marqués de Campo del Villar, en la cartera de Gracia y Justicia. Ferrer del Río dice que su nombre no era célebre entre los jurisconsultos, si bien tenía tras de sí una larga carrera «y la rectitud proverbial de los magistrados españoles»<sup>4</sup>. Su mérito, importante entonces, era ser uno de los antiguos educados en los Colegios mayores, muy apoyados por el alto clero cercano al poder. Acerca de Muñiz le escribía Tanucci a Centomani en 1763: «Campovillar es un colegial lleno de la sarna de los pretres, es decir, lleno de las opiniones güelfas, promovidas y solicitadas por esa corte».

Parecido caso al del citado Campo Villar era el del bailío fray Julián de Arriaga, sucesor del marqués de la Ensenada en los ministerios de Marina y de Indias. Era un teniente general de la Armada, seco de carácter y de pocos amigos, incorruptible anciano venerable que gustó a Carlos III por su seriedad y por tomarse las cosas con calma. El rey no era hombre de prisas y para ir llevando a cabo sus reformas prefería dar tiempo al tiempo. El equipo ministerial de Arriaga no bajaba de los sesenta años. Don Carlos mantenía en sus puestos a aquellos veteranos; eran leales y se resistía a los cambios: «A nadie abandono y nadie debe abandonarme» —solía responder a los que solicitaban el retiro—. Dice el cronista Fernán Núñez que no quería causar tristeza a sus servidores y le preocupaba la idea de que la jubilación llevara a la muerte a alguno de aquellos venerables secretarios<sup>5</sup>.

Tanucci, una vez más al tanto de la política de Madrid, comentaba en carta al príncipe de Yaci, embajador de Nápoles en España:

«Lo que no me gusta es la amistad de Arriaga con los jesuitas, pues no son gentes con quienes pueda tener amistad el ministro de un soberano».

Otro hombre de confianza en el entorno de Carlos III fue don José Fernández de Miranda que le acompañó desde Nápoles sin separarse nunca de su lado. Le nombró sumiller de Corps y le elevó a la grandeza con el título de duque de Losada. Había sustituido al duque de Béjar, sumiller de Fernando VI, que pasó a ser el ayo de los infantes.

El rey trataba a Losada como de la familia. Jugaba con él al revesino<sup>6</sup>, se enfadaban en las partidas y se reconciliaban al día siguiente, siempre por bondadosa iniciativa real. En las crónicas todo son elogios para Losada, suave, pulcro, noble de alcurnia y todavía más de alma, dechado de caballeros, de corazón bondadoso, siempre dispuesto a favorecer a los que necesitaban pan o justicia. Y lo que era muy importante: se le consideraba como el portavoz de Tanucci cerca de Su Majestad, cuya personalidad, por otra parte, se reflejaba en la del nuevo duque<sup>7</sup>.

No podía faltar al lado del rey el nuevo confesor que había sustituido al que lo fue tantos años, fray Bolaños, arzobispo de Nísibe. Se trataba de fray Joaquín Eleta, natural de Burgo de Osma y de la orden de los «gilitos», como Bolaños<sup>8</sup>. Las opiniones sobre Eleta son poco contradictorias. No se le niegan virtud ni austeridad, reputación de misionero y ciertos conocimientos teológicos. Pero casi todos coinciden en su genio desabrido, mal humor sin miramientos, terco y de voz áspera. Hay quienes van más allá

y le consideran fanático, corto de luces, impertinente e ignorante. Tanucci, que le conoció en Nápoles, opina lo siguiente: «Eleta desconoce absolutamente la historia, la crítica eclesiástica, la doctrina de los Santos Padres; tales son las cualidades negativas del confesor de tan gran Monarca. Por esto, ya afirma, ya niega; ya aprueba, ya rechaza; ya aplaude, ya censura».

El fraile confesor fue objeto de algunas sátiras publicadas y de críticas en los mentideros, por ejemplo, aludiendo a que su austeridad, siempre de sayal y de alpargatas, no le impedía hacer carrera de obispo.

¿Qué hacía tal personaje al lado de don Carlos III? Como influencia política no parece muy recomendable y como estímulo de piedad no creo que el rey la necesitara, pues ya era piadoso de por sí. Seguramente conservó a Eleta como confesor por respeto a la herencia espiritual de su muy querido Bolaños y es probable que oyera al antipático personaje también con respeto y devoción, pero en cuestiones de Estado, como quien oye llover.

Después de conocer a estos personajes y de analizar los hechos de la primera etapa del reinado, se saca la conclusión de que el rey no se dejó influenciar seriamente por su entorno, si bien procuró no molestar a nadie y quedar bien con todos. Incluso apartó hábilmente de la política gubernativa a su madre, a la que sólo complació mandando a Italia al pobre Farinelli, siempre leal a España y a la Corona, pero al que detestaba Isabel de Farnesio por no haber querido acompañarla en su obligado retiro de San Ildefonso.

Despuntaba por aquellos días el conde de Aranda, como gran militar más que como político. El rey le mandó de embajador a Varsovia. Tiempo al tiempo. Ya le llegaría su hora<sup>9</sup>. En cambio, con aprobación general, sacó de su destierro de Granada al gran ministro de Fernando VI, marqués de la Ensenada, «después de haber visto que fue sacrificado por haberse opuesto a la ruina de su amo y de esta monarquía». Poco después reaparecería Ensenada en el trasfondo del famoso motín de Esquilache.

También fue justo y benévolo don Carlos con otro iustre personaje de los anteriores reinados, don Melchor de Macanaz, que a sus noventa años de edad seguía en la cárcel. El rey le devolvió la libertad, permitiéndole vivir lo que le quedaba en su casa y rodeado de su familia<sup>10</sup>.

Muy interesante y admirativa fue la relación que el rey, en aquella primera etapa, mantuvo con el ya anciano padre Feijóo que le dedicó con fervorosas palabras varias de sus obras, a lo que le correspondió el monarca con grabados y publicaciones sobre las antigüedades recién descubiertas en Herculano. Algunos han acusado a don Carlos de no ser un erudito ni un gran aficionado a la lectura, y, desde luego, a la música. Siendo cierto esto último, lo que no se puede negar al rey es su espíritu fino, su sensibilidad, su protección a las artes, y de ser, como le llama con acierto el profesor Palacio Atard, el «Rey de los Ilustrados».

Otro personaje italiano que aparece en el gobierno de Carlos III desde sus primeros tiempos madrileños es Jerónimo de Grimaldi, «segundón de ilustre casa genovesa», ordenado de primera tonsura que se había presentado en la corte de Felipe V años atrás con una misión de su república, «cayendo en Madrid de pie, como dice el vulgo: lo

agraciado de su fisonomía y lo gentil de su continente, valiéronle muy luego el sobrenombre de «el lindo abate»: halagándole el viento de la fortuna, desnudóse de los hábitos clericales y se dio a medrar por otro sendero; ya era marqués y ministro español en el Haya cuando fue trasladado a París con igual encargo».

He reproducido estas líneas para que se vea con qué facilidad y curiosas artes se abrían camino individuos extranjeros que hacían carrera en España, aprovechándose en varios casos de los cambios de dinastía o de soberano.

Así, por ejemplo, en la negociación en Versalles, cuando Luis XV «quería enredar a Carlos III» con los Pactos de Familia, frente a los franceses duque de Choiseul y marqués de Ossun, negocian por parte española un irlandés, Wall, y un genovés, Grimaldi. Este había reemplazado como embajador en París a don Jaime Masones de Lima, viejo militar y buen diplomático, que había defendido siempre con acierto la política de neutralidad del anterior reinado. En cambio, Grimaldi, desde el primer momento, se mostró abiertamente francófilo.

El rey de España, en un principio, no confiaba en la sinceridad de los franceses. Tal vez recordara la advertencia que solía repetirle la reina Amalia: «Con los franceses siempre es de temer cualquier sorpresa». Sin embargo sí confiaba en la gestión de Grimaldi, del que decía que, desde que llegó a París, ha hecho infinitamente más que el otro en todo el tiempo «y me ha puesto en luz para estar más a la vista y poder ir tomando mis medidas para no ser engañado». (Carta de Carlos III a Tanucci, 24-2-1761).

El Pacto de Familia se iba a firmar el 15 de agosto de 1761. Grimaldi se dio cuenta a tiempo del perjuicio que el tal pacto significaba para España. «Para Carlos III, le decía a Choiseul, es como el que, a impulsos de vertiginoso desvarío, arroja su fortuna por la ventana... de modo que quedamos encadenados a la suerte ajena, mientras que para Luis XV es como un fuerte puntal a la casa que se le viene abajo».

No cabe más claridad de ideas. Sin embargo, el cándido, el ingenuo Grimaldi —como le llama el historiador Tapia Ozcariz— se dejaba al fin embaucar por el frívolo y astuto Choiseul, lo que nos llevaba a una guerra contra los ingleses, guerra que al parecer fue iniciada en medio de la confianza y de la casi alegría del rey Carlos, según carta a Tanucci de 25 de agosto de 1761.

Este cambio de actitud del monarca y todo lo que viene después, excede del tema del presente capítulo y pasará a ser comentado cuando tratemos de la política exterior, de las paces y las guerras del reinado. Ahora se trataba solamente de presentar a uno más de los protagonistas al lado del rey en la primera etapa carolina en Madrid, el marqués de Grimaldi, que no tardaría en ser secretario de Estado, cargo en el que sucedería a Ricardo Wall, mientras él, a su vez, era sustituido al frente de la Embajada en París por el conde de Fuentes, experto diplomático que ya había representado a España en Turín y en Londres. Por las mismas fechas se confiaba a Esquilache la cartera de Guerra.

\* \* \*

Ya hemos visto cuán poco había agradado a la reina Amalia el palacio del Buen Retiro. Ahora, sin la compañera querida a su lado, al rey, el viejo caserón lleno de tristes recuerdos, se le viene encima. Desea abandonarlo cuanto antes, ir al nuevo palacio en

cuanto esté medianamente habitable. Sueña con los materiales nobles de su añorada Caserta, con una residencia digna del rey de las Españas, si bien como persona él necesita bien poco para su vida ordenada y sencilla.

El Buen Retiro está cargado de fúnebres estampas, en esta habitación murió el rey Felipe, en esta otra la reina Amalia, en la de al lado el infante hermano de Su Majestad; más allá, en otra ala, fallecieron la duquesa de Medina Sidonia y la marquesa del Surco... Muchos muebles, casi amontonados, procedentes del antiguo Alcazar, un verdadero almacén de cuadros, tapices, trofeos, esculturas<sup>11</sup>...

Don Carlos vigila y anima a todos para lograr que el nuevo palacio real esté pronto disponible. Visita las obras, que duran ya veintiseis años, acompañado del arquitecto piamontés Juan Bautista Sachetti. El primer proyecto, por encargo de Felipe V, lo había realizado el abate italiano Felipe Jubara, considerado uno de los mejores arquitectos de Europa<sup>12</sup>.

Jubara murió al año de llegar a Madrid, y su discípulo, el turinés Sachetti, continuó la dirección desde 1735 hasta el final, no llegando a ver la inauguración, ya que falleció poco antes.

Sorprende en nuestros días el saber que el grandioso edificio, al inaugurarse, carecía de todo lo más elemental para ser medianamente habitable. La inmensa mole de granito, piedra de Colmenar y mármoles selectos, no tenía agua corriente, ni luz, ni calefacción, ni alcantarillado. Pozos, velas y chimeneas de leña remediaban las necesidades más apremiantes en el crudo invierno madrileño. Desde allí, Carlos III, iba a iniciar una densa etapa de la Historia de España.

<sup>1</sup> «No hay manera de describir las cualidades de tal Monarca si la pluma del historiador no se atempera al lenguaje del panegirista, aun a riesgo de que la voz de la verdad suene a cacareo de lisonja». (Ferrer del Río).

<sup>2</sup> Tanucci, siempre tan atento desde Nápoles a la política española, decía que los informes de Wall reflejaban el espíritu de Carlos III (William Coxe, «España...» t. IV).

<sup>3</sup> Entonces se importaban militares para la guerra. Hoy en día se importan futbolistas, para el espectáculo. Parece que esto significa algo así como una evolución pacífica de nuestro mundo occidental.

<sup>4</sup> A fines del siglo XX, tal rectitud, en algunos casos, merecería un signo de interrogación.

<sup>5</sup> Al rey no podía quitársele de la mente que el conde de Valparaíso falleciera al mes y medio de ser apartado del ministerio. Es un caso que se ha repetido en varias circunstancias históricas, algunas bien recientes.

<sup>6</sup> La palabra revesino viene de revés. Se jugaba entre tres personas. Debía ser algo parecido al tresillo.

<sup>7</sup> «Sé que el rey es reservado y que el mismo Losada ignora muchas cosas» (Tanucci en carta a Yaci). Lo que parece probar la admirable cualidad de Carlos III, reservado aun con el hombre de su máxima confianza.

<sup>8</sup> Gilito: dicese del fraile descalzo de San Francisco perteneciente al convento de san Gil que existió en Madrid, cerca del Real Alcazar.

<sup>9</sup> Al conde de Ricla, pariente de Aranda, le hizo embajador en Rusia.

<sup>10</sup> Macanaz falleció en Hellín, su ciudad natal, a los seis meses de ser liberado.

<sup>11</sup> En gran parte muchos de estos tesoros irán al futuro Museo del Prado.

<sup>12</sup> Se dice que el Palacio Real se inspiró en el de los duques de Módena, gran palacio neoclásico.

## X

# EL MOTÍN DE ESQUILACHE

El trasfondo de los motines en general.—«Con Esquilache o contra Esquilache».—El omnipotente don Leopoldo de Gregorio: su buen gobierno y sus abusos.—Los guardias valones.—La organización del motín.—El edicto de las capas y de los sombreros.—Clara previsión de Macanaz.—Se desencadena la revuelta.—Serenidad del Rey.—El fraile «gilito».—Reclamaciones populares.—Reunión y decisiones del Consejo Real.—Carlos III ante el pueblo.—Retirada a Aranjuez.—¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!.—Esquilache, desterrado.—Letrillas.—Actitud de Ensenada.—Nuevos ministros.—El conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla.—De cómo el motín se extendió por España.—Juicio sobre la actitud del Rey durante el motín de Esquilache.

Llevaba ya don Carlos veinte años en el trono de Madrid cuando se le plantea uno de los más graves problemas de su reinado, un motín que ha pasado a la historia con el nombre del superministro don Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache. Parece que al llegar este momento hay que tomar partido. ¿Estamos con Carlos III o contra Carlos III? Porque, en definitiva, no hay historiador que no vincule al rey con los méritos y deméritos de su poderoso ministro, y no cabe duda de que el monarca se vio implicado y complicado en las graves consecuencias del complejo y violento motín desencadenado en Madrid contra el discutido Esquilache, movimiento que se extendió después a casi toda España.

De lo que entonces pasó —en unión de la expulsión de los jesuitas y teniendo en cuenta las conexiones más o menos secretas entre ambos episodios—, derivan las más duras críticas contra el monarca, llegando a poner en cuestión lo mucho positivo del reinado.

Hay que tener en cuenta que estas rebeliones populares, algunas convertidas en auténticas revoluciones, tienen muy diversos orígenes y causas, que a veces coinciden, y de las que algunos se aprovechan. Son conciertos con fines políticos, bien orquestados y dirigidos por personajes que se ocultan hábilmente, utilizan a unos cuantos solistas, más o menos fracasados pero bien remunerados en la ocasión, y mueven los hilos de unos cientos o miles de marionetas, que son las que dan la cara, sufriendo los golpes o los tiros. Recuerda, en ciertos aspectos, lo que ocurre con las coplas o canciones populares, que son muchos a cantarlas, pero siempre hay un autor, juglar o coplero, que las

compuso y las lanzó por calles y plazuelas, si bien hay que reconocer que a veces recogían anhelos y decires del pueblo bajo.

En el caso del motín de Esquilache, son muchas las razones y las sinrazones de que una chispa, un simple edicto sobre capas y sombreros, se convirtiera en una llamarada que estuvo a punto de incendiar todo el reino. En otros motines históricos que se convirtieron en revoluciones y guerras civiles hubo graves motivos e importantes implicaciones exteriores. No hay más que recordar las Comunidades y Germanías, la faceta barcelonesa de 1648 y de la guerra de Sucesión en 1711, y, más adelante, el motín de Aranjuez de 1808, pórtico de la guerra de Independencia<sup>1</sup>.

Ahora, en 1766, ni la situación interior ni la exterior justificaban suficientemente un levantamiento que iba a poner en graves dificultades a la propia monarquía secular.

Para ser lo más justos posible al responder al dilema «Con Esquilache o contra Esquilache» conviene que hagamos un breve resumen de los méritos del personaje y enfrente coloquemos la serie de fallos y de agravios en los que se quiso justificar el motín.

De la personalidad de don Leopoldo de Gregorio ya hemos dado algunos datos en páginas anteriores. Del rey abajo, no se podía llegar a más en la España de entonces. Me parece que años después sólo Godoy y Espartero le han superado en mando y grandezas, si bien hay que tener en cuenta que Esquilache era sólo un ministro, aunque casi universal, de un rey absoluto, que lo era en plenitud y convencimiento, mientras que los dos personajes citados ejercían el poder en tiempos de un rey y de una reina muy devaluados.

Esquilache, marqués de este nombre, lo era también de Trentino y del Valle-Santoro, príncipe de Santa Elía, gentilhombre, teniente general, cuajado de grandes cruces, ministro de Hacienda, de la Guerra y de Gracia y Justicia (hasta el nombremiento de Roda) y mandaba en el ministerio de Indias a través de Arriaga, influyendo en el de Estado, cuyo titular era su compatriota Grimaldi.

En tiempos de Esquilache, en Hacienda se cubrieron todas las atenciones públicas sin elevar los tributos, ventaja jamás conseguida por los monarcas de la Casa de Austria, ni por los tres Borbones anteriores. Los enormes desembolsos en guerras, bodas reales e indemnizaciones al rey de Cerdeña por Piacenza, se pagaron sin bajar los intereses de la deuda del Estado. Esquilache se esforzaba en desterrar los abusos, hacía inspeccionar las rentas de las provincias, recuperaba enajenaciones mal hechas por anteriores gobiernos; simplificaba la acción administrativa y reducía empleados, mejorando sueldos y procurando su arraigo y honradez. Claro es que al mismo tiempo no perdía ocasión de aumentar su clientela, prodigando favores y mercedes.

Esquilache combatió con energía a vagos y maleantes y prohibió el uso de armas cortas y de fuego. Persuadido, en pleno acuerdo con el rey, de que la mayor parte de vicios y crímenes tienen su raíz en la vagancia, ordenó las levadas de vagos para que sirvieran en la Marina y en los regimientos. También estableció los montepíos para viudas y huérfanos y creó la lotería para atender a la beneficencia<sup>2</sup>.

Fue Esquilache quien más defendió el plan de Sabatini para mejorar las calles de Madrid, haciendo obligatorias las medidas de limpieza e iluminación<sup>3</sup>, tema del que nos ocuparemos con más detalle en el correspondiente capítulo. Tuvo igualmente gran interés en materia de abastos, procurando evitar las subidas fuertes de los precios. A este fin hizo importaciones, sobre todo de trigo, estableciendo grandes depósitos reguladores en Valladolid y San Clemente.

Estos y otros factores positivos en la ejecutoria ministerial de Esquilache quedaron anulados por otros negativos a los que le llevó la actuación e influencia de su mujer, la catalana Pastora Paternó, y también por su falta del sentido de la medida. Tanucci, que fue su compañero en Nápoles y le conocía muy bien, escribió varias cartas al príncipe Yacci, embajador de las Dos Sicilias en Madrid, censurando la acumulación de cargos de Esquilache, su vida ostentosa y el lujo impertinente de la marquesa. Cinco años antes del motín escribía ya Tanucci: «Hasta que el odio penetre en las clases populares, este hombre estará seguro».

Si «este hombre» hubiera pensado un poco que comprometía a su rey y que ponía en almoneda toda su obra de gobierno, probablemente habría llevado una vida privada más moderada conteniendo ciertos abusos.

Ferrer del Río no se muestra benévolo con Esquilache e incluso atribuye sus excesos a las demasiadas distinciones «con las que le privilegiaba el monarca». Acusa al ministro de querer meter las manos en todo, de haber llegado a teniente general sin conocer la milicia ni por asomo; de hacer que su hijo saltara de teniente coronel a mariscal de campo en poco tiempo; que otro hijo disfrutara de un arcedianato de buenas rentas y que el tercero, casi sin salir de la cuna, fuera nombrado administrador de la Aduana de Cádiz...

A todo esto se añadían las murmuraciones sobre la dudosa conducta de doña Pastora, que negociaba los favores y daba pábulo a vulgares comentarios calumniosos sobre una supuesta relación de la bella dama con el rey viudo. El cronista escribe: «La linda y joven marquesa de Esquilache brilla en las recepciones palatinas o en las fiestas aristocráticas, dejando tras sí una estela de envidias y murmuraciones: un marido achacoso, un rey viudo, no demasiado viejo, bien conservado, bondadoso hasta el extremo de no negar a doña Pastora ningún favor... De no haber gozado don Carlos fama de hombre impecable y virtuoso, tal vez hubiera mordido en él la murmuración» (Tapia Ozcariz).

¿Se daba cuenta el monarca de los riesgos crecientes que iba entrañando la vida de los Esquilache y hasta qué punto comprometía a la Corona?

Muchas y muy positivas eran las realizaciones que aquel «soñador para un pueblo» — como llama un moderno comediógrafo al ministro — podía presentar como méritos al rey. Este, urbanista y arquitecto por vocación, veía surgir en la Corte admirables edificios; se iniciaba la construcción de otros, la casa de Correos, la de la Aduana, el templo de San Francisco el Grande, el paseo de las Delicias, el del Prado, las fuentes, el empedrado, la limpieza... todo desde su majestuoso Palacio Real. Pero el pueblo lo que veía eran otras cosas.

El inteligente Tanucci había escrito desde Portici a Centomani en septiembre de 1763: «Los españoles no quieren ni sufren héroes ni forasteros».

Forasteros eran para los madrileños los guardias valones que habían disparado contra la muchedumbre para poner orden en las fiestas que se celebraron en los jardines del Buen Retiro, con motivo de la boda del príncipe de Asturias. Hubo veinte muertos, a bayonetazos o ahogados en el estanque. El odio contra la tropa extranjera seguía vivo al llegar el nuevo año de 1766, y una serie de circunstancias contribuía al malestar por las medidas gubernativas que tendían a mejorar las condiciones de vida en Madrid. Con razón decía don Carlos que sus vasallos eran como niños que lloraban cuando los lavaban. Un ambiente hostil, cargado de rencores, acrecentado por la carestía de los víveres, parecía marcar el momento adecuado para actuar contra Esquilache, que se había convertido en el pararrayos de todas las iras. Pero aquello necesitaba una preparación. El pueblo no se moviliza si alguien no le excita, le embauca y le pone en marcha.

Fernán Núñez y Ferrer del Río dan muchos datos sobre la preparación que tuvo «el suceso». En las provincias se daba por segura la próxima sublevación en la Corte. Para ella se celebraron dos juntas y los concurrentes se pusieron en relación con diez y seis capataces de los barrios «para dar uniformidad al alboroto». Se preparó el complot para matar a Esquilache al salir de los oficios de Jueves Santo de la iglesia de San Cayetano y sorprender al rey al recorrer las estaciones para obligarle a cambiar el sistema. Se abandonaron los dos proyectos por miedo a ser descubiertos y se decidió actuar violentamente contra el ministro, forzando al rey a su destitución y condena.

El cronista relata cómo los capataces fueron exaltando los ánimos en los barrios y «calentando las cabezas de sus allegados en almacenes de vino y de aguardiente». Las diferentes cuadrillas se concentraron en la Plaza y pudo verse a misteriosos personajes de nota disfrazados con harapos prestados y tiznados los rostros como carboneros. Debajo se veían sus bien planchadas camisas y sus lujosas medias de seda<sup>4</sup>.

Nada nuevo en esta preparación, ni en la idea ni en los métodos. En todos los tiempos el pueblo se ha dejado engañar, o al menos excitar por los agitadores de turno, por intereses que sólo a unos pocos suelen beneficiar<sup>5</sup>.

Para que estallara el motín no había más que prender la mecha: publicar el famoso edicto prohibitivo de las capas largas y sombreros gachos (10-11 de marzo de 1766). En principio, la disposición, publicada dos meses antes, sólo afectaba a los funcionarios de la casa real. Se decía en ella que el uso de la capa larga y sombrero redondo servía de embozo para ocultar las personas e iba en desdoro y exponía a muchas contingencias a quienes servían al rey. A todo militar, funcionario u oficinista, se le obligaba a llevar capa corta o redingot, peluquín o pelo propio y sombrero de tres picos. La disposición concluía con la amenaza de arrestos para los contraventores.

Hasta aquí la prohibición tenía su lógica, digamos que de orden interior, limitada a quienes cobraban del Estado. Pero en marzo el bando se extiende a todos los madrileños, sin excepción de clases y con la amenaza de prisión o de multa.

Cuarenta y cuatro años antes de 1766, en 1722, don Melchor de Macanaz había advertido al rey Felipe V lo siguiente:

«No permita el Soberano se den por sus ministros ni consejeros disposiciones para que los vasallos muden su traje natural por introducir en el reino alguno extranjero. Estas órdenes las recibirá el público como violentas y terminantes a acabar con el traje español, que ha sido en todas las edades tan respetado, y, alterándose los ánimos, pueden motivar una sublevación difícil de remediarse, si no fuese a costa de perder el Estado muchos miembros y el Monarca bastante reputación...»<sup>6</sup>

Admirable pronóstico y superior inteligencia de un auténtico estadista como fue Macanaz, que parecía que estaba viendo el motín de Esquilache con cuarenta y cuatro años de anticipación.

La famosa disposición ministerial no fue producto de la improvisación. El rey solicitó previamente el asesoramiento del Consejo de Castilla y el informe de los fiscales. Estos pusieron muchos reparos: el decreto podía dar lugar a confusiones, afectar a transeuntes, no tener en cuenta la protección contra lluvias y fríos. Las penas no podían ser corporales ni dar lugar a la confiscación de capas y sombreros porque «no dejaría de infundir odio y grave murmuración entre las gentes». Se añadía una serie de inconvenientes más, incluso de tipo económico, y se exigía, en todo caso, la jurisdicción civil.

La inmediata consecuencia de todo lo anterior es que Su Majestad apoyó la decisión de Esquilache o, al menos, no se opuso a ella. Para él debió ser como una medida más de las muchas tomadas para ordenar la vida en la capital, la buena policía y la seguridad en las calles. En este aspecto la identificación del rey con el ministro era total. Y las consecuencias, anunciadas por Macanaz, repercutirán lógicamente sobre Carlos III. Acerca de sus relaciones corrían por la ciudad malévolos comentarios y letrillas insidiosas, como ésta:

«Yo, el gran Leopoldo I,  
marqués de Esquilache agosto,  
rijo la España a mi gusto  
y mando a Carlos Tercero.  
Hago en los dos lo que quiero,  
nada consulto ni informo;  
al que es bueno lo reformo  
y a los pueblos aniquilo,  
y el buen Carlos, mi pupilo,  
dice a todo: «Me conformo».

Pura demagogia, bien orquestada, que parece mentira que un experto y astuto político, como era el rey, no supiera cortar a tiempo. Tal vez influyera en ello su prevención contra los políticos del reinado anterior, en especial contra el gran Ensenada, que seguía intrigando con aspiraciones de gobierno y era claro adversario de Esquilache.

\* \* \*

Los cronistas no ahorran detalle en la descripción de los inmediatos precedentes y del desarrollo de todos los episodios del motín. Tienen estos relatos muy curiosas e interesantes vicisitudes. Voy a procurar irlos resumiendo, sin dejar en el tintero los más significativos.

En la misma noche del 10 de marzo, todos los ejemplares del bando fijados en las esquinas de Madrid habían sido arrancados, a pesar de la vigilancia de los golillas. En su lugar fueron pegados pasquines amenazando a Esquilache y aludiendo sin respeto al rey. La tropa tiene que vigilar la observancia del bando. Se imponen multas y algunos infractores, que se burlan de la autoridad, acaban en la cárcel. El corte de capas provoca airadas resistencias. Varias cuadrillas aparecen embozadas y con sombreros gachos, se acercan provocativamente a los cuarteles y piden la cabeza de Esquilache, si bien hacen protestas de adhesión y fidelidad a Carlos III.

El Domingo de Ramos, 23 de marzo, en la plazuela de Antón Martín, unos embozados pasan ante la guardia del cuartel de Inválidos. El centinela les advierte: «¡Oiga usted, paisano! ¿No sabe la orden del rey?» —«Ya la sé» —«Pues entonces ¿porqué no la obedece usted y se apunta ese sombrero?» —«Porque no me da la gana». Se inician los golpes, aparecen las espadas, acuden más y más embozados. ¡Viva el rey! ¡Muera Esquilache!, son los gritos, unidos a los insultos a doña Pastora, de los grupos que recorren las calles, varios miles de personas que llegan hasta los alrededores de Palacio. En él ha logrado refugiarse el ministro al que el motín ha sorprendido en San Fernando de Henares.

El rey recibe tranquilo a Esquilache. No se inmuta, es el de siempre, sereno, pide calma. La marquesa ha corrido a esconderse al convento de las Niñas de Leganés, donde se educan sus hijas.

Un desconocido, desde una elegante berlina, anima a las masas: «Perseguid la liebre, hasta que no pueda más». Al propio tiempo reparte unos papeles «en defensa de la patria, para quitar y sacudir la opresión».

Las turbas invadieron la Casa de las Siete Chimeneas, residencia de los Esquilache, aunque era propiedad del marqués de Murillo. Después del correspondiente saqueo, de tirar muebles por los balcones, de romper vidrieras y de emborracharse con los vinos de la bodega, siguieron detrozando por las calles, con preferencia los faroles, y a media noche terminaron la hermosa orgía quemando en efígie a Esquilache en la Plaza Mayor<sup>7</sup>.

En la mañana del lunes 24 continuaron los desórdenes: mujeres desgredadas de los barrios bajos, niños y muchachos haciendo bulto y como escudo, y los valentones de costumbre presumiendo de sus heroicidades. ¡Encantador el cuadro!

Se producen choques con los guardias de corps, españoles y valones. Hay heridos y se da el caso curioso de que alguno de los amotinados, gravemente alcanzado, rechaza la confesión diciendo que no la necesita porque como es un mártir irá directamente al cielo.

Pronto hubo muertos. Un criado de Esquilache fue arrastrado sólo por llevar su librea y un guardia valón fue arrastrado también por la Puerta del Sol. El cronista relata con todo detalle asesinatos feroces y mutilaciones sin piedad. Y como la tropa se vio obligada a disparar, hubo también muertos entre los amotinados.

El rey sigue sin dar señales de inquietud. Se ha levantado a las seis de la mañana, como siempre, y ha desayunado su consabido chocolate con espuma. Después, misa y visita al príncipe de Asturias y a los infantes, acompañado por el duque de Losada. Más tarde acude al futuro gran salón del trono, donde charla con el viejo maestro veneciano Tiépolo, que está terminando la pintura de los techos. Luego va al estudio de Mengs, que está retratando a toda la familia real. El nuncio Pallavicini consigue llegar a palacio entre una barrera de guardias de corps. Esta muy alarmado y, como todos, sorprendido de la tranquilidad del monarca.

El pueblo está armado después de asaltar los cuarteles. Lo mismo hace con las tahonas y los almacenes de vinos, y cuando estaban ya hartos, los amotinados «encontraban casas donde no les faltaba de nada y se les repartía dinero sin tasa».

\* \* \*

De vez en cuando la historia nos da el nombre de un personaje anecdótico que adquiere fama momentánea, coincidiendo con horas de violencia y descontrol en las que la autoridad brilla por su ausencia. En este caso se trata de un fraile gilito de los que predicaban por las calles con edificación de los fieles. No es raro que se mezclen los factores religiosos, patrióticos, libertarios y de lucha de clases o de independencia, según de donde soplen los vientos.

Lo de la intervención de los gilitos debía estar de moda, siguiendo el brillante ejemplo de los dos confesores reales que hicieron carrera de obispos.

No coinciden los historiadores en dar nombre al gilito en cuestión. Unos le llaman padre Yecla y otros padre Cuenca. No creo que la ciudad murciana y la capital castellana se disputen su naturaleza, como ocurrió en tiempos con Homero, con Colón y con Don Quijote.

Pues bien, el padre Yecla o Cuenca apareció en el balcón de la puerta de Guadalajara y se dirigió a la muchedumbre que marchaba hacia palacio. Su aspecto, el del fraile, era impresionante. Se había ceñido las sienes con una corona de espinas, la cabeza cubierta de ceniza, una soga al cuello y un crucifijo en la mano.

Respondiendo a sus exhortaciones salió una voz entre el tumulto:

«Déjese de predicarnos, padre, que cristianos somos por la gracia de Dios y lo que pedimos es cosa justa».

Lo que pedían quedó plasmado en unas capitulaciones con las exigencias populares, no sin invocar primero a la Santísima Trinidad y a la Virgen María. Reclamaban el destierro de Esquilache y de toda su familia, la sustitución de los ministros extranjeros por españoles, la salida de Madrid de la guardia valona y la rebaja de precios, suprimiendo la Junta de Abastos.

La última y más grave condición era que el rey acudiera a la Plaza Mayor a otorgar formalmente las concesiones pedidas. «De no hacerlo así, arderá Madrid entero», era la amenaza final.

El fraile se ofrece para llevar a Palacio las atrevidas cláusulas. Las tropas le hacen paso desde la Cárcel de Corte<sup>8</sup> hasta la Real Armería, llega a Palacio y es conducido a la presencia del rey. Este, con su sangre fría habitual, lee el documento. A don Carlos no le

impresionan las palabras<sup>9</sup>. Confía en el amor de sus súbditos y se muestra dispuesto a presentarse ante los sediciosos creyendo que su sola presencia puede calmarlos. El fraile le anima a ello y «ofrece su cabeza al verdugo» si hay el menor desorden.

Se impuso en aquel momento el criterio más prudente de los que rodeaban al rey. La decisión era demasiado grave como para tomarla sin una deliberación, sin una reunión en consejo para oír y coordinar opiniones, en especial las de los jefes militares.

En la misma antecámara se reunió la junta. Don Carlos pidió que todos se expresaran libremente. Existe relación escrita de lo que allí se dijo. El duque de Arcos, jefe de una compañía de la Guardia del Rey, propuso distribuir las tropas por las calles y pasar a cuchillo a todo el que opusiera resistencia. Sería deshonesto para el rey claudicar ante sus vasallos.

El marqués de Priego, que era francés y coronel de valones, opinó como Arcos, movido, entre otras razones, por los ultrajes y ataques a sus guardias. El conde de Gazzola, italiano y comandante general de artillería, propuso colocar cañones en los lugares estratégicos, y así se acabaría en breve con aquella historia.

En cambio el veterano marqués de Casa-Sarria puso su bastón de mando a los pies del rey y dijo que se oponía a los tres primeros votos y que estaba dispuesto a renunciar al mando y a los honores si se actuaba contra los amotinados. «Soy del parecer que al pueblo se le dé gusto en todo lo que pide, mayormente cuando todo lo que pide es justo y lo suplica a un padre tan piadoso y justo como Vuestra Majestad...»

También se expresó así el mariscal de campo don Francisco Rubio y aún más enérgico fue el conde de Oñate, que no era militar, al considerar a Esquilache culpable de todo por sus continuas injusticias, desoyendo las quejas del pueblo. Por ello pedía clemencia, criterio al que se unió el capitán general conde de Revillagigedo, que votó el último por ser el más anciano. Uno de sus argumentos explica muchas causas del famoso motín: «Alguno de estos señores ha propugnado la fuerza porque no ha tenido el suelo español por cuna».

Don Carlos era por naturaleza clemente, y por política paternal. Decide, pues, presentarse al pueblo y «conceder cuanto pedía de tan mal modo».

Se abrió de par en par el gran balcón de la Armería. Apareció la pequeña y curtida figura del rey con el inevitable padre Eleta, el duque de Losada y el conde de Fernán Núñez, gentilhomme de servicio y admirable cronista de todos aquellos episodios.

Del numeroso grupo de sediciosos se adelantó otro de esos personajes episódicos a los que líneas atrás me he referido. Se trataba de un fornido calesero, Bernardo, apodado «El Malagueño». Le vemos ahora de tú a tú, exponiendo las exigencias populares al rey: fuera Esquilache, fuera guardias valones... y que baje el pan. Carlos III hace signos de asentimiento y se retira, pero el tumulto continúa. Vuelve a asomarse el rey y a reiterar su aquiescencia con gestos ostensibles. Parece que la muchedumbre se calma, sobre todo al ver que se ha retirado la guardia valona al interior del palacio. Se lanzan los sombreros al aire y disparan de gozo los «bravos» amotinados; han ganado la primera batalla, la del Lunes Santo de 1766.

\* \* \*

El rey ha recibido un duro golpe en su dignidad. Es la primera vez que algo parecido le ocurre. Le parece un sueño, el sueño de la razón que produce monstruos, como grabó genialmente su contemporáneo Francisco de Goya. Carlos III es un hombre que medita sus decisiones. Consulta, mide los pros y los contras, pero cuando decide lo hace de modo tajante, después, eso sí, de haber dado tiempo al tiempo.

Lo de ahora, lo del motín, se sale de sus esquemas. Hay historiadores que dicen que anduvo desconcertado, vacilante, falto de recursos, sin claridad para acertar con la solución adecuada. Otros le acusan de cobardía, de indignidad. En un término medio me atrevo a decir que, con todos los defectos del proceso de su actuación, Carlos III acertó. Y lo digo, no por su renuncia al uso de la fuerza ante tan innoble manifestación de odios e iras por causas justas en su origen, sino porque fue una medida política circunstancial que le permitió disponer de tiempo, ir cansando a los rebeldes, recuperar posiciones y volver a ser en poco tiempo el gran rey del siglo XVIII rodeado del aura popular y de prestigio.

A los estadistas, a los grandes políticos, hay que juzgarles por las consecuencias, no por los trámites. En este caso, en la decisión de Carlos III, el fin perseguido era el bien de todos, y los medios, generosos.

Son las dos de la madrugada del día 25. Uno de los momentos más tristes que querría borrar en esta biografía de Carlos III. Su Majestad utiliza la puerta de escape que da al Campo del Moro para salir de Madrid, para huir, dicen algunos historiadores. Creo, una vez más, que lo que hace es dar tiempo al tiempo, dejar que las aguas vayan volviendo a su cauce, y, en todo caso, ponerse en condiciones, situar a su autoridad real en un lugar seguro, desde el que poder emprender la contraofensiva si es que la demagogia vuelve a dominar en las calles de la capital después de una noche en calma.

La salida nocturna se hizo en completo secreto. Ni los mayordomos mayores, marqués de Montealegre y duque de Béjar, se habían enterado. Sin luz apenas, cruzando las bóvedas subterráneas, sale la familia real, Isabel de Farnesio en silla de manos y Esquilache detrás. El soberano quiere protegerle de la ira popular. En la puerta de San Vicente esperan los carruajes para emprender enseguida el camino de Aranjuez. Ni por un momento piensa Carlos III abandonar o abdicar. Se hace inevitable comparar aquellos momentos con los vividos por Luis XVI en Versalles en 1789 y por Alfonso XIII en el mismo Palacio Real en abril de 1931.

Cuando los amotinados triunfadores del día 24 se enteran en la mañana del 25 que el rey está en Aranjuez, se sienten engañados. Temen un ataque de las guarniciones de Castilla; hay momentos de vacilación. ¿Ir a Aranjuez y traerse al rey por la fuerza? Por fin deciden ir a ver al presidente del Consejo de Castilla, don Diego de Rojas, obispo de Cartagena. Este prelado se ve forzado a redactar un memorial dirigido al rey que tiene que leer a la multitud, porque ésta desconfía de todo.

El portador del documento a Aranjuez es otro personaje anecdótico, un tal Diego Avendaño, natural de El Toboso, que estaba cumpliendo condena y ha sido liberado por las turbas. Buen interlocutor para un rey.

Avendaño entrega el memorial y dice que está dispuesto a sacrificar su vida en defensa de la patria y de su rey. Aquí surge una nueva y divertida anécdota. Su Majestad ve en el mensajero a un simple criado. Le ofrece unas monedas, para pagar el servicio, pero el bueno de Avendaño, muy en su papel, pide el indulto y un empleo al servicio del rey. Don Carlos accede, le indulta y le nombra guardia de a caballo del resguardo del tabaco en Santiago de Compostela. Satisfecho por el éxito de su misión, el expresidiario se entrevista con don Diego de Rojas, y éste, desde el balcón de la Casa de la Panadería, en la plaza Mayor, lee al público la contestación del monarca que confirma todo lo ofrecido «con su acostumbrada clemencia y asegura con su real palabra... por su piedad y amor al pueblo de Madrid». En correspondencia «pide fidelidad y gratitud y espera Su Majestad la debida tranquilidad, quietud y sosiego, sin que por título o pretexto alguno de gracias, quejas o aclamaciones, se junten en turbas ni fomenten uniones».

El mensaje es recibido con satisfacción acompañada de gritos atronadores y de vivas al rey. Los madrileños devuelven las armas a los cuarteles y todo termina en medio del regocijo popular.

Si el objetivo era echar a Esquilache, la prueba de fuerza había dado resultado. Si eran otros menos confesables los propósitos de los promotores de los tumultos, si los fines políticos que se perseguían iban más allá que la expulsión del ministro, es algo que tal vez podamos ir viendo en sucesivos capítulos. Es posible que el motín de Esquilache no fuera sino el primer asalto entre tradición y modernidad, entre absolutismo y democracia, entre el antiguo y el nuevo régimen. En todo caso, a nuestro Carlos III le quedaba todavía mucho por hacer.

El mismo día 26 de marzo, Esquilache sale para Cartagena. El rey ha tenido que sacrificarle como ministro y su salida del país se hacía inevitable para evitar daños irreparables. Por fortuna para la Monarquía todo el descontento y las iras se habían concentrado contra el marqués, y, como tantas otras veces, el conflicto terminaba con gritos de viva el rey y muera el mal gobierno.

Carlos III estuvo siempre identificado con las medidas aplicadas por Esquilache. Era el brazo ejecutor de la grande y positiva reforma del país en materia de lo que ahora se llaman infraestructuras, y también de las costumbres, lo que a determinados sectores, y no sólo al populacho, les resultaba difícil admitir. Por estas razones el rey escribe a Tanucci el día 26 de marzo: «Gracias a Dios todos estamos buenos, y te aseguro que no es poca gracia la que nos hace. Al pobre Esquilache que va ahí y se ha sacrificado por mí en estas infelices circunstancias, debo hacerle la justicia de que me ha servido bien siempre y a mi hijo también y que es un buen vasallo suyo». El hijo al que se refiere es el rey de Nápoles.

Don Leopoldo de Gregorio va acompañado de su mujer y de sus hijos. Lleva una escolta para protegerle. Ha envejecido mucho en pocos días, marcha encorvado y con la mirada perdida. Ha sido ambicioso, sí, pero se ha entregado en alma y vida al servicio de su rey y de un país que era para él como el gran escenario para su actuación de divo.

Antes de embarcar para Italia escribe al ministro Roda, diciéndole, en prueba de admirable cortesanía, que para él la mayor desgracia será tener que vivir lejos, sin ver a

su señor. Pero, genio y figura, al mismo tiempo solicita la embajada en Nápoles, y si no, en Roma, donde cree que puede realizar una gran labor<sup>10</sup>. Hace valer sus méritos: «he limpiado, he pavimentado, he alumbrado, he hecho paseos, he mantenido la abundancia en años de carestía... ¿Querían que me fuera? Ya me he ido. Merecía una estatua y me han tratado indignamente». Se encomienda a la amistad de Roda y le pide justicia y ayuda. Tardará unos años en conseguir lo que pedía. Por fin es nombrado embajador en Venecia, con tres mil doblones de sueldo, pero aún reclama dos mil más que cree que se le deben como consejero de Estado<sup>11</sup>.

Cito aquí un par de las muchas sátiras alusivas que corrieron aquellos días por Madrid. Las reproduzco a continuación por su colorido costumbrista, prueba secular del carácter madrileño al tratar graves cuestiones políticas:

«Hic jacet jam Squilacce  
Tigris, Ursus, Leo, fera,  
lupus, rapax, vulpes, vera  
amen, requiescat in pace»

Es posible que detrás de estos latinajos estuviera la pluma de algún curita. Y este otro modelo que se conserva en la Real Academia de la Historia:

«La marquesa de San Gil,  
la galleguita jovial  
marquesa de Fontanal,  
la de Zambrano gentil,  
una a una y dos a dos,  
con sollozo, llanto y tos  
que hasta el corazón deshace,  
piden que al buen Squilace  
encomiende usted a Dios».

Aquí aparece el dudoso ingenio de algún salón aristocrático. Tanto en el caso de los latinajos, obra tal vez de buena compañía, con mayúscula, como en el de las marquesas, con ecos de Ensenada, no hay ni una gota de inspiración popular y sí resabios de los «presuntos» inspiradores del motín.

\* \* \*

Como acabo de aludir al marqués de la Ensenada, el gran ministro del reinado anterior, porque no han faltado ecos de su posible intervención, entre bastidores, en la instigación política del famoso motín, voy a dar algunos datos que nos han llegado a través de los cronistas, acerca de cuál fue la verdadera actuación del marqués por aquellos días.

Hay quien supone que cuando los amotinados se dirigieron a casa de un grande de España, cuyo nombre no se cita, a sacar de allí el «estandarte de la fe», para ponerlo al frente de las manifestaciones, era Ensenada quien les esperaba, porque las turbas «clamaban contra Esquilache, pero clamaban también en favor del que apetecían ver encumbrado (Ensenada) con el fin de los que ya decadentes volvieran a preponderantes». Varias voces vitorearon al marqués: el cronista añade que estos gritos no hallaron eco en

la voluntad del monarca. La relación de éste con el antiguo ministro de Fernando VI había sido bastante fría, a pesar de la buena acogida que le dispensó el rey en los primeros días: «Mucho ha que no nos vemos», a lo que añadió don Carlos al ver a Ensenada en muy buenas carnes: «No hay cosa que engorde como tener la conciencia limpia». Luego le aceptó «el regalo magnífico de treinta caballos andaluces y de veinticuatro escopetas de los mejores artífices antiguos y modernos». Lo que pareció muy mal a Tanucci cuando lo supo: «Este no es regalo que deba ni pueda hacer un ministro».

Esquilache y Losada habían tratado muy bien a Ensenada, lo que hizo creer a éste que pasaría pronto a ocupar la primera secretaría de Estado importante que quedara vacante. Es la eterna aspiración de los que han sido y quieren volver a ser, sin darse cuenta de que los nuevos nunca admitirán la vuelta de los que han triunfado en el pasado.

Al rey empezó a molestarle la asiduidad de Ensenada y el que éste recurriera con frecuencia al halago y la lisonja, de lo que estaba prevenido el monarca desde los tiempos de Nápoles. Fernán Núñez es bastante cruel al comentar esa asiduidad:

«Falto de subalternos y de poder, que eran los medios que le hacían brillar, y reducido a sí solo, se limitó a hacer una corte servil a su bienhechor y amigo el duque de Losada, sumiller del Rey, y a acreditar a S. M. por medio de una corte asidua y molesta... Así pasó sin faltar ningún día a la mesa del Rey, en que se ocupaba en hacer fiestas a los perros. Pero el astuto Soberano, a quien nada chocaba más que el que le adulasen y quisiesen obligar por este medio a prodigar sus palabras y sus distinciones, luego que penetró el sistema del marqués, no volvió a hablarle ni una palabra».

A tales consideraciones vino a añadirse el rumor, que Ferrer del Río y Fernández Angulo consideran muy válido, de que millón y medio de reales de los que circularon entre los sediciosos provenían de Ensenada, de lo que también tuvo noticia Grimaldi.

No obstante, dada la evolución de los acontecimientos, el viejo ministro de Fernando VI creyó que había llegado de nuevo su hora política, que Carlos III le iba a necesitar para encauzar la situación y hacerse grato al pueblo. Quedaban vacantes las dos Secretarías de Esquilache, que él había desempeñado en tiempos pasados con tanto éxito. Esperó anhelante la llegada del oficial de Palacio con el pliego de su nombramiento. Llegó, efectivamente, con una orden. En ella se le señalaba como lugar de su destierro, la villa de Medina del Campo.

\* \* \*

El rey nombra para suceder a Esquilache en el ministerio de Hacienda a don Miguel de Muzquiz, y en el de la Guerra a don Juan Gregorio Muniain. El primero era un navarro del Baztán que, a pesar de no haber llegado a los cincuenta años de edad, llevaba ya veintisiete al servicio de hacienda. El segundo, Muniain, tenía ya larga experiencia de gobierno. Había sido primer ministro del infante don Felipe en el ducado de Parma y tenía como amigo y consejero desde la distancia al gran talento político que era don Melchor de Macanaz, un poco ya de vuelta de todo<sup>12</sup>.

El que no había cambiado entre tumultos y ceses era el secretario o ministro de Estado Grimaldi, que, o andaba muy desorientado en materia de política interior o, tal vez,

pretendía que los sucesos en España no repercutieran en el exterior. Lo prueba la carta que escribió a Tanucci, el 1º de abril de 1776:

«Fuera extraña y nunca vista en Madrid semejante revolución, pero no era menos maravillosa la calma a la que la plebe se había reducido». Fernán Núñez, mucho más en lo cierto nos dice «que nada está en Madrid menos que tranquilo». Y cuenta que como los nuevos ministros no auguraban ningún cambio de sistema, el desasosiego seguía, «a pesar de la excelsitud de la clemencia del Soberano con la plebe y de que ya no quedaba nada por pedir a la triunfante muchedumbre».

Seguían los pasquines, las sátiras que vilipendiaban por incapaz al rey, al confesor Eleta se le llamada «Alpargatilla» y a los nuevos ministros se les tachaba de hombres sin honra y «a todos culpables de que la religión fuera a menos y de que se despojara a la Iglesia de sus inmunidades». Parece intuirse la insatisfacción de los promotores del motín, que esperaban haberse hecho con el poder y, por otra parte, la inquina de determinados sectores religiosos que veían peligrar sus posiciones dominantes y privilegiadas ante el avance del regalismo ilustrado.

En las difíciles circunstancias pasadas no había dado la talla el presidente del Consejo de Castilla, el obispo de Cartagena don Diego de Rojas, vacilante, claudicante, por lo que el rey decidió sustituirle, venciendo su natural horror a los cambios y su respeto a la jerarquía eclesiástica<sup>13</sup>.

Llamó para ocupar la presidencia, cargo que en realidad equivalía al actual de primer ministro, al que era por entonces Capitán General de Valencia, don Pedro de Abarca y Bolea, Conde de Aranda, militar distinguido y experto diplomático que, a partir de entonces, va a jugar un papel clave en el reinado.

El rey pensó en principio encomendar a Aranda solamente la capitanía general de las dos Castillas, pero el conde, dando pruebas de su carácter, exigió la máxima autoridad, también civil. Don Carlos, de su puño y letra, le nombraba presidente del Consejo de Castilla el 11 de abril «esperando que cumpláis con las obligaciones del oficio, de modo que descarguéis mi conciencia y la vuestra».

Buena falta hacía la máxima autoridad reclamada, porque la rebelión madrileña se había extendido con otros pretextos a casi toda España. Las primeras noticias llegaron de Cuenca, donde «la ínfima plebe pidió la rebaja del pan a la puerta de la casa del Corregidor con amenazas temerarias». Al llegar la noche eran más de dos mil los amotinados que la emprendieron contra el Comisario del pósito don Pedro de Iruela, cuya casa quisieron incendiar. Gracias a la intervención del prelado la cosa no llegó a mayores. En Zaragoza, en cambio, los sucesos alcanzaron verdadera gravedad. El pretexto del motín fue también la rebaja del precio del pan y el objetivo de las iras fue el intendente. También fueron atacadas las casas de las personas «de caudal y de respeto» como don Francisco Domenzain, don Lucas Goicoechea, don Pedro Pascual Castellanos... Tuvo que intervenir el capitán general, marqués de Castelar, y hacer entrar en Zaragoza al regimiento de caballería de España, que venía de Alagón. El motín adquirió las características que fueron comunes a casi todos aquellos movimientos sediciosos que estallaron simultáneamente. Exigencia de rebajas en las subsistencias;

ataque violento contra determinados funcionarios, en el caso de Zaragoza el intendente; destrucciones y saqueos con las mujeres y los mozalbetes en primera línea; intervención de las autoridades eclesiásticas, que en Zaragoza llegaron a sacar el Santísimo a la calle<sup>14</sup>; y siempre los ¡vivas! al Rey y los ¡muera! contra los administradores de turno, adquiriendo la revuelta un claro carácter de reivindicación social, como lo prueban algunos de sus gritos. «¡Vamos a quemar a los usureros y a saquearlo todo, pues tenemos derecho los pobres!»<sup>15</sup>

Gracias a las gestiones de Domenzain cerca del ministro Roda se obtuvo el indulto real para los participantes en los sucesos después de probar —dudosa prueba— que los culpables habían sido forajidos y forasteros. Y todo terminó con vivas al rey y a su clemencia.

También hubo desórdenes en la que el historiador llama «tranquila provincia de Guipuzcoa», feliz ironía si la comparamos con la no tan idílica provincia de nuestros días. Más de dos mil fueron los sublevados que en Azcoitia pidieron la rebaja del trigo y demás productos de primera necesidad. Otros setecientos iban desde Eibar revolviendo pueblos y caseríos, queriendo pasar a Vizcaya y siendo rechazados por la población. Desde Hernani quisieron atacar a San Sebastián, lo que impidieron las patrullas de vecinos que auxiliaron a la tropa.

El historiador ofrece el curioso dato de que «algunas mujeres acabaron en la cárcel por andar muy sueltas de lengua». Se bajaron los precios del pan y la sidra, y con ello y el perdón real «acabó el extraño proyecto de rebelar a una de las provincias más pacíficas de España».

Los pasquines anunciaban la sedición en Barcelona para el 20 de abril, con múltiples amenazas de muerte. La rápida y hábil actuación del Capitán General, el veterano de cien batallas y de muchas victorias, marqués de la Mina, cortó de raíz los planes de los instigadores del motín. Por una parte convocó a los nobles de la ciudad y a las llamadas fuerzas vivas, sobre todo a los gremios, y se confió a su ayuda «de buenos vasallos», por el bien de Barcelona y de todos y cada uno de los barceloneses. Por otra parte distribuyó oportunamente varios regimientos y escuadrones, ofreciendo además gratificaciones de mil duros a quienes denunciaran a los promotores de la rebelión, que no llegó ni a nacer, retirándose enseguida las tropas a sus cuarteles. Así culminó el marqués de la Mina su dilatada carrera militar, muy querido en Cataluña. El general falleció a los pocos meses, a los 77 años de edad, siendo enterrado en la iglesia de San Miguel, en la Barceloneta, barrio que se construyó durante su gobierno.

Seil mil llegaron a ser los sublevados en Palencia, exigiendo la rebaja de los alimentos y marchando contra las casas de los que acusaban de usureros y de encarecerlos. Lejos de allí, en Sevilla se sublevaron quinientos hombres del regimiento de Córdoba y motines violentos hubo en Granada y Andújar, al grito de ¡muera los malos gobiernos! En Bilbao, La Coruña, Alicante, Valencia y Murcia se evitaron los disturbios bajando a tiempo los precios, si bien en todas partes se advirtió la presencia de forajidos y embozados, llegados de fuera, lo que prueba la pretendida coordinación política del movimiento en toda España. A tal punto que hubo alborotos en poblaciones

habitualmente tan tranquilas y sosegadas como Salamanca, Ciudad Real, Guadalajara y Sanlúcar de Barrameda, llegando hasta La Granja de San Ildefonso, recorridas por cuadrillas de provocadores, casi siempre forasteros<sup>16</sup>.

\* \* \*

A lo largo de este capítulo he ido exponiendo, al lado del relato de los hechos, una serie de apreciaciones y comentarios sobre la actitud de Carlos III durante el desarrollo del motín de Esquilache y de sus secuelas.

Para el monarca fue, efectivamente, su primer choque violento con la realidad, una realidad no comparable con sus experiencias italianas, tanto bélicas como políticas, tanto unas como otras muy dieciochescas, muy cortesanas, muy a la italiana, con tono de salón.

Pero España no era Italia. Don Carlos, que tenía cincuenta años, sintió que la soledad espiritual que tanto le gustaba en el campo y en la que se encerraba en palacio hasta cuando le rodeaba toda la Corte, se veía perturbada por primera vez por la muchedumbre amenazadora que le rodeaba cuando tuvo que salir al balcón en la plaza de la Armería. Ya no le bastaba su sangre fría, su carácter flemático. Había que tomar decisiones. O la fuerza o la claudicación.

Muchos historiadores critican al rey por su debilidad. Llegan a decir que tuvo miedo. Es muy posible. Eso es algo que queda dentro del personaje. No tienen en cuenta que su actitud conciliadora dio lugar a la vuelta casi inmediata a la normalidad. Su prestigio y su autoridad no sufrieron ni en España ni en el extranjero. En Francia, en Inglaterra, en Rusia, en los Estados Unidos, los Reyes y Jefes de Estado han caído asesinados, han sufrido muertes violentas. En España, ni un solo caso desde que es una nación. Carlos III pudo haber sido el primero en la lista, pero supo hacer lo necesario para seguir contando con el amor de su pueblo. Sacrificó a Esquilache, bien es verdad, duro golpe para quien era tan fiel con quienes lo eran con él. Pero se apaciguaron los ánimos y volvió la paz. Se dijo que bajarían las subsistencias. De momento así fue, pero todos sabemos que la carrera ascendente de los precios es algo imparable, desde tiempo inmemorial.

En todo caso, la trascendencia histórica del motín de Esquilache es grande. Por primera vez en España, un trasfondo político unido a los motivos inmediatos de malestar —precios, gobernantes extranjeros, abusos locales— dio lugar a que el rey tuviera que responder en persona ante las exigencias de sectores populares, cediendo a sus peticiones. Nunca tal ocurriera a sus predecesores, reyes absolutos, de derecho divino.

Nuevos tiempos llevaban a nuevas soluciones. Y Carlos III supo darlas de modo que su reinado fuera uno de los mejores de la Historia de España. Lo que viniera después...

**1** Todos estos motines, revoluciones y guerras no pusieron en cuestión la monarquía española. Siempre se hicieron al grito de ¡Viva el Rey! El motín de Esquilache no fue una excepción en este sentido.

**2** La lotería, como tantas otras ideas del reinado, fue importada de Italia, donde era llamada «la Beneficiatta».

**3** Los faroles debían lucir sin interrupción toda la noche, del 15 de octubre al 15 de abril.

**4** El obispo don Diego de Rojas le dijo al oficial Agustín Sámano: «Aquí hay más de lo que parece, lo de menos es la canalla...» Y el padre Rosas (premostratense) escribía: «Quien ha movido esto, es gente muy rica. En el motín anda gente de gran juicio». «Corrían a pares los millares de pesos».

**5** El autor de estas páginas recordará siempre que al pasar en tren por la estación de Valladolid, hacia las doce de la noche del 12 al 13 de julio de 1936, había grupos de gente que preguntaban: ¿Es cierto que han matado a Gil Robles y a Calvo Sotelo en Madrid? A esas horas todavía la camioneta trágica de la Dirección General de Seguridad no había empezado su macabro recorrido para asesinar a los dos líderes de la derecha española. El crimen, o crímenes, se venían preparando desde hacía tiempo...

**6** «Auxilios para bien gobernar una monarquía católica» (Macanaz 29-agosto-1722), informe enviado desde París a Felipe V.

**7** Al parecer el retrato del marqués que se quemó era un cuadro de Mengs.

**8** Hoy, Ministerio de Asuntos Exteriores.

**9** La amenaza era muy concreta: «Si no se accede, treinta mil hombres harán astillas en dos horas el nuevo palacio».

**10** «Preferiría la corte pontificia, donde se necesita ministro caracterizado, porque en otra forma los romanos se ríen».

**11** Esquilache sirvió trece años como embajador en Venecia, donde falleció el 15 de septiembre de 1785.

**12** Macanaz envió a Muniain una colección de consejos recopilados con el título de «Carta y diseño para que un primer ministro o secretario lo sea con perfección».

**13** Tanto Macanaz como Fray Hortensio Félix Paravicino habían advertido ya a Felipe V que nunca debería fiarse la presidencia de Consejos a prelados.

**14** El arzobispo quiso cortar tanta violencia que había extendido las llamas y la rapiña por toda la ciudad. «¡Hijos míos —clamaba llevando por las calles el Santísimo Sacramento—, aquí viene a buscaros el Hijo de Dios vivo!» Pero los amotinados, después de arrodillarse y rezar al paso de la improvisada procesión, volvían a las andadas en cuanto el arzobispo había seguido su camino con la custodia.

**15** Ferrer del Río ofrece un detenido relato de los sucesos de Zaragoza en el vol. II de su «Historia del Reinado de Carlos III de España» (Madrid 1856).

**16** Se llegó hasta el caso de la comarca de Requena, donde se corrió la voz de que en el lugar de Fuente Robres vivía un joven de quince años descendiente del rey Wamba, que iba a suceder en el trono a Carlos III, el cual se volvería a Nápoles para ocupar el de las Dos Sicilias.

De todo lo relatado sobre la agitación en las provincias, la coordinación política de la subversión, la intervención de cuadrillas organizadas y pagadas, hay noticias exactas en el Archivo de Simancas (leg. 1000 de Gracia y Justicia).

## XI

# CARLOS III Y LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS

Coincidencias entre los cuatro destierros históricos.—Planteamiento de la cuestión.—¿Hubo conspiración?—Enérgica actitud de Aranda.—El Papa Clemente XIII.—Las razones y sinrazones del Rey.—Informe regalista de Nava y Campomanes.—Predisposición de los jesuitas contra Carlos III.—El Consejo Real decide la expulsión.—Reacción de Clemente XIII.—Intransigente respuesta del Rey.—Expulsión de todos los países borbónicos.—Se pide la extinción de la Compañía.—Clemente XIV, nuevo Papa.—Obsesión antijesuítica de Carlos III, que un día admiró a los hijos de San Ignacio.—Don José Moñino, en Roma.—Duras críticas contra el Rey, auténtico motor de la disolución de la Compañía.—Contradictorios juicios históricos.—El tema de la Masonería.—Carlos III, decidido enemigo de los francmasones y sincero católico.

Manuel Danvila y Collado, historiador del pasado siglo, pone en relación la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII con otros tres destierros o exilios «para siempre»: el de los judíos en 1492, el de los mudéjares diez años más tarde, y ciento siete años después los moriscos. Ahora, pasados más de siglo y medio, les seguían los jesuitas.

Eran hechos aparentemente inconexos, originados por causas diversas y con promotores tan distintos como los Reyes Católicos, los Austria menores y, en 1766, el cuarto de los Borbones españoles.

Danvila cree, sin embargo, que entre las tres expulsiones corre un hilo unificador. Después de cada una de ellas los gobernantes se sentían más tranquilos y el pueblo aliviado y feliz porque se había quitado de enmedio a los responsables de los males padecidos.

El mismo historiador considera que los judíos y moros fueron expulsados por motivos religiosos, los moriscos también por razones políticas, y que en el caso de los jesuitas no puede acudirse más que a la razón de Estado. Me parece que es exagerado aducir causas tan exclusivas. Creo más bien que se entremezclan y complementan en los tres casos, y que lo religioso, lo político y la razón de Estado, más lo económico, lo cultural y lo social aparecen en los casos de los tres destierros.

Algunos autores de nuestros días añaden el complejo exilio, muy numeroso y variado, es cierto, de los españoles que marcharon al extranjero durante y después de la guerra de 1936. También en este caso se reúnen los diversos motivos citados, pero en grado muy distinto según las circunstancias personales, bélicas y políticas, aunque entre 1936 y

1939 los destierros fueron con frecuencia voluntarios, a veces provocados por el miedo o por engaños; casi siempre con voluntad de retorno —que en notable mayoría se consiguió— y, desde luego, nunca esos destierros fueron consecuencia de un decreto, como en los casos históricos citados.

Lo que sí coinciden, también en diverso grado, fueron las consecuencias, dolorosas individualmente y para el país. Se trató siempre de grupos sociales que aportaban valores muy importantes a la comunidad, de tipo económico, científico, cultural, agrícola, incluso de aportación directa a la acción política de los gobernantes de cada época.

La literatura histórica sobre la expulsión de la Compañía de Jesús es abrumadora, unas veces con carácter general y otras con interesantes y documentados estudios sobre aspectos parciales de las causas, del hecho en sí y de las consecuencias directas e indirectas, en especial las referentes a las relaciones entre España y la Santa Sede, así como en el terreno educativo, y a la vida de los religiosos expulsados en el extranjero.

Por estas razones me veo obligado a limitar los vuelos al tratar de tan importante asunto; el propósito de este capítulo tendrá que reducirse a relatar y analizar someramente cuál fue el protagonismo de Carlos III, sus motivos, sus reacciones, la difícil cuestión de conciencia que se le planteó a uno de los monarcas más católicamente religiosos de nuestra historia. Parece que al penetrar en tan delicado terreno tendríamos que plantearnos la misma pregunta que nos hacíamos al iniciar el capítulo anterior: ¿con Esquilache o contra Esquilache? Aquí ¿con Carlos III o contra Carlos III? ¿Con los jesuitas o contra los jesuitas?

La exposición de los hechos, que procuraré que sea breve y precisa, recogiendo datos y opiniones de quienes están en los dos campos, tal vez nos ayude a lograr un juicio ecuánime sobre tan ardua cuestión.

Es innegable la importancia que tiene la expulsión y posterior extinción de la Compañía de Jesús como factor histórico para juzgar a Carlos III. Baste considerar cómo determinados sectores políticos contemporáneos, a fines del siglo XX, ven al monarca con simpatía y aprecio, a pesar de la abismal distancia entre sus tendencias demoesocializantes y el absolutismo y el sentido aristocrático de la política del rey Carlos.

\* \* \*

Raro es el movimiento o cambio político importante que no va precedido de una conspiración. La hubo contra el que pudiéramos llamar nuevo régimen implantado por Carlos III desde que llegó de Italia, conspiración que culminó con el motín de Esquilache. La hubo también contra los jesuitas como consecuencia del episodio anterior. En ambas circunstancias históricas sucesivas, por activa o por pasiva, el rey estuvo en el ojo del huracán.

Después de contrastar y analizar los muchos datos que constan en los archivos, quedan pocas dudas a los historiadores de que los jesuitas estuvieron seriamente implicados en la creación del ambiente y en el desarrollo del movimiento político contra las tendencias modernizantes en boga en Europa, que tenían como promotores en España a los ministros italianos Esquilache y Grimaldi al lado de los nuevos valores políticos

ilustrados que iban surgiendo. Todos ellos, sin duda, con el apoyo y estímulo superior del monarca absoluto.

Letras pontificias diciéndole que «era muy justo que el Gobierno español hubiera acudido a la Santa Sede en solicitud de que los miembros del clero regular y secular pudieran comparecer en los tribunales; y que Su Santidad lo había concedido por el anhelo de que se respetara la autoridad del Soberano, y porque, a causa de la especial predilección con que miraba a Carlos III, le había tocado parte de la pasada turbulencia». Posiblemente como consecuencia de estas palabras pontificias, en una Real Cédula del 2 de octubre se recordaba que estaba en vigor una vieja disposición publicada por Juan I en las Cortes de Segovia que «mandaba y ordenaba a los prelados que prendan y envíen presos a los frailes o clérigos, o ermitaño u otro religioso que dijese algunas cosas contra el Rey, personas reales, Gobierno o Estado...»

Carlos III había liquidado las consecuencias de todos los tumultos y desórdenes que hubo en España en 1766 con su habitual clemencia y buen sentido, indultos generales y apoyo casi unánime de los prelados y autoridades eclesiásticas. El conde de Aranda, presidente del Consejo de Castilla, iba aplicando con benignidad las consignas reales. No obstante tenía datos de algunos sospechosos de actividades subversivas y seguía con atención sus actividades. Entre ellos, por ejemplo, el arcediano de Plasencia<sup>1</sup>, que enviaba cartas misteriosas y andaba huído; el padre Isidro López, jesuita muy destacado por su capacidad, amigo de Ensenada y a quien se vio mezclado en el tumulto; el abate don Lorenzo Hermoso, que en Toledo instruyó a los capataces del motín... Y no faltaba un noble, el marqués de Valdeflores, que repartía pasquines subversivos. Todos ellos acabaron sufriendo destierro o prisión, ya que Aranda actuó con energía y firmeza en el caso de los recalcitrantes.

Se dieron por entonces algunos casos significativos. Por ejemplo, una primera aparición pública en Cuenca del comisionado real D. José Moñino, futuro conde de Floridablanca, que con ayuda del Obispo investigó la revuelta pasada y las posibles implicaciones de los jesuitas en ella.

Otro caso fue el de Guipuzcoa, donde los agitadores buscaron refugio con los franciscanos de Aránzazu, que les negaron asilo y en cambio se lo dieron los jesuitas de Loyola<sup>2</sup>.

El 1º de abril de 1767 las tropas guardaban ya las principales casas de los jesuitas, el Noviciado, la Casa Profesa, el Seminario de Nobles, el Colegio Imperial... Al día siguiente se publicaba la Real Pragmática decretando «el extrañamiento de los jesuitas de los dominios españoles y la ocupación de sus temporalidades». Era la fiel reproducción de lo que ya había ocurrido en Francia en 1764 y en Portugal en 1759. El historiador Ferrer del Río, siempre en clara posición antijesuita, pero fiel en el relato de los hechos, justifica las expulsiones en los dos países citados aduciendo detalles muy concretos<sup>3</sup>. En ambos casos dice que antes de una resolución definitiva «manifestáronse conatos de reforma sin fruto, pues los jesuitas querían ser tales como eran o de ningún modo».

Ocupaba la cátedra de San Pedro Clemente XIII, calificado de pacífico y virtuoso, si bien desde los sectores carlotercistas se le acusa de haberse dejado influenciar por el general de los jesuitas, padre Lorenzo Ricci, y por su protector, cardenal Torrigiani, para publicar la constitución pontificia «*Apostolicum pascendi*», en vigorosa defensa de la inocencia y santidad de la Compañía. Esta Constitución fue difundida triunfalmente por todo el mundo como reacción frente a las expulsiones portuguesa, francesa y española, siendo muy bien acogida en Alemania y el Imperio austriaco.

En España fue mal recibida. Incluso el nuncio Pallavicini dijo que era contraproducente, inoportuna y dañosa. Se sacaba la conclusión de que los jesuitas mandaban en Roma y que la Santa Sede desconocía la verdadera situación del asunto. Llegaba el nuncio a la conclusión de que las faltas no eran del instituto sino de la conducta y la doctrina de sus miembros.

El embajador de Francia en Madrid daba cuenta al duque de Choiseul de la expulsión y le decía que el rey don Carlos la había decidido después de «tener la certeza de los hechos más graves y bien justificados, probados claramente y juzgados por magistrados de la mayor justificación del reino». No faltaron tampoco las presiones de otras órdenes religiosas. Así, el general de los agustinos, enemigo declarado de los jesuitas, íntimo amigo de Moñino y de Roda, que fue uno de los que más insistió, no sólo para la expulsión sino después para la extinción de la Compañía.

El padre Agustín Theiner, sacerdote de la Congregación de la Inmaculada Concepción, consultor de varias sagradas instituciones pontificias, prefecto de los archivos secretos vaticanos y padre del Oratorio, escribe que el Monarca obró estimulado por gravísimas causas, para mantener en subordinación, tranquilidad y justicia sus pueblos, y otras, justas y necesarias, que se reservaba en su Real ánimo, y usando de la suprema autoridad que el Todopoderoso había depositado en sus manos para la protección de sus vasallos y de su Corona.

Según el mismo ilustre religioso, el rey quiso enviar al Papa y a todas las Cortes Católicas una Memoria, explicando las razones profundas y gravísimas de su decisión, pero no lo hizo «para no agravar a los ojos del público la situación dolorosa de los expulsos, por compasión hacia las víctimas infelices a quienes profesó gran veneración y amó con ternura algún tiempo. Una situación dolorosa en verdad, pero muy merecida». Mis razones —decía el rey— sólo Dios y yo debemos conocerlas, y luego invocaba al Señor por testigo de sus proceder<sup>4</sup>.

Carlos III dictó su pragmática después de un Consejo Real extraordinario, «oyendo los pareceres de las personas del más elevado carácter y acreditada experiencia». William Coxe daba por cierto que el acuerdo fue tomado en absoluto secreto entre el rey y el conde de Aranda. otro autor, Saint Priest<sup>5</sup>, refiere que también Roda, Moñino y Campomanes fueron iniciados en el secreto, y Crétineau-Joly<sup>6</sup> asegura que el rey tomó ojeriza a los jesuitas porque su presencia y autoridad bastaron para calmar la furia contra Esquilache.

Ferrer del Río, con sobrados argumentos, rebate a los autores citados y saca a relucir las numerosas fantasías de sus obras, como cuando dicen que Esquilache era capitán

general de Castilla y Aranda Ministro de Hacienda, lo que nunca fueron. Más disparatado aún es el razonamiento del famoso historiador César Cantú en su «Historia de cien años» cuando atribuye la expulsión de los jesuitas a una supuesta carta de su general, Padre Ricci, en la que se decía que podía probar que Carlos III era hijo adulterino.

Carlos III decidió por sí y ante sí, sin secretos y con plena responsabilidad y, desde luego, sin absurdas motivaciones y sólo por razones de Estado, con los asesoramientos precisos y venciendo sus escrúpulos de conciencia. Él nombró para averiguar los orígenes del motín pasado a don Miguel María de Nava y a Pedro Rodríguez Campomanes, en cuyo informe se decía, entre otras cosas, lo siguiente:

«Nada hay en este vecindario que no respire patriotismo y amor a la sagrada persona de V. M. Se observa al mismo tiempo que las malas ideas sobre la autoridad Real han sido esparcidas por eclesiásticos con notable ascendiente en el vulgo y por fruto del fanatismo que incesantemente le han infundido de algunos siglos a esta parte...

Los pasquines y sátiras o son de personas privilegiadas o de delegados suyos... Se habían sembrado especies del motín, anteriores al suceso, proferidas por personas eclesiásticas... No la propaganda, ni las mentiras, ni los pasquines con la deposición del odiado Esquilache, hasta que el Gobierno desengañó al pueblo, que dócil volvió en sí a la menor voz de los magistrados».

El informe es muy largo y un tanto farragoso. Va especialmente dirigido a los Obispos y a las órdenes religiosas. Encierra en sí una severa advertencia sobre la separación de poderes, recalcando la suprema autoridad del rey en cuestiones de Estado y en la alusión al fanatismo que venía desde siglos pasados; se ve claramente el choque entre las ideas reformadoras e ilustradas, que se está intentando implantar, frente al supuesto oscurantismo secular, defendido, al parecer, por los jesuitas.

\* \* \*

El 18 de septiembre de publicó la Real Cédula exigiendo que ninguna persona dedicada a Dios se atreviera a turbar los ánimos y el orden público mezclándose en los asuntos del Gobierno, tan distantes de su conocimiento como impropios de sus ministerios espirituales. Fue un decreto que reforzó el régimen un tanto policiaco de pesquisas, lo que llevó a descubrir que algunas imprentas de las que salían los escritos calumniosos y las sátiras tenían relación con sacerdotes y colegios jesuitas, caso del padre Mauro de la Fuente, de Zaragoza, del padre Ramón Solana, de Pamplona y de una imprenta clandestina de Vitoria, relacionada con el instituto de San Ignacio. Es posible que las pruebas fueran ciertas, pero bien sabemos con qué facilidad se fabrican cuando determinados poderes, en el Gobierno o contra el Gobierno, tienen interés en ello.

Lo que sí resulta bastante claro es que desde que llegó Carlos III a España, los jesuitas manifestaron una decidida aversión a su persona y a su sistema. Más de un historiador lo atribuye a que estaban acostumbrados a ejercer gran influencia a través del «real confesonario» colocando a gentes adictas en los puestos más eminentes. Aluden incluso a la usurpación de diezmos de las iglesias de las Indias, a la oposición que ejercieron,

llena de intrigas y trampas, para evitar la beatificación del venerable Palafox y Mendoza, el insigne prelado de Burgo de Osma que no les era grato.

Al rey todas estas cuestiones le resultaban sumamente desagradables. De una parte, a su llegada a España no tenía la menor prevención contra los jesuitas. Hay pruebas de que los admiraba, y entre otras, que les había encomendado la educación de sus hijos. A su profundo catolicismo le repugnaba tomar medidas contra quienes tenían órdenes sagradas. Pero a él llegaban noticias de que en sus sermones se acusaba de herejes a sus ministros y al propio Rey, y lo mismo hacían en los ejercicios espirituales y en las pláticas privadas. Se decía que eran los jesuitas quienes habían hecho correr la voz en 1760 de que al Soberano no le quedaban más que seis años de gobierno, porque se iba a volver a las Dos Sicilias. Los argumentos respecto a la actitud de los jesuitas contra Carlos III desde el comienzo de su reinado, se multiplican. Muchas de las pruebas de la campaña de la Compañía de Jesús contra el rey parecen verosímiles y, como dicen los italianos, «si non e vero, e ben trovato»<sup>7</sup>. Y por si todo esto no bastaba, llegaron noticias de las Indias sobre tumultos antidinásticos en Paraguay, en Quito, en Nueva España y en Filipinas promovidos por los jesuitas. Si las informaciones de España eran de dudosa autenticidad, no digamos las procedentes de aquellas lejanías.

En todo caso debo advertir al lector antes de seguir adelante tratando tan arduo tema, que creo sinceramente que Carlos III, por razones políticas y de Estado, tuvo sobradas razones para tomar medidas que cortaron la actuación, política también, de una orden religiosa poderosísima e influyente, que estaba torpedeando por todos los medios su acción de gobierno. Si lo hizo con acierto, en el tiempo, en lo tajante de la medida, en los aspectos personales y en cuanto a los efectos, son cuestiones que pueden quedar a juicio del lector después de juzgar los aspectos que voy exponiendo con la mayor ecuanimidad posible.

\* \* \*

El dictamen que dio lugar a la orden de expulsión procuraba no aludir directamente a los jesuitas y a sus costumbres, y en cambio insitía en la tranquilidad del Estado y en el aprecio que merecían al Soberano las demás órdenes religiosas. En el aspecto práctico era tajante: se prohibía el regreso a España a todos los jesuitas, aunque fuera secularizados, sin expreso permiso, y a la Compañía en todo caso y sin pretexto alguno. Además se prohibía a los españoles tener correspondencia con los miembros de la Orden y cualquier manifestación en pro o en contra de la expulsión.

El Consejo extraordinario que preparó y redactó el dictamen estaba compuesto por el duque de Alba, el embajador don Jaime Masones de Lima, el confesor fray Joaquín Eleta, y los ministros marqués de Grimaldi, don Miguel de Muzquiz, don Juan Gregorio Muniain y don Manuel de Roda. El tal dictamen era largo, prolijo y lleno de retorcidos argumentos justificativos, de bastante peso, con inistencia en lo obligado de la medida. Es importante subrayar que la expulsión fue favorablemente apoyada por autoridades eclesiásticas, del arzobispo de Manila, el obispo de Avila y otros prelados y doctos religiosos.

No es cuestión de entrar ahora en los detalles del desarrollo práctico de la salida de España de los jesuitas. Se fijaron con extraordinaria minuciosidad: medios de transporte, equipajes, puertos de embarque, dietas y viáticos, derecho a pensiones, escoltas, escalas, puertos de destino...

Todas estas medidas parecieron muy juiciosas al Soberano que las aprobó sin demora. También se decretaron las formas para llevar a cabo la ocupación de edificios y de bienes —lo que se llamó en el decreto «temporalidades», cuestión muy importante dado lo numeroso y valioso de casas, colegios, residencias, templos y valores muebles diversos que había acumulado la Compañía a lo largo de muchos años de muy valiosa y considerable labor educativa, artística, científica, etc.

Don Carlos III comunicó al Papa, el 31 de marzo, en términos concisos y respetuosos, la grave medida tomada. Los argumentos que la justificaban eran, sobre todo, la necesidad y urgencia para la tranquilidad del Estado, el decoro de la Corona y la paz interior de sus vasallos.

Clemente XIII contestó el 16 de abril con un Breve en el que se mezclaban la ternura y la habilidad dialéctica. Manifestaba el Pontífice su dolor, su tristeza, el peor momento de sus nueve desgraciados años de pontificado. Se deshacía en elogios a la Compañía, a su piedad, su utilidad para la Iglesia, sus inmensos valores espirituales, su aportación a las Humanidades... Con ejemplos bíblicos e históricos, el Papa pedía encarecidamente al Rey que revocara, que, al menos, suspendiera la orden de expulsión.

No se olvidaba en el Breve todo lo que podía impresionar a Carlos III: el patriotismo de la Compañía, nacida en España, fundada por un español, con varios santos españoles, devotísima de la Inmaculada Concepción, cómo la difunta reina Amalia fue muy devota de los hijos de San Ignacio... El Sumo Pontífice rogaba al Rey que no le sumergiera en el llanto y no le precipitara al sepulcro. Llegaba a poner en duda la salvación de su alma.

El conde Hipólito Vincenti fue el encargado de llevar el Breve a Aranjuez donde estaba el Rey. Lo hizo en sustitución del nuncio Pallavicini, que estaba enfermo. Le recibió Grimaldi en términos bastante ásperos: «Tal vez se lisonjea Su Santidad de que el Rey anulará la providencia o de que suspenderá su ejecución a lo menos: y debo aseguráros que está resuelto a no consentir ni lo uno ni lo otro». Y ante la insistencia de Vincenti para impresionar a Grimaldi, y al Rey por su mediación, el ministro le contestó que «las palabras del Pastor Supremo no le impresionarán; os aseguro nuevamente que el Rey se muestra incontrastable en este asunto».

La contestación de Carlos III salió para Roma en carta autógrafa del 2 de mayo. Iba llena de razonamientos «o más bien de convicciones fuertes e indestructibles» y terminaba con este largo párrafo, que por reflejar tan exactamente la personalidad y carácter del monarca, reproduzco a continuación:

«Ha permitido la Divina voluntad que nunca se haya perdido de vista en este asunto la rigurosa cuenta que debo darle algún día sobre el gobierno de mis pueblos, de los cuales estoy obligado a defender, no sólo los bienes temporales, sino también las ventajas espirituales... quede pues tranquilo Vuestra Santidad sobre este objeto, ya que parece ser

el que más le afecta, y dígnese animarme de continuo con su apostólica bendición y afecto paternal».

La reacción de Carlos III responde a su carácter y a su experiencia. Es cierto que durante su niñez y mocedad amó a los jesuitas viendo lo unidos que estaban a sus padres. La reina Amalia de Sajonia fue muy partidaria de ellos, por influencia de sus camaristas alemanas. En cambio Tanucci cuidó desde un principio de prevenir al rey sobre determinadas actividades de la Compañía en terrenos de la competencia del Estado. Una clara prueba de la influencia del ministro italiano en el ánimo de Carlos III está en las palabras de éste, dirigidas precisamente a Tanucci en noviembre de 1766, relativas al proyecto de boda de su tercer hijo, el rey de las Dos Sicilias, con una archiduquesa austriaca:

«Te diré, por lo tocante a las camaristas, he venido en que la futura esposa pueda llevar una o dos, pero que sean alemanas; que también puede llevar confesor, pero no jesuita». Don Carlos, en todos los detalles. Y con los jesuitas bien enfilados, como lo prueban las siguientes palabras dirigidas también a Tanucci:

«Se ejecutó lo que de mi orden te avisó Grimaldi y se ve claramente que Dios me ayuda... Gozamos de la mayor tranquilidad por efecto de lo ejecutado... Es seguro de que no volverán a poner los pies en mis dominios habiendo quitado la raíz del mal; lo que te digo con la confianza y secreto que tengo contigo... Dices que toda Europa está esperando que se haga lo mismo en las Dos Sicilias y no dudo que los jesuitas saben este deseo y expectación universal: y bien sabemos que son capaces de todo; y nadie lo ha experimentado mejor que yo».

Creo que, después de todo lo anterior, queda bien claro que Carlos III obró con pleno convencimiento, basado en su sentido del Estado, de la dignidad real y del bien de sus súbditos, lo que no le resultaba incompatible, en absoluto, con su profunda religiosidad. La expulsión de los jesuitas fue obra exclusivamente suya.

\* \* \*

Muchas dificultades encontraron los jesuitas expulsados de España para encontrar acomodo en el extranjero. El destino previsto en principio era Roma, pero la Ciudad Eterna puso toda clase de inconvenientes, incluso amenazando con disparar contra los barcos que pretendían desembarcar a los exilados en el puerto de Ostia. Se consideraba que los jesuitas españoles eran demasiado numerosos para acomodarlos en un pequeño territorio en el que se pasaba por graves problemas de suministros. Más de un cardenal se opuso a la admisión; el propio Papa veía en la llegada de tantos hijos de San Ignacio un posible semillero de problemas. Hasta el general de la Compañía, padre Lorenzo Ricci, parece que no veía con buenos ojos aquel numeroso desembarco en el cargado ambiente de la Ciudad del Vaticano. Lo curioso es que poco antes no hubo dificultad alguna para recibir a los jesuitas expulsados de Portugal, mientras que los españoles tuvieron que cambiar la ruta, encontrando por fin acogida en Génova.

La Compañía fue extrañada de Nápoles en noviembre de 1767, retrasándose en Parma la orden correspondiente porque la corte de Roma consideraba el ducado como suyo, y

así fue comunicado al duque por un edicto o Monitorio pontificio, de probable inspiración jesuítica.

Durante muchos meses se mantuvo una tensión diplomática entre la Santa Sede y las Cortes borbónicas que amenazaba incluso con una ruptura.

Esta tirantez no había terminado con las expulsiones de Portugal, Francia, España, las Dos Sicilias y, por fin, de Parma y Piacenza. Apenas habían pasado dos años y la campaña de la diplomacia borbónica en Roma se hacía cada día más insistente para lograr la extinción definitiva de la Compañía de Jesús.

España encomendó esta misión al ministro plenipotenciario, don Tomás Aspuru, que era sacerdote, y con él, al agente de preces en Roma, el famoso don Félix Nicolás de Azara. Para rematar la labor iría don José Moñino, que más adelante, por el éxito de su misión, recibiría el título de conde de Floridablanca.

La larga Memoria presentada por estos agentes al Papa incluía toda clase de agravios. Se acusaba a los jesuitas de prácticas contrarias a la doctrina de Jesucristo, de verdaderos delitos, de opiniones sanguinarias, de faltar al fin propuesto por el Santo fundador, hasta de haber hecho sufrir a varios Papas y de poner en peligro a la sede de Pedro. Además, sin el más mínimo propósito de enmienda.

La Memoria concluía con estas palabras:

«Se suplica con la mayor instancia a Su Santidad que extinga absoluta y totalmente la Compañía llamada de Jesús, secularizando a todos sus individuos y sin permitir que formen congregación ni comunidad bajo ningún título de reforma o nuevo instituto...»

Se enviaron copias de la Memoria a Viena a ver qué pensaba sobre ella la corte imperial, que era favorable de siempre a la Compañía y actuaba discretamente en su ayuda con la colaboración de varios Cardenales.

El 2 de febrero de 1769, fallecía el anciano Papa Clemente XIII, al que tanto habían hecho sufrir los acontecimientos relatados. El grave problema de la extinción de los jesuitas quedaba pendiente para su sucesor, que sería elegido después de una verdadera batalla diplomática entre las potencias europeas que tenían intereses en la cuestión. El Cónclave de 1769, que llevó al Pontificado a Fray Lorenzo Ganganelli con el nombre de Clemente XIV, es tema que se sale del propósito de la presente biografía.

\* \* \*

Toda España celebró con grandes ceremonias religiosas y profanas el ascenso de Clemente XIV al solio pontificio. Pero en las alturas de los palacios borbónicos de Madrid, Versalles, Nápoles, Lisboa... el ambiente de festejos no impidió incrementar la presión en Roma por medio de los embajadores y agentes para lograr el ansiado deseo de la extinción de los jesuitas. Y no eran sólo gestiones diplomáticas: hasta llegó a tratarse de una intervención militar con tropas procedentes de Nápoles.

Carlos III escribió una larga carta al Papa, el 26 de diciembre de 1769, en la que se expresaba a la par el amor y respeto filial con el convencimiento de que el Pontífice procedería en breve «a la absoluta abolición de la Compañía, en atención a las súplicas que le hemos hecho los reyes, mi primo, mi hijo y yo por la paz y la concordia que son el mayor bien de la Iglesia».

No cabe la menor duda de que nuestro monarca estaba verdaderamente obsesionado con el tema. En su empeño encontraba el valioso apoyo de muchos obispos españoles, si bien es muy probable que la mayor parte de ellos debieran su sede a la presentación del Rey, al que devolvían favor por favor aquellos santos varones, dicho esto sin la menor ironía. Así era el sistema desde siglos atrás y no iba a corregirlo el despotismo ilustrado.

Entre estos obispos destacan las declaraciones en pro de la extinción de los de Barcelona, Mondoñedo, Zamora, Osma, Lugo, Solsona, Zaragoza...<sup>8</sup>

No así el arzobispo de Toledo, que hizo un informe para el Rey, en el que le decía entre otras cosas:

«No dudo de la suprema potestad que el Altísimo depositó en el Real cetro de V. M.... Todos debemos venerar las decisiones del más justo, católico y celoso Soberano, en el que brillan todas las virtudes que el cielo derramó en su gran alma...» Todo esto para cantar a continuación todas las glorias, grandezas y méritos de la Compañía de Jesús y expresar al Rey su ferviente deseo de que los monarcas de la Casa de Borbón no insistieran más en favor de la extinción, debiendo dejar la suprema decisión en manos del Papa.

Por aquellas fechas le había nacido un nieto a Carlos III, el primogénito del Príncipe de Asturias. El rey estaba exultante: «Dios, por su infinita misericordia, acaba de hacerme la singular gracia de haber dado a la princesa un parto felicísimo y a mí un nieto muy hermoso y robusto, lo que bien puedes imaginar que me tiene fuera de mí de gozo... Mira cuanto debo a nuestro glorioso patrón San Genaro, pues me ha alcanzado esta gracia en su día»<sup>9</sup>. Hermoso y robusto seguro que lo sería el recién nacido, pero seguro es también que lo que menos se figuraba el bueno de Carlos III es que ese nieto sería el que permitiera años después el regreso de los jesuitas a España. Y es posible también que más de un espíritu malintencionado pudiera pensar que el tal nieto, nada menos que don Fernando VII, saliera «tan marrajo» (como le llamaba su madre) como castigo del cielo para su abuelo por la expulsión de la Compañía.

No cejó don Carlos en el empeño con su ingénita perseverancia. Para rematar la faena, muerto el ministro en Roma, Aspuru, envió en misión especial a la Ciudad Eterna al que posiblemente iba a ser uno de los dos grandes ministros de su reinado, don José Moñino, al que en sucesivos capítulos dedicaré la atención que merece.

Haremos gracia al lector de las largas gestiones que a lo largo de cuatro años llevó a cabo en Roma el futuro conde de Floridablanca<sup>10</sup> para conseguir el obsesante objetivo del rey don Carlos. Gestiones que culminaron con el Breve pontificio de 21 de julio de 1782, del que da cuenta Moñino a Grimaldi, lo mismo que hicieron a París y Lisboa, respectivamente, los embajadores Bernis y Almada. Ferrer del Río recoge con amplios pormenores todo el desarrollo del proceso, y la intensa correspondencia mantenida entre Roma y Madrid a lo largo del mismo, mostrando siempre su posición, que, como la mayor parte de los cronistas contemporáneos y de los historiadores liberales del siglo XIX, es favorable a la tenaz política antijesuítica del rey.

Prueba de ello es la frase con la que Ferrer del Río remata esta parte de su relato:

«Todos los Estados católicos obedecieron prontamente el Breve de Clemente XIV; los que se habían mantenido silenciosos, por humildad y respeto; los que lo solicitaron uniformes, con veneración y alborozo». Estas palabras se contradicen con la realidad, ya que Catalina de Rusia y Federico II de Prusia se declararon protectores de los jesuitas, que aceptaron su patrocinio. Por ello Ferrer acusa a Catalina de cismática y a Federico de hereje.

\* \* \*

Hasta aquí el relato lo más objetivo posible del histórico choque político-religioso que ocupa una buena parte del reinado de Carlos III y que ha dado lugar a las más acerbas críticas contra él. El resumen que hemos ido presentando recoge más bien las informaciones y los puntos de vista desde el lado que pudiéramos llamar ilustrado carlotercista. Pero no sería justo seguir adelante sin recoger las opiniones contrarias, algunas de las cuales están sucintamente recogidas por el historiador Voltes Bou en su biografía del monarca. Dice, por ejemplo, como algo claro y manifiesto, que la expulsión de los jesuitas constituyó «un acto arbitrario, inspirado por el anhelo de reforzar y exaltar el absolutismo regio. Se acusa a las víctimas de derramar doctrinas contrarias a la autoridad del soberano». Voltes comenta que al que no conozca a los protagonistas, puede parecerle que se trata de la persecución de un grupo de liberales en la edad romántica. Cuando —podemos añadir— se trata de todo lo contrario<sup>11</sup>.

Con mucho acierto dice el historiador que la expulsión fue prueba del poder real no en abstracto, sino de Carlos III en concreto<sup>12</sup>. Nada de enfrentar, como hacen algunos, a una serie de ministros impíos y maliciosos a un soberano piadoso y bonachón al que imponen sus criterios. Es indudable —añade Voltes— la solidaridad del Rey y sus ministros en la exaltación de la omnipotencia del Trono.

El fiscal Campomanes acusó a la Orden de «doctrinas sanguinarias, sediciosas, contrarias a la debida obediencia y respeto de los súbditos a las leyes». El profesor Sánchez Agesta comenta con agudeza que, por estas razones, las obras de Suárez, Molina y Mariana, con las restantes obras de los Padres de la Compañía, van a ser incluidas en el Índice de una nueva inquisición civil. Campomanes precisa que esas medidas se toman cuando los libros no son útiles al Estado y comporten enseñanzas nocivas. ¡Qué se diría en nuestro tiempo de una censura tan ilimitada y arbitraria! Y, no obstante, en aquellos tiempos a nadie extrañaba, lo mismo si provenía de la autoridad eclesiástica que de la soberanía ilustrada.

Menéndez Pelayo en sus «Heterodoxos españoles» dice que la expulsión «fue un golpe mortífero para la cultura española, sobre todo en ciertos estudios que desde entonces no han vuelto a levantarse; un atentado brutal y oscurantista contra el saber y las letras humanas». El francés Serrailh coincide con nuestro insigne polígrafo «por antonomasia» al escribir que «Les seuls collèges de quelque valeur sont ceux des Jésuites».

Paul Hazard, gran analista del pensamiento europeo del siglo XVIII, escribe: «Su Majestad Católica no estaba en conflicto pero sí en desavenencia con Roma, contra quien quería defender los privilegios de la Corona de España; por esto, los mejores

servidores de Roma, los jesuitas, habían dejado de estar a su favor... La fuerza que abatió a los jesuitas fue también el instinto y la voluntad del Estado que se secularizaba definitivamente y que no quería admitir, ni por encima ni al lado, una fuerza sobre la que no tenía poder. Los Borbones reaccionaron del modo más violento porque, reyes de la Monarquía más católica, sentían más imperiosamente la necesidad de romper con aquellos servidores de Roma».

Me atrevo a decir que no se pueden aplicar estas palabras sólo a los Borbones, y en concreto a Carlos III. Me atrevo a decir, repito, que en iguales circunstancias, Carlos I y Felipe II habrían actuado de igual manera, con todo respeto, incluso con las armas, y siempre a salvo su catolicidad y amor al Pontífice de turno.

Muchos argumentos se esgrimieron contra la Compañía. No fue el menor la animadversión de los ministros italianos contra Ensenada, gran amigo de los jesuitas, admirable personaje que por ello nunca cayó bien a Carlos III. Defourneaux sugiere que la Orden ignaciana fue más bien el medio de expresión y el factor de cohesión de intereses muy diversos: la prevención contra un cierto monopolio de los puestos importantes por los «colegiales» de los centros de enseñanza, regidos por jesuitas; la antipatía de buena parte de las otras órdenes religiosas<sup>13</sup>; la acumulación de riquezas que les atraen enemistades; la actitud de la mayoría de los prelados que, sin coacción alguna, aconsejaron la expulsión; la innegable participación de algunos jesuitas en las asonadas contra Esquilache y ataques literarios contra el rey... Con todos estos datos, el lector podrá sacar sus conclusiones.

\* \* \*

Algunos autores, en relación con el tema que acabo de exponer y con otros muchos del reinado de Carlos III, sacan a relucir la cuestión de la Masonería. He tratado de ella con extensión en mi obra reciente «La Masonería y el Poder». Pero prefiero aquí seguir la autoridad científica con que el gran historiador don Antonio Domínguez Ortiz se ocupa de aclarar lo que no fue la tal francmasonería en tiempos del rey español de la Ilustración. Para ello reproduzco a continuación parte de los párrafos que dedica al tema en su obra «Sociedad y Estado en el siglo XVIII español»:

«Por somero que sea este repaso a las cuestiones religiosas, resulta indispensable tocar el tema de la Masonería en la España del siglo XVIII, no por su importancia, que es bien pequeña, sino por lo mucho que acerca de él se ha fantaseado. En esta hipervaloración han concurrido dos factores opuestos: los adversarios de la masonería para exagerar su influencia, los partidarios para anexionarse los grandes nombres de aquella centuria, en especial los de Carlos III y sus ministros...»

«Por primera vez el pueblo español tuvo conocimiento de la existencia de la masonería en 1738, cuando Clemente XII publicó la constitución apostólica *In eminenti*.» No hubo razón para ocuparse del asunto en España porque aquí no había logias. Sí en Nápoles, y de ellas formaban parte militares, funcionarios y eclesiásticos. «El rey Carlos (luego Carlos III de España) veía con malos ojos unas sociedades secretas, al margen de las leyes. De allí partió el impulso para la nueva condena formulada en 1751 por Benedicto XIV».

Feijóo en sus Cartas Críticas puso en duda un memorial del padre Rávago, confesor de Fernando VI, que exageraba la importancia y poder de la secta. Todo lo más que hizo la Inquisición en varios años fue la autodelación de dos extranjeros y la condena de otro, el francés Tournon, a un año de cárcel y al destierro.

«Cuando el rey Carlos pasó de Nápoles a España siguió en contacto con su hijo Fernando IV de Nápoles y con su ministro Tanucci, para que no descuidaran la vigilancia y castigo de los masones. Es curiosa la similitud de la persecución que desencadenaron contra ellos y contra los jesuitas. En ambos casos los motivos políticos predominaron sobre los religiosos, aunque estos se invocaran para justificarla; lo que más les reprochaban era el formar cuerpos cerrados, peligrosos al Estado por ser más obedientes a sus propias autoridades que a la del Rey».

«En Carlos III resultan verdaderamente obsesivas su lucha y su persecución contra el fantasma de la masonería, “gravísimo negocio o peligrosa secta” como la califica una y otra vez en su correspondencia privada».

Muestra especial preocupación por su dependencia extranjera. Dice que sus reuniones eran en extremo perniciosas y se obligan a obedecer a otro Soberano muy distinto del que Dios les ha dado y a ayudarse mutuamente en el más absoluto secreto. Todo esto, al rey Carlos le resultaba verdaderamente repugnante.

«La documentación conservada en Simancas y otros archivos, no deja lugar a dudas en cuanto a la implacable aversión de Carlos III hacia los masones. Por lo tanto no puede haber disparate mayor que pintarlo como un rey masón, rodeado de ministros masones.

Pero ¿no podía alguno de estos haberle engañado, valiéndose del secreto masónico? Las mayores sospechas han recaído sobre el conde de Aranda... pero las invenciones de época tardía fueron hechas por personas de tan escasa documentación histórica que ni siquiera sabían que Aranda estuvo ausente de España de 1773 a 1785 como embajador en París. No tienen mayor fundamento las noticias acerca de la pretendida afiliación a la secta de Campomanes, Olavide, Jovellanos y otros personajes de la época... Hasta la entrada de los ejércitos napoleónicos, la masonería española no pudo tener organización sólida, y su influencia hay que calificarla de rotundamente nula<sup>14</sup>».

Creo que después de esta revisión histórica queda bastante claro que los jesuitas no fueron expulsados de España por un rey masón, sino por uno de los monarcas más profundamente católicos de nuestra historia; que se trató de una cuestión puramente política y no religiosa; y que, como ya hemos dado bastantes vueltas al tema, querido lector, y queda mucho hilo en el telar de nuestra biografía de don Carlos III, vamos a seguir adelante.

<sup>1</sup> El arcediano de Plasencia se llamaba D. Miguel Antonio de la Gándara y había sido agente español en Roma.

2 «He leído el asilo dado por el colegio de Loyola a los amotinados en contraste con los franciscanos de Aránzazu y la fiel conducta de la villa de Vergara» (carta de Tanucci a D. José Nicolás de Azara, agente de preces en Roma).

3 «Reinado de Carlos III» (vol.II p.118).

4 P. Agustín Theiner: «Historia del Pontificado de Clemente XIV» (T. I.).

5 «Historia de la caída de los jesuitas en el siglo XVIII».

6 «Clemente XIV y los jesuitas».

7 En las misiones de Barbastro se anunció la caída de la casa de Borbón. En las de Gerona se predijo la muerte del Rey, con motivo de un cometa que se vio entonces. En los púlpitos jesuitas de Madrid y Valladolid, entre otros, se recordaron las doctrinas que legitimaban el tiranicidio, de Suárez, Vitoria, Mariana... Se llegó a extender la especie de los amores del rey con la Esquilache y de la ilegitimidad del príncipe de Asturias.

8 Fueron treinta y cuatro cartas de prelados las que Carlos III envió a Clemente XIV en apoyo de la extinción de la Compañía.

9 Carlos III a Tanuzzi (19-9-1771).

10 «El título con el que el rey quiere honrarme lo tomo de un pedazo de territorio que posee mi casa, llamado Floridablanca».

11 Voltes cita el curioso caso de que Voltaire dio hospitalidad en su casa de Ferney a un jesuita expulsado.

12 «Te doy la gustosísima e importante noticia para nuestra santa religión y para toda nuestra familia de haberme por fin enviado el Papa la bula de extinción» (Carta de Carlos III a Tanucci).

13 Jorge Juan y Ulloa en su informe sobre los reinos de América ponen en contraste la corrupción de las costumbres del clero americano con la sabiduría y virtud de los jesuitas.

14 Para ampliar detalles sobre este tema pueden verse: «La Masonería y el Poder» (pag. 162 a 192), del autor de esta biografía (Ed. Planeta, Barcelona 1992) y «La Masonería española en el siglo XVIII», de J. A. Ferrer Benimeli (Madrid, 1974).

## XII

### IN INTERIOR HISPANIA...

La asombrosa y múltiple actividad del Rey de la sencillez y la rutina.—Ilustración y Autoridad.—Sentido histórico de lo concreto.—Transformar España, el gran objetivo.—La educación como base.—Universidades, Colegios y manteístas.—Nobleza de los oficios.—Crear riqueza.—El campo y el agua.—Obras Públicas y Comunicaciones.—El Correo.—Las bases navales.—FloreCIMIENTO y desconcentración industrial.—El comercio.—Protección a las Ciencias.—Las Artes aplicadas: porcelanas, tapices, cristal, relojes, muebles... —Las Reales Academias.—Las Sociedades de Amigos del País.—El comercio con las Indias.—El Banco de San Carlos.—La Lotería.—Montes de Piedad y Hospitales.—Enormes progresos militares.—Las Ordenanzas.—La Bandera y la Marcha Real.

La colonización de Sierra Morena: Olavide y las nuevas poblaciones.—Aciertos y errores de la Colonia, obra preferente del Rey.

Después de ver la presión que las turbas del motín de Esquilache ejercieron sobre el Rey, la complicada represión del conflicto que siguió en casi toda España y la obsesión del monarca para lograr la expulsión y extinción de los jesuitas, parece imposible que por aquellos años tuviera tiempo para tareas de otra índole, para dedicar su atención y sus afanes a la realización de una política práctica, eficaz y beneficiosa para el país.

Añádase a tantas preocupaciones y asechanzas una política exterior europea de mil facetas con todas las grandes potencias en el juego de las guerras, los tratados y el difícil equilibrio. Por otra parte, una obligada proyección en todas las direcciones de la rosa de los vientos, América del Norte y del Sur, Norte de África, Filipinas y Extremo Oriente...

¿Cómo podía este hombre, pequeño, solitario y poco brillante atender a tan complejo mundo y tener tiempo para cazar todos los días, para rezar, mañana, tarde y noche, repartir con exactitud sus jornadas en los cuatro Sitios Reales y no salirse de su rutina de vida, con horarios y detalles invariables? Parece casi el milagro de la suprema sencillez. Porque don Carlos inspiraba, estimulaba, corregía, vigilaba, decidía, por sí y ante sí, sin dar cuenta más que al Altísimo, que no dejaba de estar presente en cada momento de su vida.

Eligió bien sus ministros, es cierto, con muy pocos errores, y delegó, pero sin soltar las riendas. No se dejaba influir por nadie y a nadie dio confianzas que influyeran en su intimidad ni en su independencia de criterio. Si acaso Tanucci, un verdadero genio del

buen sentido, de la lealtad y de la omnipresencia en la distancia. Y la reina Amalia mientras vivió, pero con su ámbito de influencia limitado a los campos que el Rey consideraba adecuados.

Pues bien, ese monarca absoluto, dentro del cuadro de vida y de ocupaciones que acabo de pergeñar, tuvo tiempo para llevar a cabo, para idear, dirigir y ejecutar, la más completa política de transformación y modernización del país en todos los aspectos.

A recordar esta admirable faceta de su reinado vamos a dedicar este capítulo, con datos que constan en todos los archivos nacionales y que, por sus perdurables efectos, materiales y culturales, resultan incontrovertibles. Si quisiéramos resumir en dos palabras y explicar cómo fue posible tan formidable empresa, esas dos palabras serían: ILUSTRACIÓN Y AUTORIDAD<sup>1</sup>.

\* \* \*

Carlos III había dejado la huella de su paso y de su estilo en Nápoles. Allí había demostrado que en él predominaban lo constructivo, el sentido de lo concreto, la medida, lo práctico, lo realista, sin por ello dejar a un lado la preocupación estética.

Al llegar a España, el país no le gusta. Menos aún a la reina Amalia, como ya hemos visto.

Su llegada a Barcelona, algo más que casual, tiene un interesante sentido histórico. Le permitió mostrar a partir de entonces una cierta predilección por lo que representaba la ciudad condal y lo catalán dentro del contexto español. En ello debe influir su larga y fructífera formación mediterránea.

Empezó, con buen conocimiento de causa, condonando a Cataluña los muchos atrasos que tenía con Hacienda. Luego, durante su reinado, el viejo principado va a iniciar y a desarrollar un amplio comercio con América, empezando a influir en la vida mercantil española que se dirigía desde Madrid. No hay duda de que Carlos III conocía el paño — como dice un autor en el mejor sentido—, razón por la que trató de corregir el error de sus antepasados de no haber favorecido el laborioso espíritu comercial catalán, con la lamentable consecuencia de su ausencia por las rutas del Atlántico. Así contribuyó a que Cataluña reforzara su adhesión a la Monarquía, que no empezó a quebrarse parcialmente hasta que surgen, con determinados matices, los movimientos nacionalistas de fines del siglo XIX.

Richard Herr ha escrito que los éxitos del gobierno ilustrado del rey Carlos fueron más espectaculares que profundos. Sin entrar en filosofías, todo lo que vendrá a continuación pondrá al lector ante los hechos, aun a trueque de caer en una cierta prolijidad y tratando de evitar la simple estadística o el catálogo. Pero creo que estamos ya informados de que en el reinado de Carlos III, la política, el gobierno, empiezan a ser también economía, fomento, hacendosidad; y nada más descriptivo y crítico a la vez, que el contar, en vuelo de ave y con raíces de planta —en expresión de Ramón de Basterra— lo que hicieron aquellos hombres del carlotercismo por mejorar la faz de nuestro país. No tenían afán de eternidad, pero sí visión de la realidad y ambición de futuro.

Hace ya bastantes años, en función del cargo que entonces ejercía, tuve ocasión de recorrer muchas villas y pueblos de una extensa región del centro y del oeste de España.

Las autoridades locales y los vecinos solían dirigirse a mí, como representante del poder central, pidiéndome escuelas, pavimentaciones, alcantarillados, regadíos, pequeños embalses, encauzamientos de arroyos, caminos vecinales, casas de médico, etc., etc.

Me enseñaban entonces los escasos medios de que disponía la localidad: la escuela, de tiempos de Carlos III; la fuente de la plaza, de tiempos de Carlos III; el camino y sus mojones, con el nombre de Carlos III; el ayuntamiento, de tiempos de Carlos III; los lavaderos, de tiempos de Carlos III, etc., etc.

Grabado en la piedra de todo lo que en aquel pueblo valía la pena, el Carlos o el Carolus, y el año 1760, ó 78 u 80. Desde entonces, poco o nada se había hecho. A nadie le repugnaba que volvieran a imperar los principios de ilustración y autoridad. Más bien lo pedían, algo así como lo que alguien ha llamado «el Estado de obras».

Estos recuerdos personales me sirven para confirmar la realidad de lo que fue un reinado positivo: allí, en aquellos pueblos estaba la verdad, no era la fantasía de los cronistas; y allí estaba también la frustración de una empresa humana admirable, en su falta de continuidad, en algo que los protagonistas no pudieron prever porque fue la gran culpa de factores externos y de los pecados políticos de las generaciones posteriores.

\* \* \*

«In interior Hispania habitat veritas», creo recordar que escribía Ganivet, parafraseando al clásico. Ese mismo debió ser el «leit motiv» de Carlos III cuando se enfrentó con la realidad de una España en la que habían empezado a abrirle el camino, en el reinado de su hermano Fernando, dos grandes precursores que fueron Patiño y Ensenada. Uno de los temas más paradójicos del siglo XVIII español es el de la grave diferencia que separó en lo anímico y en lo político a aquellos dos gobernantes de excepción que fueron el marqués de la Ensenada y el rey Carlos, tan semejantes en sus métodos y en sus patrióticos fines. Tal vez, precisamente, el choque temperamental producto de tanta coincidencia.

Había que ocuparse de España. El primer paso de un monarca ilustrado, para ello, era ilustrar al país. La primera máxima luminosa que aplicó el Consejo de Castilla siguiendo instrucciones reales, fue la siguiente:

«La educación de la juventud por los maestros de primeras letras es uno y aun el más principal ramo de la policía y buen gobierno del Estado». Empieza así, por la instrucción pública, el bosquejo del progreso en aquellos días, instrucción que debía ser gratuita y obligatoria, y así se aplicó inmediatamente en la colonización de Siera Morena».

La enseñanza secundaria se daba en seminarios, en los conventos de varias órdenes religiosas y en las universidades que gozaban de gran independencia para elegir rectores, proveer cátedras y señalar libros de texto. El ministro Roda se propuso establecer la uniformidad de todas estas enseñanzas y para ello nombró directores de las Universidades a consejeros de Castilla, «a la mayor gloria del Rey y de la nación y al adelantamiento de los estudios» (1768-1769). Estas providencias se acordaron previa consulta al Colegio de Abogados de Madrid.

Otra medida fue dedicar a los fines de la enseñanza universitaria los edificios ocupados antes por la Compañía de Jesús, lo que a posteriori ha provocado críticas o

elogios, según las tendencias.

Se trataba, según Olavide, de poner la enseñanza a la altura de las más avanzadas de Europa. El propio Rey, con el ministro y el Consejo de Castilla, dirigía la reforma.

La Universidad de Salamanca «de resultas de sus antiguas glorias —como dice un cronista— se resistió a tan saludables intenciones». Campomanes rebatió sus argumentos diciendo que «las heces de aquellos antiguos siglos no pueden curarse sino con las luces e ilustración». Menos pretenciosa, la Universidad de Alcalá se adaptó con más facilidad a los nuevos estudios<sup>2</sup>.

Más importantes que las Universidades eran hasta entonces los Colegios Mayores que funcionaban en las principales ciudades universitarias.

Según Gil de Zárate, los colegiales, huéspedes, excolegiales y otros afiliados formaban una vasta asociación «elitista» con visos de secreta y juramentada, que se extendía por toda España, desde el centro del Gobierno a los consejos, cabildos y universidades, invadiéndolo todo y ejerciendo un omnímodo poder en el Estado<sup>3</sup>. Los colegiales, en general, eran nobles de cuna, ricos hacendados, la aristocracia de las escuelas, muy vinculados a los jesuitas.

Frente a los colegiales surgió la nueva clase de los manteístas<sup>4</sup>, de familias de clase media, que con apuros lograban lo necesario para seguir estudios, y a fuerza de trabajos llegaban a obtener títulos y a conquistar la estimación pública, por sus méritos personales. Manteísta fue Macanaz, uno de los políticos más inteligentes y de más clara visión del siglo. Y de origen manteísta fueron Roda, Moñino y Campomanes, continuadores en la práctica de muchas ideas de Macanaz. Otro famoso hombre del manto fue Francisco Pérez Bayer, canónigo de Toledo, preceptor de los hijos del rey y *factotum* de la profunda reforma de los seis colegios mayores. La reina Amalia había dicho que los colegiales parecían una secta al modo de los francmasones. Parte de razón tenía, si bien se trataba de una especie de secta dentro de la ortodoxia católica, es decir, de signo totalmente contrario al de los francmasones. En cambio los manteístas no actuaron como grupo coordinado y más o menos secreto. Cada uno de los que llegó a altos puestos lo hizo a título personal y por la confianza del rey, teniendo en cuenta los méritos y condiciones de cada uno, siendo sus coincidencias exclusivamente las de ser todos ellos eficaces servidores del Estado y leales a Su Majestad, aparte de la amistad que pudiera unir a algunos de ellos. En sucesivos capítulos tendremos ocasión de volver a encontrar a tan interesantes personajes.

En febrero de 1771 Carlos III publicó dos decretos estableciendo «la obligación de procurar por todos los medios la felicidad de sus vasallos (su preocupación esencial) y de promover a este fin el cultivo de su inseparable compañera la sabiduría». Con ese espíritu se habían fundado en enero de 1770 los Reales Estudios de San Isidro en el llamado Colegio Imperial de los Jesuitas, edificio de la hasta hace poco catedral de Madrid en la calle de Toledo. Allí fueron llevados con gran solemnidad y asistencia de la Corte los cuerpos de San Isidro y de Santa María de la Cabeza. La biblioteca del Colegio era una de las mejores de España, prueba de la preocupación cultural que siempre tuvieron los jesuitas.

Otro aspecto de las preocupaciones del Rey en estas materias fue su protección a la imprenta. «Desde mi feliz advenimiento al trono ha merecido mi Real protección el arte de la imprenta», razón por la que eximió del servicio militar a todos los que tuvieran relación con dicho arte. Surgen así las incomparables ediciones de Ibarra, Sancha, Monforte, Cano... libros que hoy son todavía el lujo ilustrado de nuestras bibliotecas.

Contrastaban con estos privilegios para los impresores las medidas tomadas contra los vagos, que serían detenidos y destinados forzosamente a las armas, con preferencia en las guarniciones de América.

En este sentido es muy elocuente la Real Cédula de S. M y señores del Consejo (18-2-1783) en la que se declara que «no sólo el oficio de curtidor, sino también las demás artes y oficios de herrero, sastre, zapatero, carpintero y otros a este modo, son honestos y honrados; y que el uso de ellos no envilece la familia ni la persona del que ejerce, ni la inhabilita para obtener los empleos municipales de la República en la que estén avecindados los artesanos o menestrales que los ejercitan...» Quedan entonces derogadas todas las leyes y disposiciones que ponían obstáculos en dar honores de nobleza a quienes ejercían oficios considerados de baja condición. Como dice con acierto Pedro Voltes, en aquel reinado sólo causaban vileza la ociosidad, la vagancia y el delito<sup>5</sup>.

De tal modo estimuló al pueblo esta política que en 1781 tuvo que publicarse una medida recordando la obligación de guardar las fiestas de precepto, porque el ardor laborioso de los talleres les llevaba a trabajar todos los días. Algo muy distinto de lo que ocurre en nuestros tiempos de «puentes y acueductos».

\* \* \*

El principio de que para evitar la pobreza es necesario crear riqueza, pues de lo contrario lo único que puede hacerse es repartir pobreza, fue algo que el Rey Carlos supo transmitir a todo el país. El mismo daba ejemplo dirigiendo en persona las obras de mejora en los campos del Real Sitio de Aranjuez y lo mismo mandó hacer a los infantes don Antonio y don Gabriel en sus fincas de Calanda y del priorato de San Juan. En la célebre Instrucción reservada-redactada por Floridablanca, decía el Rey lo siguiente: «... Se ha empleado siempre más tiempo y desvelos en la exacción y cobranza de la Real Hacienda que en el cultivo de los territorios que los producen y en el fomento de sus habitantes. Ahora se piensa diferentemente, y este es el primer encargo que hago a la Junta y al celo del ministro encargado de mi Real Hacienda; esto es, que tanto o más se piense en cultivarla que en disfrutarla... El cultivo consiste en el fomento de la población con el de la agricultura, el de las artes e industria y el del comercio». Como dice Richard Her, la política gubernamental pretendía sobre todo mejorar en cualidad y cantidad los productos agrícolas y manufacturados del país.

La agricultura y la ganadería, las únicas y auténticas fuentes de riqueza, previas a toda otra. Así lo comprendió Carlos III y dedicó sus afanes a transformar las tierras áridas en productivas, en cambiar la faz del país en la línea admirable que culminaría con la obra de Jovellanos sobre la reforma agraria<sup>6</sup>.

Las sugerencias teóricas se van convirtiendo en medidas prácticas al impulso de la voluntad real. Los productos del campo redoblan de valor y los propietarios se animan a mejorar sus instalaciones. El abundante superavit que se produce podrá ser aplicado a la industria.

Con tenacidad se imprimió nuevo impulso a la construcción de los canales de Manzanares y de Tierra de Campos; se trató de paliar la imposibilidad de llevar agua suficiente a Murcia —problema que persiste dos siglos después— recogiendo todos los caudales posibles para el riego de la comarca, se construyeron dos grandes pantanos en Lorca; el canal de Aragón, iniciado en tiempos de Carlos I, se logró llevarlo con grandes esfuerzos hasta Zaragoza, en obra dirigida por el canónigo don Ramón Pignatelli; abrióse el canal de Tauste, que unido al de Aragón debería llegar hasta el mar, y lo mismo se proyectó para hacer navegables el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir<sup>7</sup>.

El canal de Tortosa facilitó la salida de los productos de Aragón por el puerto de los Alfaques, donde se levantó la población con el nombre del rey, San Carlos de la Rápita. Otros canales se prepararon para el riego en Urgel y Ugiar y se desecaron tierras pantanosas en Llerena, en Galicia y en Santander.

En Aranjuez se creó una escuela práctica de agricultura y ganadería, de la que se ocupaba el propio rey, al que describe Floridablanca «como el primer labrador y tan pródigo y experimentado que enseñaba a los vasallos la profesión más necesaria y útil para la monarquía».

Carlos III se declaró decididamente contra los privilegios de la Mesta como perjudiciales para la agricultura, fijándose reglas para la entrada de los ganados en las heredades y para la trashumancia. Antes del famoso Informe sobre la Ley Agraria de Jovellanos hubo otro muy valioso que el rey siguió, dando instrucciones en materia de cultivos y contratos («Idea de la Ley Agraria española» de don Manuel Sisternes y Feliú).

El Jardín Botánico de Madrid fue otra obra predilecta de don Carlos. Allí, el insigne científico José Celestino Mutis haría su estudio incomparable sobre la flora española y americana.

No faltó el crédito agrícola por medio de pósitos; se fomentó la repoblación de olivares y la forestal en general, así como el cultivo del algodón; se ponen en cultivo los baldíos que revierten al Estado y se revalorizan los patrimonios municipales. ¿Cómo aquellos gobernantes de casaca y peluca podían atender a tantas cosas?

En tiempos de Carlos III se continuó la ambiciosa y bien planificada política de obras públicas iniciada en el anterior reinado, aplicando el programa de carreteras radiales y transversales de Bernardo Ward. Ya es raro que un viajero inglés, Arthur Young, escribiese en 1787 que las carreteras españolas honraban a Carlos III. Paralela fue la labor de construcción de puertos. En El Ferrol una lápida lo proclama: «Sapienter imperat Carolus III».

Trataremos aparte la interesante colonización de Sierra Morena, pero recordemos aquí que en dicha Sierra se hizo practicable el trozo de camino llamado de Despeñaperros, «que en arte y valentía —se dijo por entonces— compite aún con los más celebrados de

Europa». Lo mismo se hizo con el llamado Puerto de la Cadena y con los que median entre Astorga y Galicia y entre Antequera y Málaga, los mismos pasos que han llegado hasta nuestros días.

Otro puerto nuevo fue el de Aguilas, donde se formó una nueva población. El sistema de faros era el mejor del continente, y de ellos, los más característicos y potentes, los de Punta Galea (1782) y del Monte Igueldo (1778). Dársenas, astilleros y arsenales en las bases navales, las tres fundamentales de España que entonces se pusieron al más alto nivel de la época, Ferrol, La Carraca y Cartagena. Sin faltar el nuevo organismo llamado Junta de Obras del Puerto, en los principales de toda la costa.

En las carreteras, de legua en legua, nació el servicio de los peones camineros y, cada ocho, un celador facultativo, así como controles para la administración de portazgos, cuyos recursos obtenidos se aplicaban a la conservación y ampliación de los caminos<sup>8</sup>.

Otros arbitrios establecidos por entonces fueron el impuesto sobre la sal y la renta de correos, servicio establecido entre los años 1760 y 1780, con gran éxito y eficacia, también el mejor de la época. Entre Madrid y Cádiz funcionaba con regularidad una posta y otra semanal con Francia, hasta Bayona<sup>9</sup>.

Preferente interés mostró Carlos III por lograr el florecimiento de la industria española. Para ello creó la Junta de Comercio y Moneda presidida por el ministro de Hacienda, don Miguel de Muzquiz, al que acababa de nombrar conde de Gausa, y de la que eran miembros Campomanes y Jovellanos. Un detalle muy interesante que prueba el sentido moderno y revolucionario, en el mejor sentido, del rey Carlos fue su deseo de dar a las mujeres la mayor participación posible en el desarrollo económico del país. A este fin dio instrucciones para fomentar las industrias más convenientes para dar ocupación a las mujeres y para que no se gastaran otros géneros que los del país en vestidos y adornos<sup>10</sup>. Autorizó la entrada de damas en las Sociedades económicas, cosa insólita hasta entonces; además les encargó de la dirección de las escuelas patrióticas para niñas, de reciente creación.

Y como contrapunto de la prohibición de importación se facilitó y se eximió de derechos la importación de maquinaria, instrumentos y tintes para crear o modernizar la industria española, de lo que se benefició principalmente la textil catalana.

Durante el reinado se construyeron, o se modernizaron, fábricas de paños en Guadalajara, San Fernando y Segovia; de sedas en Talavera y de tejidos varios en Avila; de papel en Alcoy y de vidrio blanco en Barcelona. Los hornos de Rentería empiezan a fundir metales, así como los de la ría del Nervión, los antiguos ferrones, y las fábricas de armas alcanzan el nivel de las mejores de Europa en Guipuzcoa, Asturias y Toledo.

Consciente o inconscientemente, los ilustrados dieciochescos procedían a una desconcentración industrial que a todos beneficiaba y evitaba los graves problemas de aglomeración urbana, con las desagradables e incómodas secuelas que bien conocemos y que los gobernantes de nuestro tiempo no sólo no han resuelto sino que han incrementado.

El comercio interior se desarrolló también con inteligencia, suprimiento aduanas interiores y dosificando, como queda dicho, exportaciones e importaciones. Incluso se

llegó a proteger una máquina neumática que inventó Manuel de Gamarra para conservar la carne.

Fue una época en la que se prestó especial atención al desarrollo científico y a sus aplicaciones prácticas, materia de tal envergadura que sólo citar nombres y avances logrados nos ocuparía varias páginas.

No faltaron las escuelas especiales en las que se fueron formando las personas aptas para contribuir al fomento de la riqueza, escuelas textiles, de maquinaria, de ingeniería industrial... hasta de sordomudos.

Párrafo aparte merece la atención creadora de Carlos III en el terreno de las industrias artísticas. Su sentido estético, de importación italiana, le llevó a querer crear en España unas fábricas en las que el arte sería aún más importante que el valor material. El siglo XVIII es el siglo en el que se empieza a vivir con una cierta comodidad y hasta con lujo, no sólo en los palacios sino en las casas particulares de las gentes acomodadas. España llegó demasiado pronto a la grandeza, en unos siglos en los que se vivía en fríos e inhóspitos castillos o en casas más o menos grandes pero de pobre construcción, en las que a base de tapices y braseros se podía pasar los inviernos, sin la menor higiene, con las cuerdas al lado, con los cristales en las ventanas como un lujo y un duro mobiliario inconfortable... En cambio Francia e Inglaterra, que llegaron a la hegemonía en los siglos XVIII y XIX, empezaron a alhajar sus mansiones y para ello desarrollaron industrias artesanales de decoración y del mobiliario, cuyos productos hicieron agradable la vida y hoy son el gozo de anticuarios y coleccionistas.

Carlos III supo ponerse a la altura de los tiempos. Del modelo de porcelanas de Meissen en Sajonia, que él llevó a Capodimonte, nació la casa llamada de la China, es decir, la famosa fábrica del Buen Retiro. Se importaron muebles de Francia, el clásico Luis XV, y se creó una escuela de ebanistas que culminó más adelante con el estilo llamado Carlos IV. En la fábrica de cristal de La Granja de San Ildefonso se hicieron verdaderas maravillas, entre otras, los grandes espejos de hasta ciento sesenta pulgadas que no se hacían ni en Francia ni en Venecia. Y la admirable Real Fábrica de Tapices, en la que la familia Stuyck importó el arte de Flandes, lo españolizó, Goya le dio categoría universal y ha llegado ejemplarmente hasta nuestro tiempo. Los relojeros ingleses, como el famoso Evans, exportaron sus productos y técnica a España.

Carlos III continuó la atención a la alta cultura con la creación de nuevas Reales Academias, gloria inmarcesible de los Borbones del siglo XVIII, cuyas efigies de fundadores presiden sus salones de actos. Esta encomiable línea se siguió en varias provincias, creándose academias locales en Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Toledo...

No quedaría completo este cuadro de actividades culturales sin referirnos a las Sociedades de Amigos del País, que proliferaron en aquel tiempo, llevando a cabo una admirable labor en varios terrenos siempre bajo el patrocinio del Rey. Es el tiempo de una floreciente preocupación por la cultura y la ciencia, desde el impulso inicial del conde de Peñaflorida, con sus «Caballeritos de Azcoitia», en dicha población, Vergara y Mondragón, seguida en toda España, y notoriamente en Madrid, hubo una auténtica colaboración progresiva y profunda de la sociedad en las tareas de gobierno.

Rodríguez Casado, en su obra sobre la política y los políticos en el reinado de Carlos III, escribe que las Sociedades citadas «eran instituciones cuyo fin primordial es amparar en su seno y dar fuerzas a los reformistas, a las personas interesadas de las principales ciudades del reino, constituyendo organismos dirigidos realmente desde Madrid, que sirvan para estudiar científicamente todos los problemas relacionados con los cambios que se consideraban precisos». Fueron unas obras predilectas del Rey, que las protegió por Real Cédula, concediéndolas subvenciones y haciendo socios de ellas a sus hijos los infantes don Gabriel y don Antonio. A la sociedad de Madrid se añadió una Junta de Damas aprobada por Real Decreto, la primera vez que se hace así en España. Hasta en materia de feminismo, Carlos III fue un precursor, un espíritu moderno.

\* \* \*

A las múltiples actividades y obras que hemos ido reseñando habría que añadir la apertura decidida por Carlos III para intensificar el comercio con las Indias. Para ello concedió licencia a diversos puertos para comerciar directa y libremente con las Antillas españolas y con varias zonas de Centroamérica, condiciones que pocos años después se extendieron a Buenos Aires, Chile y Perú<sup>11</sup>.

Tan intensa vida económica y las transacciones interiores y exteriores, exigían la creación de una institución financiera que nacionalizara las diversas operaciones de dinero y crédito de las que se estaban aprovechando intermediarios extranjeros. En 1779, Floridablanca tuvo la idea de fundar un Banco nacional, proyecto que desde hacía muchos años provocaba la imaginación de los arbitristas. Su fin primordial sería el comercio americano y también procurar medios dinerarios al Tesoro. Para iniciar el proyecto se pensó en una emisión de billetes a título de crédito para los mercaderes que tuvieran saldos favorables en América, sistema unido a la concesión de hipotecas y de métodos para hacer circular la riqueza. Surgieron entonces los llamados «vales reales» propuestos por el economista francés Cabarrús, al servicio del Rey de España<sup>12</sup>. Fue el primer papel moneda de nuestra Historia.

«Desde que vine a establecerme en estos reinos —escribe el propio François Cabarrús en su «Memoria para la formación de un Banco Nacional»— me dediqué a estudiar el atraso del comercio español y ver los medios de llevarlo a su mayor esplendor. Después, a pesar de las reticencias de Aranda y de Muzquiz, logró que Carlos III firmase la Real Cédula creando el Banco de San Carlos, que más adelante se convertiría en el Banco de España.

Por aquellos años se introdujo en España la Lotería Nacional, la llamada Beneficiata en Italia, que ha seguido y sigue en nuestros días. Como se fundaron también el Monte de Piedad y grandes Hospitales, como el mayor y más importante en Madrid, con el nombre del Rey, el de San Carlos. Devoto era el monarca de su santo Patrono y buenos exaltadores de él sus colaboradores, que iban sembrando de San Carlos la geografía española.

No fue menor el progreso en el campo militar, metidos en guerras como estuvimos durante gran parte del reinado a pesar de ser el rey pacífico. Ya veremos las razones y sin razones de aquel forzado belicismo, que, sin embargo, contribuyó a notables avances

en los sistemas de defensa nacional y en el perfeccionamiento del Ejército y de la Armada. Se crearon milicias urbanas para la defensa de fronteras y costas. Se fundó la Academia de Matemáticas de Barcelona, las de Ingenieros en Orán y Ceuta, la de Artillería en Segovia, la de Guardias Marinas en Cádiz, las de Infantería (luego de Intendencia) en Avila y en Ocaña, que también lo fueron de Caballería hasta que ésta se trasladó a Valladolid<sup>13</sup>. Como vemos, el Rey Carlos, en todos los aspectos, seguía repartiendo obras, servicios, trabajo y honores por todo el territorio nacional con un inteligente equilibrio entre el poder central y las grandes posibilidades de la periferia, procurando en medio, dar una nueva vida a otras zonas deprimidas del país.

Y no debemos olvidar que Carlos III, en su obra ingente, fue el rey de las Ordenanzas Militares, el que nos dio el Himno Nacional, la Marcha Real Granadera, que nos vino de las tierras de Federico el Grande, y, sobre todo, la bandera nacional roja y gualda, elegida para distinguir en el mar nuestros navíos de todos los que llevaban el pabellón blanco con las flores de lis de la Casa de Borbón, es decir, Francia, Nápoles y Parma. Para la nueva enseña, Carlos III se inspiró en los colores de la bandera catalano-aragonesa, que durante siglos fue la señora del Mediterráneo, auténtico Mare Nostrum.

\* \* \*

Este capítulo quedaría incompleto si no se hiciera una referencia a una de las más originales e interesantes empresas del reinado de Carlos III: la colonización de Sierra Morena.

Don Carlos tenía noticia, no sabemos si de visu o por referencias, de unas tierras inhóspitas y de difícil tránsito que se extendían entre las provincias de Ciudad Real y Córdoba. A pesar de ser el camino hacia las Indias entre Madrid y Cádiz, del Viso a Bailén no se veía más tierra que la escabrosa del llamado Puerto del Rey. Y con ese nombre, allí tenían que descargar los carruajes para atravesarlo con caballerías, con incómodos transportes de fardos y equipajes y el riesgo de los robos, que los ladrones llevaban a cabo casi a diario, muchas veces de acuerdo con los venteros. Fue tierra de moros, y en torno a la ermita de Santa Elena revivía el recuerdo de la memorable victoria de las Navas de Tolosa.

El rey no quería dejar fuera de su acción benéfica el más mínimo rincón de su reino. Por ello aceptó los proyectos de Campomanes para que un coronel bávaro que vivía en España con su familia, Juan Gaspar de Thurriegel, trajera seis mil alemanes y flamencos para repoblar las tierras de la Sierra Morena. El Consejo de Castilla aceptó la propuesta poniendo varias condiciones: que los colonos fueran católicos, labradores o artesanos y que la colonización se iniciara antes de ocho meses. Se especificaba que podría haber mil hombres y mujeres de cuarenta a cincuenta años, tres mil de dieciseis a cuarenta, mil muchachos y muchachas y mil niños menores de siete años. Se fijaban salarios, leyes y reglamentos a seguir, sacerdotes de su lengua y país nativo; también una pequeña fuerza con un coronel al frente, que sería el propio Thurriegel<sup>14</sup>; se hacían listas para la distribución de terrenos, distribución de ganados, aperos y utensilios; exención de tributos, planes para aprender el castellano y para la enseñanza primaria obligatoria...

Así hacían las cosas nuestros ilustrados, con precisión, con ilusión de futuro y con una enorme dosis de ingenuo y sincero progresismo, a veces lejos de la realidad. Y todo lo seguía de cerca el monarca, sin perder detalle. Así se había llevado a cabo el extrañamiento de cuatro mil jesuitas y así se recibía a seis mil colonos en los yermos de Sierra Morena.

Las poblaciones no debían distar entre sí más de un cuarto de legua, formando concejos, con iglesia, ayuntamiento, dehesas boyales, cárcel y escuelas pero con prohibición de facultades mayores y de conventos de monjas o de frailes, sin pretexto ni excepción alguna. Curiosas medidas estas últimas.

En los contratos se estimulaban los casamientos entre colonos y españolas, y viceversa, pero evitando que fueran de familias de las provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla, para que no se despoblaran.

La dirección de toda esta gran operación se encomendó a don Pedro de Olavide, extraordinario y sin par personaje cuya vida parece una novela de intriga y aventuras, tan tentadora para el escritor y tan llena de episodios interesantes y amenos que el biógrafo de estas líneas tiene que abstenerse de relatarlos aquí, dejándolos para mejor ocasión. De momento, sólo unos cuantos datos para darnos idea de quién era don Pablo Olavide.

Había nacido el personaje en Lima, donde a los veintiún años era ministro togado y con gran reputación por su acción serena y valiente durante el terrible terremoto de 1746. Sin embargo, poco después fue acusado de apropiación indebida y malversación de fondos y acabó residenciado en su casa.

Generoso y pródigo, sin un céntimo, llegó a España. Los jueces le dejaron instalarse en Leganés por razones de salud y allí, a base de su gallarda apostura, de elegantes modales e inteligente instrucción, conquistó a doña Isabel de los Ríos, viuda opulenta que le recibió como su tercer esposo. Olavide pudo así pagar sus deudas, irse a vivir a Madrid, recibir en su casa a las gentes a la moda y viajar a París varias veces.

Aunque se proclamaba cristiano, admiraba a Rousseau y a Voltaire y se hizo amigo del conde de Aranda, con el que congenió, y por ello fue su recomendado para director del hospicio de San Fernando. Ocupaba este puesto cuando salió para Sierra Morena con un equipo de ingenieros, técnicos diversos y operarios<sup>15</sup>.

Las primeras poblaciones creadas fueron entre otras Magaña, Venta de Miranda, Venta de Navas de Linares, Guarromán, Herrumblar...

Olavide quiso llamar a Santa Elena «Aranda del Presidente» y a Guarromán y Carboneros «Muzquia» y «Campomania», bonitos nombres y muestra del agradecimiento adulador. No prevalecieron las propuestas y sólo se impuso el de La Carolina, antes la Peñuela, y luego La Carlota y La Luisiana. Algún escritor de la época se permitió decir que la colonización en su conjunto, «la obra insigne del monarca era comparable a las pirámides de Egipto, las estatuas de Grecia y los arcos de Roma.»

Los informes de don Ricardo Wall y del marqués de la Corona fueron muy favorables a la colonización de Sierra Morena, si bien otro informe del suizo Yauch fue muy negativo, sobre todo porque entre los colonos traídos por Thurriegel había muchos díscolos, vagos y borrachos. Estos últimos, tal vez, porque se pasaron de la cerveza al

vino, en iguales cantidades. Hubo inevitables roces entre los colonos y las gentes de otras poblaciones vecinas.

Carlos III seguía día a día el acontecer de la colonia y daba instrucciones para corregir los fallos, dando como resultado una notable mejora en su funcionamiento a pesar de los problemas a que dio lugar la llegada de fray Romualdo de Friburgo como prefecto general de los religiosos. La mayor preocupación vino de la denuncia que presentó contra Olavide ante el tribunal de la Inquisición.

Le acusaba de hereje, ateo y materialista: era enemigo de la Iglesia, negaba los milagros, leía libros prohibidos, poseía estampas con desnudos, no dejaba tocar a muerto, dejaba bailar los domingos y sólo autorizaba los entierros en los cementerios... Documento estúpido que alternaba lo grave con lo cómico pero que hizo daño, porque la Inquisición contaba todavía y Carlos III dio permiso al tribunal del Santo Oficio para procesar a Olavide, que pidió ayuda al ministro Roda<sup>16</sup>. De nada le valió porque el 24 de noviembre de 1776, ante los miembros de todos los Consejos, algunos Grandes de España, se celebró el auto de fe, y D. Pablo Olavide, caballero de Santiago, fue condenado como convicto hereje, miembro podrido de la religión y desterrado lejos de la Corte, de Lima y de Sierra Morena, los queridos escenarios de sus triunfos. Sin venera de su Orden, sin espada y sin dinero, fue de un lado para otro; en el monasterio de Sahagún permaneció un año. De allí pasó al convento de Capuchinos de Murcia.

Estaba enfermo, por lo que fue autorizado a ir a las aguas termales de Caldas de Malavella. De allí paso a Perpiñán con el falso nombre de Manuel Castro. España pidió la extradición del caballero limeño. Francia la denegó a pesar de haber sido el embajador conde de Aranda el que la pidió.

Olavide se instaló lujosamente en el castillo de la Malmaison, donde mantuvo una elegante tertulia con filósofos, poetas y artistas. Allí le sorprendió la convocatoria de los Estados Generales y la revolución. Escribe su biografía nada menos que Diderot, Marmoutel le exaltó en verso y la Convención le concedió una corona cívica y el título de ciudadano adoptivo de la República. Pero el Terror fue a buscarle a su casa de Orléans y ordenó su encarcelamiento. Asombroso personaje que disfrutó del hospedaje de las cárceles inquisitoriales y de las de la Revolución francesa.

Gracias a antiguos amigos logró volver a España durante la reacción termidoriana, la Inquisición le perdona a su regreso y acaba sus días en 1803 en la casa de campo que poseía en las cercanías de Baeza. No cabe duda de que la vida de Olavide, aun sin entrar en detalles y obviando la parte más novelesca y hasta escabrosa, resulta una formidable novela.<sup>17</sup>

<sup>1</sup> A lo largo de esta biografía irán apareciendo también los errores y frustraciones del reinado.

- 2 Los nuevos planes de Salamanca y Alcalá fueron acordados en 1771 y 1772.
- 3 Gil de Zárate (Antonio): «De la instrucción pública en España».
- 4 Llamados así por el manto que llevaban, parecido al de los actuales tunos.
- 5 En la «Instrucción reservada» de Floridablanca se diagnostica que «la ociosidad, holgazanería y falta de industria de los pueblos, la libertad en el uso de armas, la desertión de mis tropas y otros delitos y travesuras que dan causa a perseguir las justicias a los reos, son tres manantiales de contrabandistas y defraudadores».
- 6 Jovellanos, al pasar por Villacastín, cuando iba a Gijón, repara en que con un sistema de pozos, aquellas pobres tierras se convertirían en fértiles huertas.
- 7 Se construyeron los grandes embalses de Puentes y Valdeinfierno, éste el mayor de Europa hasta entonces. El de Guadarrama, que habría sido aún mayor, verdaderamente gigantesco, no pudo terminarse, porque se derrumbó cuando pasaba de los cincuenta metros de altura. Fue algo así como un símbolo de la España de la Ilustración, querer llegar demasiado alto y demasiado lejos cuando el país no daba para ello.
- 8 Portazgos, o sea como en nuestros días, el problema del pago del tránsito por autopistas y autovías y la necesidad de ingresos para la conservación de las mismas.
- 9 El monopolio creado por Carlos III dio lugar al mejor servicio de correos del mundo, con reparto domiciliario, buzones, pliegos certificados, tarifas reducidas para libros, periódicos, impresos, etc... Algo insólito para la época.
- 10 Se crearon manufacturas menores de lino, cáñamo, lana y algodón, prohibiéndose la importación de guantes, medias, fajas, sombreros... También se prohibió la entrada de lienzos pintados. Todo con el fin de proteger la mano de obra nacional.
- 11 El comercio libre de España con sus Indias se inspiraba, con palabras del propio Rey, «en el paternal amor que me deben todos mis vasallos» (1778).
- 12 Cabarrús era un imaginativo comerciante francés, protegido de Floridablanca, y en cambio muy atacado por el famoso político Mirabeau.
- 13 Los inspectores generales de este desarrollo militar fueron los generales Ricardos y O'Reilly, que se distinguirían en las guerras de Italia y de la Convención.
- 14 Thurriegel había servido a las órdenes del rey de Prusia, lejano colega y buen amigo de Carlos III. Al osado protagonista le recomendó el representante personal de nuestro rey en Viena, conde Malsoni. El primer plan de Thurriegel fue enviar los colonos a Puerto Rico y otras islas de las Antillas. Antes creó una fábrica de espadas al modo de las famosas de Solingen. En suma, un imaginativo aventurero, clásico del siglo XVIII.
- 15 Antes de Thurriegel, don Alfonso de Albuquerque trajo a España ciento cuarenta familias griegas procedentes de Ajaccio, y don Juan Antonio Yauco introdujo cien familias suizas. Carlos III ordenó que se pagara a todos el transporte.
- 16 Carta de Olavide a Roda (7-2-1776). Figura en el archivo de Simancas.
- 17 Sobre las colonias de Sierra Morena, sus problemas y dificultades, la asimilación de minorías germánicas, los extranjeros útiles y los problemas demográficos de la España de Carlos III, ha escrito páginas esclarecedoras el catedrático señor Palacio Atard en su obra «Los españoles de la Ilustración» (Ed. Guadarrama, Madrid 1964), admirable estudio de toda la época.

# **XIII**

## **POLÍTICA EUROPEA Y MEDITERRÁNEA DE CARLOS III**

Políticas de Fernando el Católico y de Carlos III.—El equilibrio europeo.—Entre Francia e Inglaterra.—Preferencias por los caminos del mar y de las Indias.—Realismo internacional de Carlos III.—Actitud inglesa.—El Tercer Pacto de Familia.—Política de Luis XV.—Paz de Versalles de 1783.—Relaciones con Portugal y matrimonios portugueses.—Carlos III y los asuntos italianos.—Atención al norte de África.—Frágil alianza con Marruecos.—La espalda de España.—Paz con Turquía.—Amistosa relación con Federico II de Prusia.—Interés de Catalina II de Rusia por lo español.

Creo que en una revisión histórica, Fernando el Católico aparecerá siempre como un maestro de la diplomacia, y como el rey que mejor delineó y desarrolló la política exterior de su tiempo.

Es cierto que las circunstancias europeas habían variado mucho desde fines del siglo XV en relación a las del xviii. Pero hay factores geopolíticos casi invariables a través de la historia de nuestro mundo occidental y, en función de los mismos, me parece que a Carlos III le habrían venido bien unas lecciones de su glorioso antepasado.

Cierto es también que en el reinado de Fernando VI e incluso en el de Felipe V, se habían iniciado los pasos para volver a los objetivos exteriores fundamentales para España, en especial para ser de nuevo una potencia en los mares. Sin embargo, llegábamos a los reinados de la nueva dinastía condicionados por la vinculación familiar y política de los famosos Pactos con los Borbones franceses, y no solía ser buena la preferencia por esa alianza frente a otras posibles, ya que la experiencia demostraba una clara tendencia a la subordinación.

Vicente Palacio Atard es uno de los historiadores que mejor profundiza en el estudio de la política exterior de Carlos III. Acusa a nuestros gobernantes de haber tenido en ocasiones una visión mesetil y continental de esa política. Creemos que esta idea no la extiende más allá de nuestras costas y de los Pirineos, pues allende esa frontera montañosa a nuestros políticos, reyes incluidos, les había faltado, casi siempre, una visión clara y global de Europa, salvo en la perspectiva austracista del imperio, que nada tenía que ver con nuestro sentido del reino, consolidado a lo largo de la Edad Media. Excluimos, desde luego, de estas limitaciones a Fernando el Católico, único rey hasta el

periodo que ahora historiamos, capaz de iniciativas y de altas concepciones originales y ambiciosas de la política europea continental de España, con vigorosa proyección mediterránea y atlántica.

No tenía motivo nuestro país en tiempo de Carlos III de mirar con papanatismo admirativo y afán de tomar lección a una Europa que en nada era más que nosotros, gracias a la espléndida labor precursora de los ministros de Fernando VI, al desfondamiento de las grandes potencias después de las tres sucesivas guerras de Sucesión, y dada la comunidad de estilo y modos que había imprimido la internacional de los príncipes al siglo XVIII, tanto en política como en arte, en la administración como en el urbanismo, en la música como en las concepciones filosóficas. Entrábamos por aquellos días perfectamente en el sistema del equilibrio europeo, «balance of powers» y en paz con todos. Así que nada nos obligaba esencialmente a seguir la política de otras potencias, a vincularnos a sus intereses.

¿Qué afectos íbamos a tener a una Inglaterra que retenía Gibraltar y Menorca e incordiaba nuestro comercio ultramarino<sup>1</sup>, a una Francia que nos comprometía en sus conflictos y luego negociaba a nuestras espaldas, o a una Austria que seguía intrigando y conspirando contra nuestros intereses en Italia?

Era lógico que la España de Carlos III volviera los ojos al Atlántico y al Mediterráneo, los caminos del mar de Castilla y de Aragón; que viera en los Pirineos una pared montañosa entre vecinos y parientes, pero pared al fin y al cabo, y que diera preferencia absoluta a la protección de sus costas, en la Península, en América y hasta en el Pacífico, vulnerable a los ingleses y a la naciente expansión rusa. Es la confirmación de la política de Ensenada que Carlos III siguió al pie de la letra.

«Mi primera preocupación como rey de España será poner en seguridad las Indias españolas» —decía don Carlos al embajador Ossun<sup>2</sup>, cuando todavía era Carlos VII de Nápoles.

En Europa, el creciente poderío prusiano dio lugar a tensiones con Austria y originó el «renversement des alliances» porque Francia buscó el apoyo de Viena ante el acercamiento de Inglaterra al victorioso Federico II de Prusia, gran figura de la época, que analizaremos, junto a los demás monarcas contemporáneos, en sucesivo capítulo. La Gran Bretaña va a dejar al rey prusiano que se ocupe del continente, para así tener las manos libres en los mares y en las colonias.

No conviene olvidar otro factor político en las fronteras del continente, la declinación del poderío turco, un riesgo de conflicto en el Oriente donde «el hombre enfermo de Europa», la Sublime Puerta, empieza a despertar las ambiciones comerciales y expansivas de todas las potencias europeas, en especial Rusia, que mantiene su pretensión histórica hacia el Mediterráneo.

\* \* \*

El tema clave en la política exterior de Carlos es América, el Atlántico. No lo había sido de sus predecesores. Al llegar al trono se le plantea un dilema: ¿Francia o Inglaterra? Los reinos que dejó en manos de su hijo Fernando, un niño bajo la segura tutela de Tanucci, no plantean problemas, y tampoco los ducados, Parma, Piacenza y

Guastalla, en buenas relaciones con las viejas y todavía fuertes repúblicas marineras de Génova y Venecia, así como con Turín. El conjunto italiano presenta una cómoda línea de neutralidad sin vacilaciones que le asegura la paz durante el reinado de Carlos III. Con razón decía Fernán Núñez que «il nostro Carluccio» bien merecía un monumento de norte a sur de la península itálica.

Precisamente de Nápoles venía el resentimiento de Carlos III contra los ingleses, de aquellos días de 1742 en los que una poderosa flota británica le hizo claudicar, obligándole a una forzada neutralidad en sus problemas con Austria. Ya lo vimos en anteriores capítulos.

Pero no era rey don Carlos como para dejarse llevar de inquinas retrospectivas, de arranques sentimentales ni de reacciones apasionadas. Sopesa los pros y los contras de las alianzas y pone por delante de los Pactos de Familia el realismo de valores permanentes y circunstanciales de los que España no puede hacer abstracción. Dura contradicción íntima de Carlos III, que queriendo, cerebral y políticamente, ser amigo de Inglaterra y verse libre de ataduras borbónicas, tuvo que guerrear contra los ingleses, aliado con Francia.

Inicialmente el rey hizo todo lo posible por mantener la neutralidad armada de tiempo de Fernando VI y que, al principio del reinado, hizo todo lo posible para acercarse a Inglaterra, manteniendo como secretario de Estado a Ricardo Wall.

«Los franceses no se unen con mi genio ni con mi manera de pensar» —decía el monarca—. Y lord Bristol, embajador británico, comentaba: «El rey don Carlos no quiere que sus Estados se rijan por los consejos de los franceses».

No obstante, cuando se trata con un país como la Gran Bretaña no basta con buena voluntad y mejores razones de una parte frente al intransigente y tozudo orgullo de los gobernantes de las islas de más allá del canal. Tanto en Inglaterra como en España se vivía una etapa de crisis de viejas formas políticas y económicas, pero mientras en nuestro país Carlos III dirigía una evolución flexible y acomodaticia, la Inglaterra de Jorge III seguía aferrada a los principios de Isabel I en lo que se refiere a España. Prejuicios religiosos, rivalidad comercial, piratería... Una serie de condicionantes ideales para excitar un patriotismo popular que ocultase los graves problemas internos con el fantasma de la España de Felipe II. Así trataban también de consolidar una unidad nacional poco segura<sup>3</sup>.

Por nuestra parte, lo lógico era negociar con firmeza el retorno de Gibraltar y Menorca, proteger la navegación con las Indias y poner remedio a los perjuicios producidos por la paz de París.

Frente a las dificultades opuestas por los ingleses, Carlos III mantuvo una postura personal de acercamiento y de paz, con cautela y tranquila reserva. Lord Rochefort, embajador en Madrid, así se lo escribía a lord Halifax el 13 de enero de 1764: «Ciertamente que Su Majestad Católica no deseaba romper con nosotros...»

Pero Jorge III, presionado por una prensa belicista y por varios políticos, Pitt en especial, se dirigía así a la Cámara de los Lores:

«Cualquier esfuerzo de vigor y prudencia debe ser realizado para repeler la guerra más injusta e infundada que se ha dirigido nunca contra la Corona y el pueblo de la Gran Bretaña y para derrotar a la peligrosa confederación de la Casa de Borbón». Vemos así que cuando uno no quiere es imposible la aproximación, si bien conviene matizar que parte de la opinión inglesa, políticos y prensa también, se daban cuenta de las diferencias entre España y Francia y trataban con buen criterio de ahondar el abismo entre los dos reinos borbónicos.

El «Gazeteer and Daily Advertiser» decía, por ejemplo: «De esa notoria antipatía, unos ministros más capaces que los nuestros habrían extraído grandes ventajas... Se sabe que los ingleses no tienen ni la mitad de odio a Francia que sienten los españoles».

Varios son los historiadores que creen que los gobernantes británicos contemporáneos de Carlos III «desatendieron las amplias posibilidades de avenencia con España que ésta les ofrecía y contribuyeron con su rigidez a estrechar nuestros lazos con Francia. ¡Qué distinta hubiera sido la configuración de la política mundial si se hubiera abierto ya entonces la amistad entre ambos países».

\* \* \*

Se preguntan los historiadores si el tercer Pacto de Familia de 1761 fue un «affaire de coeur» o una alianza natural y objetiva. Palacio Atard cree que hubo de las dos cosas.

En 1759 se había negociado en Londres inútilmente para resolver varios problemas pendientes con Inglaterra, los apresamientos de nuestros barcos por sus corsarios, las pesquerías de Terranova, los establecimientos clandestinos ingleses en las costas de Honduras... Flotaban en el ambiente, sin posible planteamiento inmediato, los temas más graves: Gibraltar, Menorca, la agresiva alianza anglo-portuguesa con la cuestión de la colonia de Sacramento en medio... Carlos III intentó durante dos años algún arreglo, siquiera parcial. Para ello envió a Londres como embajador al conde de Fuentes, pero tropezó con la total intransigencia del primer Pitt.

Por aquellos días Inglaterra había conquistado Quebec a los franceses, completando su dominio del Canadá y rompiendo el supuesto equilibrio americano nacido en el Tratado de Utrecht. Es un factor que influye en Carlos III que ve en la aproximación a Francia el único modo de cortar el expansionismo imperialista inglés en América, grave riesgo para nuestras colonias.

Luis XV y su ministro Choiseul ven un aliado ideal en España. Pretenden convertir a Francia en el árbitro de la política europea. Para ello se han acercado a su tradicional enemiga, Austria, contrapesando así la aparición en escena de dos potencias emergentes inéditas: Prusia y Rusia, ambas muy galanteadas por los ingleses.

Sin entrar en detalles conviene saber que los historiadores reconocen en Luis XV ambiciones y laboriosidad que contrastan con cierta fama de «roi fênant», entregado a los placeres y a los caprichos sucesivos de sus amantes, la marquesa de Pompadour y la condesa de Du Barry. Y Choiseul, fastuoso, ameno y flexible, con experiencia militar y diplomática, era el ministro ideal para negociar con Grimaldi y lograr fácilmente la firma de la alianza franco-española en 1761.

Si Inglaterra hubiera seguido una política más hábil y elástica no le habría costado mucho cortar de raíz la eficacia del Pacto de Familia. Floridablanca, que empezaba a ser el hombre más influyente cerca de Carlos III, estaba lleno de prevenciones contra los franceses. Lo expresa claramente en su Instrucción Reservada:

«Como la Francia ve y conoce toda la utilidad que les resulta de nuestra unión y está orgullosa con la fuerza de su gran poder, pretende y pretenderá siempre sacar de la España cuantas ventajas sean imaginables... Conducirnos como una potencia subalterna y dependiente a todos los designios y aun guerras de la misma Francia y disminuir o detener el aumento de fuerzas y prosperidad de la España para evitar que la compita o intente sacudir el yugo o dominación que desea...»

Las ideas de Floridablanca, y por tanto, de Carlos III, no podían estar más claras. Ambos estaban decididos a emplear «todos los cuidados de la sagacidad y circunspección españolas» y así se lo expresa con energía el ministro al embajador francés Montmorin. Los historiadores franceses advierten unánimes la falta de ganas de los españoles para cumplir el Pacto de Familia.

A esta tensión se había llegado después de la experiencia de unos años, hasta 1770, a los que Palacio Atard califica de «luna de miel» hispano-francesa. Luis XV nos había ofrecido la Luisiana para compensar las pérdidas españolas en la Paz de París, entre otras, las Floridas.

Pero el idilio circunstancial terminó cuando Francia nos negó ayuda en el conflicto que manteníamos con Inglaterra por las islas Malvinas, lo que nos llevó a un «compromiso ignominioso» (palabras de lord Chathan) suscrito por el embajador español Masserano en Londres.

España, en adelante, será aliada de Francia, pero ya no irá a remolque.

Lord Bristol ya había dado a Pitt su opinión sobre Carlos III:

«Perteneciendo a la familia de los Borbones... no quiere que sus estados durante su reinado se sigan por los consejos de los franceses como acontecía en tiempo de Felipe V».

La actitud más firme de la diplomacia de Carlos III llevó a la paz de Versalles de 1783, que fue como una rectificación parcial de las pérdidas de la pasada paz de París. Nada se logró en cuanto a Gibraltar<sup>4</sup>, pero se recuperó Menorca y también se recuperaron las Floridas y las zonas ocupadas clandestinamente por los ingleses en Centroamérica y el Caribe, con lo que, por el momento, se cerró el golfo de Méjico a la expansión británica.

\* \* \*

Nos hemos referido ya a la dependencia que vivía Lisboa respecto a Londres desde el tratado de Methuen y otros acuerdos en 1703, dependencia que produjo conflictos y hasta guerra con nuestros vecinos peninsulares en las lejanas regiones del norte del Río de la Plata. La Colonia de Sacramento era motivo de litigio desde 1680, y desde 1766 había aumentado la presión portuguesa en la Laguna de los Patos, Rio Grande do Sul.

Carlos III, aprovechando que Inglaterra estaba ocupada con la insurrección de sus colonias norteamericanas, decidió liquidar los problemas del Río de la Plata e iniciar una

aproximación hacia Portugal, país por el que siempre había tenido particular afecto. Floridablanca fue pieza esencial en esa política de unión y amistad entre las dos Cortes, en la favorable coyuntura de la muerte de José I, que señalaba «el fin del poder omnímodo del ministro Pombal, dispuesto siempre a hacer el juego británico». El profesor Palacio Atard constata que fue entonces cuando se buscaron los enlaces dinásticos con la Casa de Braganza, con la esperanza de facilitar algún día, por ese pacífico medio, la reunión de los dos reinos. Por si un día faltaba sucesión masculina, ya que el príncipe de Asturias tenía sólo un hijo —el futuro Fernando VII—, se pensó en casar al infante don Gabriel con la infanta portuguesa María Victoria y también en restablecer el antiguo orden sucesorio de las Partidas. De este modo, el matrimonio de la infanta Carlota Joaquina con el príncipe don Juan de Portugal tendría posibilidades de llegar un día a un trono único peninsular.

Los dos matrimonios portugueses quedaron concertados en 1785, con gran satisfacción de las dos Cortes. Floridablanca estaba feliz. Son enlaces —decía— que han de repetirse siempre que haya ocasión para ello porque reafirman la amistad, preparan derechos sucesorios comunes e impiden matrimonios con competidores de la Corona española...

\* \* \*

Carlos III tenía múltiples motivos para sentirse un rey mediterráneo. Su preocupada visión de los asuntos atlánticos a los que dedicó, con mayor o menor acierto, gran parte de su acción política exterior, no le alejó de atender la vertiente mediterránea de España, lo que prueba lo universal de su reinado, su enorme capacidad para conseguir que la presencia de nuestro país en el concierto de las grandes potencias volviera a ser la de los mejores momentos de la historia. El rey, acusado por algunos de indolente, de corto de alcances, de pseudo-ilustrado sin ilustración, probó con los hechos que nada dejaba al azar, que en esencia, presencia y potencia el pequeño rey cazador era el más digno descendiente de los Reyes Católicos.

Carlos III había sido durante muchos años gran duque y rey en la Italia del xviii. Era el heredero de toda una estirpe que dominó el Mediterráneo durante siglos, los reyes, príncipes y condes de Aragón y del casal de Barcelona, ciudad donde había sido recibido en triunfo al llegar a España. De ahí su predilección por Cataluña sin que por ello dejara de ser el rey atento a todos los rincones de España y el mejor alcalde de Madrid.

En su reinado logra mantener neutralizada a la península itálica, en la que reinan su hermano al norte y su hijo al sur. Paz desde los Alpes hasta Sicilia, en armonía con las «viejas señoras», Venecia, Génova y Saboya, a las que don Carlos llama «las puertas principales de Italia». Y manteniendo al propio tiempo una buena inteligencia con el Imperio austriaco, reforzada por los matrimonios con la casa de Habsburgo.

Pero tanto Italia como España tenían, y tienen, enfrente la costa africana.

Carlos III tenía plena consciencia de que el Magreb constituía algo así como el escudo a la espalda de España, que podía convertirse en cualquier momento en ariete agresivo, como lo fue en otro tiempo. Europa se defendía en el Mediterráneo y nuestra península era la avanzada y el puente, según los casos.

Parece ser que los dos monarcas, Carlos III y el marroquí Sidi Mohamed ben Abdallah, tenían ideas pacíficas, buen momento para poner fin al estado de guerra endémico, para transformar —en palabras del profesor Rodríguez Casado, citado por Palacio— «de enemigo tradicional en auxiliar poderoso»<sup>5</sup>.

En el tratado de 1767 se garantizaba la paz marítima, la salvaguardia frente a los piratas, el monopolio de la pesca y otras ventajas mercantiles.

Pero los moros son así: en plena euforia amistosa, Sidi Mohamed atacó en 1774 la plaza de Melilla y el Peñón de los Vélez, siendo detenido por los defensores españoles.

En 1780 se renovó la alianza, lo que nos vino muy bien porque estábamos en plena guerra con los ingleses. Se cerraron los puertos marroquíes a los barcos británicos, mientras los nuestros podían utilizarlos libremente.

Floridablanca se dio cuenta de que el posible sucesor de Mohamed ben Abdallah podía cambiar de política. Era esencial apoderarnos de toda la costa marroquí situada frente a las nuestras, teníamos que tener en nuestras manos las llaves del estrecho de Gibraltar. Para conseguir este objetivo y asegurar el comercio y la navegación en el Mediterráneo, era preciso pactar con Turquía, la Sublime Puerta, conocida por entonces como «el enfermo de Europa».

La paz con el Sultán turco fue un acontecimiento diplomático después de siglos de hostilidad. Se firmó en Constantinopla en 1782, venciendo las intrigas de nuestro aliado francés, tan poco de fiar, que hizo todo lo posible para evitar nuestro acuerdo con los turcos. Es decir, lo contrario de lo que hacía el rey francés de tiempos de Fernando el Católico, de Carlos I y de Felipe II, que se aliaba con los turcos para luchar contra nosotros. Lo veía claro Floridablanca cuando escribía al conde de Aranda, entonces embajador en París, diciéndole que «esa Corte (Francia) nos ha engañado con el turco y los argelinos... Ahora han sabido que nosotros podríamos descubrir sus enredos...» En cambio, en nuestros propósitos vino a ayudarnos el deseo del sultán por lograr la alianza de Carlos III para fortalecer su posición frente a las ambiciones de Catalina II de Rusia<sup>6</sup>.

La paz hispano-turca fue seguida de arreglos con las regencias berberiscas de Trípoli, Túnez y Argel. Se conseguía así reducir la piratería norteafricana, lo que había sido imposible por la fuerza de las armas. Carlos III podía así escuchar las palabras optimistas de Floridablanca:

«La bandera española se ve con frecuencia en todo Levante donde jamás había sido conocida»<sup>7</sup>. La mayor aspiración española sería entonces lograr la neutralización del Mediterráneo, lo mismo que las potencias habían acordado con el Báltico. Lo esencial, paso previo, tendría que ser un acuerdo con Inglaterra, con la ingenua intención de llegar a una negociación pacífica que nos devolviera Gibraltar. Y desde luego, si era posible, como decía el propio rey «pensar en adquirir la costa de Africa que hace frente a la de España en el Mediterráneo, antes de que otros lo hagan». Como dice Palacio Atard, no se trataba de algo local, aislado y circunstancial, sino que afectaba, y afecta, «al interés colectivo de Occidente, en el que todos tenemos que sentirnos solidarios»<sup>8</sup>

\* \* \*

No podríamos dejar este capítulo relativo a la política europea y mediterránea de Carlos III sin una breve referencia a las dos potencias emergentes en la política continental, Prusia y Rusia.

Federico II de Prusia era una figura atractiva, estaba de moda, y hasta España había llegado el interés por su política y por su poder militar.

El duque de Liria, a su paso por Berlín camino de la embajada en San Petersburgo, había informado a Carlos III:

«Es muy lindo y de grandes esperanzas; es liberal, atento y reservado; gusta mucho de la lectura y de la música (ambas cosas interesaban bastante poco a nuestro rey, que, no obstante era hombre culto)...; está tan amado de todos como el Rey está aborrecido». El elogio se refería al príncipe que sería Federico II. Este, una vez en el trono, estudió con afán las «Reflexiones militares» del marqués de Santa Cruz de Marcenado, demostrando gran admiración por esta obra y por su autor. Lo prueba la contestación que dio al conde de Colomera, que había ido a Berlín comisionado para conocer los principios militares del Ejército prusiano: «¿A qué venís, a aprender una táctica que yo he aprendido de España?»

También admiró Federico II el Grande las campañas del general español Gages en Italia y, siendo príncipe, quiso ir a ponerse a sus órdenes.

Una comisión militar, de las muchas españolas que recibió el Rey, ésta presidida por el Conde de Aranda, se trajo a España como recuerdo la marcha de un regimiento de granaderos, que se convertiría en nuestra Marcha Real.

Federico II fue gran conocedor de la cultura española. En su correspondencia cita con frecuencia a Cervantes, Gracián, Lope, Quevedo... Decía que podíamos ser el país más rico de Europa pero no éramos laboriosos, ineptos para el comercio; nos dejábamos arrebatar los tesoros del Nuevo Mundo y la superstición nos llevaba a la debilidad. No obstante, a la admiración que España sintió por él, correspondió con una sincera amistad. En la Academia de Ciencias de Berlín el abate Denina dio la más cumplida respuesta a la leyenda negra difundida por Mason de Morviliers en el célebre artículo de la «Encyclopedie française»<sup>9</sup>.

Las relaciones diplomáticas con Prusia se habían establecido en 1741. Al rey Federico le agradó la subida al trono de Carlos III porque conocía su personalidad e intenciones que le resultaban muy gratas. Las relaciones entre los dos monarcas y entre los dos países fueron muy intensas y cordiales, lo que no impidió que Federico diera acogida en Prusia a varios jesuitas expulsados de España, curiosa e interesante actitud del rey protestante y un tanto volteriano y racionalista.

Mientras tanto, España pagaba la construcción de un templo católico en Berlín.

Con motivo de la guerra contra los ingleses, Carlos III, por medio de Floridablanca, incrementó las gestiones para contar con la amistad del rey de Prusia, lo que consiguió de «aquel glorioso monarca, habiendo logrado Vuestra Majestad adquirir y tener un buen amigo en aquel soberano hasta su muerte».

Y era cierto. Aranda nos cuenta que el gran monarca le dijo un día en Postdam: «De todos los soberanos de Europa no envidio sino vuestra Corona».

Resulta admirable comprobar cómo la acción diplomática de Carlos III se abre de modo extraordinario a todos los horizontes y se logra la incorporación de países nuevos al mapa de nuestra política exterior.

Catalina II de Rusia sentía gran curiosidad por todo lo español y recibía abundante información de nuestro país. Claro es que las fuentes europeas de la época tenían todas un tinte común, el del enciclopedismo ilustrado, lo que caía bien a la emperatriz, llena de prejuicios anticatólicos. Doña Catalina hacía compatibles su ortodoxia y sus libres costumbres. A sus ideas sobre España como país inquisitorial y fanático se unía un cierto resentimiento por la actitud de Carlos III en la sucesión de Polonia.

Había que vencer prejuicios para impedir la unión de Rusia con Inglaterra. La aproximación podría conseguirse mediante ventajas comerciales que compensaran la actitud rusa que había llegado a ofrecer tropas y barcos a la Gran Bretaña para luchar en América. Era una vía indirecta para facilitar la creciente expansión de los rusos en las costas del Pacífico, grave peligro para la California española, en pleno desarrollo en tiempo de Carlos III, auténtico monarca protagonista de nuestra presencia en aquellas lejanas tierras, hasta el litoral de Alaska. De ello advertía con detalle don José de Gálvez al virrey de Nueva España, Bucareli, que inmediatamente pidió ayuda a Madrid.

Estos conflictos diplomáticos se contrapesaban con el incremento de las relaciones comerciales. España compró en Rusia abundantes suministros para nuestra flota y grandes cantidades de trigo, que se incrementaron en las épocas de guerra. Por otra parte, la amistad española interesaba a Catalina II a causa de sus aspiraciones de presencia en el Mediterráneo, para lo que era indispensable contar con la benevolencia de la poderoso escuadra española.

En marzo de 1780, la emperatriz de Rusia firmaba la famosa declaración de neutralidad armada, que defendía los principios de libre navegación y fijaba estrictas normas para limitar los bloqueos. España se adhirió a la declaración rusa, lo que produjo el mejor efecto en San Petersburgo, así como el ofrecimiento de respeto y ayuda a la flota rusa que se dirigía al Mediterráneo, decisión de nuestro Ministro de Marina siguiendo órdenes de Carlos III, el rey abierto a todos los horizontes y siempre con el poder de decisión en su mano.

<sup>1</sup> Ultramarinos, simpático nombre que ha ido desapareciendo de nuestras tiendas de comestibles.

<sup>2</sup> Ossun pasó luego a ser embajador de Francia en Madrid.

<sup>3</sup> Los nacionalismos de Escocia e Irlanda eran cada día más virulentos.

<sup>4</sup> El tema de Gibraltar a lo largo del reinado será tratado en un apéndice al final de esta obra.

<sup>5</sup> En España, por razones religiosas y más todavía después de la expulsión de los jesuitas, se veía con malos ojos la negociación con los turcos, cuando éstos tenían ya relaciones hasta con el Papa y con el reino de las Dos Sicilias, el del hijo de Carlos III.

6 «El sostener a los turcos debe limitarse a la necesidad de contener la ambición de otras potencias, sin fortificar y cultivar la de los turcos» (Floridablanca).

7 Sí era cierto en cuanto a la bandera española. No así en cuanto a sus colores, que con la Corona de Aragón habían llegado hasta los últimos confines del Mediterráneo.

8 El acuerdo con Turquía fue ratificado con la llegada a San Ildefonso de un enviado del Sultán cargado de valiosos obsequios.

9 «Que doit-on à l’Espagne». Denina era de Turín.

## XIV

# CARLOS III Y LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Carlos III ante graves decisiones históricas.—Lección del Rey al futuro Carlos IV.—Retirada de Grimaldi.—Floridablanca, Secretario de Estado.—Palabras de Mr. Stanton Griffis.—Declaración de Independencia de las colonias inglesas en América del Norte.—Belicismo oportunista de Francia.—Ocho razones para la neutralidad española.—Corrientes antibritánicas en España.—El pacífico Carlos III, entre la espada y la pared.—La Corte inglesa quiere la guerra: ¡la tendrá!—Comienza la ayuda española a los colonos. Inteligente dictamen de Floridablanca.—Popularidad de la guerra contra los ingleses.—Grandes envíos de armas, municiones y dinero.—Francia se apunta los tantos.—Todos nos ofrecen Gibraltar.—Rivalizan en patriotismo Aranda y Floridablanca.—¿Pierde protagonismo el Rey?—Victorias militares de Gálvez en el golfo de Méjico.—Relaciones diplomáticas con los Estados Unidos.—El mayor error, la más grande frustración del reinado.

Nos hallamos ante una de las coyunturas más importantes y de más trascendencia histórica en la política exterior de la España moderna, y ante una de las cuestiones más controvertibles del reinado de Carlos III, tal vez la única a la que tenemos que criticar negativamente desde la perspectiva que nos ofrecen los dos siglos transcurridos desde entonces.

Al enfocar la actitud española en relación con la guerra de independencia americana, debemos tener en cuenta dos principios casi axiomáticos. Uno, que, como decía el doctor Marañón, a los gobernantes, a los personajes históricos, hay que juzgarles por las consecuencias de sus actos. Otro, que no se pueden juzgar los hechos del pasado con la mentalidad y criterios de nuestros días.

En unas circunstancias dramáticas en la vida de las potencias europeas, en unos años en los que se estaba produciendo un cambio copernicano en la política mundial, en un tiempo de aparición de nuevos y poderosos factores socioeconómicos en la escena internacional y hasta de una profunda crisis de valores que parecían inalterables, el rey Carlos III se va a ver en la necesidad de tomar graves y trascendentales decisiones.

Para poder analizar con brevedad y posible acierto la política de nuestro monarca en aquellos días, será conveniente dedicar la atención para ver cuál era el entorno del

monarca, los elementos con los que contaba para gobernar y decidir.

Llevaba muchos años al frente de la Secretaría de Estado el marqués de Grimaldi, fiel colaborador del rey, hombre suave y enemigo de violencias. La camarilla del llamado partido aragonés pretendía desbancar al veterano don Jerónimo y llevar al cargo al conde de Aranda, su jefe y actual embajador en París. Contaban con la ayuda de don Ramón Pignatelli, hermano del conde de Fuentes, bien situado en Palacio, y sobre todo, con la de los príncipes de Asturias, el futuro Carlos IV y la inefable María Luisa, ambiciosa e intrigante «a nativitate». Contribuía a esta campaña el jefe de la casa de los Príncipes, el duque de Vistahermosa, que iba censurando por todas partes a Grimaldi como culpable del fracaso de la expedición a Argel.

El Secretario de Estado no era viejo, pero a sus cincuenta y seis años de edad estaba cansado y quería retirarse. Carlos III, como siempre fiel a sí mismo y a sus fieles, se resiste, no quiere cambiar de caras. Está al tanto de las intrigas de su hijo, un monumento de torpeza y de tristes augurios para el futuro, y le reconviene con ternura y severidad: «Te pido que medites bien porque con tu carácter vivo y poca experiencia no juzgas claro y vendrá un día en el que te arrepentirás... Es menester que entiendas que el hombre que critica las operaciones del Gobierno, aunque no fuesen buenas, comete un delito y produce entre los vasallos una desconfianza muy perjudicial al soberano, porque se acostumbran a criticar y a despreciar todas las demás... Por último quiero hacerte una observación muy importante: las mujeres son naturalmente débiles y ligeras, carecen de instrucción y acostumbran mirar las cosas superficialmente...».

Fiel reflejo estas palabras del Rey de una mentalidad alejada por un abismo de la de nuestro tiempo en cuanto al concepto del poder y de la crítica, así como la condición femenina. Pero muy clara visión de los riesgos que para el porvenir iban a representar el príncipe de Asturias y su consorte.

Por fin accede Carlos III a los deseos de Grimaldi y le aleja del Gobierno nombrándole embajador en Roma, cargo que le iba a la medida para sus últimos años de leales servicios a España y a la Corona.

El partido aragonés esperaba que el rey llamara a Aranda y grande fue su decepción cuando vio designado como primer Secretario de Despacho, ministro de Estado, al más eminente de los golillas, el conde de Floridablanca. La rivalidad política y personal de éste con Aranda iba a ser uno de los aspectos más interesantes del reinado, grandes patriotas los dos, leales a su Señor y polos opuestos entre sí, con tozudez aragonesa y persistencia murciana hasta el final de sus días.

Cuarenta y ocho años tiene don José Moñino cuando llega a la Secretaría de Estado, lleno de experiencias y capacidades. Allí seguirá hasta la muerte del Rey y aún después. Ya nos ocuparemos de su personalidad y de la de Aranda en páginas sucesivas. Ahora vamos a irnos acercando a los episodios y escenas esenciales que corresponden al título de este capítulo.

\* \* \*

Hace ya muchos años, en 1952, pronuncié una conferencia en la Universidad de Barcelona sobre la intervención de España en la guerra de independencia de los Estados

Unidos. La iniciaba con unas palabras que había pronunciado el nuevo embajador de los Estados Unidos, Mr. Stanton Griffis, al desembarcar en Nueva York el 5 de febrero del citado año: «La ayuda que España prestó a los Estados Unidos en el momento de su independencia es un extremo que aquí los historiadores han tratado de ocultar siempre o, por lo menos, disminuir, mientras ensalzaban la ayuda francesa. Hasta ignoran que Carlos III le hizo a los Estados Unidos el primer empréstito, a fin de que pudieran comprar uniformes, municiones y pertrechamientos (sic) para su entonces descamisado Ejército, y durante quince años España pagó una tras otra, en los Bancos de Austria, Alemania, Italia y Holanda, letras a las que los Estados Unidos no podían hacer honor. Durante ciento setenta y cinco años hemos oído hablar de lo que otros países han hecho por la independencia norteamericana, pero en cambio se ha callado el socorro que nos prestó el monarca español Carlos III; uno de mis esfuerzos consistirá ahora en enmendar semejante olvido».

Al firmarse el 10 de febrero de 1763 el tratado que ponía fin a la guerra entre la Gran Bretaña y los Borbones, se había podido comprobar en la pasada contienda los enormes recursos de las colonias inglesas en Norteamérica.

Los colonos salieron conscientes de su valor y de sus posibilidades de independencia, mientras que la metrópoli confirmó la necesidad de explotar al máximo las riquezas americanas, controlando su comercio y economía.

Consecuencia de lo anterior fueron la ley del Timbre de 1765 y el famoso impuesto del Té, que dieron lugar, la primera al grito de rebeldía de Patrick Henry en la Asamblea de Virginia, y el segundo, al ser mantenido por Inglaterra, al primer choque armado en Concord en 1775, al que siguió la Declaración de Independencia proclamada en el Congreso de las Colonias reunido en Filadelfia el 4 de julio de 1776.

Francia venía siguiendo con gran atención lo que estaba pasando en Norteamérica. Había vinculado en exceso sus intereses a la posible emancipación de las colonias británicas, sin el menor altruismo, salvo el de algún pequeño grupo de idealistas y de aventureros, que nunca faltan. Para los franceses lo que contaba era su rivalidad con Inglaterra, cierto espíritu de revancha, las colonias en el Canadá y, en general, el comercio ultramarino, franquicias mercantiles y la libertad de los mares. El ministro de Negocios Extranjeros, Vergennes, era decididamente belicista mientras que el de Finanzas, Turgot, temía las consecuencias ruinosas de una guerra contra los ingleses. Se impuso la política del primero, que envió a América al conde Caron de Beaumarchais para preparar el contrabando de armas y municiones para el suministro de los rebeldes<sup>1</sup>. Otro agente secreto francés, M. de Bonvouloir, informó desde Filadelfia a Vergennes con datos que decidieron que Francia declarara la guerra a Inglaterra.

España responde con mucha reserva al clima belicoso. Hábilmente, Grimaldi contesta a los franceses pidiendo una ayuda de diez o doce mil hombres para la defensa de Santo Domingo. Vergennes se bate en retirada pero la alianza borbónica nos obliga a prestar cierta ayuda clandestina a los rebeldes.

Carlos III tiene clara consciencia de una serie de motivos que aconsejaban a España mantener una actitud neutral y expectante en la lucha de independencia americana. En

resumen esos motivos son los siguientes:

- 1º.— España había salido mejor parada que Francia de la paz de 1763.
- 2º.— España tenía extensos dominios en América, para los que sería funesto el ejemplo de la emancipación de las colonias inglesas.
- 3º.— Los informes diplomáticos del embajador inglés en París, Stormont, al conde de Aranda, quitaban toda importancia a la rebelión.
- 4º.— La Luisiana, dominio español, estaba fronteriza a la lucha y peligraba, tanto por parte de los ingleses como por la de los rebeldes.
- 5º.— Se había extendido por Europa la noticia de que Rusia había ofrecido a Inglaterra veinte mil hombres y varios barcos.
- 6º.— Al intervenir en la contienda, se advertían posibles peligros para los navíos españoles en viaje a América. Aranda avisa de este peligro para nuestros barcos de la Habana.
- 7º.— Por otro lado, Inglaterra insinuó a nuestro embajador Masserano, la posibilidad de un tratado hispano-franco-inglés para asegurarse las respectivas colonias, proposición atractiva, especialmente cuando los ingleses de Lord Howe obtuvieron la importante victoria de Long Island y cuando Grimaldi advertía que, vencidos o no los colonos, Inglaterra, de no aceptar España el proyecto tripartito, se lanzaría sobre nuestras posesiones ultramarinas.
- 8º.— En todo caso, la intervención española, en principio, sólo supondría ventajas para Francia, que como advertía Aranda a Grimaldi por despacho de 7 de Septiembre de 1776, no quería sino «suceder a la Inglaterra para dar ley al mundo y quedarse con el comercio inglés, mientras España sacaba la cara por ella».

En contra de todos estos puntos actuaba la corriente antibritánica, justificada por el continuo apoyo que había prestado siempre la Gran Bretaña a nuestros enemigos, ya fuesen marroquíes, argelinos o moros de Filipinas. Y siempre, Gibraltar y Menorca al fondo.

Esta tendencia, fomentada sin duda por Aranda desde París, logró que España se comprometiera de momento a conceder a los rebeldes una ayuda económica similar a la francesa, un millón de libras, entregada secretamente con mil subterfugios a través de varios Bancos europeos. Sin duda se trataba de una finta estratégica para salir del paso porque nuestra intervención en el conflicto no estaba, ni mucho menos decidida.

Carlos III vivía un difícil momento, pleno de dudas, una pugna entre los dos criterios opuestos que luchan por prevalecer en su ánimo. Está muy cercano el fracaso de la expedición a Argel y sabe que la flota española de Indias navega por los mares de Brasil expuesta al ataque de la escuadra inglesa. Él ama la paz por naturaleza y busca como sea un pretexto honorable por librarse de la alianza francesa. Cree hallar la solución ofreciéndose como mediador en el conflicto, una mediación que parecía ser grata al rey Jorge III, deseoso de que los buenos oficios de don Carlos convencieran a su sobrino Luis XVI para que interrumpiera sus preparativos bélicos.

Sin embargo, la mediación iba a resultar imposible. De un lado, la actitud intransigente de Vergennes; de otro, el belicismo de un poderoso grupo de políticos

ingleses, que excitando el patriotismo del pueblo y convenciendo con sus argumentos al rey, llevan al país a ponerse en pie de guerra. Es Jorge III impulsado por los «tories», quien se convierte en el más guerrero de los ingleses, persuadido de que es su papel y que la Gran Bretaña debe luchar no sólo por conservar sus colonias sino para derrotar a la odiada coalición borbónica.

En medio de las presiones de unos y de otros, Carlos III sufre una serie de amargas decepciones cuando pretende intervenir como mediador pacífico. Nada logran nuestro Encargado de Negocios, Escarano, ni el nuevo embajador, el novato en tales lides, marqués de Almodóvar. El que pongamos como base de la negociación amistosa la devolución de Gibraltar, invalida toda posibilidad de arreglo.

En resumen, Inglaterra aparta de su camino a Carlos III como si fuera un amigo oficioso y molesto. Así se lo hace ver Lord Weymouth a nuestros representantes con el lógico enfado del rey de España y de Floridablanca que exclama: «La Corte inglesa quiere la guerra. Pues bien, ¡la tendrá!».

El momento no parece malo para intervenir en la contienda, lo que es ya inevitable dada la intransigencia de unos y de otros. Los diplomáticos extranjeros ven posible incluso una invasión de las islas Británicas; el país está agotado, cargado de empréstitos, con la Marina mal armada, el Ejército con miles de bajas por desertiones, luchas internas de los partidos... Pero la energía desplegada por el rey Jorge y la patriótica reacción popular echa por tierra todos los cálculos.

El 4 de Julio de 1776 se proclama la famosa declaración de independencia de los nacientes Estados Unidos. Una pocas y pálidas estrellas comienzan a brillar en el firmamento, dice un historiador.

Hemos visto ya los motivos en pro y en contra de la intervención española. En la Historia hay momentos en que la razón pasa a un segundo plano. Una especie de fuerza ciega y profunda conmueve los sustratos históricos y se salta la lógica, la prudencia y la conveniencia. Todos estos factores, razón, pasión y voluntad llevaron a España a ayudar eficazmente desde un principio al naciente movimiento de emancipación. Veamos cómo se desarrollaron los acontecimientos.

\* \* \*

Don José de Gálvez, ministro de Marina, cumpliendo instrucciones del Rey, dirigió una Real Orden al Gobierno de la Habana para que enviase a gentes a informarse sobre la situación en Pensacola, Florida, Jamaica y colonias británicas, y poco después cursaba órdenes secretas desde San Ildefonso, el 20 de Noviembre de 1776, para que nuestros puertos admitiesen a los navíos de las colonias rebeldes y a los corsarios que llevaran presas. El mismo ministro hacía llegar a Filadelfia el estímulo español para vigorizar su resistencia. Era como respuesta a una petición que venía de largo ya que en 1754 la habían presentado los primeros resistentes al contador del Tribunal de Cuentas de la Habana, José Eligio de la Puente. De su efectividad, aun antes de existir un abierto estado de guerra, no puede dudarse, ya que Arthur Lee empleó esta noticia como principal argumento para conseguir ayuda francesa, con lo que resulta, según Henri Doniol en su «Historia» (vol.I. pág. 47), que el rey don Carlos no estaba dormido

esperando ver lo que hacían los demás, sino que, más astuto de lo que algunos creen, había movido secretamente algunos peones desde nuestra escuadra y de nuestras colonias. Prueba también de lo anterior es que el agente de los rebeldes, Arthur Lee, estuviera en España seis meses antes de que Benjamín Franklin llegara a París y seis semanas antes de que el otro agente Silas Danae desembarcara en Francia. Estos tres personajes americanos se entrevistaron con el conde de Aranda con el que se manifestaron «in perfect concert». Doniol añade que «le gouvernement espagnol était tout à fait disposé dans leur sens». Llega así el momento en el que la ayuda española empieza a manifestarse de una manera ostensible<sup>2</sup>.

Siguiendo una política que oscila entre la neutralidad benévola y la no beligerancia, camino de la intervención decidida, nuestro Gobierno cursa instrucciones para socorrer a las colonias, ordenando al tesorero de Su Majestad en París, don Ventura de Llovera, que entregue a Aranda cuatro millones de reales de vellón para el fin indicado.

El conde de Floridablanca, que acaba de llegar a la Secretaría de Estado y de Despacho, redacta inmediatamente un interesante dictamen, que eleva a Carlos III: «Vuestra Majestad puede obtener una ventaja inmediata del conflicto entre Inglaterra y sus colonias americanas si se consigue arrojar a los ingleses de la Florida y, por consiguiente, del «seno mejicano». Si dichas colonias logran la independencia, España... debería trabajar para que el poder de los americanos y su república quedasen en tal división e independencia de una provincia con otra y sus intereses tan encontrados que, prudentemente, no se recelase con el tiempo el establecimiento de una potencia formidable en las cercanías de la América española». No cabe más remedio que admirar el concepto práctico de la política exterior, la noción exacta de lo que iba a representar en un futuro no lejano la naciente nación americana en relación con nuestras colonias y como gran potencia continental. Visión que fue imposible aplicar a la realidad en aquellos años del siglo XVIII, máxime cuando el sentimiento antibritánico se había apoderado del pueblo español, que estaba dispuesto a ir a la contienda con verdadero entusiasmo, sin tener en cuenta si servíamos o no a los intereses franceses y sin conocer cuál era la voluntad del rey. Su famosa frase «con todos guerra y paz con Inglaterra» había caído en el olvido. Los prelados y los cabildos de las catedrales ofrecían grandes sumas: para ellos era ir a la lucha contra el hereje. Los ayuntamientos ofrecían sus bienes de propios y los valles frondosos, de Navarra, de Galicia o de la sierra Carbonera ponían sus maderas a disposición del monarca para construir nuevos navíos.

En este ambiente, que recuerda para nosotros el que se dio en todo el país cuando las guerras de la Convención y de la Independencia<sup>3</sup>, se inicia la ayuda de gran envergadura a los rebeldes americanos. No soy aficionado a llenar un tipo de biografías como la presente de datos y estadísticas, pero creo que para darnos cuenta de la extraordinaria aportación de España al nacimiento del más grande país del mundo contemporáneo, es preciso recurrir a los números.

Con los primeros millones entregados con autorización de Carlos III, se compraron armas, que salieron para América por la ruta de las Bermudas, la más corta y libre de ingleses: 216 cañones de bronce, 209 cureñas, 29 ajustes, 12.826 bombas, 51.134 balas

de cañón, 300.000 kilos de pólvora, 30.000 fusiles con sus bayonetas, 4.000 tiendas, 30.000 vestidos completos y plomo para balas. Fue sólo el primer envío, pero nos demuestra que esos brillantes ejércitos norteamericanos que vemos en las superproducciones históricas de Hollywood, estaban vestidos y armados por España, de lo que no hay ni la menor alusión en dichos films.

En Septiembre de 1776, el mayor general Carlos Lee, segundo jefe de los ejércitos de los Estados Unidos, pidió auxilio al gobernador de Luisiana, Luis de Unzaga y Amézaga, por medio del capitán Jorge Gibson. Ofrecía en compensación Pensacola e impetraba la protección de Su Majestad Católica.

El rey Carlos aceptó y se enviaron más armas, ropas, municiones y quina a través de la Habana, envío que salió de la Coruña en Enero de 1777. Poco después se mandó a los aún considerados rebeldes un importante embarque de pólvora de las fábricas de Méjico, fusiles de los depósitos de la Habana y grandes cantidades de paños. Aun pecando de prolijo, para más precisión diré que 9.000 varas eran de paño azul, 1.700 de blanco y 3.000 de estameña. Los géneros fueron recibidos en Nueva Orleans por el capitán Willing y Mr. Oliver Pollock.

Floridablanca, que fue tan reacio a comprometernos en el conflicto, acabó haciéndolo con mayor decisión, si cabe, que Grimaldi. No cabe duda de que cumplía instrucciones reales. No sólo proporcionó letras de cambio para pago de tropas norteamericanas y compra de armamento en Holanda, sino que ofreció el envío de algunos oficiales españoles disponibles.

Nuevos auxilios por importe de 500.000 libras fornesas, mientras Diego de Gardoqui prepara en Bilbao un gran embarque de mantas. El mismo Gardoqui manda 50.000 pesos y otros 70.000 el tesorero Ortiz de la Riba.

Los datos son monótonos pero simples y contundentes. Sigo con ellos:

1º.— Se envía a Boston un barco con 12.000 fusiles. Poco después llega a dicho puerto el «Amphitrite», cargado de armas.

2º.— El 21 de Abril se envían 50.000 pesos en letras a Lee, por orden del Bernardo del Campo.

3º.— El 24 del mismo mes, otras 81.000 libras fornesas.

4º.— El 27 de de Junio, 106.500 libras más, en letras.

5º.— El 8 de Mayo, Gardoqui manda seis navíos con géneros y anuncia la remisión de tres millones de reales cuando llegue el San Julián a Méjico.

Carlos III, con Floridablanca al lado, debía darse cuenta de que tanta ayuda estaba excediendo de nuestras posibilidades y que se estaba concediendo *gratis et amore*, con grave riesgo para nuestros galeones de Méjico y para nuestras posesiones de las Antillas. Como medida de precaución, se decidió el envío de diez mil hombres para reforzar la guarnición de Santo Domingo. Se estaba siguiendo una política altruista, muy criticable desde un punto de vista práctico. Francia, con una habilidad muy superior a su ayuda efectiva, supo conseguir desde el primer momento grandes ventajas comerciales, y segura ya de que España la seguiría, se decidió declarar la guerra a la Gran Bretaña, sin avisarnos, según su costumbre y llevándose la palma del altruismo con los insurgentes.

Modelo de maniobra hábil fue la cesión francesa del Canadá a los Estados Unidos, precisamente cuando aquellas inmensas tierras no estaban en su poder. Con ello ponía a España en una situación violenta ya que la Florida podía ser reclamada de un momento a otro por la naciente Unión.

Inglaterra, a la vista de nuestro alejamiento de Francia, pretendió ganarse la amistad española. Pero la vacilante política de Madrid ante la anglofobia de Aranda y el temperamento mediador de Floridablanca, no supo obtener ventaja alguna en la posible coyuntura favorable.

Por una parte Francia nos prometía ya Jamaica y Gibraltar; por la otra, el ministro inglés Lord Barrington escribía a nuestro Encargado de Negocios, Escarano, lo siguiente:

«La Gran Bretaña tendría una grande obligación a la España si la sacaba de sus actuales angustias y la mostraría de un modo nada equívoco su reconocimiento»<sup>4</sup>.

¿Cuál era la actitud del rey Carlos III en tales circunstancias? Después de analizar crónicas y escritos de la época, sobre todo la intensa correspondencia entre los personajes, da la impresión de que el rey ha perdido protagonismo, que los acontecimientos y la presiones contradictorias no le permiten tomar una actitud clara y decidida y que ha dejado en manos de Floridablanca —y en parte, de Aranda— el ir adaptándose en cada momento a los avatares de una situación que no puede dominar. Tal vez se va haciendo mayor y está cansado.

La buena intención y el patriotismo fueron la norma de nuestros ministros, sin que a ellos acompañase el acierto y la habilidad política. «Yo celebraré que la España saque su partido sea por el lado que fuere. No sueño sino en España, España, España», escribía Aranda a Floridablanca, que le contestaba con igual elevado tono patriótico.

¿Cuál era ese partido al que se refería el conde aragonés? ¿Por qué no lo fue el aceptar la propuesta inglesa, a los pocos meses de empezada la guerra, en la que se nos ofrecía la devolución de Gibraltar si cerrábamos nuestros puertos a los insurgentes? Y encima nos ofrecían las Floridas y la libre pesca en Terranova si les ayudábamos a reprimir la rebelión.

¿Por qué no fue nuestro partido el negociar directamente con los Estados Unidos sin la interesada mediación francesa perdiendo así una gran oportunidad histórica de amistad e intereses comunes?

Con la perspectiva de dos siglos, no se comprende cómo Carlos III se dejó arrastrar por un clima bélico artificialmente creado contra nuestros intereses, de una parte históricos (Gibraltar y Menorca); de otra, de presente, enormes gastos y riesgo para nuestros galeones y territorios antillanos; en fin, de futuro, ya no hacía falta ser adivino para saber que a la vuelta de la esquina, estaban el ejemplo y la ayuda norteamericana para la emancipación de nuestras colonias de Ultramar. Y lo que resulta paradójico es que en esa política activa en favor de la independencia de las Indias hispánicas, actuarían conjuntamente los enemigos de los años setenta del siglo XVIII, es decir, los ingleses y los norteamericanos.

Más sorprende aún la aparente desaparición de la iniciativa del rey y la ponderación de todos estos factores cuando se sabe que la susceptibilidad de Carlos III se sintió herida por las continuas faltas de consideración que el Gobierno de Versalles tuvo para con él. Más de una vez expresó lo molesto que estaba, él, el jefe de la familia, con las desatenciones de su sobrino, Luis XVI, el joven rey francés. Con más razón cuando su más cercano consejero, Floridablanca, decía al rey que consideraba aquellas circunstancias «como las más fatales para la Corona y para España»<sup>5</sup>.

\* \* \*

Para dar una idea de la ayuda española a los rebeldes norteamericanos, vamos a hacer un breve resumen de los episodios bélicos desde la declaración de guerra en 1779.

Por lo pronto, la Gran Bretaña se vio obligada a dividir sus fuerzas en el mar donde España mantenía armados 113 buques<sup>6</sup>.

Por tierra, nuestras fuerzas se ponen en contacto con los colonos a través de la Luisiana, Bernardo de Gálvez, gobernador español, les suministra socorros que agradece efusivamente Jorge Morgan, coronel de las colonias y comandante del Fuerte Pitt.

Tropas españolas ocupan varios puertos del Mississipi y después Mobile y Pensacola, expulsando por completo a los ingleses del seno mejicano.

Se organiza un ataque coordinado con los norteamericanos contra San Agustín y se sigue haciendo entrega de miles y miles de pesos a Oliver Pollock en los años 1780 y 1781. Como consecuencia de todas las maniobras combinadas, las fuerzas inglesas se retiran de Georgia.

Paralelamente a la acción militar conjunta, se iban desarrollando las relaciones diplomáticas con la nueva nación. España envía como agente a Washington al señor Miralles, que es recibido con gran deferencia y pruebas de afecto para el rey de España. No era para menos. En Madrid, el agente de las colonias era Mr. Jay. Las negociaciones llegan a un acuerdo en el que los Estados Unidos se comprometen a no firmar la paz sin nuestro consentimiento. Lo más importante es que se comprometen también a cedernos el territorio de Illinois, el interior de la provincia del Mississipi y las provincias de Florida y Pensacola, auxiliándonos en su conquista y renunciando a la entrada libre en sus puertos. Todo muy bonito, pero no tardarían en llegar las divergencias interpretativas del acuerdo...

Los nuevos encargados de Negocios fueron Carmichael en Madrid y Rendón en Washington. Precisamente, nada menos que Georges Washington al llegar a la que sería su capital, se alojó en casa del agente español Miralles y pidió a Rendón que hiciera gestiones para que Carlos III se declarara protector y defensor de los Estados Unidos. ¡Lo que va de ayer a hoy!

Gardoqui, que fue pronto el primer representante oficial en Estados Unidos, pudo ser el hombre ideal para obtener ventajas del agradecimiento de los colonos por la extraordinaria ayuda que les prestamos. Parece que las meticulosidades de la Corte de Madrid nos hicieron perder la gran oportunidad. ¿Qué hacía nuestro Carlos III?

Se dice que dos razones esenciales enturbiaron las nascentes relaciones. De un lado, el problema de la navegación del Mississipi concedida en 1795, muerto ya nuestro gran

monarca. De otro, la penuria de nuestra Hacienda. Las arcas se habían cerrado y los americanos se habían acostumbrado a recibir dinero sin tasa. Lo prueba el que el agente Mr. Jay se fue a París en cuanto dejó de recibir subsidios.

Triste conclusión a la que llegaba don Diego de Gardoqui al desembarcar en Nueva York. En despacho reservado de 1º de febrero de 1785 escribe:

«He visto que el concepto de España en los Estados Unidos es equivocado y poco decoroso». ¡A los pocos días de una ayuda tan decisiva para su independencia! Para los norteamericanos ya no contaban más que los Lafayette y los Rochambeau. ¡Qué mal debimos hacerlo! Fue el gran fracaso, el único importante tal vez, del gran reinado de Carlos III.

**1** Beaumarchais era un joven osado y de talento que había vivido en Madrid, donde tuvo una serie de aventuras y se inspiró para sus famosas obras que tuvieron extraordinario éxito en París y le hicieron rico: «El barbero de Sevilla» y «Las bodas de Fígaro». El mismo Beaumarchais pagó 40 barcos de suministro a los rebeldes americanos. Luego se arruinó. No era noble sino hijo de un relojero. Se casó con una viuda rica y de una de sus propiedades tomó el nombre por el que es conocido. Le persiguió la Revolución francesa y tuvo que irse al exilio.

**2** Arthur Lee, personalidad de gran categoría humana y política, se entrevistó varias veces en Burgos con Grimaldi, pero no logró ver al rey porque no se quería que los espías ingleses pudieran verle en Madrid. También se reunió con Diego de Gardoqui, banquero bilbaíno que tenía negocios hacía tiempo con las colonias. Gardoqui fue un personaje digno de figurar en primera línea de todos los grandes financieros vascos que desde hace dos siglos vienen contribuyendo a la riqueza española.

**3** Se ofrecían misas, se cedía parte de los sueldos, hasta se hacían disposiciones testamentarias para allegar fondos para los ejércitos.

**4** El embajador, príncipe de Masserano, se había retirado enfermo. Iba a sustituirle el marqués de Almodóvar al que remplazaría en Lisboa el conde de Fernán Núñez, el fiel cronista del reinado.

**5** Almodóvar, embajador en Londres, escribía a Floridablanca el 27 de julio de 1778: «Nosotros no tenemos ningún motivo para estar reconocidos a los franceses ni satisfechos de los ingleses. Unos y otros serán intratables si salen victoriosos». Temo que acaben entendiéndose entre ellos y que nuestras relaciones se enfrien con las dos partes».

**6** Sobre la efectividad de esta escuadra hay opiniones contrapuestas. Se dice que gran parte de los barcos estaban en mal estado, en reparación y faltos de artillería.

## XV

### CARLOS III ANTE MENORCA Y GIBRALTAR

Excesiva caballerosidad y gran error del Rey ante Gibraltar.—Se decide la recuperación de Menorca.—La ignominia de Gibraltar.—El fracaso de las baterías flotantes.—Previsora actitud del Duque de Crillon.—El equipo del Conde de Artois.—Nuevos ataques fallidos a la Roca.—Conquista de las Bahamas.—Paz de 1783.—Se adquiere la Florida y la costa del Golfo de Méjico.—El gran proyecto hispánico del Conde de Aranda.—Vitalidad española.—La conquista, las exploraciones y las misiones de California.

Cuenta el conde de Fernán Núñez que en 1765 se hallaba de comandante general del Campo de Gibraltar el duque de Crillon, general francés de prestigio. Era una prueba de la importante colaboración militar de las dos ramas de la casa de Borbón. Un tremendo huracán derribó un tramo de la muralla de la plaza. Inmediatamente Crillon envió un correo a Madrid proponiendo que se aprovechara la oportunidad irrumpiendo por la brecha y sorprendiendo así a una pequeña guarnición agobiada y aislada.

Mayor sorpresa fue la del duque gobernador, y la nuestra, lejanos comentaristas del episodio, al conocer la respuesta de Carlos III: no se puede, no es digno aprovecharse de la desgracia ajena, aunque sea la del enemigo. Por el contrario, hay que prestarle todos los auxilios posibles para superar el desastre natural. Para colmo, el rey destituye a Crillon por su propuesta.

Como en otros casos de la Historia, habría que preguntarse si no hubiera sido mejor ser un poco menos caballerosos, un poco más aprovechados y audaces. ¡Cuántas vidas en sitios y bloqueos posteriores podrían haberse ahorrado entrando en Gibraltar por la brecha de 1765! No seguiríamos hoy reclamando en vano la devolución del peñón en las Naciones Unidas, como todos los años...

¿Podemos culpar a Carlos III de una de las más graves frustraciones de nuestra historia? Dejemos a un lado los futuribles acusadores, siempre tan aleatorios y arriesgados, y volvamos a los hechos, a la guerra abierta con la Gran Bretaña de 1779 a 1783.

Frente a las Reales Caballerizas construidas por Sabatini, al lado del convento de doña María de Aragón y a pocos pasos del Palacio Real, vive el primer ministro de don Carlos III, Conde de Floridablanca. Está escribiendo a su eterno rival el conde de Aranda,

embajador en París: «Vamos a intentar algo sobre Mahón. Se creen que nuestros preparativos están destinados a Gibraltar; hay que mantener esa ilusión...».

Desde la paz de Utrecht, Inglaterra conserva la isla de Menorca<sup>1</sup>, de la que se había apoderado en 1708 en un golpe de mano del almirante Leake y del general Stanhope. La isla la recuperan los franceses del mariscal Richelieu y del almirante de la Gallisonière después de derrotar y ejecutar al almirante inglés Byng en 1756, pero los ingleses quitan de los fuertes la bandera borbónica de Luis XV y vuelven a poner la Union Jack después de la paz de París en 1763. Durante cincuenta y cinco años ingleses y franceses actuaron al margen de España en sus sucesivas ocupaciones de Menorca. Ahora Carlos III decide, por fin, recuperarla para la Corona española. Sin embargo, encomienda el mando a don Louis de Berton de Balbes, duque de Crillon, del que acabamos de hablar, que se hace a la mar en Cádiz al frente de una poderosa flota (22-7-1781). Manda las tropas embarcadas el brigadier don Ventura Moreno. El 21 de agosto se inicia el desembarco por cuatro lugares distintos. En poco tiempo los granaderos voluntarios de Cataluña, Murcia, Burgos y América, conquistan Mahón, su puerto artillado con ciento sesenta cañones y cien barcos enemigos. La fortaleza de San Felipe resiste cinco meses, al mando del general Murray, capitulando al fin el 5 de Febrero de 1782. La experiencia fue muy valorada por el rey don Carlos con vistas a un futuro ataque a Gibraltar. Fernán Núñez nos dice que para evitar allí otro San Felipe lo primero que se proyectó fue iniciar la conquista por la demolición de los fuertes.

El éxito de la expedición a Menorca fue muy celebrado en toda España. El duque de Crillon se convirtió en el personaje de moda, eclipsando hasta al primer ministro Floridablanca. «Amigo de la Patria» se le llama en Barcelona, donde, naturalmente, fue mayor la repercusión de la conquista de la isla. Se le dedicaron hasta poemas. Uno de ellos terminaba así:

«Tu nombre viva. Viva España y Francia,  
para bajar del britano la arrogancia».

\* \* \*

El bloqueo de Gibraltar duraba ya tres años sin eficacia alguna. La roca había reforzado su defensa con siete mil soldados y hasta se permitía el lujo de contraatacar. Don Carlos, que ha vuelto a incorporar Menorca a la Corona, se muestra impaciente por recuperar el Peñón. Desde su padre, Felipe V, era el objetivo máximo que compartían los Borbones con la opinión de todo el país. Desde antes de la conquista de Granada era un florón de esa Corona real, tierra española y andaluza que nos fue arrebatada, traidoramente, en un episodio circunstancial de la Guerra de Sucesión, cuando la plaza apenas estaba defendida por ochenta soldados. Ocupación provisional en nombre del pretendiente archiduque Carlos que los ingleses convirtieron para casi tres siglos en vergonzante y vergonzosa colonia en Europa.

La primavera de 1782 se inició con grandes preparativos bélicos que despertaron gran atención en todo el continente. Cuarenta mil hombres se reunieron a las órdenes del duque de Crillon, cuyo nombramiento cayó muy mal entre los jefes españoles.

A esta fuerza militar se iba a unir un artilugio bélico nuevo con el que los franceses habían encandilado a Carlos III haciéndole ver que sería un elemento esencial para la conquista de la Roca. Se trataba de las baterías flotantes recomendadas por Luis XVI y sus ministros al conde de Aranda. El inventor es un tal monsieur D'Arçon, que es presentado en Aranjuez a Carlos III por el propio Crillon. El rey le acoge con patriótico optimismo y desde ahí, las famosas baterías van a convertirse en protagonistas. Se trata de unas naves reforzadas por una doble cubierta, planchas de acero, espesos costados de lana y corcho (disparatado refuerzo que los hace fácilmente combustibles), rampas para que caigan al mar las granadas enemigas, ciento cincuenta cañones en una sola banda con contrapeso de plomo en la otra, tuberías interiores de refrigeración con agua corriente... Un disparatado artilugio, sin pies ni cabeza, que es difícil comprender cómo engañó a nuestros expertos y cómo sorprendió la buena fe y los deseos patrióticos del monarca. Es interesante conocer la opinión del duque de Crillon al respecto. La dejó escrita y firmada en Madrid de su puño y letra antes de salir para dirigir las operaciones de asedio.

«Parto para Gibraltar y declaro que acepto el mando que Su Majestad ha hecho el honor de confiarme. Me obligo a ayudar al señor D'Arçon por todos los medios a mi alcance y a colaborar personalmente hasta el momento en que las baterías hayan comenzado el ataque. He hecho todo lo posible cerca de Su Majestad para oponerme a la ejecución de este proyecto, que me parece contrario al éxito y al honor de las armas del rey... Declaro que si las baterías dan lugar a la toma de Gibraltar toda la gloria será para el señor D'Arçon, pero si no obtiene resultado favorable, no podrá hacerse ningún reproche porque no he tomado parte en este plan en el que no he intervenido para nada... Certifico que la presente declaración ha sido hecha con el permiso formal del señor conde de Floridablanca y aprobado por Su Majestad». No cabe duda de que el duque era hombre inteligente y previsor, y que el rey y su ministro estuvieron en este caso un tanto obnubilados por sus ansias de recuperar el peñón y por las presiones de París en favor del proyecto de D'Arçon. ¡Quién sabe si tras las baterías no había intereses crematísticos y comisiones, hoy tan en boga! Nada nuevo bajo el sol.

El interés francés por el proyecto d'arçoniano se refuerza con la presencia en Madrid, camino de Gibraltar, del conde de Artois, hermano del rey de Francia y del duque de Borbón. Este último viaja de incógnito. Con ellos vienen varios príncipes, duques, gentiles hombres, capitanes de guardias, escoltas, treinta y cinco carrozas... El embajador de Francia está preocupado porque conoce las ligerezas de Artois y de sus jóvenes acompañantes, fatuos, burlones y críticos insultantes del «país ordinario y atrasado» que les acoge. Incluso teme que con sus conductas puedan herir la devoción escrupulosa de Carlos III.

El conde de Artois —que será el futuro Carlos X de Francia— es recibido por el rey en el palacio de la Granja. Madrid le aburre y lo que quiere es salir enseguida para el campo de batalla. Sus armas para el combate las describe un tanto mordaz, el «Morning Herald» de Londres de 31 de Agosto de 1782:

«El acompañamiento militar y el equipo del conde de Artois consiste en diecisiete cocineros, quinientos tubos de pomada, dos profesores de baile, once cantantes, un «boisseau» de polvos para empolvar, dos capones (castrati) de Italia, setenta y siete pastillas de jabón, diecinueve cepillos de dientes, treinta y nueve botellas de agua de lavanda, seis sastres, cuatro modistos, una espada jamás desenvainada y un mosquete que no dispara».

«Si non e vero, e ben trovato».

\* \* \*

Las diez batería flotantes frente a la roca son descritas por el cronista como diez barcos de juguete flotando en un estanque. Manda la escuadra don Ventura Moreno y a su lado el príncipe de Nassau. A bordo del «San Cristóbal», el capitán de navío don Federico Gravina, futuro héroe de Trafalgar. Las baterías se ve enseguida que van a resultar un fracaso. Unas son incendiadas, otras hundidas o puestas fuera de combate. La lucha queda a cargo de los buques de línea, los de siempre.

Carlos III recibe la noticia del estrepitoso fracaso en su palacio de La Granja. Según el cronista, con menos flema que Felipe II cuando lo de la Invencible. El ensayo flotante patrocinado por Luis XVI, Artois y compañía había resultado carísimo y decepcionante, amén de costar centenares de víctimas, mientras «the Rock», continuaba imperturbable. Y para colmo, la flota inglesa de lord Howe logra burlar a la española de don Luis de Córdoba y llegar con grandes refuerzos y suministros de socorro a Gibraltar. El bloqueo de esta plaza se ha convertido en algo ineficaz y rutinario. Menos mal que en aguas lejanas, la escuadra de don Manuel de Cajigal ha conquistado las Bahamas.

Después de estos episodios, Carlos III y Floridablanca varían de táctica. Optan por una negociación ofreciendo Orán y Mazalquivir a cambio de Gibraltar. Si Inglaterra lo que quiere es unas bases en el Mediterráneo camino de Oriente, ahí las tiene. Pero, una vez más, el planteamiento inicial es malo, ya que encarga del asunto a M. de Rayneval, el hombre de Vergennes en Londres. El ministro inglés, Shelburn, es tajante:

«Gibraltar será una roca en la negociación, como lo es en el mar». El primer lord del Almirantazgo, lord Keppel, refuerza esta posición: «Yo, en esta negociación, en lugar de ceder, cogería el sombrero y me marcharía».

A Carlos III le da igual. Está dispuesto a recuperar Gibraltar como si fuera el vencedor absoluto de la guerra. Floridablanca escribe a Aranda:

«No ocultaré a V. E. que el rey quiere mantener este compromiso con todas sus fuerzas y el mayor tiempo posible; pero a pesar de ello, S. M. desearía saber qué ventajas considerables para España podrían obtenerse del tratado, en el caso de que, por cualquier motivo, S. M. hiciera el sacrificio de desinteresarse de tal compromiso». No puede decir con más adornado eufemismo que Carlos III, a pesar de los pesares, se ha dado cuenta de que la fruta de Gibraltar no está todavía madura. Y lo que te rondaré...

Vergennes, que lo que quería era liquidar con ventaja su guerra, ve la ocasión admirable de suprimir obstáculos a costa de España. Las palabras de Floridablanca las interpreta a su modo, seguramente con la colaboración del fiel francófilo conde de

Aranda. Inmediatamente escribe a Reyneval, en Londres, diciéndole que Carlos III está dispuesto a olvidar el tema del Peñón a cambio de conservar Menorca y las dos Floridas.

¿Se ha excedido Aranda en sus atribuciones o ha sido una finta diplomática para dejar en buen lugar al rey de España después del fracaso ante Gibraltar, dando una salida honorable a tan desairada situación?

El 2 de Enero de 1782, Carlos III escribe a su sobrino Luis XVI:

«Quoique mon ambassadeur se soit preté au déla de mes ordres à suivre la négociation de la paix sans insister sur la cession de Gibraltar... je n'insisterai pas à porter a V. M. a des extrémités facheuses pour elle et pour ses sujets».

A Floridablanca esta salida diplomática le ha caído bastante mal. Es una faceta más de su rivalidad con Aranda. Pero la posición del rey es clara y la negociación lleva a la firma de la paz en Enero de 1783. España adquiere además de la Florida occidental conquistada por las armas, la oriental, en periodo de ocupación todavía. Queda dueña también de toda la costa del golfo de Méjico y recupera con todo derecho la isla de Menorca, como vimos en el capítulo anterior. Después de tanto esfuerzo, de momento el balance resulta bastante favorable. Al fin y al cabo es la primera vez desde tiempos de Felipe II en que salimos victoriosos de una contienda bélica con la Gran Bretaña. Las consecuencias negativas vendrían más tarde en la America española.

No estará de más recordar ahora que por aquellos días el conde de Aranda concibió un proyecto de gran envergadura política, de auténtica grandeza histórica. Por incompetencia de unos, por falta de visión de otros, por la parte utópica que tenía en sí el proyecto en cuestión y por una serie de intereses y de circunstancias —la muerte de Carlos III y la posterior Revolución francesa—, la idea de Aranda pasó al glorioso archivo de los buenos propósitos<sup>2</sup>.

Disfrutaba el conde en Madrid en diciembre de 1783 de una bien merecida licencia después de su intenso trabajo —no siempre acertado— en la embajada en París. Con la reciente experiencia de lo que había pasado en Norteamérica y con clara visión de las consecuencias que aquello podría tener en nuestras posesiones ultramarinas, presentó a Floridablanca un plan para dividir los dominios de la Corona en América en tres grandes reinos: Perú, Méjico y Tierra Firme (o Costa Firme). Los soberanos de ellos serían tres infantes de España y se declaraba emperador al rey de España, que mantendría la dependencia y el vasallaje de los nuevos reinos, una especie de Commonwealth hispánica que es posible que hubiera permitido perdurar la presencia española en América por muchos años. No he logrado saber cuáles fueron las razones, quiénes decidieron y qué fuerzas se opusieron a la viabilidad del proyecto de Aranda o al menos a su consideración. ¿Qué opinó Carlos III? Es seguro que tenía que estar al tanto de una idea tan importante, sobre la que habían tratado los dos grandes políticos de la época, Floridablanca y Aranda. Lo más probable es que la avanzada edad del rey, apenas le quedaba un año de vida, y la oposición más o menos encubierta de Francia más que de Inglaterra, cortara de raíz el nacimiento de los tres reinos españoles de América bajo la Corona Imperial de Carlos IV. Por cierto que a principios del reinado del hijo de Carlos

III, el ministro universal Godoy intentó resucitar el proyecto arandino. Era ya demasiado tarde<sup>3</sup>.

\* \* \*

Asombra la capacidad de recuperación que tuvo España durante el reinado de Carlos. Suficientes episodios de toda índole hemos visto hasta ahora para darnos cuenta de la vitalidad de un país y del buen hacer, en general, de sus gobernantes, con un rey fuera de serie en el trono, el pequeño, suave y enérgico, asombroso en verdad Carlos III.

Una prueba más de esa capacidad es la que podemos considerar como una de las más bellas adquisiciones de la Corona desde los tiempos de Felipe II: California. Desde tiempos de Fernando VI, los virreyes de Nueva España habían cuidado de guarnecer y colonizar la frontera septentrional de Méjico, territorios hostilizados por las tribus indias. La colonización pacífica estaba encomendada a los jesuitas, pero una vez expulsados fueron sustituidos por los franciscanos, que emprendieron la creación de una hermosa cadena de misiones católicas en medio de tierras semidesérticas. Los nombres del santoral hispánico van surgiendo como vergeles espirituales, con apostólico celo lleno de respetuoso amor a los indígenas: las misiones. San Juan Capistrano, Santa Bárbara, San Diego, Sacramento, Santa María de los Angeles, San Francisco, San Luis Obispo... Toda una serie de poblaciones florecientes, orgullo de los Estados Unidos que un día fueron la modesta obra de los misioneros franciscanos, con fray Junípero Serra al frente.

Pero a la acción religiosa fue unida y paralela la estratégica. Los virreyes de Méjico advirtieron el peligro que suponían las exploraciones rusas que bajaban desde más al norte y costeano el Pacífico, con la connivencia británica por razones de su colaboración en Europa. A la acción española, por aquellos días llegando con sus establecimientos y puestos militares hasta las heladas tierras de Alaska, debe el gran Estado de California el no ser hoy una colonia rusa<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> A tal punto consideraba Inglaterra la isla como cosa suya que llegó a ofrecérsela a Rusia para conseguir su ayuda en la guerra contra los rebeldes americanos.

<sup>2</sup> «Algunas partes de nuestra América, como Perú y Chile, están tan distantes de nuestras fuerzas que lo que más nos interesa es adquirir Portugal, dominio más útil que todo el continente americano, exceptuando las islas» (Comunicación de Aranda a Floridablanca, 1786).

<sup>3</sup> Puede aventurarse también que el aparente desinterés de Carlos III por el plan de Aranda se debió a otros dos motivos: la falta de confianza en la capacidad de los infantes para ser los tres reyes americanos y el recelo que sentía ante la posibilidad de perder su poder personal absoluto.

<sup>4</sup> Mario Hernández y Sánchez Barba: «Españoles, rusos e ingleses en el Pacífico Norte durante el siglo XVIII» (Rev. Información Jurídica nº 12, año 1953).

## XVI

# LA AMÉRICA VIRREINAL DE TIEMPOS DE CARLOS III

El milagro de las provincias de América.—La Corona y los Virreinos.—El Asiento de negros.—Las comunicaciones con la metrópoli.—El Rey Carlos se interesa personalmente por la administración indiana.—Los intendentes.—Criollismo e indigenismo.—La piratería inglesa.—Los nuevos virreinos.—Los Gálvez.—La Iglesia en la América Hispana.—Enfrentamiento con los ingleses.—El mestizaje.—Esplendor del Virreinato del Perú.—Rebelión del pintoresco Tupac Amaru.—Su lealtad a Carlos III.—Vida a la europea en Chile.—El virrey Amat y la Perricholi.—El virreinato del Río de la Plata.—El conflicto de las Malvinas.—España en América del Norte.—España en Extremo Oriente.—Liniers y Sobremonte.

Habían pasado más de doscientos años desde el descubrimiento de América y la ruta oceánica que separaba a España de sus dominios de Ultramar seguía siendo una larga aventura de muchos días, porque las comunicaciones marítimas apenas habían progresado desde el siglo XV. Por el contrario, cada día se hacían más difíciles debido a los piratas o las armadas inglesa, francesas y holandesas que se cruzaban en el camino de nuestros galeones.

Parece imposible que una España en decadencia, fraccionada en guerras sucesorias, enfrentada en Europa a las grandes potencias, fuera capaz de mantener un inmenso y lejano imperio, de mejorar su organización, de europeizarlo fundiéndose con él y de convertirlo de colonia en provincia. Y aún con ánimos para extenderlo.

El gran historiador mejicano, Lucas Alamán, escribía lo siguiente:

«El gobierno de América adelantó mucho en el reinado de Fernando VI, en el memorable ministerio del marqués de la Ensenada, y llegó al colmo de la perfección en tiempo de Carlos III».

Tiene razón Alamán, el reinado carlotercista corresponde a una fase de madurez y de esplendor en nuestro imperio americano con un desarrollo económico y una euforia intelectual sin precedentes. A tal punto de que más de un historiador cree que aquellos virreinos habían alcanzado un grado de personalidad a fines del xviii que les ponía en condiciones para la autonomía, esa evolución que había preconizado con gran visión de futuro el conde de Aranda. Un paso más y la emancipación podía parecer previsible y

aún inevitable. Se daban para ello casi todas las condiciones; en muchos aspectos se podía prescindir de la metrópoli. Faltaba el elemento político que vendría derivado, sobre todo, de la crisis de la propia Corona, que aglutinó durante siglos tan inmensos y remotos territorios.

En todo caso, la América virreinal de Carlos III era la más bella estampa del modo hispánico de colonizar. La población a mediados del siglo de las luces era de unos dieciocho millones de habitantes, de los cuales tres eran blancos, la mayoría criollos<sup>1</sup>, ocho correspondían a las tribus indígenas nativas, cinco eran de mestizos y los negros llegaban ya casi a un millón. La entrada de estos últimos, procedentes de África, había sido muchos años un monopolio de ingleses y franceses, aunque el iniciador de la importación de esclavos africanos había sido el beatífico y caritativo fray Bartolomé de las Casas...

Los núcleos más habitados y más desarrollados eran los dos grandes virreinos, Méjico y Perú. Con Venezuela empezaba a intensificarse la relación desde España con la creación de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, y la Habana, con su estratégica situación, era, desde los primeros tiempos de la conquista, un punto clave de atracción y de distribución, tal vez el que mayor contacto tenía con la lejana corte madrileña y con los puertos de Cádiz y Sevilla, que hasta tiempo de Carlos III tenían el monopolio del comercio ultramarino, monopolio que con gran acierto liberalizó el gran rey. Cuba, por ejemplo, según Ferrer del Río, producía más riquezas para España que Italia y Flandes le habían producido nunca. América no era sólo el oro y la plata de las minas; era también la cochinilla de Méjico, el añil de Guatemala, el palo de tinte de Honduras, la quina del Perú, el cacao de Caracas, el tabaco y el azúcar de Cuba, las pieles de Buenos Aires...

La América hispana acogió bien a los Borbones. Al fin y al cabo, de sus enemigos los ingleses no habían recibido más que perjuicios, ataques a las costas, piratería, asaltos y saqueos. Carlos III se ocupa directamente en ordenar que se refuercen las defensas de Cartagena de Indias, de Veracruz, de Panamá, de Portobelo, de la Habana.

El mundo criollo dirigente se sentía español, pero vivía ya a la americana. Mantenía un prejuicio aristocrático, aunque algo de cierto tiene el dicho que cita Lucas Alamán: «El padre mercader, el hijo caballero y el nieto pordiosero». Jorge Juan y Ulloa, que viajaron en plan de inspección por toda América, criticaban el funcionamiento de la sociedad criolla: «La codicia mata el buen gobierno de aquellos reinos».

La sociedad oficial estaba constituida por los Virreyes, los ministros de las Audiencias y los corregidores. En 1782 se establecieron las Intendencias, como división y autoridad para facilitar la administración. Fue el propio rey Carlos quien ordenó adaptar estas instituciones de origen francés a las características americanas. Es muy de señalar que era el monarca el que firmaba de su puño y letra todas las disposiciones sobre cuestiones americanas o filipinas y añadía con gran frecuencia acotaciones, rectificaciones y notas marginales. Ni un rincón del enorme imperio escapaba a su atención y él decidía siempre, con mayor o menor acierto.

Los intendentes sustituyeron a gobernadores y adelantados y si bien fueron muy útiles en cuanto a organización, perjudicaron en cambio la autonomía de los cabildos

municipales<sup>2</sup>, en los que se basaba en gran parte el entendimiento cordial entre la autoridad y la población indígena. Grave error político, pues podían haber sido los puestos adecuados para los criollos que ya habían desempeñado correctamente funciones de autoridades comarcales y locales. Fue éste uno de los motivos de resentimiento en los que se basó más adelante la fuerte corriente emancipadora.

Al crear las Intendencias, Carlos III quiso elevar las colonias a la categoría de provincias, pero la historia de todos los colonialismos ha demostrado que las diferencias no se arreglan con cambios de nombres y que para evitar las emancipaciones prematuras y precipitadas, que a quien más perjudican es al emancipado, lo mejor es ir dando atribuciones a los nativos, desarrollar sus economías y mantener la tutela con energía hasta el momento adecuado.

\* \* \*

En tiempos de Carlos III las fuentes de poder y de las modas siguen estando en Europa. Sin embargo, empieza a despuntar un prurito de personalidad propia en la que se funden en muchos aspectos criollismo e indigenismo. Los mestizos sienten que aquellas tierras son su patria. Algún grupo busca raíces precolombinas y la burguesía blanca aspira a los altos puestos para los que la patriarcal metrópoli envía nobles y funcionarios. Ahora bien, todos se sienten unidos frente a los ingleses, tentados siempre por las riquezas hispánicas.

Las contiendas europeas que tuvo que soportar Carlos III por sus compromisos de los Pactos de Familia y por la recuperación de Menorca y Gibraltar, tuvieron su proyección en los mares y tierras de América. Los ingleses querían nuestras bases del Caribe y se dedicaban a hostigar el comercio ultramarino. Cada guerra y cada paz en Europa desde Felipe V, Ryswick, Aquisgrán, Versalles, Aranjuez, París..., suponen la pérdida o la recuperación de alguna isla, de alguna plaza, de algún fuerte, o la adquisición o renuncia de un derecho, como el asiento de negros o la corta del palo de Campeche. Conviene recordar que la presencia inglesa en todos los mares americanos se fue extendiendo en plan agresivo contra nuestros barcos y posesiones; llegan al sur, amenazando el triángulo Buenos Aires, Malvinas, Montevideo, y pasan hasta las costas del Pacífico, frente al Perú, presencia que años más tarde resultará muy importante en los años de la Emancipación.

En 1739 se había estructurado el nuevo virreinato de Nueva Granada, formado por las Audiencias de Panamá, Quito y Santa Fe, del Atlántico al Pacífico y con los Andes en medio.

En 1776 se crea el virreinato del Río de la Plata con territorios platenses y de la Audiencia de Charcas. Con este nuevo virreinato, como ocurrió con el de Nueva Granada, disminuye la inmensa jurisdicción del virrey del Perú. Otra de las importantes medidas de carácter general tomada personalmente por el rey Carlos fue concretar la abolición del monopolio comercial ultramarino abriendo a las actividades mercantiles trece puestos pensinsulares y veinticuatro americanos, lo que dio nueva vida a zonas deprimidas en los dos continentes. Ese fue el caso, por ejemplo, de varios puertos de la

costa catalana, que desde 1764, con autorización real, habían iniciado un fructífero comercio, con las Antillas especialmente.

No es posible intentar en pocas líneas un resumen de lo que fue la vida y el desarrollo de los virreinos de Nueva España y del Perú en tiempos de Carlos III. Constituían como dos grandes Españas mucho mayores que la peninsular, injertadas al otro lado del océano, cruzadas con las dos antiguas civilizaciones prehispánicas en unos escenarios fabulosos y difíciles, inmensos, inabarcables.

Las riquezas de aquellas tierras, el oro y la plata, seguían fluyendo hacia España de forma reglamentada y controlada por las autoridades reales. La Nueva España tenía que defenderse de los ingleses no sólo por mar en las Antillas, sino también en tierra, por ejemplo en Yucatán y en Belice. Allí tuvo que acudir a combatirles el virrey conde de Revillagigedo, uno de los buenos gobernantes que envió la metrópoli a Ultramar, como el marqués de Casafuerte lo fuera también. Llegaron a constituir una especie de dinastías virreinales, la más importante de las cuales puede considerarse que fue la de los Gálvez. Se inició esta dinastía con la llegada a Méjico del visitador José de Gálvez en 1765. Fue gran administrador y hacendista. Procedía de tierras malagueñas. Otro Gálvez fue Matías, presidente de la Real Audiencia de Guatemala y padre de Bernardo, el más famoso de la familia, al que hemos conocido por sus victorias en la guerra de independencia de los Estados Unidos, el conquistador de Mobile y Pensacola, luego buen virrey de Nueva España, que mereció ser nombrado por Carlos III marqués de Sonora.

En tiempos de nuestro gran rey se puso a Méjico bajo el patrocinio de la Virgen de Guadalupe, la vieja devoción extremeña y medieval que adquirió carta de naturaleza en tierras americanas, convirtiéndose en el símbolo máximo de la catolicidad que había sustituido a la sangrienta idolatría azteca. Toda la América hispana se llenó de advocaciones y devociones marianas que perduran como una de las más fuertes y entrañables características de aquellas tierras fraternas: Guadalupe, Coromoto, la Caridad del Cobre, Chiquinquirá, Nuestra Señora del Buen Aire, etc., etc., etc. Al lado de los nombres de poblaciones de un confín al otro del continente, no sólo las tan conocidas como Santiago de Chile o de Cuba, Barcelona, Valencia, Toledo, Córdoba, Granada... sino también otras menos nombradas, Jaén, Zamora, Cuenca, la Zarza, Loja, Valladolid... eco de los lejanos pueblos de conquistadores y colonizadores.

\* \* \*

En tiempos de Carlos III se llegaron a acuñar veinte millones de pesos anuales en la Casa de la Moneda de Méjico; se fundaron la Escuela de Minas y el Jardín Botánico; se publicó una compilación de manuscritos de la historia mejicana y se intensificaron las campañas arqueológicas, descubriéndose el famoso Disco del Sol o calendario azteca. En 1781 se fundó la Academia de Bellas Artes de San Carlos.

Desde aquel emporio que quería la paz había que acudir en socorro de otras zonas amenazadas por los ingleses, a Cuba, a Santo Domingo, Belice o Panamá. De Méjico salieron las tropas para ayudar a Bernardo de Gálvez en su campaña del Mississippi o

para reforzar las guarniciones de la Florida o de la Luisiana, y de allí subían hacia el norte las expediciones que iban a colonizar zonas inhóspitas de los Estados Unidos<sup>3</sup>.

Como ya indiqué anteriormente, en esa etapa del reinado de Carlos III y siendo virrey de Nueva España el marqués de Croix, de origen flamenco, se emprendió la fundación de las misiones de la Alta California, la auténtica epopeya evangelizadora y civilizadora en la que franciscanos y dominicos realizaron una extraordinaria labor. Ellos habían sustituido en muchos campos a los jesuitas expulsados en 1767, lo que supuso un acontecimiento de gran repercusión en América.

Contrasta esa positiva acción con algunos aspectos de la actuación de las órdenes religiosas en otros territorios de Centro y Sudamérica.

Jorge Juan y Ulloa, como consecuencia de sus inspecciones, informaban en su «Noticias secretas» de la conducta escandalosa de varias comunidades monásticas, hasta el punto de haber aconsejado proveer todas las vacantes que se produjeran en las parroquias sólo sacerdotes y no con frailes. En cambio ponían como ejemplo de pureza de costumbres a los jesuitas, que además atraían a la cultura a los indios y los mantenían en bien organizados poblados en un estado de infancia perpetua. Ciertamente es también que la Compañía aparecía en las zonas que controlaba como una sociedad religiosa rica y poderosa. En conjunto dan la impresión de que la Iglesia es una institución que cuenta, y muy mucho, en el desarrollo social y cultural de las nuevas provincias, y que su espíritu es de gran tolerancia, mucho mayor que en la metrópoli y con una inteligente adaptación a las costumbres indígenas, incluso al uso de sus lenguas nativas, haciéndolo compatible con el aprendizaje y extensión del castellano.

Durante el reinado de Carlos III Centroamérica y el Caribe fueron escenario de numerosos episodios bélicos, consecuencia de la piratería y de los enfrentamientos entre españoles e ingleses. Estos atacaron en numerosas ocasiones las plazas fuertes que defendían la costa. Llegaron a ocupar la Habana a pesar de la heroica defensa que del castillo del Morro hizo don Luis de Velasco, si bien la plaza fue devuelta a España por el tratado de Versalles.

Portobelo resistió los ataques del almirante Vernon y Panamá los del comodoro Anson, lo mismo que había hecho Cartagena de Indias frente a una poderosísima escuadra británica.

Fue, en conjunto, aquel espacio americano, salvo Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, un auténtico «melting pot» dieciochesco, fruto del mestizaje tropical en el que se mezclaban mestizos, mulatos, negros, zambos, cimarrones... No pudo ser muy fecunda, en general, la labor colonizadora, la tarea constructiva. Demasiados piratas, aventureros, terremotos, pequeñas rebeliones. No obstante, la tierra era fecunda y en alguna población como Santiago de Guatemala, el progreso fue notorio, como lo sería también en Caracas, sobre todo a partir de la creación de la Compañía Guipuzcoana. Por cierto, por aquellos años comenzó una interesante y continua emigración canaria hacia Venezuela, creándose unos lazos perdurables con las Islas Afortunadas. Curiosamente, el primer movimiento de rebelión venezolano fue organizado por un grupo de canarios, encabezado por Francisco de León contra los guipuzcoanos al grito de ¡No queremos justicia de

Vizcaya! Una vez más, los españoles llevando nuestros particularismos y nuestra insolidaridad aldeana como bandera, allí donde más necesaria era la unión y la acción conjunta<sup>4</sup>.

\* \* \*

La estampa más cumplida de un virreinato, de su vida, de sus gentes, sus fastos, su gobernación, sus lujos y sus miserias nos la da el Perú de tiempos de Carlos III. Tal vez su alejamiento geográfico ha hecho que los hombres y mujeres llegados de la península ibérica desde tiempos de Pizarro, hayan querido convertir el viejo imperio incaico en una nueva metrópoli creando en ella unos modos de vida, un ambiente y unas costumbres al estilo de Europa pero adaptados a aquellos inmensos territorios situados entre los Andes y el mar del Sur. Y Lima, como síntesis de la colonia irradiando hasta Nueva Granada y el Río de la Plata, convirtiendo al Cuzco en mera arqueología bajo la flora arquitectónica del barroco colonial.

La cultura y el arte españoles han creado un clima peculiar en esa segunda mitad del siglo XVIII peruano que, unido a las mejoras en el trato a los indios y a la buena organización que Carlos III ha llevado a todos sus dominios, así como el respeto a las tradiciones y el desarrollo económico, nos ofrecen algo así como la culminación de la América virreinal.

Es posible que sin el apoyo interesado de la Gran Bretaña, sin la infiltración de las ideas de la Revolución francesa y sin el ejemplo hemisférico de los independientes Estados Unidos, el virreinato del Perú hubiese podido continuar bajo fórmulas de gobierno autónomo (el plan de Aranda) durante muchos años, como un verdadero modelo de lo que puede ser una colonización bien hecha. Pero los españoles nunca hemos sabido calcular, siempre inquietos, más amigos de la libertad que del orden, y es lógico que las gentes de nuestra estirpe hayan seguido por iguales caminos. Con gran complacencia de los que siempre han estado dispuestos a repartirse nuestros despojos.

Antes del reinado de Carlos III se habían producido algunos movimientos de rebeldía en Perú. Unas veces los promotores eran criollos, otras indios o mestizos. Uno de los primeros casos fue el del oidor de Charcas y visitador de Paraguay, José de Antequera, que fue vencido y ejecutado en Lima. Hubo otro motín, éste de signo indígena, en Oruro y otro en el Cerro de la Sal dirigido por Juan de los Santos, que se decía descendiente de los incas y se titulaba «Rey de los Andes».

Esta sublevación fue reprimida por uno de los buenos virreyes del Perú, el conde de Superunda, título que ganó por la reconstrucción de Lima y de El Callao, que habían sido semidestruidas por un terrible terremoto, maremoto en el caso de El Callao.

La más grave rebelión que tuvo que sufrir el virreinato de Lima en tiempo del rey Carlos fue la dirigida por Tupac Amaru en 1780. El tremendo episodio es en sí tan interesante que vale la pena que nos detengamos aquí en su somero relato.

El 4 de noviembre de 1780, en la ciudad de Tungasuca, provincia de Tinta, se celebra la fiesta del santo de Su Majestad el Rey Carlos III. Al banquete asiste el corregidor Antonio Arriaga —tiene fama de cruel y de codicioso— y también el cacique de la comarca José Gabriel Condorcanqui, que se tiene por descendiente de la estirpe real inca,

remontándose hasta el mismo sol. Durante la celebración todo había transcurrido normalmente: bendiciones, brindis, libaciones, todo en honor del monarca. Pero a la salida, Condorcanqui, de nombre inca Tupac Amaru<sup>5</sup>, se lanza sobre el corregidor Arriaga, le derriba, le ata y le secuestra en su casa. Seis días después, le ejecuta en la plaza pública, estrangulado y luego ahorcado por un esclavo negro llamado Antonio Oblitas.

Tupac Amaru no pretende la independencia. Sólo quiere un trato más suave para los indígenas y hace vehementes protestas de su amor al Rey y a la religión católica, que es la suya. Es un hombre audaz, valiente y odia al corregidor. Desde Tungasuca se dirige con su hueste a otras ciudades, a sangre y fuego. Así se propaga la rebelión mientras crece el pequeño ejército de Tupac, personaje en verdad pintoresco que monta un caballo blanco, va vestido de terciopelo azul y oro, una camiseta típica de los incas, sombrero de tres picos, cadenas con soles de oro al cuello, botas brillantes, trabuco, pistolón y espada.

Los rebeldes van exterminando a todos los europeos que encuentran a su paso; les llaman «traidores chapetones». Se extienden más de trescientas leguas, incorporan a su hueste gentes humildes, de devoción supersticiosa al jefe. Llegan hasta las mismas puertas de Cuzco. Tupac Amaru distribuye una carta que dirige al Rey: «¡Oh Rey don Carlos III por la gracia de Dios, en qué riesgo se halla tu reino del Perú a causa de la tiranía de tus empleados, visitadores, corregidores... Desenvaina tu espada contra quienes son causa de esta perdición...!»

El virrey del Perú, Jáuregui, encomienda el mando militar y la persecución de Tupac Amaru a don José Antonio de Areche y al mariscal de campo José del Valle, que logran detener al jefe rebelde y a toda su familia, siendo ejecutado Tupac en la plaza principal de Cuzco.

Es posible que la sangre vertida fuera la causa de las medidas posteriores tomadas personalmente por Carlos III. En 1779 una Real Cédula suprime en las Indias «la aborrecida clase de los corregidores»<sup>6</sup>; se suaviza mucho el trabajo de las minas, «la mita» y se suprimen también los repartimientos de indios, en cuyo favor se dictaron numerosas medidas.

\* \* \*

La vida en el Perú durante el reinado de Carlos III alcanzó sus días de mayor esplendor, el bienestar se extendió por el país y el tono intelectual capitalino se puso a la altura de los más distinguidos de Europa. Muchos viajeros se sorprendían por ello en Lima y también en otros virreinos y capitanías, en Ciudad de Méjico, en Santiago de Guatemala, en la Habana, en Buenos Aires, ciudades de primera categoría urbanística, con buenos edificios, alto nivel de enseñanza, de sanidad y de vida social.

La Capitanía General de Chile era la más remota de las colonias españolas en América, y a pesar de ello la más abierta y cosmopolita, aunque todavía quedaban algunas arriscadas tribus araucanas hacia el Sur. Santiago era una ciudad europea con todo el atractivo de su exotismo. A la inmigración hispánica, en la que predominaban los vascos, se habían unido numerosos alemanes e ingleses y las modas dieciochescas de Francia. Todo ello fundido con la arrogancia y belleza de la raza nativa, había dado lugar

a un tipo humano lleno de cualidades físicas e intelectuales que perduran en el Chile moderno.

En los salones chilenos se escucha la música de Haydn, de Bach, de Vivaldi. Se representan las obras de Molière y de Moratín; se lee a Pascal, a Voltaire, a Cadalso, a Rousseau; se dispone de un buen servicio de bomberos, de correos bien organizados, de escuelas bien repartidas, de agua corriente, de jardines y plazas... Se coloniza hacia el Sur y la Universidad de San Felipe, en Santiago, es un foco de cultura para todo Chile.

Los Capitanes Generales pasaban con frecuencia a ser virreyes del Perú: Superunda, O'Higgins, Jáuregui, Avilés, Amat... Por cierto que este famoso virrey catalán pasó a la literatura con su nombre unido al de la artista Micaela Villegas, más conocida por la Perricholi, novelesca y bella estampa, una de las más clásicas de la América virreinal<sup>7</sup>.

La conversión de Buenos Aires en virreinato evidencia el sentido organizador del gobierno de Carlos III, influenciado por la expulsión de los jesuitas, que él mismo había decretado. Con la marcha de la Compañía había quedado desasistida la extensa región de las misiones en Paraguay y Uruguay. Solamente en Paraguay dejaban abandonada una población de ochenta mil indígenas, perfectamente organizados como en un gran colegio que elegía sus propios alcaldes y ediles.

El nuevo virreinato tuvo varios problemas fronterizos con el Brasil, desde donde llegaban incursiones frecuentes de los bandoleros llamados «bandeirantes», problema que heredaron los países independientes del siglo XIX. Don Pedro de Ceballos fue el primer virrey de Buenos Aires y poco después, en tiempos de su sucesor Bucareli, tuvo lugar el conflicto de las Malvinas. Estas, de notoria importancia estratégica, inhóspitas y sin valor económico alguno en aquellos tiempos, fueron descubiertas por los españoles, si bien la primera noticia histórica no se produce hasta la fundación de San Luis por el francés y famoso viajero Bougainville en 1764. El inglés capitán Byron, abuelo del poeta, fundó un año después Puerto Egmont, que en 1774 fue ocupado por España, así como Port Saint Louis, de acuerdo con los franceses. Fueron las Malvinas o Falkland, una pieza de recambio en los juegos diplomáticos del equilibrio europeo. Así el virrey Bucareli se vio obligado a abandonar las islas en 1781 cumpliendo órdenes de Grimaldi desde Madrid, en aplicación de los acuerdos con Inglaterra.

A pesar de las Malvinas y de los conflictos con los portugueses por la colonia de Sacramento, la vida en Buenos Aires era plácida, amable y constructiva, en desarrollo creciente, hasta el punto de ponerse en camino de ser el primer virreinato español en América. La invasión napoleónica en la península y los consiguientes ataques ingleses a la ciudad del Plata<sup>8</sup>, vinieron a truncar el progreso hispánico de Buenos Aires, precipitando pocos años después una emancipación prematura en muchos aspectos, lo mismo que en los demás virreinatos.

Como ya se ha apuntado en páginas anteriores, la presencia española en los Estados Unidos llegó a su más alto desarrollo en el reinado de Carlos III. Fueron los años en los que el imperio hispano de Ultramar alcanzó su máxima extensión, salvo cuando en tiempo de Felipe II estuvo unido a los dominios portugueses.

La Florida, que había dependido de Cuba, pasó a manos inglesas, pero fue reconquistada y volvió a ser española en la paz de Versalles de 1763.

La Luisiana nos fue cedida por Francia por el Tratado de Fontainebleau en 1762. Fue su primer gobernador el famoso marino, sabio y explorador Antonio de Ulloa. Una rebelión de antiguos colonos franceses fue reprimida por los cinco mil hombres llegados de La Habana al mando de O'Reilly<sup>9</sup>, al que por el éxito de su acción, Carlos III le concedió un marquesado.

Ya hemos visto también la extraordinaria personalidad de Bernardo de Gálvez, que dio nombre a la ciudad de Galveston, fue el reconquistador de la Florida, luego virrey de Méjico y marqués de Sonora.

Las expediciones españolas hacia el norte dieron lugar a algunos roces en Carolina del Sur con la naciente república norteamericana, pero nunca se llegó a un verdadero conflicto. Gran parte de los actuales Estados Unidos eran dominios españoles, además de la Florida y la Luisiana: las dos Californias, Arizona, Tejas, Nuevo Méjico y Colorado, con entradas hacia Wyoming y Montana. Los contactos con las tribus indias, cumpliendo instrucciones del rey Carlos a través de los virreyes, eran mas bien pacíficas, respetándose la autonomía de apaches, sioux, comanches, yumas, navajos... y sin invadir sus territorios de caza.

Con los rusos hubo contactos al sur de Alaska, manteniéndonos siempre firmes ante sus tentativas imperialistas hacia California.

En la zona litoral atlántica, la única presencia española consistió en campañas pesqueras anuales que llegaban hasta Terranova, Labrador y costas entre Nueva York y Boston, campañas generalmente a cargo de los bacaladeros vizcaínos.

También hasta el Extremo Oriente llegó la admirable atención del reinado de Carlos III. No se olvidaba ni una sola pieza en el gran juego de la Corona. En primer plano aparecían siempre las Islas Filipinas, de especial interés para los ingleses, su política de predominio en los mares y de conseguir cierto monopolio del comercio de la especiería y de otras riquezas orientales. En 1762 tuvo lugar un fuerte ataque británico contra Manila, defendida sólo por 300 ó 400 hombres frente a más de 7.000 atacantes. Fue un magistrado alavés, Simón de Anda, quien se hizo cargo del mando militar, hostigando con guerrillas a los invasores. Los británicos cometieron toda clase de tropelías en Manila, soltaron a los presos comunes y piratas y durante su ocupación no hubo mas que matanzas y pillaje. las islas nos fueron devueltas por la Paz de París en 1763 y Simón de Anda fue recibido en triunfo en Manila como nuevo gobernador y capitán general<sup>10</sup>.

Una vez más tengo que referirme al desastre que supuso para España la muerte de Carlos III y el final de su política americana. Coincidieron en pocos años la Independencia de los Estados Unidos, la Revolución francesa, dos reyes incapaces como Carlos IV y Fernando VII, y, para colmo, la invasión napoleónica. A todo ello se debió la quiebra histórica de la unión de nuestros virreinos mucho más que al deseo de emancipación muy limitado e inmaduro, todavía en el siglo xviii.

Quedaba como el peso de una frustración, pero la España agotada y rota del siglo XIX, ya no podía hacer más<sup>11</sup>.

- 1 Los criollos españoles de América eran llamados gachupines en Méjico y chapetones en Perú.
- 2 «Los cabildos son semejantes a los municipios creados en Francia después de la Revolución» escribía como gran elogio a los cabildos americanos el autor francés Depons, citado por Madariaga.
- 3 Coincidiendo con las expediciones por tierra siguiendo la costa californiana, se llevaron a cabo expediciones marítimas como la de Alejandro Malaspina al mar de Behring, o la de Bodega y Cuadra, famoso explorador de la época.
- 4 Venezuela era parte de Nueva Granada y en 1780, aproximadamente, se fue separando como Capitanía General independiente.
- 5 Tupac Amaru equivale en castellano a «Resplandeciente culebra».
- 6 Algunos de los rebeldes fueron llevados a España en el navío de guerra «San Pedro de Alcántara», que se hundió frente a las costas portuguesas.
- 7 Don Manuel de Amat y de Yunyent fue virrey desde 1761. Entonces la Perricholi tenía sólo trece años. Sedujo al virrey cuando ya tenía veinte y destacaba como cantante y cómica. Tenía gran encanto y escasa estatura, bastante gruesa y muy morena. Amat la llevaba cuarenta años.
- 8 El héroe de la defensa del Río de la Plata frente a los ataques ingleses (debidos a nuestra forzada alianza con Napoleón hasta 1808) fue un español, francés de origen, Santiago Liniers, verdadero caudillo al que siguió el pueblo en la lucha. Fue nombrado virrey y recibió el título de conde de Buenos Aires. El predecesor de Liniers en el Virreinato de Buenos Aires fue don Rafael de Sobremonte, marqués de Sobremonte. Los historiadores no han sido precisamente benévolos con este personaje. Le tratan en general con duras y coincidentes acusaciones de falta de valor y de errores militares, por haber huido de Buenos Aires ante el ataque de la armada de Sir Home Popham, retirándose a Córdoba.  
En 1929 se publicó una obra de Ignacio Sánchez Ramos, con prólogo de Ramiro de Maeztu, tratando de revindicar la figura de Sobremonte. Convencen con el elogio en cuanto a la muy positiva labor económica, cultural, urbanística... del citado Virrey. Son poco convincentes, en cambio, en cuanto a la defensa de sus virtudes militares y estratégicas. En la defensa de Buenos Aires y su victoriosa reconquista, los verdaderos héroes fueron Liniers, nombrado conde de Buenos Aires, y el gobernador de Montevideo, Ruíz de Huidobro. Sobremonte, en el mejor de los casos se equivocó.
- 9 O'Reilly fue uno más de los ilustres militares de origen irlandés que se hicieron españoles y prestaron grandes servicios a la Corona.
- 10 El comercio con Filipinas se hacía desde Méjico principalmente. Eran tiempos de la famosa «Nao de Acapulco» y de la leyenda de la «China poblana».
- 11 Varios años después de que Aranda y Godoy propusieran la creación de tres reinos españoles en América dentro de una especie de Comunidad Hispánica de Naciones, en 1820, tanto San Martín en Perú, como Iturbide en Méjico, propusieron también la aplicación del citado proyecto poniendo a los hermanos de Fernando VII al frente de las tres Coronas americanas. La España de aquellos años tuvo la culpa de que el plan no se realizase.

## XVII

# DOS MINISTROS PARA UN REY: ARANDA Y FLORIDABLANCA

Absolutismo e Ilustración.—Libre elección de Ministros.—Lealtad recíproca.—Historial y personalidad del Conde Aranda.—Presidente del Consejo de Castilla.—Gran labor de Aranda en Madrid.—Retrato del Conde de Floridablanca.—Su importante misión en Roma.—Secretario de Estado.—Primer Consejo de Ministros.—Correspondencia y políticas enfrentada de los dos Condes rivales.—Su gran patriotismo.—El Real Decreto de Honores.—Las «damas de la intriga».—Aragoneses y golillas.—La «Instrucción reservada».—Prestigio europeo del Rey.—La embajada de Aranda en París: su política francófila, fastuosa y casamentera.—Sus segundas nupcias.—Los Príncipes de Asturias, hostiles a Floridablanca.—Aranda, Secretario de Estado.—Formidable balance de un gran primer ministro: el Conde de Floridablanca.

Carlos III tenía el total convencimiento de que estaba en el trono por designación divina. Por lo tanto, su poder era absoluto y sólo tenía que responder ante Dios. La Historia le juzgaría. Ahora bien, su sentido de esa responsabilidad era tan grande que todos sus afanes, su gobierno, su política, estaban dedicados a procurar la grandeza de la patria y el bien de sus súbditos, siempre con un sentido paternalista y de autoridad suprema que, por otra parte, nadie osó nunca discutirle.

Como ese espíritu político iba unido a la idea de ilustración, de extender las luces y el progreso por todo el país, a ese modo de gobernar se le ha llamado, con cierta propiedad, despotismo ilustrado. Ese ha sido, con algunas variantes, el sistema de poder y de trabajo de todos los soberanos absolutos y grandes caudillos que en el mundo han sido, con sus grandezas, sus triunfos, sus miserias, sus fracasos y hasta sus desastres, que de todo ha habido en la viña del Señor.

Tal concentración personal del poder, unida a su sentido carismático y hasta religioso, tiene sus ventajas prácticas y benéficas, sus inconvenientes sociales y su limitación de libertades. Sobre todo si lo vemos con la mentalidad de nuestro tiempo, que se parece muy poco, obviamente, a la del siglo xviii, en los finales del Antiguo Régimen.

Así gobernaron Luix XV, Catalina de Rusia, María Teresa de Austria, Federico el Grande, Gustavo Adolfo de Suecia, Pombal en Portugal e incluso Jorge III, a pesar —o con— el parlamentarismo inglés. Y, desde luego, Carlos III.

Una de las consecuencias positivas del sistema descrito para el Rey, y es posible que para el país, era la absoluta libertad del soberano para designar a sus colaboradores, a un muy limitado número de secretarios o ministros que disfrutarían de su confianza y del poder delegado, pero siempre bajo la autoridad del monarca. Es decir, que no tenía que contar con las expresiones de la opinión pública, a veces de muy dudosa sinceridad y autenticidad, ni elecciones, ni plebiscitos, ni partidos... «Todo por el pueblo, para el pueblo, pero sin el pueblo».

Tenga en cuenta el lector que ahora me estoy refiriendo exclusivamente al siglo XVIII y, en concreto al reinado de Carlos III, sin afán de comparaciones con los regímenes políticos imperantes en los países occidentales después de la Revolución francesa, con las múltiples variantes y muy diversos resultados de las llamadas democracias, bien sea en monarquías o en repúblicas.

Las condiciones que el soberano suele tener en cuenta al designar a sus ministros o secretarios de despacho son las mismas, sin variar esencialmente de un país o de un reinado a otro. Es cierto que el sistema de monarquía absoluta tenía el riesgo de que el soberano incapaz o indolente cayera bajo la influencia de alguno de sus hombres —o mujeres— de mayor confianza, los validos, privados y favoritos (que no son lo mismo), de los que Carlos III conocía tantos ejemplos en los reinados de los Austria menores. Con todas sus virtudes y defectos no ocurrió esto a los reyes de la nueva dinastía borbónica, que tuvieron en general el acierto de elegir bien a sus más cercanos colaboradores, como hemos venido viendo. No así el futuro Carlos IV, que con el famoso Godoy permitió que se batieran todas las marcas del valimiento.

Condición indispensable era para Carlos III la fidelidad. Lo repetía con frecuencia, si ellos me son fieles yo seré fiel a ellos. Y como sus ministros en ese aspecto nunca le fallan, el rey los mantiene, no cambia de caras, sigue con ellos hasta la muerte o el agotamiento. Única excepción, caso de fuerza mayor como hemos visto, el de Esquilache, compensado con la embajada en Venecia. Sigue con los ministros que heredó de su hermano Fernando VI y los escasos cambios a lo largo del reinado sólo llegan por las causas mencionadas. El rutinario y bien organizado don Carlos pide orden, eficacia, laboriosidad y patriotismo. De todo ello darán admirables pruebas los dos personajes protagonistas de este capítulo.

Ahora, al presentar las características esenciales y los momentos más destacados de sus etapas de gobierno, veremos a través de sus personalidades que tanto Aranda como Floridablanca, los dos condes rivales, nos confirman todo lo que he venido exponiendo. Y cómo se comprende lo bien que funcionó para el país, con diversas alternativas, aquella simbiosis entre Carlos III y los dos grandes —y tan distintos— personajes de su reinado.

\* \* \*

Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, nació en Siétamo (Huesca) en 1719 y se distinguió pronto con una brillante carrera militar que empezó en las campañas de Italia. Fue gravemente herido en la batalla de Camposanto, participó en el paso del Tánaro y en las batallas de Velettri y Pavía, nombre que trae ecos gloriosos de otros

tiempos. Por estos méritos le fue encomendada la dirección de la campaña de Portugal en la que tomó la plaza de Almeida, y ascendió a Capitán General en 1763.

Hombre de extraordinaria y versátil capacidad, el conde de Aranda tuvo un intermedio diplomático desempeñando la embajada en Polonia en tiempos en que aquel reino tenía importancia en el equilibrio europeo en el que había sido el centro de graves conflictos sucesorios. La estancia en Varsovia permitió a Aranda entrar en contacto con interesantes personalidades del mundo cultural poniéndose al día de las corrientes ilustradas de la época.

Más tarde se le confió la presidencia del Consejo de guerra celebrado en Madrid contra varios generales por supuestas negligencias en la defensa de La Habana y de este cargo pasó a Valencia como Capitán General de la Región. Del carácter de don Pedro Pablo y de sus reacciones anímicas es buena prueba la carta que dirigió a Muzquiz, ministro de Hacienda, cuando regresó a Madrid nombrado para un nuevo puesto: «Fui a Valencia porque quisieron echarme de Madrid. Vuelvo por la benignidad del Amo al que deseo corresponder con todo mi corazón».

Clara visión política, conocimiento de sus enemigos y lealtad y reconocimiento hacia el Rey, el Amo, con mayúscula. Siempre sería igual: incómodo, valiente, claro, hasta insolente pero dispuesto al servicio a lo gran señor, por duro que fuera<sup>1</sup>.

El nuevo cargo de Aranda es sumamente importante. En capítulos anteriores vimos como el Rey recurrió a él para poner en orden Madrid, y España en general, en la situación peligrosa que siguió al motín de Esquilache. Su carácter y dotes de mando le hacían el hombre adecuado para poner orden al frente del Consejo de Castilla, es decir, en el cargo más importante de España después del soberano.

Aranda desempeñó la presidencia, auténtico primer ministro, con gran autoridad y eficacia. Fernán Núñez dice que entre otros muchos méritos, al conde se debe que Madrid sigue siendo la capital de España, ya que por aquellos días varios personajes fomentaron la idea de llevarla a Sevilla o a Valencia, como castigo o represalia por la mala conducta de la Villa y Corte durante el famoso motín, que puso a Carlos III en tan difícil trance:

«El tesón y las providencias del Conde de Aranda les disuadieron y a él solo debe Madrid en el día ser aún la Corte del Reino de España».

La opinión pública coincidía con Fernán Núñez: «El Conde de Aranda es una gran cabeza: hace justicia sin aceptación de personas». Así era, su crédito iba en auge y había logrado lo más notable, realzar su personalidad de Presidente del Consejo y de Grande de España y captar la voluntad de la muchedumbre. Iba en coche descubierto a todas partes, en lujosa carroza con espléndido tiro y rodeado de servidores brillantemente uniformados. No faltaba al paseo, al teatro y a los toros, y a su paso eran constantes los vivas a Aranda, y lo que era más importante, a su Señor, al rey don Carlos. «Para mantener el orden, me basta el pueblo» —decía—. Y, efectivamente, a los dos meses del motín de Esquilache, el pueblo, según los cronistas, estaba de nuevo a los pies del rey, que volvió a Madrid desde Aranjuez en medio de una recepción clamorosa.

Aranda, magnate, capitán general y primer magistrado del reino, se ocupaba de todos los detalles, las clásicas facetas de limpieza y orden de la política carlotercista. Se dedicó, por ejemplo, a limpiar Madrid de vagabundos, de toda clase de delincuencia y amenazas en potencia para el bien público; obligaba a trabajar a los pordioseros robustos asegurándoles un salario, techo y comida. Lo mismo hacía con los que frecuentaban los garitos; a las mujeres de vida airada les hizo residir y comerciar fuera de la Villa; cerró la entrada en la capital a más eclesiásticos que venían a ser una rémora, sin oficio ni beneficio, si bien para nada molestó a las órdenes religiosas y a las parroquias ya instaladas...

Otro logro importante de Aranda fue inculcar a todos la idea de que los guardias valones, que volvieron, no eran tropa extranjera, porque el soldado, el militar, que da su sangre y nuevas glorias al país en que sirve, por las armas adquiere carta de naturaleza.

Y otro aspecto de la política de Aranda en su presidencia del Consejo de Castilla fue su preocupación por marcar la separación entre los poderes espirituales de la Iglesia y los políticos del Estado, actitud regalista que tantas críticas adversas le ha procurado en la crítica más o menos ultramontana de los siglos xix y xx.

Además, en su tarea urbanística, los cronistas atribuyen al conde de Aranda la creación del Paseo del Prado, una de las más bellas arterias de las que disfruta la capital de España, y también los cuidados, el embellecimiento en jardines, estanques, florestas y cerramientos del parque del Retiro, que va pasando de ser coto real al disfrute de la población.

\* \* \*

Una vez presentado el Conde de Aranda, con el que volveremos a encontrarnos en una nueva faceta de su rica personalidad —más meritoria aún en un hombre pequeño y feo, como veremos también— vamos a ocuparnos del que pudiéramos llamar su hermano enemigo, la otra cara de la política del rey don Carlos, el otro conde, Floridablanca.

Don José Moñino y Redondo nació en Murcia el 21 de octubre de 1728, es decir, era nueve años más joven que Aranda. El mejor y más escueto retrato del personaje, aparte del formidable de Goya, nos lo hace el rey Carlos III en la presentación que hace ante la Santa Sede del hombre que envía a Roma como su agente oficial:

«He nombrado para mi ministro interino en Roma a don José Moñino, fiscal de mi Consejo de Castilla<sup>2</sup>... buen regalista, prudente y de buen modo y trato, pero firme al mismo tiempo y muy persuadido de la necesidad de la extinción de los jesuitas porque ha visto cuán perjudiciales son...» Palabras que prueban una vez más la obsesión del Rey, no sólo por la expulsión sino por la total desaparición de la Compañía de Jesús.

Parece que el nombramiento no cae mal en el Vaticano. El Papa Clemente XIV así lo expresa, si bien puede haber algo de diplomático en su exclamación: «¡Dios se lo pague al Rey Católico!». En cambio el Nuncio advertía en un despacho que consideraba a Moñino como hostil a Roma.

No hostilidad pero sí obstinación fue lo que demostró el ministro español, que tuvo de todo menos de interino durante su misión romana, demostrando en todo momento habilidad, instrucción y moderación. Larga misión, en efecto, tesonera, llena de

episodios diversos, de maniobras y astucias de unos y de otros, desde el Papa al último de los prelados, pasando por todos los cardenales, embajadores, agentes diversos... casi siempre con el tema de los jesuitas al fondo.

Moñino mantuvo numerosas entrevistas con el Pontífice en el Vaticano y durante las «villegiaturas». Clemente XIV dice que está contra la Compañía de Jesús pero pide tiempo, secreto y confianza para poder tomar decisiones. «Díjome el Papa que no se podía fiar de nadie, ni aun de sus domésticos».

Cuentan los cronistas que Moñino se presentaba de continuo al Pontífice con porte majestuoso, altivo y elegante, en contraste con el anciano débil y achacoso, como para aplanarle con su apostura y fuerza física. Con agria malevolencia, uno de esos cronistas, llega a decir que «fue Moñino y no otro el que actuó como verdugo de Galganelli» (apellido del Papa).

En aquel mundo vaticano, complicado y paradójico, en el que lo espiritual y lo temporal se mezclaban, Moñino hizo sus primeras armas de alta política y consiguió favorables resultados para la misión que Carlos III le había confiado, mereciendo el título por el que le conocerá la historia: el condado de Floridablanca. Entre expertos diplomáticos como el padre Bontempi, privado del Papa, el embajador francés Bernis, el portugués Amada, los cardenales Malvezzi y Acquaviva, el activo Macedonio... el jurisconsulto Moñino, un «golilla», quedó a la altura de los mejores. Así lo demostraba el rey Carlos al escribir a Clemente XIV en una carta elogiosa, respetuosa pero muy exigente, remataba aquella primera etapa política del que iba a ser su más destacado primer ministro.

Floridablanca vuelve a Madrid nada menos que como Secretario de Estado, el puesto al que aspiraba Aranda, que es nombrado embajador en París, pasando así a ser subordinado de quien antes lo era suyo, con lo que fructifica una profunda animosidad entre los dos personajes.

Moñino preside la Junta de Estado y la convierte por primera vez en un verdadero Consejo de Ministros. Hasta entonces cada ministro funcionaba por su cuenta sin apenas relación con sus colegas y despachando directamente con el rey. Ahora, Floridablanca pone orden, coordinada y hace funcionar los departamentos como un equipo del que él lleva la dirección. Por esta razón aumentan las críticas envidiosas y le acusan de apoderarse de la voluntad real a través de la Junta de Estado, así como de mandar en todos los ministerios. Esto último puede que fuera cierto, pero la primera premisa caía por su propio peso: Bueno era Don Carlos para dejarse dominar; sabía bien lo que se hacía y ni por un momento dejaba de tener las riendas en su mano, con un leal y eficaz ministro a sus inmediatas órdenes y de cuyas prendas estaba muy satisfecho.

Corría la voz por la Villa y Corte de que «había tres condes en Madrid que no podían caber juntos en un saco», Floridablanca, Aranda y O'Reilly. Todavía no había salido para París el nuevo embajador y O'Reilly ponía en el asador toda la carne de su prestigio militar con ambiciones políticas, pero en poco tiempo allí no había más conde que el «golilla» Moñino.

La rivalidad entre los dos personajes se mantuvo en cuanto a ideas, proyectos e influencias, el uno en el ministerio de Estado y del despacho universal en Madrid, y el otro en su Embajada a orilla del Sena. La correspondencia entre ambos es una formidable fuente de información, una constante batalla dialéctica, con pruebas llenas de interés, a veces hasta divertidas, de sus patrióticos y antagónicos ingenios. Había unas divergencias de fondo tanto en política exterior como interior. Floridablanca era decidido partidario de la paz e incluso del acercamiento a la Gran Bretaña. Aranda era belicoso por naturaleza y afrancesado por razones intelectuales y sociales. El uno era el jurisconsulto paciente que había asimilado a la perfección su nueva aristocracia y su poder político, y el otro era el capitán general que a todas horas ambicionaba el mando en plaza y el viejo aristócrata con derechos de sangre adquiridos<sup>3</sup>.

En lo que sí coincidían los dos, como hemos dicho, era en patriotismo y en lealtades. En su correspondencia la palabra España aparece cada dos o tres líneas y a veces triplicada. «España, España, España, sólo en ella pienso» —escriben los dos con igual énfasis—. Creo que vale la pena reproducir algunos de los párrafos de la correspondencia en cuestión.

De Aranda a Floridablanca:

«Dejemos a un lado las sugerencias de nuestro amor propio... obrando según las santas y admirables intenciones del Rey. V. E. es uno de los mejores españoles y como tal será uno de los mejores ministros...»

De Floridablanca a Aranda:

«España estará bien cuando mire por sí y muy mal cuando sea esclava de otro poder, sea el que fuere» (Crítica apenas disimulada a la francofilia acérrima del embajador en París).

«Si mi alma no fuese más fuerte que los agravios o las burlas que se me puedan hacer... En fin, trabajaremos por el servicio del Amo (con mayúscula) y bien de la patria y dejemos los chismes y las cavilaciones para las mujeres y los hombres de poco espíritu... No pienso volver a entrar en respuestas ni contestaciones sobre reconvenciones personales porque no me lo permiten si mi salud, ni el tiempo, ni mis principios».

De Aranda a Floridablanca:

«No nos amontonemos, Señor Excelentísimo: ambos somos hombres para entendernos recíprocamente; no se me acoja V. E. al sagrado del Amo cuyo nombre sólo es una barrera invencible para mi respeto. Pero si V. E., sacerdote de oráculo, no quiere admitirme ni aún de sacristán, pues tengo voz de chantre y de capiscol, déjeme, a lo menos, entonar alguna vez las letanías».

«Yo sé que he sido «buen Embajador del Rey... Sé también que he procurado a V. E. en cuantas especies se pudieran suscitar y que con caramelos me hubiera llevado V. E. por las orejas; pero azotes encima, Señor Excelentísimo, suele causar que los niños hagan novillos... Porque yo soy quien está en la escuela y V. E., al contrario, regenta la clase y tiene en mano la férula del maestro...»

De Floridablanca a Aranda:

«El Rey mandó callar sobre esto y no es justo que removamos caldos. Sin embargo, yo, por reverencia a la majestad del Rey a quien he de leer esta carta... En fin, hagamos por la patria cuanto se pueda y chismes a un lado».

Podríamos seguir citando párrafos y más párrafos de esta interesante correspondencia que tan bien define a los dos políticos dieciochescos. El Rey apreciaba a los dos, pero no le gustaban las impetuosidades de Aranda y por ello, y por su terquedad, no le gustaba tenerle cerca, no obstante lo cual le tuvo al lado en más de una ocasión valorando sus altas cualidades. Conocía bien al aragonés, ingenuo y testarudo. Un día, después de un despacho en el que Aranda trató de mantener una posición intransigente, el rey le dijo:

—Sois más terco que una mula aragonesa.

—Señor, conozco a quien es mucho más terco que yo.

—¿Quién?

—Vuestra Majestad, Señor.

No podía considerarse a Aranda como jefe de la oposición porque entonces no había partidos, en el concepto moderno de tales, pero no cabe duda de que como opositor no tenía rival y bien lo demostró a lo largo del reinado. Pero lo cierto es que Carlos III cada día daba más confianza a Floridablanca, nunca como valido a la antigua usanza, sino como gran primer ministro. Llegó a ser el más antiguo de sus colaboradores y el rey recomendó a su hijo que siguiera contando con él.

\* \* \*

Cuando se desempeña el más alto de los cargos después del Rey, se permanece en él largo tiempo y se actúa con independencia, decisión y firme lealtad, los enemigos y críticos, aparecen como las setas en otoño, en casa y en el extranjero.

Uno de los temas que sirvió para hostigar a Floridablanca fue la polémica provocada por el Real Decreto de Honores que concedía el tratamiento de Excelencia a los Grandes de España, Consejeros de Estado, Arzobispo de Toledo, Caballeros del Toisón de Oro, Grandes Cruces de Carlos III, Capitanes Generales, ex-Virreyes y ex-Embajadores. A todos ellos les correspondían honores militares. Aranda, muy en su papel, protesta. En primer lugar porque quiere que las iniciativas sean siempre suyas, y en segundo lugar porque rechaza la extensión de los honores militares a civiles, por muchos toisones y grandezas que ostenten. Varios destacados generales se unen a su actitud y son desterrados: nombres brillantes de la milicia española: los marqués de Rubí, el conde de O'Reilly, Ricardos, Borghese, Las Casas...

Don Carlos no admite disensiones y lo mismo premia que castiga. Apoya con decisión la política de Floridablanca, contra el que empiezan a circular terribles sátiras, insultantes panfletos. También contra su compañero de gobierno y jurisconsulto, don Pedro Rodríguez Campomanes, ilustre figura de la Ilustración.

La alta sociedad madrileña, de proverbial insensatez en muchos momentos importantes de la historia, se regodea con los ataques a los ministros que tanto están haciendo por el bien del país, aplaude las sátiras y reparte cientos de copias, siendo «las damas de la intriga», según las crónicas, las que más contribuyen a su difusión. La

primera, la joven condesa de Aranda. En el «Diario de Madrid» aparece una fábula titulada «El Raposo», que empieza así:

«De un león poderoso  
ministro principal era un raposo;  
por lo sagaz y astuto  
orgullo como el hombre tiene el bruto...»<sup>4</sup>

La tal fábula fue atribuida a Samaniego y a Iriarte, pero el primero de ellos aclaró en carta a un amigo desde Bilbao que el verdadero autor era José Agustín Ibáñez de Rentería.

Pasados algunos días la campaña y las sátiras perdieron crédito y aplauso porque tales papeles no viven sino de la importancia que les dan aquellos contra quienes se forjan, y si aciertan a menospreciarlas, caen de su propio peso.

Como telón de fondo de estas tensiones políticas renacía la vieja pugna entre aragoneses y golillas, como en tiempos de Grimaldi, que sin ser partidos políticos, como hemos dicho, marcaban dos tendencias, más de clase social que de otra cosa, si bien en la mano del Rey estuvo siempre utilizar a unos u otros, como caras de la misma moneda, en una inteligente política de equilibrio. Además, en su mano estaban también los títulos y las grandezas para igualar a todos los que convenía a la Corona<sup>5</sup>.

El Conde de Floridablanca preparó concienzudamente la famosa «Instrucción Reservada» que presentó al Amo en 1788<sup>6</sup>. Carlos III hizo en el escrito múltiples anotaciones de su puño y letra. Se trata de una verdadera enciclopedia de gobierno y administración cuyo conocimiento sería muy útil a los gobernantes de nuestro tiempo, salvando la adecuación de las instrucciones a la «problemática» de hoy.

Firmaron el documento el Rey y Floridablanca «esperando que los ministros, ahora y en lo sucesivo sean muy fieles y celosos y que cumplirán las estrechas relaciones que tienen y tendrán para con Dios, con su Rey y con su patria».

Por los días en que se firmó la Instrucción Reservada, Europa se hallaba envuelta, enredada, más bien, en una madeja o red de problemas y conflictos que afectaban a las grandes potencias y que se planteaban en Rusia, Polonia, Suecia, Finlandia, Dinamarca, Moldavia, Valaquia, Turquía...

El prestigio de España había subido tanto en los últimos años, que todos volvían los ojos al Rey Carlos, al que se debía en gran parte ese prestigio. Él era el decano de los monarcas europeos y confiaban en su buen sentido para árbitro y juez capaz de mantener el equilibrio y hasta de encontrar fórmulas para evitar determinadas corrientes perturbadoras que empezaban a vislumbrarse en el horizonte político. William Coxe, historiador de la época, afirma que ese era el sentir en las cortes de Viena, Versalles, Postdam, Petersburgo, Londres y Estambul. Por desgracia, los días del gran Carlos III estaban tocando a su fin.

\* \* \*

Si no hubiéramos lo comprobado ya en las páginas anteriores, la etapa de su embajada en París nos confirmaría que el conde de Aranda es uno de los políticos más singulares e interesantes de nuestra historia moderna. Grimaldi había enseñado al Rey una carta del

inquieto conde en la que se vertían conceptos mortificantes para la autoridad real. No es que atacara al monarca; lo que hacía, como siempre, era criticar sus aciertos electivos, ya que todo lo que no fuera contar con él para la más alta magistratura de gobierno, lo consideraba un error.

Cualquier soberano absoluto de la época, en un caso así, habría enviado al osado crítico, como mínimo, al destierro. Carlos III, benévolo y práctico a la vez, le nombró embajador en París, lejos pero a su servicio.

Aranda salió para su nuevo destino con un equipaje fantástico que asombra a los cronistas de la época, como un marajá dispuesto a «epatar» a propios y extraños.

Su llegada a París despertó gran curiosidad<sup>7</sup>. En principio, decepción. Se esperaba a un Grande de España, Capitán General, apuesto, espectacular, y se encontraron con un tipo pequeño al que describen las aceradas lenguas parisinas como descolorido, desdentado, bizco, torpe de oído, casi mudo en los salones, donde sólo abría la boca para decir vulgaridades. El conde de Ségur en sus «Memorias» trata a Aranda bastante mejor:

«Ostentaba en su fisonomía, en su porte, en su lenguaje, en todas sus maneras un intenso sello de originalidad. Su vivacidad era solemne; su gravedad irónica, casi satírica. Tenía una costumbre o un tic extraño y hasta un poco ridículo, puesto que a cada frase añadía: Entendez-vous? Comprenez-vous?»<sup>8</sup>

En sus lujos y su ostentación Aranda llega a la extravagancia. Pero estos personajes fuera de lo normal, y si además llevan un tren de vida fastuoso o disonante, gustan siempre en París y se apuntan éxitos inimaginables, como las conquistas amorosas del horrible abate Marchena, que tan bien describe el doctor Marañón, o los grandes éxitos literarios y artísticos en nuestros días de Arrabal, Semprún, Paco Rabanne, Paco Ibáñez, José Luis de Vilallonga, Almodóvar, etc...

En medio de su boato principesco, de palacio en carroza y de carroza en palacio, el conde de Aranda sabe que no se equivoca al jugar a ser como un rey a la altura de Luis XV en la capital francesa. Es inteligente y eficaz. Informa con asiduidad al Rey a través de Grimaldi y lo hace con visión política, pensando siempre en España y en volver a ser el número uno. Cree que la unión con Francia es la que más nos conviene y defiende esa actitud sin merma de su patriotismo «a la aragonesa». Y como está muy bien situado, sus informaciones son de primera mano. No en vano va a Versalles dos o tres veces por semana y se convierte en un habitual íntimo en la Corte, donde habla con frecuencia con el rey y con los ministros, no faltando su asiduidad, bastante crítica, cerca de la favorita madame Du Barry, a la que considera vana, ligera y poco penetrante. Comunica las noticias que corren sobre la impotencia del Conde de Provenza, retrata con agudeza a Luis XVI y avisa sobre la afición «a las mozas» del conde de Artois, que pronto irá a Madrid. Sus mayores elogios son para la belleza de una cierta Madame de Tournon y tiene una buena opinión sobre el primer Secretario de Estado D'Aiguillon.

Aranda admira al ejército francés. Le gusta que Francia sea lo que él llama «un reino militar». Tal vez ello influya en su apoyo decidido a la alianza borbónica frente a Inglaterra. También pesó en ello sin duda el carácter progresista y librepensador del aristócrata tradicionalista español, que mantuvo en París una intensa relación con los

sectores ilustrados, sin que entre sus influencias faltaran los nombres de Voltaire, Rousseau, D'Alembert, Mirabeau... Carlos III conocía bien estas andanzas de su embajador, pero le venían a la medida en su política de equilibrio entre los dos condes, las dos caras de la misma moneda.

Los ardores francófilos del Embajador le llevaron a apadrinar un proyecto matrimonial un tanto desorbitado. Se trataba nada menos que de casar al viejo Luis XV, recién viudo, con María Josefa Carmela, infanta de España, hija de Carlos III, que tenía por entonces veintinueve años y no había encontrado todavía un árbol donde ahorcarse, como vulgarmente se dice en los casos de estas solteras recalcitrantes<sup>9</sup>. Pero resulta que la infanta era «fea y contrahecha» según el padre Coloma, y en un cuadro de Mengs aparece como la contrafigura del Rey, en mujer pero sin el menor atractivo femenino. Había interés en casar a Luis XV, a pesar de que éste estaba esperando casar a sus nietos para dar continuidad a la dinastía. Claro es que en cuanto el retrato de María Josefa Carmela llega a París, no se vuelve a hablar del asunto. Además Su Majestad Cristianísima no estaba para muchos trotes: había caído enfermo de viruelas y ni las visitas de la Du Barry un par de veces al día exponiéndose al contagio, ni los cuidados de Leri, médico de cámara, mejoran al rey, que, viéndose en las últimas, hace leer al capellán de Palacio, cardenal de la Roche Aimon, una especie de acta de arrepentimiento de todos sus pecados pasados, a ejemplo del rey David y pidiendo perdón a sus vasallos. De todo ello va informando puntualmente a Madrid. Luis XV muere el 10 de Mayo de 1774 y el duque de Choiseul presenta al nuevo rey, Luis XVI, del que Aranda dice que ha hecho una impresión bastante desfavorable. Parece hombre de ideas lentas, pesado, sin gracia y de cerebro embotado. Con él va a tener que tratar nuestro Embajador en su última etapa parisina. Oficialmente elogia a los nuevos soberanos, mostrando especial benevolencia al hablar de María Antonieta. Cree que será capaz de dar un heredero al trono pero vuelve a insistir en la dudosa virilidad del sucesor de la Corona, Conde de Provenza.

Trece años lleva Aranda en la capital francesa. Desde allí no ha dejado ni un momento de estar pendiente de lo que pasa en España, quiere estar presente, intervenir, hacerse el indispensable. Ya hemos visto hasta qué punto influyó en el asunto de la independencia norteamericana. Pero es mucho tiempo de ausencia de Madrid y de ir y venir desde su suntuoso despacho del Hôtel de Sryecourt, en el aristocrático barrio de Saint Germain, a la Corte de Versalles, ciento treinta viajes por año, saliendo a las ocho de la mañana y volviendo pasadas las diez de la noche. Está cansado, y más aún después de quedarse viudo en diciembre de 1783 y de volverse a casar. El hombre está bastante achacoso, pero no duda en contraer matrimonio, cuando tiene sesenta y cinco gastados años, con una joven de diez y nueve, María del Pilar Fernández de Híjar, sobrina de su difunta esposa. Ellá será quien más fuerce al conde para pedir el regreso a Madrid. Las brumas del Sena no sientan bien a la joven y es en septiembre de 1786 cuando el matrimonio cambia Saint Germain por la calle de Fuencarral, donde se instala en el palacio de la familia situado frente al antiguo Hospicio.

El sustituto de Aranda al frente de la Embajada en Francia va a ser el conde de Fernán Núñez, el fiel cronista del reinado de Carlos III, al que se deben gran parte de las noticias que de aquellos años, tan llenos de acontecimientos, se conocen. Él los vivió muy de cerca y supo hacérselos llegar con exactitud, sencillez y penetración en sus opiniones.

\* \* \*

Tanto Aranda como Floridablanca sobrevivieron al que durante tantos años había sido su Rey, el Amo, como le llaman a veces en su correspondencia. Sin Carlos III las cosas tenían que cambiar mucho para ellos.

Por lo pronto, al nuevo rey le faltaba la gran cualidad de su padre al saber elegir a sus colaboradores, y además careció de independencia de criterio al estar dominado en muchos aspectos por aquella lamentable señora que vino a torcer aún más las escasas condiciones que para el gobierno tenía su regio esposo.

María Luisa de Parma, la reina, se mostró desde el primer momento hostil a Floridablanca. Un día de septiembre de 1788, dos meses antes de la muerte de Carlos III, la entonces todavía princesa de Asturias, conoce en La Granja a un joven guardia de corps. Le admira por la gallardía con que reacciona a una caída de caballo y le invita a palacio. Todo lo que sigue de las relaciones entre María Luisa y el guardia de corps en cuestión, Manuel Godoy, haría las delicias y el gran negocio para las que hoy se llaman revistas del corazón y más deberían llamarse de otras zonas anatómicas. Por desgracia la relación pasó a ser parte de nuestra más fea historia y, por el momento, se sale de nuestros propósitos biográficos. Sí interesa saber que la hostilidad que desde entonces muestra la reina hacia Floridablanca, ayudó a dar fuerza a la campaña que desde el extranjero se desencadenó contra el primer ministro, posiblemente porque su continuidad habría dado solidez al tambaleante trono de Carlos IV. Acusar al conde de apropiarse de fondos o de malversarlos, era no conocerle. Pero esas campañas, aunque sean calumniosas, hacen daño, y don José Moñino, cansado y sin tener ya a su rey querido y respetado en el trono, pide el relevo. De momento, Carlos IV sólo le libra de la cartera de Gracia y Justicia, pero María Luisa está decidida a ir allanando el camino a su querido Manuel. Coincide por aquellos días un hecho poco conocido en sus motivaciones: Floridablanca es herido de dos puñaladas que le asesta en julio de 1790 un curandero francés llamado Juan Pablo Pairet. Es lo que faltaba para que el viejo ministro decidiera su retirada a sus tierras en Hellín.

La reina se conforma, primero, con imponer al conde de Aranda, que ve así satisfecho su objetivo vital de ocupar la Secretaría de Estado, desposeyendo de ella al «golilla» Moñino. Este sigue siendo atacado por sus enemigos y del relativo destierro murciano pasa a ser encarcelado en la ciudadela de Pamplona en 1792, incomunicado, sin juicio previo, sin condena formal. Suprema ingratitud del hijo de Carlos III con uno de los mejores y más fieles gobernantes del siglo.

¿Fue Aranda el culpable de tan odiosa medida? Mucha coincidencia fue que la prisión de Floridablanca se ordenó cuando su sucesor subió al poder en Madrid, y también que al cesar el ministro aragonés, su eterno rival fuera puesto en libertad y totalmente rehabilitado.

Aranda se siente feliz en la Secretaría de Estado. Cree que el poder es suyo por derecho propio. Ahora se siente también seguro del favor real, que no tuvo totalmente con Carlos III al que nunca pudo dominar. Pero su felicidad no dura mucho: choca con Godoy en el Consejo de Castilla y aunque ha sido el factotum del encauzamiento de las relaciones con la Francia revolucionaria, el poderoso favorito le destierra a Granada, donde permanecerá en la Alhambra hasta que por enfermedad fue autorizado a retirarse a su palacio de Epila, donde falleció el 9 de enero de 1798, diez años después de Carlos III<sup>10</sup>.

Floridablanca nunca fue un hombre de partido. Pudo tenerlo y bien fuerte en la plenitud de su poder; por ello le faltó apoyo cuando llegaron las envidias, las calumnias y los ataques de dentro y de fuera. Era un hombre austero, recto, de pocos amigos y nada dado a los politiqueros y las astucias. Tal vez fue el gobernante que a las órdenes de Carlos III más hizo con sus trascendentales reformas para cambiar la faz de España. Reorganizó la administración pública, en la línea iniciada por Patiño y Ensenada; creó la Junta de Estado, o sea, el primer Consejo de Ministros; modernizó la Marina, labor iniciada con acierto en tiempos de Fernando VI; en su tiempo se recuperó Menorca y la Florida; la Colonia de Sacramento, Fernando Poo, Annobón y Corisco se incorporaron a la soberanía española; se implantó el servicio postal mejor de Europa; se fundaron el Observatorio Astronómico, el Gabinete de Historia Natural, el Banco de San Fernando y la Compañía de Filipinas... No parece un mal balance de gobierno.

La elevación al poder de Godoy le sorprendió a Floridablanca en Murcia. Allí estaba mientras Fernando VII conspiraba contra su padre, mientras España se enfrenta a la Convención en patriótica guerra y durante el motín de Aranjuez y la invasión francesa.

Su enorme prestigio hace que en la vejez sea sacado de su tierra para presidir la Junta de Defensa de Madrid después del dos de mayo. Poco después preside la Junta Suprema Central, máximo poder en la España invadida, con honores de Alteza Real, mientras Carlos IV y el rey Fernando VII representan a los pies de Napoleón la innoble farsa de Bayona.

Floridablanca, como dice un historiador, es ya como la estatua de sí mismo. Va a durar sólo unos meses. Retirado a Sevilla, al frente de la Junta vive en la capital andaluza sus últimos días; tiene ochenta años cuando fallece el 30 de diciembre de 1808.

Los hombres del constitucionalismo decimonónico no supieron apreciar cuánto debían España y la modernidad, incluso el liberalismo, a los hombres de la Ilustración, y muy en concreto a Floridablanca<sup>11</sup>. Alcalá Galiano llegó a llamarle «hombre de perversa índole». A esa índole, y sobre todo a la de su Rey, don Carlos III, nos deberíamos abonar los españoles para que los monarcas y los gobernantes de nuestro país, cara al siglo XXI, fueran como ellos.

**1** Casos como el de Aranda, traído y llevado, alejado hacia cargos importantes para no molestar, compensado con granjerías, vuelto a llamar para sacar de apuros al Amo... se han dado con frecuencia a lo largo de la Historia, y muchas veces con militares y diplomáticos. La lealtad con sus fieles de Carlos III no siempre ha sido lo habitual en los reyes de España, con cierta tendencia a ser «olvidadizos» por emplear un amable eufemismo.

**2** En el Consejo, el futuro Floridablanca era un empleado subordinado del Conde de Aranda.

**3** De Aranda se decía que «sólo quería ser fraile de Marte» (Es decir, del dios de la Guerra).

**4** La fecha del diario es de 1783 y la fábula fue publicada en la colección de Rentería en 1797.

**5** El Príncipe de Asturias empezaba a participar en los despachos y se mostraba partidario de Floridablanca.

**6** Instrucción Reservada, dada en El Escorial el 10 de octubre de 1788.

**7** El predecesor de Aranda en París fue el conde de Fuentes (1773).

**8** Aranda asiste a las tertulias y partidas de cartas en casa del Duque de Orleans y del Príncipe de Condé. Con humor informa de que por todas partes pulula una legión de bastardos reales.

**9** Danvila dice que la infanta tenía 19 años, pero se equivoca porque había nacido en Gaeta en 1744.

**10** Fue tanto el poder que adquirió Godoy que dos personajes de la gran categoría de Floridablanca y Aranda, le rindieron pleitesía, se pusieron a sus pies. Moñino, por ejemplo, le escribió llamándole «Mi antiguo y venerado favorecedor y dueño...» (27-7-1799). Muestra de la lamentable facilidad de muchos políticos para la hipocresía y el olvido de la dignidad. En este caso, como unos principiantes que aspiran a los favores del gran señor.

**11** No he olvidado al escribir este capítulo a otros hombres destacados de la Ilustración, como don Pedro Rodríguez Campomanes y don Manuel Roda. Todos ellos contribuyeron en mayor o menor medida al progreso práctico —no de «progresía», disfraz actual de gentucilla mediocre— de España y de los españoles. Pero el entrar en sus biografías se saldría del propósito de la presente obra.

## XVIII

# LOS REYES DE EUROPA EN TIEMPOS DE CARLOS III

Las reuniones en la cumbre de fines del siglo XX.—Los Reyes del xviii no se conocían en persona.—La Internacional de las Coronas.—Luis XV y Carlos III, biznietos del Rey Sol.—La frívola Corte de Versalles.—Jorge III, rey absoluto con Parlamento.—Pitt y Compañía.—Relación y contraste entre el Rey de España y el de Inglaterra.—Federico II el Grande y Carlos III.—Extraordinaria personalidad del rey de Prusia.—La gran María Teresa de Austria y sus hijas.—Buenas relaciones con España.—Catalina de Rusia, máxima figura del siglo.—Sus éxitos, sus excesos, su vida novelesca e imperial.—Asombroso reinado.—José I y Pombal, la simbiosis portuguesa.—Difíciles relaciones con España.—Los Reyes del Norte.—George Washington.

En estas vísperas del tercer milenio, los Jefes de Estado y de Gobierno se reúnen un día sí y otro no. Se suben al avión con todo su equipo y acólitos y se plantan en cualquier lugar del planeta, previa conversación telefónica o reunión de sus ministros.

En el punto elegido del mapa celebran lo que ahora se llama una cumbre, que ha veces se queda a la altura de una modesta colina, sobre todo en cuanto a resultados. La tal cumbre puede ser un coro de varias voces o un dúo, o séase, bilateral. Así, los personajes en cuestión se conocen casi como de familia, se tutean, se llaman por sus nombres de pila y acuerdan volverse a reunir a las pocas semanas.

Un buen humorista podría escribir un libro divertido contando y comentando estos viajes y encuentros de alto nivel, con sus abrazos, agasajos y zancadillas. Claro que mucho mejor es llegar por el conocimiento al entendimiento, encontrarse y procurar acuerdos que enzarzarse en guerras, revoluciones y terrorismos. Siempre se logrará algo positivo por aquello de que hablando se entiende la gente.

Me he permitido esta evocación contemporánea para marcar el contraste entre los Jefes de Estado de hoy y los Reyes del siglo XVIII, que aunque convivían en una época cuyas modas y modos traspasaban las fronteras, no se conocían ni de vista. Eran los primeros protagonistas del siglo de las luces, los líderes de la internacional patricia, del equilibrio europeo, del despotismo ilustrado, pero cada una en su país y casi sin salir de Palacio.

De nuestro Carlos III no he podido saber de un solo viaje al extranjero durante su largo reinado desde que llegó a Barcelona procedente de Nápoles. Y lo mismo puede decirse de sus regios colegas europeos. Así resultaba tan importante el papel de los embajadores, presencia efectiva y simbólica de su país en aquél en el que desempeñaban su misión. De ellos dependían la representación, la negociación y la información; las precarias y lentas comunicaciones les dejaban aislados durante largos períodos, tenían que improvisar iniciativas y de ellos podía depender a veces la opción entre la paz o la guerra. Los reyes de entonces, y los infantes y príncipes a los que a menudo había de casar sin salirse de las casas reales, se conocían físicamente por medio de óleos y miniaturas que se encargaban a los pintores de cámara. Estos se veían obligados a prodigios de arte y adulación para ofrecer una buena imagen del retratado, y aun así se producían fracasos como algunos que hemos visto en páginas anteriores. Hasta que llegó Goya con sus colosales retratos-caricatura, sin respeto a nada ni a nadie.

No obstante ese alejamiento y desconocimiento personal, entre los reyes del xviii se había establecido una especie de comunidad de intereses dinásticos y de afinidad en las corrientes culturales, que hacía que sus Jefaturas de Estado tuvieran muchos aspectos comunes y que a las diferencias en las políticas exteriores respectivas se superpusiera una especie de Internacional de las Coronas, de fraternidades dinásticas que sobrepasaban las fronteras incluso en momentos de enfrentamientos bélicos. Por todo ello me ha parecido interesante para ir completando esta biografía, más que de Carlos III, de su reinado, el dar una somera idea de cómo eran sus reales colegas, en especial en la parte que pudiera tener relación con España. Hay que tener en cuenta que no estamos hablando de unos reyezuelos sin importancia sino de verdaderos protagonistas de la Historia de Europa: Luis XV, Jorge III, Federico el Grande, Catalina de Rusia, María Teresa de Austria, José I y Pombal... Y al otro lado del océano, el jefe de la naciente gran nación norteamericana, George Washington.

\* \* \*

Luis XV, el Rey Cristianísimo de Francia, es primo segundo de Carlos III, los dos son biznietos del Rey Sol, los dos llevan la sangre borbónica en sus venas y los dos son absolutamente opuestos, diferentes, en lo físico y en lo moral.

Luis XV es seis años mayor que don Carlos. A los cinco y medio era ya rey, casi puede decirse que nació con la corona puesta. En cambio Carlos III no llegó al trono de España hasta los cuarenta y tres años de edad, en plena madurez y con la experiencia de Parma, Florencia y Nápoles, que no eran malas escuelas del arte de gobierno. Nuestro rey sobrevivió trece años al francés mientras Luis XVI era el nuevo monarca del país vecino.

A Carlos III se puede decir que ya le hemos visto en las descripciones de los cronistas y en los retratos de Mengs y de Goya. Aunque realzara su pequeña estatura con altos tacones y enorme peluca, y los pintores suavizaran su fea cara de curtido cazador, no podía compararse con un Luis XV, que de adolescente parecía un efebo y de joven era apuesto, gallardo, complacido de su propia imagen.

Si las diferencias físicas eran grandes, mayores aún lo eran las morales. Luis XV, casado con María Lezincka, se dejaba dominar por el desenfreno amoroso, por un erotismo que le llevaba de favorita en favorita, siguiendo la tradición de Luis XIV. De sobra es conocida la vida galante de Versalles, donde las camarillas dependen de la voluntad del amante de turno. Es una curiosa simbiosis de gobierno la que se da en la Francia de aquellos años del dieciocho porque Luis XV no es una nulidad y su voluntad no es tan indolente como algunos dicen, y entre él, la Pompadour, la Du Barry y los ministros, ya fueran Fleury, Choiseul y D'Aiguillon, funciona en sucesivas etapas un Estado que todavía es la primera potencia continental y parece que ignora totalmente la posibilidad de una revolución político-social. Y si el Parlamento pretende dar señales de vida, Luis XV se enfada y deja por unos momentos sus placeres para decir: «Llevo muy mal que mi Parlamento se mezcle en los derechos de mi reino. Esto me toca a mí y respondo de ello». En todo caso, «Después de mí, el diluvio».

¡Qué contraste con Carlos III, modelo en la vida privada, fiel durante más de treinta años al recuerdo de la reina María Amalia! El rey sin favoritos, sin cambiar apenas de colaboradores, con admirable criterio selectivo, tiene una autoridad mucho más personal y sin concesiones que su colega francés. Nunca habría admitido don Carlos a su lado a un duque de Choiseul, amo de Francia durante doce años, con más títulos, cargos y condecoraciones que el Godoy de Carlos IV.

Luis XV y Luis XVI van abriendo el paso a la revolución. En plena ceguera del poder no aciertan a tomar las medidas sociopolíticas que la habrían evitado. En cambio, en la España de Carlos III no hay el menor atisbo de malestar social, de espíritu revolucionario. El pueblo está identificado con su rey, cuya obra personal ha ido mejorando las condiciones de vida del país, aunque aún queda mucho por hacer.

En cuanto a las relaciones personales entre los reyes de España y de Francia nunca pasaron de la corrección entre primos, sin excesivas confianzas ni familiaridades. Ya hemos ido viendo los obligados acuerdos y las grandes diferencias de intereses. En todo caso, Carlos III se mantuvo siempre firme en defensa de las posiciones internacionales de España.

\* \* \*

De todos los reyes europeos contemporáneos de Carlos III, el único que podía haber coartados sus poderes era Jorge III de Inglaterra, teóricamente obligado a compartir el gobierno con el Parlamento: «Parliament is the body, the Crown is the spirite, the reason of beeing in Parliament»<sup>1</sup>. Creo que algo así debía reflejarse consuetudinariamente en la relación entre el Rey y las Cámaras.

Pero la realidad se alejaba con frecuencia de esta idea. Jorge III había logrado un arraigo en el país del que no disfrutaron los dos primeros Jorges, «reyes extranjeros y grotescos» según Maurois. Era todo un inglés en su aspecto, en sus modales, en su lenguaje y en su carácter. Con estas condiciones personales y con una frase que era como su lema cara al pueblo, había logrado gran popularidad: «Born and educated in this country, I glory in the name of Britain»<sup>2</sup>. Muy político, lo de decir Britain en vez de England, para incluir así a sus amigos los escoceses.

Jorge III se había nutrido de las doctrinas expuestas por Lord Bolingbroke:

«Un Rey patriota debe reinar y gobernar. ¿Por qué ha de obedecer las órdenes de un Gabinete, de algunas grandes familias, de un Parlamento que no representan al país? Por el contrario, su deber es ser el campeón, de sus súbditos contra las oligarquías. Pues están fijos en él los ojos de todo un pueblo, llenos de admiración y brillantes de afecto».

¿Cabe más condensada y rotunda doctrina del absolutismo real, a nivel del de sus reales colegas contemporáneos?

Jorge III sabía que los whigs, liberales, habían dominado los Comunes comprando circunscripciones y votos. Pensó que él podía hacer el mismo juego formando un partido de los «amigos del Rey» con ayuda de los tories, conservadores. Estaba también decidido a escoger por sí mismo sus ministros. El ídolo del país era Pitt. El Rey quiso imponer a lord Bute, leal y honrado pero criticado por el pueblo por ser escocés y correr la voz de que era el amante de la princesa de Gales. Jorge III tuvo que debatirse durante todo su reinado entre su absolutismo y una serie de sucesivos ministros de fuerte personalidad que contaban con el apoyo de las oligarquías de los partidos. Ello le obligó a cambiar con frecuencia de colaboradores, lo contrario que nuestro Carlos III. El Rey inglés pasó de Pitt a Bute, de éste a Grenville, de Grenville de nuevo a Pitt, nombrado conde de Chatham; luego lord North y más adelante el hijo menor de lord Holland, Carlos Jacobo Fox, que resultó ser un gran político.

Después de los Estuardo, Jorge III iba aprendiendo que para ser el más patriota de los reyes, como él quería, había que saber respetar las libertades tradicionales de los ingleses, lo que hizo que tuviera que llamar al gobierno a los considerados como sus enemigos, los whigs, con elementos tan considerables como Rockingham, Burke, Shelburne y, sobre todo, el citado Fox. Fue éste, con Shelburne, el negociador del reconocimiento de la independencia de los Estados Unidos, de la que fue siempre decidido partidario.

Fueron aquellos malos tiempos para Inglaterra, que sufrió graves pérdidas en la paz de Versalles (1783), en la que recuperamos Menorca y Francia consiguió grandes ventajas. El joven William Pitt, el hijo de lord Chatham y futura gran estrella política, llegó a decir: «El sol de la gloria inglesa ha llegado a su ocaso». Nadie podía imaginar entonces la cumbre del imperialismo mundial a la que iba a llegar Inglaterra, por muchos años, a partir de 1815.

Las consecuencias inmediatas de la guerra americana llevaron a la Gran Bretaña a un odio profundo hacia la monarquía francesa, e, indirectamente, a unas tensas relaciones con España. Gibraltar se había convertido en «the Rock», el símbolo de un poder exterior en crisis. Ahora la India se había convertido en el centro vital del comercio y del colonialismo británico, y el Peñón aumentaba su importancia estratégica. Además Jorge III había nombrado primer ministro al joven Pitt, de sólo veinticuatro años, uno de los más prestigiosos políticos de la época de transición de un siglo a otro. Pitt llegó a gobernar veinte años sin interrupción con una autoridad irresistible, levantó la moral de los tories y reforzó no sólo el prestigio del cargo de primer ministro, como en los tiempos de lord Walpole, sino también la autoridad real.

La relación entre el rey Jorge y Carlos III fue muy escasa, una correspondencia protocolaria, a veces con breves reconvenções, en general no atendidas, y la representación diplomática, que llevaron entre otros Keene, en Madrid, y el conde de Fuentes en Londres.

Jorge III era mucho más joven que Su Majestad Católica. Heredó el trono a los veintidós años de edad, en 1760 por muerte de su abuelo Jorge II. Cuando muere el rey de España, en 1768, el rey de Inglaterra va a vivir los terribles años de la Revolución francesa, lo que probablemente influyó en sus graves trastornos mentales<sup>3</sup>. Poco después su país tendría que enfrentarse a la amenaza de invasión napoleónica, pero la Gran Bretaña logró no sólo evitarla sino cambiar en Trafalgar, con la victoria de Nelson, abrir el pórtico para el poderío británico de más de un siglo.

Jorge III, adversario de nuestro rey Don Carlos, aventajaba con mucho a éste en estatura, corpulencia y prestancia, aunque le faltaba la ecuanimidad, ponderación y buen criterio selectivo del rey de España. Coincidió, en cambio, con Carlos III en la rectitud de su conducta privada, modelo de esposos los dos. Dice un historiador, Tapia Ozcariz, que ambos habían nacido para padres de familia y que tanto el hogar de Su Graciosa Majestad como el de Su Majestad Católica respiraban paz, orden y sencillez. Claro es que por parte de Jorge III hasta que perdió la razón llegando a confundir los árboles del parque con el rey Federico de Prusia al frente de sus granaderos. Hubo que nombrar regente interino al príncipe de Gales, partidario de Fox y enemigo de Pitt, pero, como ya se ha dicho, Jorge III recuperaba la razón y volvía con su primer ministro preferido. Carlos III, en cambio, se libró de la vesania final de su padre Felipe V y de su hermano Fernando VI y fue hasta el fin de sus días un modelo de sensatez y de equilibrio.

A pesar del absolutismo sin cortapisas de nuestro rey comparado con el más limitado de su colega británico, las costumbres protocolarias inglesas endiosando al monarca, fueron mucho más rígidas que las españolas. La tradicional etiqueta de la corte española fue muy moderada por el temperamento sencillo de Carlos III, mientras que Jorge III había que hablarle doblando todo el tiempo la rodilla y nadie se habría atrevido a hablarle con la llaneza con que lo hacían en Madrid Aranda y Floridablanca.

Tanto un rey como el otro fueron buenos cristianos, fieles a sus credos católico y anglicano respectivamente. La intransigencia de Jorge III frente a los católicos fue total. Curiosamente Carlos III fue más tolerante con judíos y protestantes, por ejemplo con los colonos de Sierra Morena, y en cambio se mostró intransigente y tajante contra los mayores exponentes del catolicismo organizado y militante, los jesuitas.

La educación de los dos reyes fue bastante distinta. Jorge III estuvo rodeado de buenos preceptores. En cambio nadie se ocupó ni mucho ni poco de la educación de Carlos III, rodeado más bien de mujeres y de algún religioso no muy culto, como los «gilitos» de los que tanto hemos hablado. Casi niño tuvo don Carlos que salir para Italia: le faltaba casi absolutamente la formación teórica pero como duque de Parma y rey de Nápoles fue adquiriendo una experiencia práctica y política que difícilmente habría conseguido en las clases profesoras. Jorge III fue muy amante de la música. Hasta tomó parte personal en conciertos religiosos. Fueron los tiempos de Haendel y Hadyn,

tan vinculados a Inglaterra. En cambio a don Carlos se le podría aplicar la opinión de su sucesor Alfonso XIII, al que la música le parecía el menos molesto de los ruidos, según es fama. En eso se diferenciaba Carlos III de Fernando VI. Este adoraba a Farinelli, el gran cantante de la época, mientras que su hermano y sucesor alejó de la Corte al ruiseñor de moda diciendo que no quería ni ver a los «capones» o «castrati».

Carlos III fue un maestro, lo hemos repetido hasta la saciedad, en el talento de elegir a sus colaboradores. Pero con él, se acabó este admirable criterio selectivo. Su sucesor, Carlos IV, no supo mantenerlo a pesar de las lecciones de su padre. En cambio Inglaterra tuvo la suerte de disponer de una serie de admirables gobernantes que la llevaron a la grandeza en el siglo XIX.

\* \* \*

Es curioso comprobar las discordancias entre los autores, incluso contemporáneos, al describir a famosos personajes históricos. Nos encontramos aquí con el caso de Federico II de Prusia. Un historiador le pinta como diabólico, duro y cínico añadiendo que era pequeño y poco agraciado, mientras que otro le describe como un músico<sup>4</sup> y un filósofo de rasgos bellos y benévolos, de grandes ojos gris azulados, frente alta y maneras naturales y encantadoras. Así le ve también el embajador de Francia, que encuentra además su voz dulce y agradable. Puede que en estas consideraciones tan cariñosas influyera la amistad que el rey prusiano tenía con Voltaire, pontífice máximo a la moda de la intelectualidad ilustrada europea. Parece coincidir con tal amable descripción el bello retrato al óleo de la colección Furstenberg debido a Antoine Pesle, en el que aparece un hermoso Federico II, de rasgos casi femeninos de suaves y agradables, vestido con gran elegancia que no perjudica la armadura entre sedas y terciopelos, único signo del rey militar.

Algunas analogías y bastantes diferencias aparecen entre Carlos III y el monarca prusiano, que tenía cuatro años más de edad y murió dos años antes que el rey español fuera llevado a su última morada en El Escorial.

Durante cuarenta y seis años, de 1740 a 1786, el alemán gobierna y organiza su país dotándolo de una potencia bélica hasta entonces desconocida en la Europa del xviii. Afortunadamente ese poderoso aparato militar no amenaza a España. No sólo está lejos sino que a través de la historia hay múltiples pruebas del principio geopolítico que hace amigos a los países que no tienen intereses contrapuestos y que están separados por el glacis estratégico de un tercer gran país, rival en potencia de los dos por vecindad y posibles choques fronterizos y de intereses.

Las infancias de los dos reyes fueron muy distintas. Carlos III, rodeado siempre de la amorosa atención de Isabel de Farnesio, primero en el regio alcázar madrileño, luego a través de una intensa y entrañable correspondencia. Federico de Prusia, en cambio, vivió hasta que fue rey bajo la dura férula de Federico Guillermo I, «el Rey Sargento», que le trataba físicamente a golpes, acusándole de blando, echándole en cara su afición a la lectura y a la música, una verdadera tiranía llegando a los azotes y a amenazarle con un consejo de guerra como desertor por haberse resistido por una vez a la tiranía paterna. Tan terrible fue el Rey Sargento con su hijo y sus amigos que llegó a azotar

públicamente a una muchacha acusada de haber ayudado al príncipe heredero a huir de palacio, y a fusilar sin piedad a un tal Katt, confidente del que sería Federico II. Es posible que tan cruel trato endureciera al príncipe y contribuyera a su carácter proyectado en su vertiente guerrera expansionista, en contraste con su espíritu ilustrado, su cultura, admiración de la época, y su protección a las ciencias y a las artes. En contraste también con nuestro don Carlos, que después de sus episódicos juegos de guerra al lado de Montemar en Italia, no volvió a participar personalmente en campaña alguna y, por otra parte, no tuvo las aficiones literarias, filosóficas y musicales de su colega prusiano.

Un punto de contacto entre ambos monarcas era su sencillez de vida, su austeridad y su modestia en el vestir, compatible con la gran dignidad de su presencia. Los dos fueron asiduos en las tareas de gobierno, despachando los asuntos personalmente y leyendo y firmando todas las cartas y documentos que tenían relación con la jefatura de sus Estados. No obstante una diferencia marcaba sus métodos. Federico II gobernaba en autócrata sin consultar a nadie ni admitir consejos, mientras que don Carlos, que decidía siempre, veía los informes, consultaba antes al Consejo de Castilla y al ministro de turno, prescindiendo raras veces de sus opiniones.

El conde de Aranda fue algún tiempo huésped de Federico II. Aunque España no pretendía llevar a cabo aventuras bélicas como las de Prusia, el conde admiró la táctica militar prusiana y él, general del ejército español, creyó que había que adoptar el sistema para modernizar nuestras fuerzas de tierra, si bien no parecía fácil que nuestros soldados se parecieran a aquella formidable agrupación de verdaderos autómatas de calzón blanco y alto morrión en forma de mitra, algo, desde luego, como para entusiasmar a cualquier aficionado al arte militar, caso de Aranda.

Y daba la casualidad que el inspirador y guía de ese arte militar de Federico el Grande había sido nada menos que un español, el marqués de Santa Cruz de Marcenado, como reconoció el propio rey.

Las relaciones entre las dos Cortes no pudieron ser más cordiales. El primer representante prusiano en España, un cierto Milord Marechal y luego el conde de Nostiz. Carlos III, por su parte, nombró ministro español en Berlín a don Simón de las Casas.

Federico II, gran amigo de Voltaire, que le dio el nombre de Grande por el que le conoce la historia, era, al parecer, un hombre caústico. Se burlaba de todo, sin salvarse sus colegas reales ni sus amigos los filósofos. Escribía epigramas riéndose de los demás príncipes alemanes, llenos de deudas y de vanidad; María Teresa de Austria era una gazmoña; la Pompadour, atractiva y desvergonzada; Catalina de Rusia, una desaforada pasional; Voltaire un exagerado intolerante... Carlos III se libra, le dedica frases amables y le desea un feliz retiro en Nápoles como premio a sus muchos años de buen gobierno como decano de los reyes de Europa.

El monarca prusiano parece que se ocupó de sus súbditos con el paternalismo habitual del despotismo ilustrado. «Mi pueblo y yo —declaraba— hemos convenido un arreglo que nos satisface a los dos: ellos dirán lo que quieran y yo haré lo que me parezca». Es decir, la real gana.

Federico el Grande nada más subir al trono ordenó abrir los graneros públicos y vender barato el trigo a los más necesitados. Abolió el uso de la tortura en los procesos criminales y publicó un decreto en el que decía:

«Todas las religiones deben ser toleradas y el gobierno debe velar para que ninguna se imponga a las demás y para que en este país cada hombre pueda llegar al cielo a su manera».

Federico II dejó también actuar a la prensa con libertad, soportando con el desprecio del silencio las muchas diatribas publicadas contra él. Claro que no permitió la crítica pública de sus medidas militares o de los decretos fiscales. Ni por un momento dejó de ser un monarca absoluto pero con el racionalismo práctico de aplicar las leyes con lógica.

El gran rey prusiano por una parte reunió un formidable ejército de cien mil soldados disciplinados y bien armados. Treinta mil lanzó sobre Silesia, arrebatándosela al complejo Imperio austriaco casi sin resistencia. Hacía temblar a Europa con su fuerza militar, pero asombraba a todos con su cultura, su amable conversación, su inteligencia viva, su amor a la ciencia. A él se debe el vigoroso renacimiento de la Academia de Ciencias de Berlín, que sobrepasaba a todas, como reconocía la de Londres.

Fue el rey de Leibnitz, de Voltaire, de Wolff, de Goldsmith, de Maupertuis... Decía de él el príncipe de Ligne que por su figura de espíritu, su erudición enciclopédica y por su brillante conversación, su presencia era indispensable en las cenas, un adorno para convertirlas en festines del espíritu. De ser ciertas tan elogiosas apreciaciones coincidentes habrá que admitir que Federico II bien mereció el apelativo de Grande. ¿Para cuándo un título equivalente, algo más que «el mejor alcalde de Madrid», para nuestro Carlos III?

\* \* \*

Entre las grandes mujeres que han ocupado el trono en los grandes países europeos una de las que más destaca, en pleno siglo XVIII en el que hubo tan grandes monarcas, fue la emperatriz María Teresa de Austria.

Ese trono imperial coronaba un heterogéneo conjunto de países de Centroeuropa que todavía seguía llevando el título tradicional, y un tanto artificioso a aquellas alturas, de Sacro Imperio Romano Germánico.

María Teresa era hija del emperador Carlos VI, el que un día fuera famoso archiduque, que hasta llegó a reinar en parte de España desde Barcelona con el nombre de Carlos III. La futura emperatriz había nacido en 1717 y siendo niña fue la prometida del futuro rey de España, es decir, nuestro biografiado, que por entonces tenía diez años. Semejantes disparates prematrimoniales rara vez llegaban al tálamo nupcial y así ocurrió en este caso. Y no era María Teresa la primera «novia» de Carlos III, que ya había tenido otra antes.

Con quien se casó la princesa austriaca fue con su primo Francisco Esteban de Lorena, al que amó con apasionamiento según los cronistas.

Pero según éstos también, la cosa no debió ser tan fácil al principio, porque cuentan que a María Teresa no le interesaban en absoluto las relaciones íntimas y el preocupado

Francisco Esteban tuvo que acudir a varios médicos, uno de los cuáles le recomendó determinadas artes amatorias o trucos eróticos que dieron admirable resultado: diez y seis hijos, fruto del amor conyugal a través de los años.

Añaden las crónicas que de tan numerosa prole destacaron tres frívolas cabezas femeninas: María Amalia, María Carolina y María Antonieta. Las dos primeras no dejaron buena memoria en Parma y Nápoles. De la tercera ya conocemos sus gracias, sus minués, sus frivolidades y su triste fin en la plaza de la Concordia.

María Teresa sube al trono en 1740. Tiene que luchar para imponerse en una difícil guerra de Sucesión frente a bávaros, prusianos y franceses. Entonces los españoles fuimos también sus enemigos; Carlos III era todavía un soberano italiano pero no rey de España. Cuando coincidieron más tarde Carlos y María Teresa en los dos históricos tronos, tantos años unidos con la casa de Austria, las relaciones fueron buenas.

María Teresa perdió la Silesia: no pudo resistir la formidable potencia militar del naciente expansionismo prusiano. No obstante, sus empelucados ejércitos se batieron con valor. Ella era también valerosa y decidida; en el mando político y militar, su marido contaba poco, la Emperatriz lo era todo. Sus soldados, al ir al combate decían: «Moriatur pro rege nostro Maria Theresa». La llamaban rey, no regina.

Cuando Carlos III sube al trono en España, la gran austriaca es ya una matrona de porte majestuoso y fisonomía ennoblecida por rasgos de serena belleza<sup>5</sup>. Entre los dos monarcas existía un parentesco, una especie de consuegros de doble vínculo, como dice un autor. El archiduque Leopoldo, hijo de la emperatriz, estaba casado con la infanta española María Luisa Antonia. Eran los duques de Toscana, por cesión de sus padres.

Otra archiduquesa, María Carolina, contrajo matrimonio con Fernando IV de Nápoles, hijo de Carlos III. Afortunadamente sin las inmediatas consanguinidades a las que tan aficionados han sido siempre los Borbones.

El monarca español y la emperatriz austriaca son buenos amigos en la paz. Se escriben con frecuencia, se ocupan de cuestiones familiares y tratan de ir poniendo las bases para una alianza de las dos coronas, con Francia en medio, pero a su muerte, la Revolución francesa y las invasiones napoleónicas romperían la continuidad de estos propósitos. La España que llegaría al Congreso de Viena no sería ya, ni mucho menos, la de Carlos III.

Francisco de Lorena, que en vida se había dedicado a la alquimia y a los negocios particulares, en vista de que su mujer no le dejaba meter baza en el gobierno, fallece en 1765 y María Teresa guardará luto riguroso para el resto de sus días. Coronado ya emperador su hijo, con el nombre de José II, sigue siendo la madre la que sigue gobernando en monarca absoluto el Imperio. En esta etapa, que dura quince años, las relaciones con España son cordiales y frecuentes. Los dos veteranos monarcas no se conocen más que por retratos, pero se aprecian.

María Teresa muere en 1780 a los sesenta y tres años de edad. Carlos III la sobrevivirá ocho años.

Dos datos curiosos para terminar estas consideraciones acerca de las relaciones hispano-austriacas en los tiempos de nuestro biografiado. Cuando llega el reparto de

Polonia, nación católica por excelencia, Austria se beneficia de él. Carlos III comenta entonces lo siguiente sobre su consuegra:

«No me sorprende la ambición y la usurpación de Polonia por parte del rey de Prusia y de la Zarina, pero nunca pude imaginar tanta falsedad y perfidia en el corazón de la Emperatriz-reina».

Por otra parte, cuando muere Carlos III, José II sólo le sobrevive dos años. Pasa a ocupar el trono imperial el yerno de Su Majestad Católica, Leopoldo, duque de Toscana, casado con la infanta María Luisa Antonia, la primera hija que ha hecho abuelo a nuestro don Carlos. Así, el futuro emperador de Austria, deberá ser su nieto.

\* \* \*

Nos encontramos ante uno de los soberanos más importantes de la Historia de Europa. Se trata de una mujer. Me atrevería a decir que sin parangón posible, por encima de todas las féminas que han reinado, superior incluso a Isabel I de Inglaterra, y sólo comparable, salvando las distancias en espacio y tiempo, a nuestra Isabel la Católica, su polo opuesto, por su extraordinaria personalidad y por su capacidad política creadora, con un peso histórico sin igual en la historia de sus respectivos países. Con la notable diferencia de que Isabel I de Castilla tuvo siempre a su lado, compartiendo el gobierno y cubriendo una parte esencial de él, al gran don Fernando, mientras que Catalina la Grande de Rusia, que es de quien hablamos, actuó sola, en soberana absoluta con veinte amantes y todo un pueblo inmenso a su servicio.

Catalina había nacido en Stettin, en Pomerania, en 1729. Llegará al trono cuando tenga treinta y tres años, trece menos que Carlos III.

En realidad se llamaba Sofía Augusta Federica, alemana por nacimiento y por sangre, ya que sus padres eran el príncipe de Anhalt-Zerbst, mayor general del ejército de Federico el Grande, y la princesa de Holstein-Gottorp. El nombre de Catalina lo toma al entrar en la fe ortodoxa con una piedad que impresionó a todos<sup>6</sup>.

Llama la atención que una mujer que iba a ser una especie de sorprendente y egregio don Juan con faldas y con corona imperial sea descrita como una muchacha deforme a la que una serie de enfermedades de infancia habían dejado «la espina dorsal en zig-zag y hombro más alto que otro, por lo que tenía que llevar siempre un corsé especial». No obstante, con el tiempo fue ganando en prestancia, sus rasgos se hicieron más nobles y sus muchos ángulos se redondearon. Además cualquier deficiencia la suplía con su inteligencia y con su vivacidad natural. Desde muy joven leía a los clásicos y se la podía considerar como una de las personas más instruidas de la época.

Cuando Catalina se casó con Pedro III, ella tenía dieciséis y él diecisiete, y, éste, según Soloviev, presentaba todos los síntomas del infantilismo y del retraso mental, jugando con muñecas y con soldaditos de plomo, mientras recién casados ella leía a Platón, a Tácito, a Diderot y a Montesquieu.

Curiosa pareja en verdad, por lo que nada tiene de particular que una fémina tan vital y poco escrupulosa en temas amorios como Catalina, recibiera pronto secretas visitas de un polaco de bella presencia, el conde Estanislao Poniatowski, agregado en la embajada británica. El conde fue sorprendido y detenido por orden de Pedro, pero no

sólo fue perdonado por él sino que le propuso una especie de «agréable ménage à quatre», es decir, Catalina y su polaco, y el gran duque heredero de todas las Rusias con su amante Elisabeth Vorontsova.

Pero no es cosa de ir aquí relatando la ajetreada vida amorosa de la zarina con su colección de amantes, los Orlov, Alexei y Grigori (con éste tuvo un hijo en el mayor secreto), Poniatowski<sup>7</sup>, Potemkin, Momonov, Rimsky-Korsakov, Lansköi (tal vez al que más lloró), Vassilchik, Zavadovsky, Zorich, Ermolov y Zonbov, parece que el último, cuando Catalina pasaba de los setenta años y un total de veintitrés «compañeros sentimentales», que se sepa.

Pedro III empezó a reinar en 1762 a la muerte de su madre la zarina Elisabeth. Pronto fue impopular y tuvo al ejército contra él, así como al clero y a los siervos. Catalina empezó a conspirar contra él, tan descaradamente que Pedro ordenó su prisión. Pero el pobre zar no debía saber todavía con quién se jugaba los cuartos. La indomable zarina reunió un ejército de 14.000 hombres, se fue a la catedral de Kazan y se hizo proclamar soberano absoluto de Rusia, lo que anunciaron oficialmente la Iglesia y el Senado. El destronado zar fue encarcelado. Suplicó a Catalina que le dejara a su criado negro, su perro, su violín y su amante, la Vorontsova. Criado, perro y violín fueron concedidos, pero de la tal Vorontsova nunca más se supo. Claro que peor le fue al infeliz Pedro III, que fue eliminado en la prisión a los pocos días, a pesar, o gracias, a la vigilancia de Alexei Orlov, amante de turno de Catalina y guardián del prisionero<sup>8</sup>.

Tan novelescos episodios, y otros muchos que extenderían en exceso este relato, no apartaban a Catalina de sus tareas de gobierno, monarca absoluto de formidable trayectoria histórica, si bien moralmente reproachable.

Tuvo además la habilidad de rodearse de hombre capaces y fieles a los que hacía al mismo tiempo sus amantes, con lo que hacía compatibles deber y placer. Así fueron primeros ministros sus amantes sucesivos.

En lo político, Catalina fue un gran «hombre de Estado». Es en lo único que se le puede comparar con nuestro Carlos III, preocupados los dos por el bienestar de sus súbditos, por su sentido constructivo y progresista, en el mejor de los sentidos, con un arbitrio eficaz y protegiendo el desarrollo de las ciencias y de la cultura. Catalina, aparte de su amoralidad, tenía una especial religiosidad ortodoxa, totalmente distinta de la escrupulosa y honesta conducta en todos sentidos del rey Carlos, al que en cambio superaba totalmente en formación y preocupaciones intelectuales.

Otra notable diferencia entre ambos soberanos fue el ímpetu y decisión imperialista de Catalina, obligada a buscar salidas al mar a su gran país y a formar un nuevo imperio con poder para imponerse a sus ambiciosos y fuertes vecinos, turcos, alemanes, suecos y austriacos. En cambio, Carlos III tenía ya ese Imperio y esos mares, y su obligación era defenderlos frente a las constantes acechanzas alternativas de Francia y de Inglaterra.

Catalina se documentaba a fondo en todos los asuntos importantes, redactaba instrucciones detalladas en todos los dominios, dirigía la formación de sus ejércitos, la modernización de la industria, los programas y las representaciones de las óperas y los teatros... Parece imposible que pudiera atender a todo, en tan diversos, desordenados e

inmensos territorios. Y al mismo tiempo leía a Beccaria y a Blackstone, recibía a Diderot, trataba a D'Alembert, se escribía con Voltaire y se sabía de memoria a Montesquieu.

A propuesta de Catalina se abolió la tortura y se aplicó una auténtica tolerancia religiosa, lo que favoreció grandemente al catolicismo y en especial a los jesuitas, mientras los tártaros del Volga podían reconstruir sus mezquitas. Sólo los judíos fueron sometidos a impuestos especiales. Se crearon escuelas, institutos y centros de altos estudios por todas partes, se tomaron medidas sociales avanzadas y hasta en conocimientos económicos se distinguió la zarina, a la que Voltaire fue el primero en dar nombre de grande e incluso de inmortal.

No menos formidable fue la labor de Catalina de Rusia en el campo militar. Ella dio nuevas fronteras a su país, lo protegió con fuertes espacios del Báltico al Caspio, de los Urales al mar Negro, incorporando Crimea a su imperio y adentrándose en Asia frente a una debilitada China. Hubo momentos en que todas las potencias se coaligaban para cortar el imperialismo ruso, turcos, ingleses y austriacos. Catalina supo actuar a la vez con la diplomacia y con sus ejércitos formados en algunos frentes por más de 350.000 hombres. Un día escribió al conde Keyserling, su embajador en Viena:

«Os declaro que mi objetivo es estar en relación de amistad con todas las potencias, en un pacto militar, de suerte que pueda siempre ponerme al lado de los oprimidos y convertirme así en el árbitro de Europa».

En 1779 se acercó a ese papel de árbitro con la paz de Teschen, entre Federico el Grande y José II de Austria, garantizando la Constitución del Imperio alemán. En 1780 constituyó la «Liga de la neutralidad armada», con Dinamarca, Suecia, Prusia, Austria y Portugal para asegurar la libre navegación de los navíos de los países neutrales durante la guerra de Independencia de los Estados Unidos<sup>9</sup>.

Podríamos seguir indefinidamente. El largo y asombroso reinado de Catalina la Grande está lleno de episodios atractivos, de decisiones importantes, de graves consecuencias y, sobre todo, de la aún más asombrosa y múltiple personalidad de la zarina, que hizo rey de Polonia a su amante Poniatowski, amo de Crimea a su amante Potemkin, a Voltaire su amigo, a Pitt su aliado, a Federico el Grande su admirador y aún tuvo tiempo para escribir poemas, tratados, fábulas para niños y dramas al estilo de Shakespeare. En el teatro que creó en el Ermitage, escribió como lema: «Ridendo castigat mores». Probablemente, al final del viaje, se reiría de todo aquello...

\* \* \*

Acabamos de agotar los adjetivos grandilocuentes, laudatorios y críticos, al hablar de Catalina de Rusia, grande en todo, para lo bueno y para lo malo. No los necesitaremos ahora para referirnos a José I, rey de Portugal. Fue el único monarca de Europa al que conoció personalmente Carlos III cuando a los trece años, en 1729, estuvo presente en la escena del puente internacional sobre el río Caia, en la entrega de su querida hermana Marianina para sus desposorios con el entonces príncipe del Brasil que iba a ser el rey José I de Portugal. Este, que era dos años mayor que don Carlos, había sucedido en el trono a su padre, Juan V, en 1750.

La imagen que de él se tiene por medio de los retratos de la época, nos lo presenta como un personaje lleno de pelucas, terciopelos, armiños y condecoraciones, pero con un aspecto y unos ojos inexpresivos, cansados, abúlicos, bastante mediocre en conjunto, lo que se confirmó en los hechos de su reinado. Veintisiete años fue rey, pero el verdadero soberano fue don Sebastián José de Carvalho y Melo, al que hizo conde de Oeiras y marqués de Pombal, convertido en verdadero dictador y amo de Portugal. Llegaba este autócrata al poder con fama de violento, espadachín y pendenciero, con aspecto de hercúleo y achatado mulato pero con inteligencia natural y deseos de instruirse.

No se sabe por que méritos, Carvalho fue nombrado embajador en Londres y luego en Viena, puestos en los que realizó una hábil misión, lo que le llevó a la Secretaría de Estado y de Guerra. Su paso decisivo hacia el poder se basó en un hecho novelesco: el rey José I volvía de visitar a su amante, la marquesa de Távora, y fue objeto de un atentado que le hirió levemente. Pombal vio la ocasión de librarse de obstáculos y se inventó —o adornó a su conveniencia— una supuesta conspiración. Con mano de hierro llevó adelante un proceso, como consecuencia del cual fueron ejecutados la marquesa de Távora, su esposo, su hijo el duque de Aveiro, varios marqueses, condes y criados, la mayor parte de ellos previos crueles tormentos. El tal Pombal no se andaba con chiquitas.

Según costumbre de la época se involucra a los jesuitas en la conspiración. Varios fueron detenidos y el padre Malagrida, confesor de la Távora, fue quemado vivo. Pombal se unió con verdadero fervor a la campaña antijesuítica de los Borbones y no paró hasta que la Compañía desapareció de Portugal y de Brasil, donde se la acusaba de dominar el país, cosa que no estaba lejos de ser cierta<sup>10</sup>.

El marqués dictador logró un gran éxito y el apoyo popular por la forma en que tomó enérgicas medidas para paliar el famoso terremoto<sup>11</sup> que destruyó más de media Lisboa el 1.º de noviembre de 1755, en el que hubo más de cinco mil muertos. España ayudó a Portugal en aquella ocasión enviando víveres, herramientas y dinero.

No obstante, durante todo el gobierno pombalino las relaciones entre los dos países ibéricos estuvieron muy lejos de ser cordiales. El dictador se mostró con frecuencia agresivo en cuestiones de límites fronterizos en América del Sur. Se mostró siempre como un adversario tenaz y peligroso tanto con Aranda en París, como con Grimaldi y Floridablanca.

La reina, nuestra Marianina, tuvo que sufrir la animosidad que le rodeaba en la Corte y el Gobierno portugués contra Carlos III. Prueba de ello es que en cuanto quedó viuda, dispuso su regreso a España, deseosa de abrazar a su hermano después de cuarenta y ocho años sin verle.

En 1761 Portugal se enfrentó a los países del Pacto de Familia. Como se negara a declarar la guerra a los ingleses, las tropas españolas invadieron la provincia de Tras-os-Montes y después Beira y el Alentejo, invasión que trataron de evitar tropas portuguesas al mando del conde alemán von Schaumburg-Lippe, si bien el conflicto no acabó hasta la paz de París de 1763.

En la década siguiente el gobierno de Pombal marchaba a su fin. Había sido un político reformador, un déspota aprendiz de ilustrado que llevó a cabo una eficaz labor de mejoras materiales para el país. Sin embargo, la princesa heredera, doña María, devota y muy religiosa, odiaba a Pombal. Este trató de que el trono pasara al hijo de la princesa, don José, considerado como su discípulo, pero la muerte de José I en 1777, llevó al trono a doña María, que con su marido —llamado Pedro III por voluntad de la reina— dispusieron que Pombal fuera juzgado y desterrado.

Como vemos, no hay paralelo posible entre Carlos III y José I, ni analogías ni diferencias, tanto en sus vidas privadas como en las tareas de gobierno. Más bien podríamos decir que en todo fueron opuestos. Enjuto el español, siempre en actividad política o venatoria, decidiendo por sí mismo y llegando a la vejez sin achaques y con la mente viva. Mientras, el portugués, gordo, indolente, achacoso, no estuvo nunca a la altura de los grandes monarcas de su tiempo<sup>12</sup>.

\* \* \*

Dejemos a los reyes del Norte en sus frías y hermosas tierras. Tuvieron su importancia en aquellas guerras en las que participaron sus países por cuestiones relacionadas con Rusia, Prusia y Polonia, pero cuyos ecos sólo indirectamente repercutían en España. Tanto Cristián VI y Federico V de Dinamarca como Gustavo III y Gustavo Adolfo IV de Suecia, fueron los clásicos reyes ilustrados de la época, monarcas absolutos que procuraron el bien de sus pueblos. Monarcas reformadores que dominaron las anarquías nobiliarias y trajeron nuevas corrientes de libertad y tolerancia. Dejémosles, como digo, en el panteón de los ilustres reyes del siglo de las luces y para terminar este capítulo, dediquemos unas líneas a un gran personaje que, sin ser rey, abrió una nueva era en la historia de las grandes potencias: me refiero a George Washington.

Nacido en 1732 en la plantación familiar de Virginia, fue educado como un verdadero caballero, con principios morales y siguiendo la carrera militar. Sintió que sus tierras eran explotadas por los comerciantes ingleses y por ello se puso al frente de las tropas rebeldes al ser elegido por el Congreso reunido en Filadelfia en mayo de 1775. Después de diversas acciones bélicas derrotó a los ingleses de Cornwallis en Yorktown. Retirado a sus campos de Mount Vernon, fue llamado en 1787 para ser elegido primer Presidente de los Estados Unidos. Un año después moría en Madrid Carlos III. No tuvo tiempo de comprender la grandeza de Washington y lo que iba a representar en la historia de su país. Para él, entonces, sólo era un general americano que se había rebelado victoriosamente contra el poderío británico. Tal vez si hubiera vivido unos años más nuestro rey, la ayuda que prestamos a los americanos para su independencia se habría visto reflejada en una provechosa alianza.

1 «El Parlamento es el cuerpo, la Corona es el espíritu, la razón de ser del Parlamento».

2 «Nacido y educado en este país, me glorifico en el nombre de (Gran) Bretaña».

3 La locura de Jorge III hizo creer a los enemigos de Pitt que éste estaba perdido. Pero la enfermedad del rey era cíclica y en cuanto recuperaba la razón volvía a reinar con su Pitt al lado y en medio del amor de su pueblo.

4 Federico II fue el creador de la ópera de Berlín. Él mismo daba conciertos de flauta.

5 El autor posee un gran retrato de María Teresa, que confirma estos datos.

6 El nombre ortodoxo de la futura zarina fue Ekaterina Alexeievna.

7 Con Poniatowski tuvo también una hija, nacida en 1758.

**8** Otro posible rival que fue físicamente eliminado fue el zar Iván VI, que había sido derrocado por un Golpe de Estado en 1741.

**9** Parece ser que Catalina estuvo a punto de intervenir en el conflicto al lado de Inglaterra. Esta le ofreció en pago la isla de Menorca. Afortunadamente la isla pasó de nuevo a manos españolas y el plan se quedó en nada con el Tratado de Versalles.

**10** El historiador portugués de Oliveira Marques dice que en el Brasil los jesuitas desafiaban a la Corona y habían edificado un Estado propio, opuesto a los intereses de Portugal.

**11** Seguido de un terrible incendio.

**12** En tiempos de José I pasaron a dominio español las islas de Fernando Poo y Annobon.

## XIX

### EL MEJOR ALCALDE, EL REY

Atraso de las ciudades españolas.—Transformación urbana de Madrid.—Carlos III, motor del cambio.—Las cartas del marqués de San Leonardo.—Eficaz dirección del Conde de Aranda.—Relatos de los viajeros extranjeros.—Arquitectura madrileña.—Grandes mejoras y progreso de Barcelona con el estímulo de Carlos III.—Notable desarrollo de Bilbao.—Cádiz, modelo carlotercista.—Las ambiciones ilustradas fueron más allá de sus posibilidades: de ahí, sus éxitos y sus fracasos.

Al llegar el siglo XVIII las ciudades españolas no habían cambiado mucho desde la Edad Media. No digamos los pueblos y las aldeas. En los demás países de Europa ocurría algo parecido. Los Estados, grandes y pequeños, se habían dedicado a hacer la guerra y a atender, con mayor fortuna, a cuestiones dinásticas y religiosas, ocupándose muy poco de mejorar el nivel de vida de las poblaciones.

Las calles, más bien callejas, salvo alguna plaza, eran estrechas, polvorientas o pavimentadas de guijarros puntiagudos, faltas de todos los servicios. Agrupadas en barrios, con iglesias, conventos y huertas por todas partes, constituían el núcleo ciudadano en el que reinaba la suciedad y la falta absoluta de higiene; de vez en cuando pasaba un carruaje salpicando a los pobres peatones, que si era de noche corrían el peligro de ser atacados a la vuelta de cualquier esquina porque no había luz alguna.

Los cerdos hozaban entre las basuras, los burros hacían el transporte, las cabras llevaban la leche a domicilio y el ¡agua va! era la voz que anunciaba la ducha maloliente desde las ventanas<sup>1</sup>.

La lúgubre y nauseabunda descripción podría continuar. Está en todas las crónicas de la época, propias y extrañas, en especial en los relatos de los viajeros de otros países, con raras excepciones.

Nos habíamos referido ya a este tema al comentar las impresiones del nuevo rey, y sobre todo de la reina Amalia, al llegar a Barcelona, Zaragoza y Madrid desde su querido Nápoles. Bien sabemos también que la causa aparente del famoso motín de Esquilache fue la mala acogida que tuvieron las medidas de policía, urbanismo y corrección de costumbres dictadas por el ministro italiano, siempre con el beneplácito y estímulo del rey don Carlos.

Aun pecando de reiterativo en algún punto, creo que esta biografía quedaría incompleta si dejara de dar algunos datos concretos y de traer a cuento unas cuantas

opiniones relacionadas con la extraordinaria labor llevada a cabo por Carlos III y sus equipos de gobierno en materia de urbanismo, de esfuerzos por hacer más vivibles y por embellecer las ciudades y por tratar de llegar, con la modestia que los escasos medios permitía, hasta los últimos rincones de España.

\* \* \*

La vida de Carlos III se desarrolló en España, desde su regreso, en la Villa y Corte, donde, como vimos, pasó del palacio del Buen Retiro, de tiempo de los Austrias, al nuevo y soberbio Palacio Real iniciado por su padre Felipe V, y concluido para habitar durante su reinado.

También pasaron los Reyes largas temporadas en los Sitios Reales, las llamadas Residentzstädt en Europa, siendo sus ejemplos más notables Versalles, Fontainebleau, Potsdam, Nymphenburg, Salzburg, Schoenbrunn, Caserta...

En la España de Carlos III, La Granja, Aranjuez, El Pardo y el monasterio de El Escorial, donde el rey decoró un ala como residencia, verdadero palacio al estilo de la época, un tanto influenciado por su etapa pompeyana. Durante el barroco se había iniciado en Europa una cierta aceleración en materia de transformación urbana. Esta llegó tardíamente a España, según docta opinión del profesor Chueca Goitia, y sólo adquiere volumen significativo en tiempo de Carlos III. Recuerda el citado académico que un modesto anticipo de las reformas carlotercistas se encuentra durante el período en que fue alcalde de Madrid el marqués de Vadillo durante el reinado de Felipe V. Su más notable arquitecto fue el gran Pedro de Ribera, a quien se deben obras tan acertadas como el puente de Toledo, la ermita de la Virgen de Puerto, la puerta de San Vicente y numerosas fuentes y jardines situados en las zonas céntricas de la ciudad. Hasta en unos primeros intentos de iluminación fue el marqués de Vadillo un auténtico precursor de Carlos III en pos de una capital bella y moderna.

Nuestro rey llega a Madrid dejando aún sin terminar su palacio napolitano de Caserta y, no pudiendo traer a España a su arquitecto Luigi Vanvitelli, trajo a su yerno Francisco Sabatini, que será el gran arquitecto del reinado y brazo ejecutor de la política real en materia urbana.

Difícil era convencer a unas gentes que creían que la inmundicia era saludable porque evitaba el peligro de los aires fríos del Guadarrama. Carlos III se lanzó sin dudarle en apoyo de un ambicioso plan de saneamiento: empedrado de calles, aceras, canalones, alcantarillado, pozos, arbolado, farolas, numeración de manzanas y casas... Así pudo decir el diplomático francés Bourgoing en 1797 que «Madrid era una de las poblaciones más limpias de Europa»<sup>2</sup>.

Las normas para el saneamiento de Madrid fueron aprobadas por el Rey en Aranjuez en 1761. El documento original que se conserva en el Ministerio de Hacienda de Madrid, es prolijo, detallado, verdaderamente admirable en cuanto a la atención de hasta la más mínima cuestión urbanística o de higiene. Como en toda la enorme acción del carlotercismo, los buenos propósitos y el poderoso impulso no fueron suficientes para lograr todos los objetivos propuestos, pero mucho se consiguió y el mérito fue digno de

toda loa y admiración. Madrid iba dejando de ser un poblachón norteafricano para convertirse en una digna capital europea.

En el archivo de la Casa de Alba se conservan las cartas del marqués de San Leonardo, hijo del duque de Berwick y marino de profesión que vino a España desde Nápoles en el séquito de Carlos III. En una de esas cartas, dice: «En esta villa desde el día 7 nueve mil pozos hai ya hechos y ya se conoce tanto la limpieza que Madrid parece otro. Las calles ya van empedradas de nuevo magníficamente... Madrid va a ser una ciudad mejor iluminada que París con iluminación simétrica, lucida y clara de 4.408 faroles de cristal...»

Estas mejoras de la Villa y Corte se ven muy bien reflejadas en los cuadros y grabados del «vedutista» italiano Antonio Joli, artista que tuvo gran éxito por aquellos días. Y no cabe duda, como dice el profesor Checa, que todas estas reformas urbanas dan buena prueba de la augusta dirección del rey y de su ministro de Estado Jerónimo Grimaldi, agente de la voluntad regia. Lo que en nuestro tiempo sería labor de concejales y técnicos municipales era entonces ocupación personal del propio Carlos III. Una admirable tarea que se llevó a cabo no sin incivil rebeldía y sin resistencias retrógradas, incluso con pintadas o graffitti y carteles insultantes.

El conde de Aranda fue el eficaz director del embellecimiento de Madrid después del motín de Esquilache. De él surgió la idea de la reforma del famoso paseo del Prado, convertido en Salón del Prado, el espacio urbano más atractivo de Madrid, con más de 2.000 sillas, cafés, tiendas, jardines y fuentes. El optimista marqués de San Leonardo dice que el Prado es el bulevar para coches y gentes de a pie «cual no lo hay mejor en Europa y dice que se pondrá en medio la estatua ecuestre del rey; bien lo merece como que sea inmortal su memoria»<sup>3</sup>.

El Salón del Prado del conde de Aranda fue pronto modelo seguido en otras ciudades, como el paseo de la Bomba de Granada, las Alamedas de Málaga y Cádiz, el Espolón de Burgos, llegando incluso a pequeñas localidades como Priego, Sigüenza y La Carolina, y años más tarde a Barcelona, Salón de San Juan, y Toledo, el Miradero. Como decía Blanco White, en casi todas las ciudades importantes de España había un paseo público «donde se reúnen por las tardes las personas de las clases acomodadas».

Los viajeros extranjeros describen muchos detalles de la vida diaria del Rey y de su Corte. A José Townsed le llama la atención algo en lo que reparan también otros escritores foráneos: la cercanía de trato de la familia real con el público en general, cómo se les ve pasear entre la gente y corresponder a los saludos, bien a pie o de unas carrozas a otras. El Rey pesca en Aranjuez al lado de otros pescadores y las princesas toman refrescos en los jardines, «asequibles todos a los simples mortales, se dejan ver de la multitud y conviven en el área de la ciudad con sus súbditos». En cuanto a la Corte, como dice Townsed, «una vez que uno se ha introducido en ella puede ir tantas veces como le plazca. El Palacio es como la plaza pública para las personas distinguidas».

La Corte llevaba tras de sí infinidad de personas. Aranjuez aumentaba en 10.000 habitantes con la jornada del Rey, y El Escorial, aún más, hasta 20.000.

Hay algunos rasgos menos lisonjeros al comentar la vida en Madrid, gran ciudad de nada menos que 147.000 habitantes. Domínguez Ortiz en su «Visión crítica del Madrid del xviii» dice que Carlos III logró muchas cosas, pero no pudo cambiar una estructura social en la que pululaban una enorme cantidad de mendigos, alcahuetas, ramera y holgazanes; la sordidez de los mesones y fondas; la falta de honradez de los posaderos; la depravación de las costumbres, la vulgaridad de los teatros, más que teatros, corrales, que así se llamaban y, eso sí, bailes y jolgorios nocturnos que con mucho descaro se producen, sobre todo en las noches veraniegas.

Predominaba en Madrid la arquitectura religiosa. Una perspectiva de la ciudad, como las muy realistas y elegantes pintadas por Antonio Joli, permitía ver un horizonte con cientos de pináculos, chapiteles y campanarios de otros cientos de iglesias, conventos, monasterios, colegios y ermitas. Las parroquias eran más bien pobres, pero las órdenes religiosas tenían grandes templos, monumentos de primer orden, muchos de ellos desaparecidos por causa de las revoluciones, incendios y la especulación desamortizadora. El profesor y académico Chueca Goitia, a quien seguiremos en muchos datos de este capítulo, presenta un interesante inventario de estos templos y conventos, que aquí no podemos reproducir<sup>4</sup>.

En cambio la que pudiéramos llamar arquitectura señorial dejaba mucho que desear. Al lado de la grandiosidad del nuevo Palacio Real, la nobleza, al contrario que la de otros países europeos, vivía en general con una modestia de residencias que ha hecho que en ese aspecto Madrid sea bastante inferior a las principales capitales europeas. Con envidia vemos el esplendor dieciochesco de esas ciudades, París, Londres, Viena, Praga, Budapest, Roma, Estocolmo, Dresde, Berlín... mientras aquí la mayor parte de los grandes señores vivían en verdaderos caserones más o menos bien alhajados en el interior, eso sí, con cientos de criados vestidos con lujosas libreas.

Había alguna excepción, no muchas, palacios de Oñate, Miraflores, Ugena, Goyeneche, Perales... pero metidos en callejas, sin perspectiva alguna y poco o ningún jardín. Se salvaba de esta limitación el famoso Palacio de Liria, de los duques de Berwick, luego de Alba, y también en el de los duques de Villahermosa, en el Prado. También por entonces comenzó a construirse el palacio de Buenavista, primero de Alba, luego de Godoy y actualmente cuartel general de los Ejércitos, con posible y deseable futuro como ampliación del Museo del Prado.

Al barón de Bourgoing le llama la atención que en Francia, teniendo mucho menos dinero, la nobleza viva mejor y con más lujo que los Medinaceli, Osuna, Altamira, Infantado... poseedores de grandes fortunas<sup>5</sup>. En el mismo sentido llama la atención a los viajeros extranjeros que los grandes señores no tengan espléndidas residencias campestres, los famosos «châteaux» y «castles», salvo muy pocas excepciones, lo contrario que ocurre en sus países, donde no hay noble o persona adinerada que no posea una lujosa de campo, o en pequeñas poblaciones, donde pasan gran parte del año. Lo contrario ocurre en España, donde parece que es obligado vivir en la Corte y hasta de mal tono la vida del campo. Por desgracia nuestras estructuras sociales han sufrido en

muchos aspectos en no saber lo que era el «gentilhomme campagnard» o el «gentleman farmer».

En tiempos de Carlos III e inmediatos se construyeron muy dignos edificios oficiales: la Casa de Correos, la Aduana, la Puerta del Sol, la simbólica y admirable Puerta de Alcalá (mírala, mírala, la Puerta de Alcalá), la Real Academia de Bellas Artes (palacio de Goyeneche), el gran Hospital General, las Caballerizas Reales, el Observatorio Astronómico... Sobre todo el proyectado como Museo de Ciencias Naturales, en principio, que se convirtió en Museo Universal, dedicado también a todas las Artes, situado en el lateral del Paseo del Prado, espléndido edificio que dará fama perdurable al arquitecto Villanueva.

\* \* \*

Pasados ya los efectos de la Guerra de Sucesión en la que Barcelona se mostró tan afecta al pretendiente austriaco frente a Felipe V, el gobierno de Carlos III siguiendo precedentes de la época de Ensenada, demostró intensa preocupación por la urbanización de la ciudad. El capitán general dictó normas para sanear las estrechas calles y las insalubres viviendas en que abundaba la ciudad. Está iba creciendo de modo arrollador y la población desbordaba el recinto amurallado. La sociedad culta de Barcelona apoyó decididamente estas medidas y fundó grupos de nobles, estudiosos y ciudadanos distinguidos para colaborar en la tarea ilustrada, con su inevitable vertiente comercial, por ejemplo, las academias de Ciencias Naturales y de Artes, la de Medicina práctica y diversos centros de enseñanza técnicas. Pocos años antes se había fundado el «Diario de Barcelona», el más antiguo de España.

El gobierno municipal daba normas severas sobre el estilo arquitectónico de los edificios. Uno de los gobernantes que más se distinguió en este sentido fue el conde del Asalto, cuyo nombre lleva con justicia una calle de la ciudad condal.

Barcelona contaba en 1787 con 92.385 habitantes. Se fueron elevando las alturas de las casas y se pensó en derribar las murallas. Lo que sí se respetó con acierto fue el incomparable barrio gótico, extendiéndose la ciudad hacia el mar, al final de las Ramblas, construyéndose grandes edificios señoriales que hoy se conservan como lujo de una gran ciudad, ocupados tradicionalmente por los más importantes centros oficiales aparte de los de la plaza de San Jaime.

En todo momento una clara prueba del buen sentido político de Carlos III fue la atención preferente que dedicó a Barcelona, a la que mostró gran afecto desde su llegada a España, residiendo en la capital catalana durante varios días. Mucho contribuyó el rey a que el Mediterráneo, del que él venía, volviese a ser fuente de movimiento, de animación y de operaciones, como dice el historiador Pedro Voltes. El francés Peyron, en su «Nouveau voyage de l'Espagne» decía que Barcelona era la única ciudad de España que indicaba de lejos su grandeza y su población. Había muchas casas de campo de calidad que se extendían hacia los montes cercanos y la afluencia de coches y viajeros era constante. Sin embargo, el gran ministro Campomanes, tal vez el más sensato de los ilustrados, consideraba conveniente que las fábricas se fueran alejando de Barcelona y distribuyéndose en otras poblaciones catalanas, pero sobre todo a los pueblos, dándoles

vida con industrias, comercios y puestos de trabajo. En el mismo sentido se expresaba Campomanes al referirse a Galicia, región que creía con condiciones para ser igual o aún superior a Cataluña.

En tiempos de Carlos III Bilbao se convirtió en el elemento más dinámico y promotor de la costa cantábrica. Los problemas surgían sobre todo por el enfrentamiento entre la ciudad y los pueblos comarcanos<sup>6</sup>, las llamadas «anteiglesias» vizcaínas, como ocurrió en el caso de la instalación de la Aduana en la capital. No obstante se impuso el sentido de colaboración entre el Señorío y las instituciones de la Villa, empezándose a hacer grandes obras públicas en beneficio de todos.

Se hicieron los primeros proyectos para unir las dos orillas de la ría del Nervión, se tomaron medidas para evitar las inundaciones y se abrió el canal denominado «Río de la Plata» en la orilla de Uribitarte<sup>7</sup>.

Se trazaron nuevas calles y se ordenaron las manzanas, distinguiéndose las medidas de síndicos y regidores como Nicolás Antonio Loredó y Francisco Gómez de la Torre y Jarabeitia<sup>8</sup>, levantándose mansiones como la conocida por «el Palacio», que se conserva con su magnífico porte de época. Se pobló de casas suntuosas la zona de la Ronda, se construyeron depósitos y conducciones de aguas para el servicio de la ciudad y ésta se adornó con fuentes públicas monumentales, como las dibujadas por Luis Paret, dos de las cuales se conservan, como unos monumentos más en homenaje a la gran época urbanizadora de Carlos III. La Villa se fue haciendo pequeña y se empezó a proyectar el ensanche, que quedó como tarea para el siguiente siglo. El progreso y el embellecimiento de Bilbao quedan reflejados en los capítulos que dedican a la Villa y su comarca los escritores extranjeros. William Bowles dice que es hermosa y da gusto pasear entre sus hermosos edificios y los paseos plantados de tilos y robles, asistir a sus buenos teatros y navegar por su limpia ría... Otro viajero, Jean Laglancé, escribía en 1778 que Bilbao «capital de la provincia del Señorío de Vizcaya, del Obispado de Calahorra», era una villa muy bonita y alegre, bien cuidada, con algunas casas muy buenas, muy altas y de cómoda arquitectura...»<sup>9</sup>

En el otro extremo de España, Cádiz es otro ejemplo del buen hacer en las ciudades en los tiempos carlotercistas. Influyó en sus notables mejoras el lugar preferente que fue ocupando en el comercio de Indias, tal vez en detrimento de Sevilla. La ciudad pasó de ser una ciudad menor, destartalada y sucia a convertirse en un modelo de estructura y vida humana, con un aspecto refinado y moderno por el que mereció desde entonces el sobrenombre de «tacita de plata». Alcalá Galiano nos habla de sus nuevas construcciones «recomendables por su solidez y primor, celebra la elegancia y aseos de calles y casas».

Cádiz era una ciudad grande para la época, con unos 87.000 habitantes, cifra notable para los años de la Ilustración, cuando Madrid apenas alcanzaba los 150.000.

En Vitoria aprecia Jovellanos que «se está empedrando tan magníficamente como se ha construido». Lo mismo dice Antonio Ponz en su «Viaje de España». Y comentarios parecidos hace el insigne asturiano antes citado sobre las poblaciones de Palencia y Gijón, que visita en uno de sus viajes.

He entresacado algunos datos y opiniones sobre algunas ciudades de España y la transformación positiva que en ellas se intentó, como en todo el país, a lo largo del reinado de Carlos III. Los deseos, las ambiciones ilustradas iban mucho más allá de los escasos medios disponibles, del atraso de siglos, de la inmensidad de espacios a cubrir, poblaciones y caminos, de la resistencia de muchos a todas las innovaciones... Fue el gran mérito y el gran defecto de nuestros hombres del siglo de las luces, empezando por el propio rey. Sus vidas y su esfuerzo habrían tenido que durar mucho más. Pero vuelvo a la modesta idea, por personal, que ya expuse páginas atrás. Recorriendo los caminos de España llegué a muchos pueblos y aldeas, muy atrasados todavía en pleno siglo XX. Sin embargo, en muchos de ellos había un noble Ayuntamiento, una hermosa fuente, una vieja escuela, un mojón marca leguas, un pósito, una casa de postas de otro tiempo... Y en todos ellos, un escrito: «Reinando Carlos III».

**1** Las consecuencias del jagua va! eran recogidas en plena noche por medio de unos cajones sobre rodillos que las arrastraban. Tal vez era peor el remedio que la enfermedad. (Relatos del Marqués de San Andrés y del Conde de Fernán Nuñez, recogidos por Rodríguez Casado).

**2** Precursores de Carlos III y de Sabatini en la espléndida tarea de saneamiento de Madrid fueron el famoso Ulloa, que preparó una memoria sobre la limpieza de París, Pedro del Campo y Teodoro Ardemans. Por cierto, el Marques de Vadillo y Ardemans, dan nombre justamente a sendas calles de Madrid.

**3** Como bien sabemos sólo 237 años después de la idea del marqués de San Leonardo, se colocó en Madrid la estatua ecuestre de Carlos III en la Puerta del Sol de Madrid, acertado y justo emplazamiento decidido por el Ayuntamiento después de múltiples discusiones y retrasos.

**5** En los siglos xix y xx, por el impulso valiente del marqués de Salamanca, se desarrolló el eje urbano del prado de Recoletos y el gran paseo de la Fuente Castellana, a lo largo del cual construyeron palacios y palacetes las familias de la nobleza y de la banca: Medinaceli, Alburquerque, Montellano, Mérito, Romanones, Urquijo, Luca de Tena, Larios... por desgracia el mal sentido de los munícipes, las crisis económicas y sociales y la especulación de terrenos han hecho desaparecer casi todas esas espléndidas residencias que superaban a las mejores avenidas de Europa.

**4** En 1780 Madrid tenía 15 parroquias, 66 conventos, 16 colegios, 18 hospitales... y cinco elegantes puertas.

**6** Había pleitos constantes entre Bilbao y Portugalete, entre Bilbao y Begoña, entre Bilbao y Abando...

**7** Una obra de gran trascendencia fue la construcción del camino de Burgos a Bilbao por Pancorbo, abriendo la famosa piedra de Gondecho, sobre Orduña.

**8** Jovellanos cuenta que estuvo en Bilbao y elogia mucho la ciudad. Dice que en casa de Gómez de la Torre conoció a Francisca Mazarredo, muy bien parecida, y «a la muy graciosa Pepita Landecho».

**9** Bilbao en 1778 tenía solamente 2.500 vecinos y 700 casas. Jovellanos dice que aunque se le atribuyen 3.000 vecinos «debe pasar de 15.000 almas por lo que hierven, por lo que bulle su sociedad y por los afanes progresistas que manifiesta».

## XX

# LITERATURA Y ARTE EN TIEMPOS DE CARLOS

## III

Evolución cultural impulsada por el Rey.—Crisis de la cultura barroca.—Los universitarios.—Empirismo y nueva filosofía.—Las tertulias.—LITERATURA: Don Ramón de la Cruz.—Los Moratín.—Cadalso.—El padre Isla.—Meléndez Valdés.—Vaca de Guzmán.—Forner.—Iriarte y Samaniego.—Nipho.—MUSICA: La Opera.—Auge de la música de cámara.—El padre Soler.—La marcha real.—Boccherini.—El infante don Luis.—ARQUITECTURA: Arte predilecto del Rey.—Ventura Rodríguez.—Juan de Villanueva.—Obras admirables y otras menores por todas partes.—El Museo del Prado y la Puerta de Alcalá, símbolos de su reinado.—ESCULTURA: De Salzillo a los hermanos Michel.—Las fuentes y las artes menores.—PINTURA: Crisis del arte más español.—Los pintores extranjeros. Giaquinto, Tiépolo, Mengs.—Bayeu y Maella.—Meléndez y Paret.—Goya, un genio para todos los tiempos.—La bandera nacional.

La llegada de Carlos III al trono de Madrid coincide con una etapa de la evolución de las costumbres y de la vida cultural española en todos los aspectos, cambios que se han ido insinuando en los dos reinados anteriores y que con el nuevo monarca se van a acentuar, hasta el punto de que puede hablarse de un carlotercismo en todos los campos. E igual que hemos visto en el gobierno y en la administración en general, es el propio rey el impulsor de esa evolución y el que aporta ideas y ejemplos, influido sin duda por su larga estancia en Italia y siguiendo las corrientes europeas de la época, pero sin apartarse totalmente de las tradiciones españolas y respetando en lo posible las modas y modos arraigados en el país.

Así, la ruptura no es total, pero la modernización y un estilo diferente se van imponiendo.

A finales del reinado de Fernando VI la cultura barroca ha entrado en crisis en gran parte por la obra de una serie de intelectuales con Feijóo a la cabeza, obra que llega a su pleno desarrollo en el reinado de Carlos III. Como dice el historiador José Miguel Caso, cuando muere Feijóo a los ochenta y ocho años de edad en 1764<sup>1</sup>, la España que deja, en nada se parece a la de 1726, año en que publicó el primer tomo de su «Teatro Crítico».

Conviene recordar que fueron universitarios como el insigne benedictino, como Mayans, como Campomanes, como Pérez Bayer los que promovieron las reformas con

la oposición de la Universidad, en tanto corporación.

A principios de la segunda mitad del siglo aparecen los nombres de varios poetas innovadores con ciertas pretensiones didácticas y hasta una Academia llamada «del Buen Gusto». Son los García de la Huerta, Luzán y Luis José Velázquez entre otros. Por la misma época publica el padre Isla su famosa obra «Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes», feroz sátira contra la oratoria sagrada en boga.

En España, frente al escolasticismo se va imponiendo el empirismo y la nueva filosofía sensualista de Locke y Condillac. En varias ciudades se ponen de moda selectas tertulias a las que asisten personalidades como Jovellanos, Campomanes, Roda, Olavide... Se discute de literatura, se leen o se comentan los últimos libros españoles y extranjeros y ¡cómo no!, cada uno recita sus poemas. Se estrena en Madrid «La Raquel», de García de la Huerta, escribe Jovellanos su «Epístola del Paular» y pocos años después se estrenarán los sainetes de don Ramón de la Cruz y Moratín presentará su «Comedia Nueva o el Café».

Ramón de la Cruz estrenó nada menos que 349 obras entre 1759 y 1777, tragedias, comedias, sainetes, zarzuelas y obras menores. Mucho contribuyó a tan prolífico autor la ayuda del conde de Aranda para la creación de nuevos teatros, sólo en 1768 los de Aranjuez, El Escorial y La Granja, una especie de teatros experimentales en los que se interpretaron obras de Molière, Racine, Corneille, Voltaire, Marivaux y de autores españoles como Clavijo y Fajardo, Olavide, Maestre e Iriarte. Algunas piezas bien conocidas fueron «La Petimetra» de Nicolás Fernández Moratín, el «Pelayo» y «El Delincuente honrado» de Jovellanos, «la Numancia destruida» de López de Ayala, el «Manolo», de Ramón de la Cruz, etc., etc.

La historia española empieza a ser tema de muchas de estas obras. No es éste el lugar indicado para hacer un estudio de la literatura de la época ni de comentar los autores y las obras más destacadas. Varios de ellos tuvieron éxitos notables y alcanzaron amplia popularidad. No es que llegaran al arraigo e identificación con las distintas clases sociales que consiguieron los grandes nombres del Siglo de Oro, pero un Ramón de la Cruz o un Moratín en muchos aspectos pueden ponerse al nivel de sus grandes predecesores.

El primero de ellos, don Ramón es una figura muy interesante y aún poco estudiada. Era un ilustrado que conocía a los autores franceses de moda, pero sin caer en sus obras en un clasicismo a ultranza sino más bien siguiendo una línea muy española en sus sainetes, unas piezas breves y satíricas en las que encontró su mejor medio de expresión. Es realista, moralizador e inevitablemente costumbrista. Tal vez el lenguaje castizo madrileño lo tomó más el pueblo de don Ramón que don Ramón del pueblo. Una prueba de la extensión de su éxito está en que se suscribieron para adquirir la colección de sus obras Floridablanca, Jovellanos, Cabarrús, Iriarte, García de la Huerta, Alba, Almodóvar, Fernán Núñez, Sempere y Guarinos, varios capitanes generales y embajadores...

Muchas cosas podrían escribirse sobre otros ilustres autores de aquel tiempo. Sólo unas palabras indicativas sobre algunos de los más notables.

Nicolás Fernández Moratín, autor de muchas anacreónticas y poemas, y conocido sobre todo por su famosa «Fiesta de Toros en Madrid» y por su canto épico a «Las Naves de Cortés destruidas».

José Cadalso, educado en Francia, políglota y viajero por toda Europa. Fue autor de un terrible drama sentimental, «Noches lúgubres» inspirado por su apasionado amor por la actriz María Ignacia Ibáñez. Son famosas sus «Cartas Marruecas» pesimista análisis con perspectiva histórica de la España de su tiempo. Fue un gran patriota, coronel del Ejército y murió heroicamente en el sitio de Gibraltar.

Ya he citado al padre Isla y a su «Fray Gerundio», obra que fue prohibida por la Inquisición, el Santo Oficio que no fue, ni mucho menos, suprimido por el gran rey español de la Ilustración, que, por cierto, nunca fue muy aficionado a la lectura si no era sobre temas prácticos y, desde luego, muy poco a la creación literaria.

En el campo poético destaca Juan Meléndez Valdés y también José María Vaca de Guzmán, que se llevó casi todos los premios literarios de la época.

Merece también mención Juan Pablo Forner, autor de la «Oración apologética de España...», prueba del patriotismo y del buen hacer del autor que se enfrentó a las críticas antiespañolas de Masson de Morvilliers, uno de los mayores difusores de nuestra leyenda negra, enfrentamiento digno no ya de unas líneas sino de todo un libro.

En otros campos, dos de los más famosos autores de aquel tiempo fueron los dos grandes fabulistas, el canario Tomás de Iriarte y el alavés Félix María Samaniego. Raro es el español de los que estudiamos antes de las Logses y las Loapas que no se sabe de memoria sus conocidísimas fábulas. Y Leandro Fernández de Moratín, hijo de Nicolás, posiblemente el autor más famoso y que más ha perdurado en bibliotecas y teatros de nuestros días, verdadero maestro en el género de la comedia natural y sencilla pero con valores intelectuales. Sus obras continúan vivas y ése es su mayor mérito, cuyo es el caso de la famosa «El sí de las niñas». Leandro Moratín, el gran amigo de Goya, desborda el reinado de Carlos III para entrar en el siglo XIX<sup>2</sup>.

\* \* \*

Lo he dicho en más de una ocasión a lo largo de estas páginas. A Carlos III no le gustaban el teatro y la música ni poco ni mucho. Además de la caza, su interés se centraba en las artes plásticas. Su gusto estaba más cerca de sus afanes constructivos y sus aficiones a la arqueología, al grabado y otras artes menores pero de gran belleza, como la porcelana, la relojería, los tapices, la encuadernación... De esa preocupación salieron, como sabemos, admirables instituciones y preciosas colecciones. No habrá más que recorrer el Palacio Real, Aranjuez, La Granja, el Palacio de los Borbones en el Monasterio del Escorial...

Por influencia de su mujer Amalia de Sajonia, don Carlos había construido en Nápoles el teatro que lleva su nombre, uno de los más bellos de Europa. En Madrid no construyó gran teatro alguno, lo que es de lamentar.

Con toda clase de consideraciones se desprendió de Farinelli, buena persona y famoso «castrati» que tanto gustó a Fernando VI. A don Carlos debió molestarle su constante presencia en Palacio, a pesar de que el cantante mostró siempre señorío y dignidad.

Tampoco debió apreciar mucho el rey el melodrama con música «El triunfo mayor de Alcides» con que fue festejada su entrada en Madrid. Ni las óperas de Cimarosa, de Pergolese y de Paisiello, así como otras francesas de Rameau y de Couperin que hacían furor en la Corte, según Fernán Núñez y que se representaban en Aranjuez y en el teatro de los Caños del Peral en Madrid.

Corrieron por aquellos días por la Villa y Corte unas seguidillas un tanto mordaces:

«El rey, según parece,  
todo lo viene a enmendar;  
a algunos da que notar,  
que no a todos da placeres,  
modas, música, mujeres

...

médicos malos  
ponen la monarquía  
en grande aprieto.  
Los músicos quisieran  
pasar por alto  
más no puedo, que Cristo  
les echó el bajo:

claro lo veo  
al capítulo nono  
de San Mateo».

Y los malos versos seguían:

«Hoy llora España  
los trinos y gorjeos  
de muchas arias.

La música en la Iglesia  
cosa es del cielo,  
pero para las cosas  
es un infierno...».

En tiempos de Carlos III cunde el gusto por lo castizo en la aristocracia, el gusto por las «majas» y las «manolas», las tonadillas y los chisperos, un mundo que alcanzaría gran categoría artística con los pinceles de Goya.

Madrid apenas se entera de la existencia de Bach, de Gluck, de Purcell, de Vivaldi o de Mozart. Sólo hay noticia de una representación del Orfeo de Gluck, ya en 1802, y no dejó huella apreciable. Aquí lo que interesaba era la rivalidad entre los partidarios de Pedro Romero y de Costillares. Y en la Corte, cuando llegó la princesa de Asturias, María Luisa de Parma, las aficiones de ésta, aparte de otras, se fueron hacia la guitarra y las seguidillas. Eran los tiempos de las aficiones pastoriles de María Antonieta en Versalles.

La figura máxima de la música española del siglo XVIII fue el padre Antonio Soler, natural de Olot, educado en Montserrat y luego religioso organista en El Escorial. Pocos

años antes estuvo en España Domenico Scarlatti, que ejerció gran influencia, llegando a ser considerado como un músico hispano-italiano.

Digno de recordar es el madrileño José Herrando, considerado como el Scarlatti español. Fue primer violín del monasterio de la Encarnación e influyó mucho en la gran afición que surgió a este instrumento, empezándose a cultivar la música de cámara con verdadero fervor en los círculos aristocráticos, sin que ese fervor llegara ni por un momento a nuestro rey. Recuérdense también los famosos stradivarius de Palacio y cómo las casas grandes de la nobleza rivalizaban en la compra de bellísimos instrumentos de cuerda italianos y franceses, según comenta el gran musicólogo padre Federico Sopena. También en el círculo de Iriarte, muy celebrado en esas casas, se cultivaba la música de cámara, los llamados «conciertos espirituales», con un gusto especial por la flauta, la favorita del rey Federico el Grande, que en esto nada se parecía a nuestro don Carlos.

Recuérdense también que la Marcha Real española es de aquellos días y que fue importada de Prusia, donde se interpretaba como marcha granadera. Otro gran músico, Boccherini, vino a España cuando tenía veinticinco años como maestro del príncipe de Asturias. El futuro Carlos IV demostró en este arte ser tan calamidad como en casi todo. En cambio, el músico italiano cayó muy bien al infante don Luis, hermano menor del Carlos III, nacido en 1736, verdadero espíritu selecto que, destinado a la Iglesia, nada menos que para ser cardenal-arzobispo de Toledo —así le retrató Mengs, en delicioso retrato infantil—, se mostró muy enamorado y prefirió contraer matrimonio morganático con María Teresa Vallabriga, con gran enfado de Carlos III. El infante don Luis se retiró después a su suntuoso palacio en Arenas de San Pedro, con su gabinete de Historia natural, su espléndida colección numismática, la música de Haydn y su morganática María Teresa. Un auténtico príncipe ilustrado que tiene a su servicio una orquesta a la que añade voces para que Boccherini estrene un Stabat Mater. Este músico se une tanto a Madrid que resulta casi un compositor goyesco con su encantador retrato de la ciudad titulado «Noches de Madrid», con su famosa «retiratta» o retreta, obra a la vez cortesana y popular<sup>3</sup>.

\* \* \*

Según el profesor de Historia del Arte Pedro Navascués, la doble realidad de barroco y clasicismo acompañó toda la producción artística del reinado de Carlos III. Dice también que el riguroso paralelismo vital entre Goya y el máximo representante del neoclasicismo pictórico, el francés David, puede dar una idea de la dificultad para entroncar el arte español con el neoclasicismo europeo de este período.

El monarca que excavó Herculano y Pompeya no podía por menos de cambiar la idea que había del buen gusto por estos pagos. Representa como un reencuentro con la antigüedad que no afectó por igual a las «Tres Nobles Artes» y a lo que más cambió fue la arquitectura como actividad académica y como práctica constructiva. Nació así un neoclasicismo español que se vio interrumpido, como tantas otras cosas, por la Revolución francesa y la invasión napoleónica.

Ya en tiempos inmediatamente anteriores a Carlos III el prócer navarro don Juan de Goyeneche proyectó el núcleo urbano del Nuevo Baztán en la provincia de Madrid,

conjunto de calles, plazas y edificaciones que superaba incluso a los de las poblaciones de Olavide en Sierra Morena. El autor de tan importante obra fue, sin embargo, muy criticado por los intelectuales de la época, contrarios al gusto del autor del proyecto, José Churriguera. Así, por ejemplo, Jovellanos, admirador de Ventura Rodríguez.

El protagonista inicial del proceso de renovación de nuestra arquitectura fue Diego de Villanueva, profesor de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, rival de otro famoso profesor, Ventura Rodríguez, con el que llegó a tener agrios enfrentamientos. Este último arquitecto, muy favorecido en tiempos de Fernando VI, se vio perjudicado por la llegada con Carlos III del italiano Sabatini, al que el rey encomendó las obras principales que remató o puso en marcha la «cupiditas aedificandi» del gran monarca. No obstante, Ventura Rodríguez intervino durante este reinado en muy importantes trabajos, como los de la Capilla Real de Palacio, la iglesia de San Marcos, el templo del Pilar de Zaragoza, el Transparente de la catedral de Toledo, parte de la catedral de Jaén, la capilla de San Pedro de Alcántara en Arenas de San Pedro, el Colegio de Cirugía de Barcelona, el convento de los Agustinos de Valladolid, la Plaza Mayor de Alcalá, el palacio del infante don Luis en Boadilla del Monte...

Contemporáneo y también rival de Ventura Rodríguez fue el francés Marquet, al que Carlos III encomendó las obras del Real Sitio de Aranjuez y también fue el arquitecto de la Casa de Correos de Madrid, la que luego fue ministerio de la Gobernación y hoy palacio de la Comunidad madrileña en la Puerta del Sol. Obra suya fue también el palacio de los duques de Alba en Piedrahita (Ávila).

En todo caso, los expertos consideran que Ventura Rodríguez fue el arquitecto de mayor poder e influencia en el siglo XVIII, muy por encima de Sabatini, el virtual responsable del alejamiento de don Ventura de las obras reales. Baste recordar que a las obras citadas podrían añadirse la Plaza Mayor o Mercado Chico de Ávila, la nueva fachada de la Catedral de Toledo, el teatro de Palencia, los cuarteles de Medina del Campo, la Colegiata de Covadonga... Llegando a dirigir obras bien modestas, en sitios tan alejados como Vélez Banaudalla en Granada o Larrabezúa en Vizcaya, y más lejos aún, la iglesia de la Concepción en La Orotava<sup>4</sup>.

El rey Carlos no estaba al margen de todas estas obras que he ido citando, de los proyectos, de las rivalidades, incluso de los detalles técnicos y del coste de los trabajos. Su atención era lógicamente mayor cuando se trataba de edificios relacionados con la Casa Real o de carácter oficial, por ejemplo, la primera de las grandes obras de impulso carolino, la antigua Casa de la Aduana, hoy Ministerio de Hacienda, el edificio civil más grandioso del siglo XVIII en Madrid, después del Palacio Real. Coincide esta obra con los primeros meses de Carlos III y de Sabatini en Madrid. Ambos supervisaban como verdaderos intendentes los más mínimos detalles, tasaciones, plazos de ejecución, decoración, contratos... Esquilache también intervino en todos estos procesos constructivos, a los que habría que añadir la selección y control de los artistas y de las tareas de los distintos talleres reales de ebanistería, bronce, tapices y alfombras<sup>5</sup>, cristalería, brocados, etc.

La Casa de la Aduana tardó en construirse ocho años y puede considerarse como un ejemplo arquitectónico de solidez y belleza, primera muestra de arquitectura pública de categoría, sobria y elegante a la vez. Otra gran obra carlotercista de las que beneficiaron a Madrid fue el grandioso Hospital General, proyecto y dirección de Sabatini siguiendo otro proyecto anterior de Hermosilla<sup>6</sup>.

Y, ¡cómo no! en primer plano, la famosa Puerta de Alcalá (1764-1776), obra igualmente de Sabatini, cuya idea fue preferida a la presentada por Ventura Rodríguez. Se proyectó como entrada principal de la ciudad y para perpetuar la memoria de Carlos III, lo que sin duda ha logrado. La Puerta sigue los modelos romanos y los arcos de triunfos renacentistas y neoclásicos, pero supera cualquier antecedente.

Sabatini intervino en muchas otras obras en los palacios de Aranjuez y de El Pardo, en las Salesas reales, en la Fábrica de Armas de Toledo, en la capilla del Venerable Palafox en Burgo de Osma, en San Francisco el Grande de Madrid...

Puede que el que haya pasado a la posteridad como el primer arquitecto de la época sea Juan de Villanueva, hijo del escultor del mismo nombre y hermanastro del ya citado Diego de Villanueva. Fue un genio precoz que a los once años ganaba premios extraordinarios, entre ellos una pensión para estudiar en Roma. Lleno de experiencias y de estímulos itálicos volvió a España, siendo nombrado por la comunidad jerónima arquitecto de las obras que se realizaban en El Escorial. Allí se sintió imbuido del espíritu herreriano y la mezcla con lo italiano no pudo dar mejor resultado. Hizo en San Lorenzo varias casas a tono con el Monasterio y trabajó también para la catedral de Burgo de Osma, pero donde más se vinculó a la Casa Real fue en El Escorial donde hizo las Casas de Oficios, la gran escalera del Palacio de los Borbones, la Casita del Príncipe y la Casita de Arriba, utilizada por el infante don Gabriel como pabellón de música. Hizo también otra Casita del Príncipe en El Pardo y el Jardín del Príncipe a orillas del Tajo, en Aranjuez, colaborando en la Casita del Labrador, que construyó Isidro González Velázquez, desaparecido ya el rey Carlos III.

La obra cumbre de Villanueva fue el Museo del Prado de Madrid, obra grandiosa para la época y para todos los tiempos. Como bien se sabe, fue proyectado el edificio para Palacio de las Ciencias. Carlos III fue su gran promotor, dispuesto a hacer de Madrid una de las primeras capitales de Europa.

Puede considerarse, con el profesor Navascués, que el Museo del Prado, con el Jardín Botánico y el Observatorio Astronómico, los tres de los últimos años de Carlos III, constituyen el doble símbolo de la madurez tanto política como arquitectónica dentro de la corriente ilustrada representada por el monarca. El patronazgo regio convertía a estas obras en el portavoz propagandístico del reinado. Floridablanca, mentor de todo ello al lado del rey, pretendió reunir en el museo todos los avances de las ciencias y de la técnica, de las matemáticas a la mineralogía, pasando por la astronomía, la química, la hidráulica y las ciencias prácticas. En cambio, los hermanos Iriarte eran partidarios de que el museo lo fuera de las Ciencias y de las Bellas Artes. Sin entrar en el tema de la dedicación del grandioso edificio, éste puede ponerse a la altura de los más importantes del mundo. La soberbia obra de Villanueva encontraría años más tarde su definitiva

utilización como museo para recoger las colecciones reales de pintura, y por este nombre fue conocido durante muchos años por el pueblo de Madrid: el Museo de Pinturas, máximo ornato del Paseo del Prado y orgullo universal de la Villa y Corte.

A Villanueva se deben también el edificio llamado del Nuevo Rezado, hoy Real Academia de la Historia, el Oratorio de Caballero de Gracia y la remodelación de la Plaza Mayor después del gran incendio de 1790.

La gran actividad arquitectónica del reinado no se concentró en Madrid. Ya lo hemos indicado anteriormente. Algunos datos lo confirmarán. Por ejemplo, las muchas obras realizadas en Valencia por los arquitectos Gilabert y Rubio, como la magnífica Aduana, más tarde Palacio de Justicia, o el gran convento de los Caballeros de Montesa, obra de Miguel Fernández.

En Andalucía destaca la Colegiata de Jerez, obra de los Cayón, de origen santanderino, y también la Santa Cueva y los Pazos de Miranda, conjunto palaciego y de bellas casas neoclásicas, así como el Observatorio Astronómico de San Fernando, proyecto del marqués de Ureña.

El primer neoclasicismo gallego tuvo sus más destacadas manifestaciones en la obra civil y religiosa de Santiago de Compostela y en el conjunto urbanístico y militar de El Ferrol. Uno de los edificios más grandiosos fue el Palacio de Rajoy, encargo del arzobispo de ese nombre, construido en el incomparable espacio de la plaza del Obradoiro, frente a la Catedral. De la misma época son el Hospicio, la Universidad y la Capilla de la Comunión catedralicia. En todas estas obras participaron arquitectos gallegos, como los de la familia Ferro Caaveiro. Es digno de tenerse en cuenta que el arzobispo Rajoy sometió todos sus proyectos a la aprobación de Carlos III, que entre cacería y cacería estaba pendiente de todo.

Los arsenales de El Ferrol y de La Coruña son también del reinado carlotercista, e igualmente las fortificaciones y varios barrios de claro esquema dieciochesco, como la gran fachada de la catedral de Lugo, supervisada por Ventura Rodríguez.

En Zaragoza se hicieron importantes edificios religiosos dirigidos también por el gran don Ventura y por los arquitectos Yarza, aragoneses, destacando entre ellos los dos grandes templos del Pilar y de la Seo.

Cataluña no se quedó al margen, ni mucho menos, de la espléndida y dispersa tarea constructiva de tiempos de Carlos III. Además Barcelona fue desde el principio, ciudad predilecta del Rey. Venían ya de los dos reinados anteriores la famosa Ciudadela, la Universidad y el fuerte de Figueras, entre otras obras importantes. En pleno siglo XVIII destacan el Palacio de la Virreina, la Aduana de la Ciudad Condal, el palacio episcopal de Solsona, la Lonja de Barcelona, el Colegio de Cirugía, varios palacios particulares como los de Larrard, March, Moya...

En el País Vasco, las obras de Olaguibel, la Plaza Nueva de Vitoria, y muchas más en tierras vascas y por toda España, que harían interminables estas líneas, a punto de convertirse ya en un largo catálogo.

\* \* \*

Como ya se dijo con la arquitectura, también durante el reinado de Carlos III siguen vivas algunas de las mejores muestras del barroco anterior. Contribuían con pleno éxito un Salzillo o un Ignacio Vergara, que aún tendrían notables discípulos. Salzillo hizo algunas de sus más famosas tallas y Vergara, entre otras obras, la excepcional portada del Palacio de Dos Aguas en Valencia. De él es también el retrato de cuerpo entero del Rey Carlos colocado en la fachada de la Aduana.

Uno de los escultores más notables por aquellos años fue Juan Pascual de Mena, en situación ambigua entre el barroco y el clasicismo. A él se deben importantes tallas religiosas y excelentes retratos como el busto en mármol de la Real Academia de San Fernando, sin olvidar bellas fuentes como la de Neptuno, en el Prado madrileño.

Otros escultores conocidos fueron Luis Salvador Carmona, excelente imaginero, y el gallego Felipe de Castro, que llegó a dirigir la Real Academia. Es curioso recordar aquí que en su epitafio se decía lo siguiente:

«El rey Fernando el justo lo ha elevado — Carlos en su favor le ha distinguido». Castro fue el autor del león que figura en la escalera del Palacio Real.

De origen francés, los hermanos Michel se establecieron en España y trabajaron mucho, bien acogidos en la Corte. A Robert, Carlos III le hizo «escultor de su Real Persona», lo que le convertía en «director de todas las obras de escultura que se hicieran para los Palacios Reales». Dibujaba admirablemente y con gran inventiva, admirada por Tiépolo, por lo que colaboró en la decoración del Palacio Real e hizo muchos templos de Madrid, Pamplona, Vitoria y Osma. Trabajó con Sabatini, haciendo grandes escudos, que hoy admiramos sin conocer su autor, en los más importantes edificios oficiales, así como los trofeos militares que coronan la Puerta de Alcalá y los dos leones de la fuente de Cibeles, que dibujó Ventura Rodríguez. Otro Michel, Pedro, hizo una serie de emperadores romanos para Palacio y un retrato de Carlos III vestido a la romana, también para Palacio.

Otro escultor, Francisco Gutiérrez, hizo los dos suntuosos sepulcros de Fernando VI y de doña Bárbara de Braganza en la iglesia de las Salesas Reales de Madrid, obra de italianísimo tardío barroco, diseñado por Sabatini.

Como en el caso de la arquitectura también, tendremos que parar aquí esta lista de artistas y de obras sin citar la amplia serie de escultores regionales, algunos muy notables. Estoy intentando dar a entender que la actividad artística en tiempos del rey Carlos fue intensísima, aunque por algunos sectores críticos sea poco valorada en comparación con épocas anteriores, medievales, renacentistas y barrocas. Creo que las obras que he venido reseñando brevemente a título indicativo demuestran que en las ciudades españolas vivimos rodeados, y disfrutando, de edificios, fuentes, plazas, palacios, casas, templos, jardines... que se deben al interés que siempre tuvieron el Rey Carlos y sus ministros por hacer más bellas y más vivibles las ciudades y los pueblos de España, tarea ingente que fue mucho más allá en sus deseos que en sus posibilidades<sup>7</sup>.

\* \* \*

En España, hasta el siglo XX, salvo muy contadas excepciones, las manifestaciones de la gran música han brillado por su ausencia. Algo de música religiosa, de modestas

expresiones populares, los sonetos del padre Soler y la gran frustración de la prematura muerte de un genio musical como Arriaga. Y en el siglo XX, brillantes compositores de los nombres famosos de todos conocidos, pero siempre con base y tonos folklóricos sin llegar a la gran composición sinfónica o de concierto ni a las maravillas de la música de cámara que se han producido en otros países europeos.

En cambio, en la pintura, ocurre todo lo contrario. Tal vez los magdalenenses de Altamira dejaran en herencia a los ibéricos los genes de su arte pictórico. El caso es que España puede gloriarse de una extraordinaria constelación de pintores, que a través de los siglos sigue ennobleciendo nuestro arte a escala universal.

¿Estuvo el siglo XVIII y concretamente el reinado de Carlos III a la altura de tan excelsa tradición o hasta la formidable eclosión de Goya se vivió una crisis, una modesta evolución, sin empuje ni arraigo, demasiado sometida a patrones extraños?

Los hechos parecen demostrar que, efectivamente, la pintura española daba ciertas muestras de sequedad de ideas y de amaneramiento; parecía que después de Velázquez ya nada podía hacerse de original, de interesante, de fuerza expresiva; únicamente seguir patronas foráneos. Esta orientación o moda pictórica no es una variedad del reinado de Carlos III. Venía ya de tiempos de los primeros Borbones con sus artistas de importación, francesa, principalmente, los Van Loo, Ranc, Rigault<sup>8</sup>...

El Rey Carlos vino lógicamente a España bajo la influencia del arte que había vivido tantos años en Italia. En Madrid quiso dar un impulso definitivo a la decoración del Palacio Real. Ponz lo relata así en su «Viaje de España»:

«Deseaba Su Majestad que con este motivo llegase la nobilísima arte de la pintura a su estado actual cual jamás había logrado España y así tuvo a un tiempo a su servicio a los tres profesores más acreditados de Europa, como fueron Corrado Giaquinto, don Juan Bautista Tiépolo y don Antonio Rafael Mengs».

En las palabras de Ponz se ve el poco aprecio que por entonces tenían sectores influyentes por la gran pintura española del xviii, si bien en su disculpa hay que decir que su opinión tenía más en cuenta los propósitos decorativos del Rey, pensando sobre todo en las bóvedas del Palacio Real. Fue ésta una de las primeras misiones de Giaquinto, colorista, de estilo suelto y atractivo que le convirtió en primer pintor de cámara. El pintó las bóvedas de la escalera principal (Triunfo de la Iglesia) y del Salón de las Columnas (Nacimiento del Sol), muy en la línea de Lucas Jordán, napolitano como él.

Muy diferente fue el estilo que trajo a la Corte española el veneciano Juan Bautista Tiépolo, que cubrió con su arte varios techos del real Palacio. Venía ya con gran fama de Italia y de varias cortes europeas, especialista en la pintura al fresco, un auténtico espectáculo casi musical con su barroquismo, su admirable manejo de la luz, de los colores, de los escorzos, lo mismo en lo pagano o en lo religioso que en lo histórico.

A él se deben «La Apoteosis de Eneas», «El Poder de la Monarquía española» y «La Glorificación de la Monarquía española», esta última obra, brillante decorado del Salón del Trono. Su última gran obra fue la magnífica «Inmaculada» del Museo del Prado. Tiépolo tuvo dos hijos pintores, Giandomenico y Lorenzo, que colaboraron con él y

contribuyeron al esplendor de lo que el profesor Navascués, al que seguimos en gran parte de este capítulo, considera «como expresión feliz de una suerte de rococó madrileño».

Otros dos pintores de aquel tiempo fueron los españoles Antonio González Velázquez y José del Castillo. El primero pintó en el hoy comedor de gala del Palacio Real su obra «Cristóbal Colón ante los Reyes Católicos» y contribuyó a la decoración del Palacio de Aranjuez y de la Casita del Labrador.

José del Castillo pintó bastante en Italia, y en Madrid un gran cuadro sobre San Agustín en el Monasterio de la Encarnación y numerosos cartones para tapices de la Real Fábrica, como un buen predecesor de Goya. Después se inclinó por una pintura más popular madrileña, demostrando gracias y soltura en la composición.

En cierto modo rival de Tiepólo fue Antonio Rafael Mengs, muy centroeuropeo, clasicista y venido también de Italia. Mengs en Madrid aceleró la marcha de Giaquinto y dicen que amargó los últimos años a Tiepólo. Los amigos de Mengs decían que «hace más Tiepólo en un día que Mengs en una semana; pero lo de aquél se ve y se olvida, y lo de éste permanece eternamente».

El propio Mengs aguzaba la crítica: «Tengo por competidores a los señores Corrado y Tiepoletto, ambos valientes en el fresco, mas no saben hacer que parezca cálido». Y por otra parte, no creo ser el único en creer que la obra del pintor de Bohemia, Mengs, es sumamente fría, sin negar que se trata de un excelente artista.

Mengs fue nombrado primer pintor del Rey. Empezó por pintar frescos en Palacio, con reminiscencias de Rafael y del Corregio, dedicándose después a la pintura de Corte con retratos de toda la familia real, como los admirables de Carlos III que están en el Museo del Prado, sobre todo el de «Don Carlos, Príncipe de Asturias», vestido de cazador. También pintó una bellísima «Adoración de los Pastores» y numerosas mitologías, alegorías, soberbios dibujos y cartones para la Real Fábrica de Tapices que dirigió. Influyó en muchos pintores jóvenes, entre ellos, nada menos que Francisco de Goya.

Otro muy notable pintor de la época fue Francisco Bayeu, aragonés, cercano en su arte a Mengs. Estudió con González Velázquez, colabora en los frescos del Palacio Real y luego evoluciona hasta la etapa en que pinta las bóvedas de la iglesia de El Pilar de Zaragoza y la espléndida serie de santos y arzobispos del claustro de la catedral de Toledo. No faltan sus obras en Aranjuez y en El Escorial y demuestra ser un extraordinario dibujante en retratos y en bocetos para cartones de la Real Fábrica.

En la línea de Mengs, como Bayeu, está el valenciano Mariano Salvador Maella, pero más cerca del barroquismo italiano e incluso de los grandes maestros del Siglo de Oro español, de los que hizo algunas muy buenas copias.

En otro aspecto tiene grandes semejanzas con el Goya de la primera época. Pintó para los palacios de Aranjuez, La Granja y El Pardo. Mengs le consideraba inferior a Bayeu. No obstante dejó muy estimables obras como el «San Carlos Borromeo» del Banco de San Carlos, el retrato de Carlos III con el manto de su orden y «Las cuatro estaciones»

del Museo del Prado. Maella dirigió la Academia después de Bayeu y fue nombrado Primer Pintor del Rey al mismo tiempo que Goya, muerto ya Carlos III, en 1799.

Dignos de mención fueron también Luis Meléndez y Luis Paret. El primero fue discípulo de Van Loo. Aunque muy buen retratista y miniaturista, no llegó a ser pintor del Rey como los antes citados. Sus obras más famosas son los bodegones, algunos de ellos pertenecientes a las colecciones reales que pasaron al Prado.

Luis Paret y Alcázar pintó obras muy considerables con bastante influencia francesa, con extraordinaria soltura y magnífico acabado y detalles, sobre todo en paisajes y escenas de época, lineales, minuciosas y de elegante atractivo. Sus cuadros más conocidos recuerdan a Watteau, entre ellos «El Baile de Máscaras» y «La comida de Carlos III», ambos también en el Prado. Navascués dice con acierto que los cuadros de Paret, con su paleta alegre y brillante, con característicos golpes de cobalto, se convierten en una auténtica fiesta para los ojos.

Sólo unas líneas para hablar de quien llena con su gigantesca personalidad y su arte toda una época a caballo entre los siglos xviii y xix, entre los reinados de Carlos III y de Carlos IV. El genial aragonés solicitó en 1779 entrar en la Academia de San Fernando para cubrir la vacante dejada por la muerte de Mengs. En un informe para dicha Academia se muestra ya en contra de las reglas del academicismo. No es cosa de entrar aquí en la biografía de un personaje tan conocido y reconocido. Su estancia en Italia, sus juveniles obras mitológicas e históricas, su pintura religiosa en El Pilar y los murales en la Cartuja de Aula Dei (1774), muestra ya de su gran personalidad. Se casa con Josefa, hermana de Francisco y de Ramón Bayeu, éste también buen pintor. Por esa vía matrimonial se acerca a Mengs y entra al servicio de Carlos III.

En Madrid sobresale en trabajos para la Real Fábrica de Tapices, ingresa en la Real Academia de San Fernando, y se ve favorecido por el mecenazgo del Infante don Luis y de la duquesa de Osuna. A partir de 1775 empieza a pintar para los Reales Sitios, en especial cartones que se conservan en el Museo del Prado. Logra gran estimación en la Corte, estudia a Velázquez y su influencia se nota en el admirable retrato de Carlos III cazador.

Una vez académico, Goya conoce a Floridablanca, a Jovellanos, a Cean Bermúdez, al ministro Mariano Luis de Urquijo, a Ventura Rodríguez, a Cabarrús... Pero Goya se nos va ya del reinado de Carlos III. Cuando muere el Rey, él era ya un grande del arte de España, del arte universal<sup>9</sup>.

<sup>1</sup> La última obra de Feijóo, el tomo V de sus «Cartas Eruditas» se publicó en 1760.

<sup>2</sup> Otro escritor famoso en la época fue el periodista Nipho, que puso en marcha multitud de publicaciones y fue fundador del segundo periódico diario de Europa.

**3** A la muerte del infante don Luis, de hipocondria, como su padre y su hermano, en 1785, Boccherini obtuvo gran éxito europeo sobre todo con sus admirables tercetos y quintetos.

Otro buen músico de la época fue Fernando Sor, escolano, militar y autodidacta, protegido por la duquesa de Alba. Su actividad musical se desarrolló ya en tiempos de Carlos IV.

**4** Seguidores de obras de Ventura Rodríguez fueron Manuel Reguera (Hospital de Oviedo y Balneario de Las Caldas) y los navarros Ochandategui y Aranguren, autores del gran acueducto de Noáin y de obras en Pamplona, como la plaza del Castillo, fuentes de la Taconera y de la Navarrería...

**5** Es digna de mención la Real Fábrica de Tapices, dirigida desde el principio por la familia flamenca de los Stuyck, que aún sigue al frente de ella y que es de desear que continúe su magnífica labor por muchos años después de la crisis económica sufrida en los años noventa del siglo XX.

**6** José de Hermosilla y Gilabert, ingeniero militar. Intervino en la construcción del Palacio Real con Jubara y Sachetti, en la ordenación del Prado y construyó el hermoso Colegio de San Bartolomé o de Anaya en Salamanca.

**7** Prueba del interés al que aquí me refiero, es la carta que en 1777 dirigió el conde Floridablanca a todos los arzobispos y obispos españoles, de la que extraemos algunos párrafos:

«Además encarga Su Majestad a V. E. que en la execución se escuse quanto se a dable emplear madera, especialmente en los retablos y adornos de los altares, pues apenas hay ciudad en el Reyno en cuyas cercanías no abunden mármoles u otras piedras adecuadas... se evitaría el peligro de incendios... se reformará el enorme infructuoso gasto de los dorados... y se promoverá el adelantamiento y digno exercicio de las Artes...»

**8** Catalán llamado Rigau, que cambió su nombre por el de Rigault al hacerse pintor de Corte en Francia.

**9** Arte e historia a la vez, no hay asunto que quede fuera del interés de Carlos III por la grandeza de la patria. La bandera nacional no podía estar al margen de la atención del monarca. Hasta entonces la enseña que flamea en los navíos españoles no es sino el escudo real sobre un fondo blanco o morado según los casos. A veces se incluyen también las aspas rojas de la cruz de Borgoña. Fácil era confundir de lejos los barcos españoles con otros de los Borbones franceses o napolitanos e incluso con otros del Imperio. El propio Rey convoca un concurso para elegir una enseña nacional nueva, diferente y definitiva. En el Museo Naval de Madrid se conservan los catorce modelos presentados.

Carlos III, en Aranjuez, en mayo de 1785 elige el modelo que más le gusta. Al hacerlo, en su mente debe estar el recuerdo histórico de la bandera de la Corona de Aragón, del Principado de Cataluña que durante muchos años enseñoreó el Mediterráneo: la nueva enseña nacional consistirá en una banda amarilla entre franjas rojas. Esa es nuestra bandera de hoy, lo ha sido desde hace dos siglos, incluso con la I República, pero no en los cinco años de la II República, que cambió una banda roja por otra morada.

## XXI

# LA FAMILIA DE CARLOS III ÚLTIMOS DÍAS DEL REY

Tierno encuentro entre Carlos III y su hermana Marianina.—Irregular conducta del Infante Don Luis.—Su matrimonio con Teresa Vallabriga.—Su vida en Arenas de San Pedro.—Los nietos de Carlos III: sobreviven el futuro Fernando VII y Carlos María Isidro.—Desfavorable impresión sobre el futuro Carlos IV.—Las bodas portuguesas.—Los Príncipes de Asturias: tensas relaciones en Palacio.—Graves diferencias entre Carlos III y su hijo el rey de Nápoles: indigna actitud de éste.—Sucesivas desgracias familiares.—Carlos III, decano de los monarcas de Europa.—Depresión del Rey.—¡Gabriel ha muerto...!.—Primera y última enfermedad de Carlos III.—Su extraordinaria devoción.—Serenidad y claridad de ideas.—El testamento.—El Rey, «muere como los justos» (14-12-1788).

Carlos III y su querida hermana Marianina no se veían desde hacía casi medio siglo, aquel día ya lejano en que se despidieron en una caseta de madera sobre el río Caia, en la frontera, cuando la muy joven y esbelta Infanta iba a desposarse con el heredero del trono de Portugal. Don Carlos, segundón de la Corona española, sólo aspiraba entonces al ducado de Parma.

Han pasado los años. Todos los hermanastros del Rey han muerto. También sus hermanos don Felipe, duque de Parma, y María Teresa Antonia, Delfina de Francia. De los hijos de Felipe V e Isabel de Farnesio, sobreviven además de Carlos III, Marianina, el infante don Luis y la reina de Cerdeña, María Antonia Fernanda.

El único que vive en Madrid al lado del Rey es don Luis. Pero lo que más desea don Carlos en el plano afectivo es volver a reunirse con su querida hermana, que al quedarse viuda desea volver a España.

Con un importante séquito<sup>1</sup> Marianina corre al encuentro con su hermano a la altura de Las Rozas, muy cerca de Madrid. El largo abrazo entre los dos está lleno de emoción. Físicamente tanto han cambiado que apenas se reconocen. En el siglo XVIII una persona que pasaba de los sesenta años era un anciano. Muy viejos debieron encontrarse una Marianina voluminosa, de paso tardo y fofa, y un Carlos reseco, enjuto que, sin embargo, ha cambiado menos que su hermana, la amada compañera de sus juegos y confidencias infantiles. Se habló por aquellos días de un posible matrimonio de don

Carlos con su sobrina, la infanta de Portugal, doña Mariana, que tenía cuarenta y un años. Pero bueno era el Rey viudo recalcitrante para casarse a esas alturas. El rumor no pasó de ser un buen deseo de la querida hermana. Eso sí, lo que hicieron Marianina y don Carlos fue ratificar el acuerdo de paz entre los dos países que se firmó en El Pardo el 1.º de Octubre de 1778 por Floridablanca y el embajador portugués.

El acompañante asiduo del Rey en sus cacerías, el infante don Luis, dio a nuestro monarca más de un disgusto con su conducta irregular, sus relaciones «non santas» que le produjeron la clásica enfermedad de aquellos tiempos. Muchos días tuvo que estar recluido para curarse, para volver después a las andadas. Según Fernán Núñez, aquello fue uno de los grandes pesares del monarca. Los encuentros clandestinos del Infante y sus consecuencias habían trascendido y los embajadores extranjeros se complacían en detallados relatos más o menos escabrosos.

Cuando don Luis se cura de sus males, su hermano proyecta casarle con otra sobrina, la infanta María Josefa Carmela, la dichosa manía borbónica de las bodas en familia. Además la posible novia, de treinta y dos años, es agradable, pero pequeña, no muy agraciada y nada esbelta. Añádase que rechazó totalmente la idea de compartir el tálamo con su libertino tío.

Don Luis no aceptó el proyecto de una posible boda con una nieta del duque de Alba, única heredera de un inmenso patrimonio familiar, al que se unirían la casa y los estados del ducado de Medinaceli. Hizo lo que le dio la principesca gana y se casó con la muy digna señora doña María Teresa Vallabriga, hija de los condes aragoneses de Torreseca. A Carlos III no le cayó nada bien este matrimonio. Él, en general muy transigente, no lo fue en este caso. La nueva pareja se instaló en Arenas de San Pedro, donde vivirían en paz y dedicados a muy cultas aficiones literarias, musicales y ecológicas. Don Luis iba a Madrid dos o tres veces al año. En la Corte recibe tratamiento y honores de Infante, pero doña María Teresa se ha quedado en Arenas.

Los vástagos de don Luis y de su esposa morganática fueron don Luis de Borbón y Villabriga, arzobispo de Toledo y de Sevilla, que actuó como Regente del Reino durante la ausencia de Fernando VII; doña María Teresa, condesa de Chinchón, casada con Godoy en 1797, que murió en París, y doña María Luisa, casada con el primer duque de San Fernando de Quiroga.

La gran preocupación de Carlos III fue que alguno de aquellos sobrinos pudiera crear problemas sucesorios e incluso llegar al trono. No hubo cuestión ya que la sucesión directa, los hijos del Rey, sobrevivieron a éste. El Infante don Luis falleció en Arenas de San Pedro el 7 de Agosto de 1785. El Rey se vio afectado: quería entrañablemente a su hermano a pesar de la dureza con que le trató con motivo de su matrimonio e hizo que se guardaran las máximas consideraciones y honores.

\* \* \*

Los dos primeros nietos de Carlos III, hijos del príncipe de Asturias, vivieron poco tiempo. Luego fallecieron otros dos hijos gemelos. El quinto vástago fue el que sería Fernando VII y el último, Carlos María Isidro, el que con el tiempo sería el pretendiente carlista.

Los cronistas, no muy clementes, describen al príncipe de Asturias cuando tenía treinta y siete años como un hombre fuerte, chaparro, de cabeza pequeña y rostro encendido, un tipo de lo más vulgar. Recuérdese que su hermano mayor, don Felipe, fue un inferior mental. El único inteligente, sin duda, fue don Gabriel, que a los treinta y tres años seguía soltero, dedicado al estudio y a la música. El hijo menor del Rey, don Antonio Pascual, también soltero, parece que era bastante poca cosa, una mediocridad que no dejó huella en la Historia.

Fernán Núñez conoce de cerca la tristeza y preocupación de don Carlos por tanta mala suerte en su descendencia, la mayor parte con claros síntomas de taras fisiológicas. Cree Fernán Núñez que la sensibilidad afectiva del monarca va creciendo conforme disminuyen sus fuerzas físicas.

Con el deseo de ampliar y mejorar la familia concierta con su hermana Marianina dos bodas «portuguesas»: la del infante don Gabriel con la hija mayor de los reyes lusitanos, doña María Ana Victoria, y la del príncipe del Brasil, don Juan, con la hija mayor de los príncipes de Asturias, la infanta Carlota Joaquina, desposorios que se realizaron en Aranjuez y Lisboa respectivamente en 1785.

Por aquellos días la vida familiar en Palacio se había vuelto incómoda. Los Príncipes de Asturias sólo tienen entonces un hijo, Fernando, de muy precaria naturaleza.

Temen que en un tiempo no lejano puedan acceder a la sucesión los hijos del Infante don Gabriel. La viruela era capaz de ir eliminando posibles sucesores. Hasta los descendientes de la rama portuguesa, la de la Infanta Carlota Joaquina, podrían llegar un día al trono de España. Empiezan a adivinarse en el horizonte los problemas que podían derivarse de la aplicación de la ley sálica, por la pragmática de Felipe V, o de la ley tradicional castellana. La atmósfera palatina empieza también a estar cargada de intrigas. La princesa de Asturias, María Luisa, se muestra enojada por las atenciones que Carlos III dispensa a su nuera Mariana, tal vez por ser hija de Marianina y esposa de su querido don Gabriel, que, por otra parte, se lleva mal con su hermano el rey de las Dos Sicilias. Respecto a este reino se empieza a pensar, dadas las malas relaciones que don Carlos mantiene con su hijo napolitano, que llegue a derogarse en dicho reino la pragmática de Felipe V en favor del infante don Gabriel. El poder y el prestigio de Carlos III en las Dos Sicilias era todavía tanto que posiblemente nadie habría discutido tal decisión.

Efectivamente, las relaciones entre el Rey de España y su hijo Fernando IV de Nápoles iban de mal en peor, debido a la ingratitud y errores políticos del segundo. Algunos detalles de la situación que se estaba produciendo darán idea al lector de que lado estaban las culpas en aquel enfrentamiento paterno-filial.

Coinciden los historiadores en opinar que Fernando IV era más que obtuso, un insensato, «sometido ciegamente a los caprichos de su mujer, la archiduquesa austriaca, hija de la emperatriz María Teresa, llamada María Carolina, voluntariosa, apasionada y con aspiraciones a reinar en Madrid algún día, como su hermana María Antonieta reinaba en Versalles.

La muerte de Tanucci había hecho tirantes las relaciones entre Madrid y el antiguo reino en en que Carlos III habría podido seguir reinando si hubiera querido, a pesar de

ciertas oposiciones extranjeras. Pero Fernando IV no parecía agradecer tan espléndido regalo paterno.

Aparece un nuevo personaje que domina al matrimonio real napolitano. Se trata de un ciudadano inglés, míster Acton, que se dedica a crear un ambiente hostil hacia todo lo que viene de España.

«Abre los ojos, hijo mío —le escribe Carlos III a Fernando IV el 20 de julio de 1784 — y conoce a los que te tienen ciego... después que te han hecho un rey de cartón acabasen de hacerte perder la honra, el bienestar de tus hijos y aún el alma y no creas que exagero...». Sigue el Rey con muy convincentes argumentos y datos y termina así: «En conclusión, si deseas tenerme contento... debes quitar a Acton al instante y hacerle salir de esa tierra y si no lo haces no creeré que eres buen hijo, etc., etc.». Debe tenerse en cuenta que por aquellos días España había roto las relaciones con Inglaterra y que Acton era un auténtico agente inglés en Nápoles.

Carlos III muestra su sensibilidad y tristeza en carta al marqués de Llano, embajador en Viena: «Haréis ver cuánta será mi aflicción y disgustos... puedo desacreditar a unos hijos que tanto amo y cuyas faltas quiero encubrir a los ojos de todo el mundo; y si callo que es el partido cristiano y honrado que he elegido, toman de aquí motivo los malos consejeros de mis propios hijos para intentar desacreditarme a la vista de Europa y de todas las cortes...»

La carta es muy larga, varios pliegos en los que el rey convence con razón tras razón y desahoga sus penas, entristecido por la ingratitud de su hijo y por las ligerezas de su nuera que inventa acusaciones contra el embajador español, Las Casas<sup>2</sup>.

Parece que no bastaba tan lamentable situación familiar para amargar los últimos años de Carlos III. Una serie de desgracias de sus seres más queridos venían a caer sobre el monarca. Su nuera preferida, María Ana Victoria, dio a luz una hija que murió a poco de nacer; a poco de llegar la Corte a El Escorial nace José Carlos, segundo hijo de don Gabriel, pero la madre, aún sin reponerse del parto, muere de viruela maligna, aún no ha cumplido veinte años. Siete días después muere el recién nacido y once meses más tarde el que fallece es el padre, el infante don Gabriel, contagiado de la viruela. No ha querido separarse ni un momento de su esposa enferma. Tantos sufrimientos, tantas desapariciones que hacen inviables otras soluciones sucesorias, van a precipitar la muerte del rey don Carlos.

En contraste con sus penas familiares el Rey de España tiene la satisfacción de recibir el reconocimiento de su prestigio y primacía entre todas las potencias europeas. Ha muerto Federico II (1786); Prusia se alía con Inglaterra frente a Versalles; Holanda, entre dos aguas, es motivo de colisión entre Francia e Inglaterra... Carlos III negocia y arbitra hábilmente entre la corte francesa y la de Saint James. Su intervención lleva al tratado de paz de 1787 entre Londres y París. El rey de España se ha convertido en el decano de los monarcas europeos y nuestro país alcanza una posición privilegiada en el concierto mundial, como no tuvo desde los días de grandeza de la Casa de Austria.

\* \* \*

En nuestro tiempo se le habría diagnosticado una fuerte depresión, una enfermedad del ánimo de no difícil tratamiento psicofísico, pero a primeros de diciembre de 1778 se dejaba seguir adelante como algo irremediable. Carlos de Borbón y Farnesio era por aquellos días un hombre deprimido, sin capacidad para sobreponerse a la serie de desventuras que habían caído sobre él. Se sentía sólo, sin fuerzas para seguir adelante. Las enfermedades y agonías de tantos seres queridos las había vivido muy de cerca, en tensa vigilia, casi sin comer y sin dormir. Por primera vez desde que reinaba en España guardó un día de cama con un fuerte enfriamiento. Cuenta su fiel cronista Fernán Núñez y lo repetía otro fiel amigo, muchos años a su lado en importantes puestos, José Antonio de Armona, que el Rey exclamaba repetidamente, triste y angustiado: «¡Gabriel ha muerto! ¡Yo le seguiré pronto!»

La Corte estaba en El Escorial. Los Infantes y Floridablanca insistían al Rey para que dejara el Real Sitio, donde flotaban «los efluvios virolentos por todo el Palacio y la tristeza funeral llenaba las habitaciones». Don Carlos les contestaba, vencido y sereno:

«Déjate de eso, Moñino. Pues qué ¿no se yo que dentro de pocos días me han de traer, para hacer una jornada mucho más larga, entre estas cuatro paredes?».

Por fin la Corte volvió a Madrid, sin adelantar un sólo día el regreso, el 1º de abril, como todos los años. Se veía al rey macilento de rostro y muy escaso de fuerzas. Trató de vencerse y aún salió al campo alguna tarde pero sin poder distraerse, hundido en un mar de melancolías.

La noche del día 6 se recogió más temprano que de costumbre, con tos alta y fiebre. Dejó actuar a los médicos sin la menos ilusión. Sabía que el final se acercaba inexorablemente. Cuando se convino que recibiera el Santo Viático el trece por la mañana le dijo a su fiel mayordomo de tantos años, Pini:

«Gracias al Señor hace quince días que me estoy preparando para éste, que lo esperaba. No crean que me dan gran pesadumbre, ¿qué dejo yo para que sienta morir, sino cuidados penas y miserias? He hecho el papel de Rey y se acabó para mí esta comedia. Dí que me traigan al Rey de los Reyes, aunque no soy digno de tan Divina visita y cuida de que me den la bendición Papal y la Santa Unción antes de que me prive aunque espero en Dios que esto no me suceda».

Le administró los Sacramentos su procapellán mayor don Antonio Sentmenat, rodeado de los Príncipes, los Infantes, la Corte en pleno, todos de gran gala. El más sereno era el propio viaticado, el Soberano de las Españas. Aún tuvo un detalle de su clásica jovialidad al concluir la ceremonia. Había entrado en la real cámara el relojero de Palacio para poner en hora los relojes. Don Carlos le dice al Embajador de Francia, duque de Bourgoing, que le acompaña en esos instantes:

«Embajador, estos (los relojeros) son como los médicos que con lo que hacen echan a perder lo que está bueno».

No faltó la tradicional ceremonia de llevar al lado del lecho real los cuerpos de San Isidro y de Santa María de la Cabeza, reliquias que en sus arcas portó el Alcalde de Madrid, marqués de Villadarias. El nuevo confesor real, fray Luis Consuegra, hizo las

oraciones. El rey las repetía «con santo ánimo, claridad y ternura». Sus palabras al recibir la Extremaunción fueron las siguientes:

«Qué, ¿creías que yo iba a ser eterno? Es preciso que paguemos todos el debido tributo... La vida espiritual y eterna pido. ¿Por qué os afligís, hijos míos, si es necesario que yo muera?». Y añadió, dirigiéndose al Príncipe de Asturias, don Carlos:

«Carlos, hijo mío: te encargo que cuides de la religión cristiana; de todos mis vasallos y principalmente de los pobres...» En el mismo tono y con iguales disposiciones estaba redactado su largo y detallado testamento<sup>3</sup>.

En sus últimos momentos, al hacer el confesor la recomendación de su alma, el Rey, casi en un aliento final le contestó:

«Sí, Padre: pido perdón por mis pecados y espero que el Señor me haya perdonado, no por mis méritos sino por los de Nuestro Señor Jesucristo».

Fueron sus últimas palabras. El Rey don Carlos III dejó esta vida «como los justos» a las doce cuarenta y cinco minutos de la madrugada del 14 de diciembre de 1788, cuando le faltaba poco más de un mes para cumplir los setenta y tres años de su edad.

<sup>1</sup> El séquito enviado por Carlos III para acompañar a su hermana estaba formado por ocho carrozas de veintiocho tiros de seis mulas, cincuenta caballos de «La Regalada», trescientas mulas de paso, doscientas cincuenta galeras, sesenta coches de camino, sesenta calesas y doscientas cincuenta acémilas.

<sup>2</sup> Amplios detalles de los problemas y actitudes de diversos personajes en el asunto de la muy tirante relación entre el ya anciano Carlos III y el rey de Nápoles los da Enrique Tapia Ozcariz en su obra «Carlos III y su tiempo» (Ed. Aguilar, Madrid 1962).

<sup>3</sup> En el testamento don Carlos empezaba por encomendarse a la Virgen María (a la que dedicó la Orden por él creada) y a todos los Santos de su devoción, uno por uno. Recuerda a su esposa (la única mujer de su vida) y a todos sus hijos. Reparte reinos, derechos, dotes y bienes, dedica varios párrafos de consejos y encomiendas al Príncipe heredero y da nuevas pruebas de amor a sus súbditos, en especial a los pobres...».

Firmaron numerosos nobles y ministros como testigos, y como Notario Mayor del Reino, el Conde de Floridablanca.

## XXII

# EPÍLOGO ESCRITO POR MUCHOS (Florilegio del Rey Don Carlos)

S. M. D. Carlos de Borbón y Farnesio, vigésimo segundo Rey de Castilla y León y undécimo de España y de las Indias.—Dio principio a su reinado en el año 1759 y murió en el de 1788.

(«Retratos de los Reyes de España - Don Carlos III, que de Dios goce»).

Madrid. MDCCXC

1º.— «El monarca representativo del despotismo ilustrado español, Carlos III y sus ministros reformadores, constituyen una de las épocas más interesantes y apasionadas de nuestra historia... Por su amplitud de miras y sentido constructivo y anhelo renovador significan un profundo avance en el noble deseo de la llamada reconstrucción de España... Cada uno en su siglo y con sus especiales características. Felipe II y Carlos III son los reyes que personalmente más laboraron por la defensa de los intereses materiales y espirituales de los españoles de su tiempo y merecen el respeto y la gloria».

(Pedro Aguado Bleye y Cayetano Alcázar Molina).

2º.— «Carlos III hizo conocer a sus vasallos que sus propios intereses eran forzosamente los de la nación».

(José Alvarez Santullano: «Oración fúnebre dedicada a Carlos III»).

3º.— «Sin talentos extraordinarios tuvo una rectitud de juicio, un amor profundo al bien público, la percepción de escoger a los hombres de mérito y una gran lealtad para con sus ministros».

(Antonio Ballesteros Beretta).

4º.— «Su mente clara, su carácter noble y apacible y su corazón recto y bondadoso le hicieron sobresaliente entre sus iguales... Sin más norte que el de la felicidad de los vasallos».

(D. Francisco Cabarrús: «Elogio de Carlos III»).

5º.— «Ahora las ruinas de España que infundían el respeto de su pasada grandeza, ahora, con Carlos III empezaban a gozar de una edad dorada».

(José Cadalso).

6º.— «Carlos III heredó de su padre Felipe V la rectitud de conciencia, el hondo sentido religioso y el elevado concepto de la dignidad real; de su madre, Isabel de

Farnesio, el vigor físico y la poderosa vitalidad... Por espacio de los veintinueve años del reinado de Carlos III, el gobierno de España estuvo en manos varoniles».

(Juan de Contreras, Marqués de Lozoya).

7º.— «Una singularidad del reinado de Carlos III fue haber llevado a la par una política exterior activa y un programa de reformas internas, el más atrevido de cuantos se habían planteado hasta entonces».

(Prof. Antonio Domínguez Ortiz).

8º.— «Sé que el régimen que hay ahora con Carlos III es el que nunca hubo. Así se ven efectos en España que nunca vieron... España tuvo algunos muy buenos reyes, pero nunca tuvo igual colección de buenos ministros».

(B. Feijóo: «Cartas Eruditas»).

9º.— «Carlos III se grangeaba el cariño de todos e influía a la vez amor reverente y alentadora confianza».

(Conde de Fernán Núñez).

10.— «Intellectualmente ganaron los españoles sumas ventajas bajo el reinado de Carlos III por fruto de las grandes mejoras hechas en la instrucción pública, los poderosos estímulos para el estudio y de las multiplicadas publicaciones».

(A. Ferrer del Río).

11.— «De su nación y de su familia es el Señor Don Carlos III clarísima y envidiable gloria... Hasta el día de hoy no han tributado las letras españolas a Carlos III el Homenaje de veneración que se le debe de justicia. A cada paso que se da por España se renueva la digna memoria de tan poderoso Soberano».

(A. Ferrer del Río).

12.— Los vigorosos esfuerzos que han hecho nuestros Reyes, particularmente los de Augusta Casa de Borbón para desterrar la barbarie y extender la Ilustración».

(Forner: «Oración apologética de España»).

13.— «Carlos III es el príncipe más justo, el más amable y benéfico de los reyes».

(Fray Braulio Gil de Bernabé. General de la Orden de la Merced).

14.— «Carlos III fue la mano sabia y laboriosa que esclareció y entresacó a la nación de la influencia de los errores políticos».

(Gaspar Melchor de Jovellanos).

15.— «Isabel la Católica y Carlos III hubieran hecho una de las mejores parejas de reyes de la tierra».

(Modesto Lafuente).

16.— «Con Carlos III empezó a desterrarse la envejecida barbarie de las Universidades del reino y a introducirse en el estudio de las ciencias, el método y lenguaje que les es propio».

(Alberto Lista).

17.— «La Ilustración española, simbolizada por Carlos III y sus ministros se impuso un programa de desarrollo que se cumplió con rigurosa puntualidad».

(Julián Marías).

18.— «La España innovadora se abre algún paso después de su secular inacción. Y las primeras concesiones mutuas que se pudieron obtener entre las dos tendencias opuestas produjeron el considerable adelanto que culmina bajo Fernando VI y Carlos III, el más señalado de los tiempos modernos».

(D. Ramón Menéndez Pidal)

19.— «El que tuviese un amigo como Carlos III en quien depositar su corazón y a quien pedir consejo, se creería muy dichoso... Entre los Reyes de España de los tiempos antiguos y modernos, ninguno la ha gobernado quizá con mayor acierto que Carlos III».

(Muriel: «Gobierno del Señor Rey Carlos III»).

20.— «Decir Atlántico y Mediterráneo en la política internacional de Carlos III es tanto como presentar la osamenta que soporta un tejido variadísimo, de vivos matices, sobre los cuales debía ir creando España la materia plástica de su propia historia... Carlos III hizo un digno esfuerzo para sacar a España de la órbita subordinada y devolverla al plano de las primeras potencias».

(Prof. Palacio Atard).

21.— «Carlos III trajo a España inteligencia, buenos propósitos y madurez de mando. Impulsó cuanto pudo las energías del país. Fue un gran constructor».

(Juan Reglá).

22.— «Las virtudes y acciones de Carlos III fueron dignas de imitación y de ejemplo. Se acreditaba sinceramente la reverencia que infundía su memoria».

(Ministro D. Manuel Roda).

23.— «Ya se hallaba en muy avanzada edad pero infatigable en ser más que un Rey, padre del vasallo... Su vida doméstica desempeñó igualmente el título de Católico, por muy virtuosa y cristiana. Probó la virtud de la fortaleza y del sufrimiento con los más terribles golpes... Los tiempos venideros ponderarán el desvelo con que, lleno ya de sólida experiencia y de superior talento, se dedicó incesantemente en España a refundir del todo su vasto imperio hasta colocarlo en la mayor felicidad y altura de gloria. Méritos que acreditaron muy bien que era un Monarca perfecto».

(Manuel Rodríguez —Académico— 1790).

24.— «Carlos III, con una resolución heroica que será el asunto de los mayores elogios que le formarán los que hablen de su reinado en adelante, libertó a la nación, restituyendo a los grandes talentos la justa y prudente libertad y dando él mismo ejemplo de la discreta imparcialidad con que ha premiado el mérito sin distinción de clases, de profesiones, de estados ni de nacimiento».

(Juan Sempere y Guarinos).

25.— «Carlos III representa la cima del siglo XVIII, su reinado fue la consolidación y desarrollo de todo lo que se venía mejorando en España.

Carlos III es un hombre de Madrid, cazador solitario y andarín, es el Rey. Su Majestad Católica «padre de la patria» fue un gran monarca digno de retratos olímpicos. Un alcalde que fue un gran hombre de Estado».

(Alfonso de la Serna).

26.— «El viejo rey Carlos va a morir: hijo de francés, ha sido el más español de los reyes españoles, el más madrileño. Sin duda también, de todos los Borbones, el más inteligente y digno. Al menos hasta la fecha». (1975).

«Muere un siglo memorable. España con Carlos III ha salido de su postración, se ha repoblado, trabaja en orden y es respetada nuevamente».

(Héctor Tizón).

27.— «Carlos III fue uno de los soberanos más capaces de fines del siglo XVIII. Verdadero rey, activo y enérgico, rompió con la serie de monarcas indolentes... De temperamento activo, tenaz y laborioso, dedicó todas sus actividades a lo que él creía de todo punto necesario para España: su europeización... La vida material de España fue muy mejorada. La población se duplicó en una centuria».

(Jaime Vicens Vives).

28.— «Es la primera ocasión en la que la España posmedieval se para a preguntarse seriamente por sí misma, a mirar por su destino y por su actualidad. El más importante legado de Carlos III y su tiempo consiste precisamente en esta idea de otra España practicable, que ha quedado ahí, propuesta a la inquietud ulterior de los españoles como un constante estímulo...»

(Pedro Voltes Bou).

# BIBLIOGRAFÍA

## *Obras Generales (más consultadas)*

Aguado Bleye (M.) y AlcÁzar Molina (C.), *Historia de España* v. Espasa-Calpe, Madrid, 1953.

Contreras (J.) Marqués de Lozoya, *Historia de España* v. 5 Salvat Ed., Barcelona, 1967.

DomÍnguez Ortiz (A.), *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Ariel Historia, Madrid, 1976.

FerrÁN NÚñez (Conde de), *Vida de Carlos III*, (con notas de A. Morel Fatio, Madrid, 1898, 1899).

Ferrer del RÍo (A.), *Historia del Reinado de Carlos III* (4 vol.), Imprenta Matute y Compagni, Madrid, 1856.

Herr (R.), *España y la Revolución del siglo xviii*, Madrid, 1964.

MarÍas (Julián), *La España posible en tiempos de Carlos III*, Solad. de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1963.

Menéndez Pidal (R.), *La Época de la Ilustración* (Hª de España, vol. XXX), Espasa-Calpe, Madrid, 1988.

PabÓN (Jesús), *Historia Contemporánea General*, Ed. Labor, Barcelona, 1970.

Palacio Atard (V.), *Los Españoles de la Ilustración*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1964.

Palacio Atard (V.) y varios autores, *España y el Mar en tiempos de Carlos III*, Marinvest, Madrid, 1987.

Renouvin (P.), *Historia de las Relaciones Internacionales*, Ed. Aguilar, Madrid, 1960.

Rodríguez (M.), *Retratos de los Reyes de España*, T. IV, Imp. Ibarra, Madrid, 1782-1788.

SÁnchez Albornoz (C.), *España un enigma histórico*, Buenos Aires, 1956.

Tapia Ozcariz (E.), *Carlos III y su época*, Ed. Aguilar, Madrid, 1962.

Vaca de Osma (J. A.), *De Carlos I a Juan Carlos*, (vol. II), Espasa-Calpe, 1986.

Voltes Bou (P.), *Carlos III y su tiempo*, Ed., Juventud, Barcelona, 1964.

## *Obras de interés sobre temas concretos del Reinado*

Abad LeÓN (F.), *El marqués de la Ensenada: su vida y su obra*, (Ed. Naval, Madrid, 1985).

AbellÁN (J. L.), *Historia crítica del pensamiento español*, T. III, (Espasa-Calpe, Madrid, 1981).

Alborg (J. L.), *Historia de la Literatura española - S. xviii*, (Ed. Gredos, Madrid, 1975).

AlcÁzar Molina (C.), *El conde de Floridablanca: su vida y su obra*, (Murcia, Universidad).

Álvarez Requejo (F.), *El conde de Campomanes: su obra histórica*.

Álvarez Rodríguez Villamil, *Crónica de un reinado. Carlos III. Su influencia en el porvenir y progreso de España*.

Álvarez Sierra (J.), *Carlos III y la Higiene pública*, (Madrid, 1956).

Anes (G.), *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII*, (Barcelona, 1969).

Arias (C.), *Las expediciones científicas españolas durante el siglo XVIII*, (Madrid, 1968).

Artola (M.), *Antiguo Régimen y Revolución liberal*, (Madrid, 1978).

Bacallar (V. Marqués de San Felipe), *Comentarios de la Guerra de España e Historia de Felipe IV el Animoso*, (B. Aut. Esp. Madrid, 1957).

Batllori (R. P. Miguel), *La cultura hispano italiana de los jesuitas expulsos españoles*, (Madrid, 1966).

Baudrillart (A.), *Le roi d'Espagne Charles III*.

Beaumarchais (C. de), *Memoires sur l'Espagne*,

Becattini (F.), *Storia del Regno di Carlo III*.

Bethencourt Massieu (A.), *Patiño en la política exterior de Felipe V*, (Valladolid, 1956).

Bouffoindor, *Le procès des trois rois: Louis XIV - Charles III d'Espagne Bourbon et George III d'Hanovre*.

CabarrÚs (F. de), *Elogio de Carlos III*.

Carande (R.), *El despotismo ilustrado de los Amigos del País*, (Bilbao, 1955-56).

Casa Valencia (Conde de), *La Embajada de Jorge Juan en Marruecos en 1767*.

Cervera Pery (J.), *La Marina de la Ilustración*, (Ed. San Martín, Madrid, 1986).

Comellas (J. L.), *Historia de España Moderna y Contemporánea*, (Ed. Rialp, Madrid, 1967).

Coxe (William), *Histoire d'Espagne dans la Maison de Bourbon*.

Chueca (F.), *La época de los Borbones* (Arquitectura), (Madrid, 1954).

Danvila y Collado (M.), *Reinado de Carlos III*.

Defourneaux (M.), *Pablo de Olavide ou l'afrancesado*.

Defourneaux (M.), *Un diplomático hispanista: el barón de Bourgoing*.

Demersou (G. y P.) y F. Aguilar, *Las Sociedades Económicas de Amigos del País en el siglo XVIII*, (San Sebastián, 1974).

Desdevises du Désert, *Cinq mois en Espagne*.

DomÍnguez Ortiz (A.), *Una visión crítica del Madrid del siglo XVIII*, (Anales del Instituto de Estudios Madrileños, T. VI).

Egido (T.), *Motines de España y proceso contra los jesuitas*, (Estudios Agustinianos, 1976).

Enciso (J. M.) y otros, *Estudios de homenaje al Profesor V. Palacio Atard*, (Madrid, 1986).

Espinosa (F.), *El Conde de Aranda*.

Feijóo (B. J.), *Teatro crítico*.

Ferrer Benimeli, (R. Padre), *Masonería, Iglesia e Ilustración*, (4. vol., Madrid, 1974).

Galino Carrillo (M. A.), *Tres hombres y un problema: Feijóo, Sarmiento y Jovellanos*, (Madrid, 1953).

García Mercadal (J.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, (Ed. Aguilar, Madrid, 1959).

Gómez del Campillo (M.), *Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos*.

Gómez del Campillo (M.), *El Conde de Aranda en la Embajada de Francia*.

Gómez de la Serna (G.), *Los viajeros de la Ilustración*, (Madrid, 1964).

Ibáñez de Rentería (A.), *La amistad del País...*, (Madrid, 1790).

Jovellanos, (G. M. de), *Elogio de Carlos III*.

Jover Zamora, (J. M.), *Política Mediterránea y Política Atlántica en la España de Feijóo*, (Oviedo, 1956).

Luna (J. C. de), *Historia de Gibraltar*.

Martín Gaité, (C.), *Usos amorosos en el xviii en España*, (Madrid, 1972).

Melón y Ruiz de Gordejuela (A.), *El motín de Esquilache en Zaragoza*.

Menéndez y Pelayo (M.), *Historia de los Heterodoxos españoles*.

Merino Navarro (J. P.), *La Armada Española en el siglo XVIII*, (Madrid, 1981).

Mestre (A.), *Despotismo e Ilustración en España*, (Barcelona, 1976).

Morcillo Valero (J.), *Los estadistas de Carlos III*.

Mousset (Albert), *Le comte de Fernán Núñez, ambassadeur d'Espagne à Paris*.

Muñoz Pérez (J.), *Papel de la Geografía en el siglo XVIII*.

Muriel (Andrés), *Gobierno del Señor Rey don Carlos III e Ilustración Reservada*.

Pabón (Jesús), *Franklin y Europa*.

Palacio Atard (V.), *El Tercer Pacto de Familia*.

Palacio Atard (V.), *Política italiana de Carlos III...*, (Madrid, 1944).

Pérez Bustamante (C.), *El reinado de Fernando VI en el reformismo español del siglo XVIII*.

Pezuela (J. de la), *El Conde de Aranda*.

Reglá (J.) y Alcolea (S.), *El siglo XVIII*.

Rodríguez Casado (V.), *La política y los políticos en el reinado de Carlos III*, (Madrid, 1962).

Rodríguez Casado (V.), *Iglesia y Estado en el reinado de Carlos III*.

Rousseau (François), *Règne de Charles III d'Espagne*.

Sánchez Agesta (L.), *El pensamiento político español del despotismo ilustrado*, (Madrid, 1953).

Sánchez Diana (J. M.), *Ensayo sobre el siglo XVIII español*.

Sarrailh (J.), *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, (Méjico, 1957).

- Seco Serrano (C.), *El reinado de Felipe V en los comentarios del marqués de San Felipe*, (Madrid, 1957).
- Sempere y Guarinos (J.), *Ensayo de una biblioteca española...* (Madrid, 1969).
- Taranto (G. de), *L'Infante di Spagne Carlos III di Borbone in Italia...*
- Townsend (J.), *A journey through Spain in the year 1786 an 1787*.
- Urquijo (Julio de), *Estudios diversos sobre la Ilustración en Guipúzcoa*.
- Vaca de Osma (J. A.), *La Masonería y el Poder*, (Ed. Planeta, Barcelona, 1992).
- Vaca de Osma (J. A.), *Los Vascos en la Historia de España*, (Ed. Rialp, Madrid, 1996).
- Vaca de Osma (J. A.), *Los Catalanes en la Historia de España*, (Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1996).
- Vaca de Osma (J. A.), *La Intervención de España en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos*, (Aldus, Madrid, 1952).
- Vaca de Osma (J. A.), *Nueva proclama de la Ilustración*, (Institución «Alonso de Madrigal», Ávila, 1960).
- Vilar (Pierre), *El motín de Esquilache y la crisis del Antiguo Régimen*, (Revista de Occidente n.º 32, Madrid, 1972).
- Vilar (Pierre), *Cataluña en la España Moderna*, (Barcelona, 1978).

# ÍNDICE ONOMÁSTICO

## - A -

Abarca y Bolea, Pedro de (ver Aranda, conde de)  
Abellán, José Luis  
Acquaviva, cardenal  
Acton  
Aguado Bleye, Pedro  
Alamán, Lucas  
Alba, duque de  
Alba, duquesa de  
Alberoni, Giulio, cardenal  
Alcalá Galiano  
Alcázar Molina, Cayetano  
Alfonso XII  
Almada (embajador)  
Almodóvar, marqués de  
Altamira  
Alvarez Colmenar, Juan  
Alvarez Santullano, José  
Amador de los Ríos, J.  
Amat y de Yunyent, Manuel de  
Amaya, Francisco de  
Anda, Simón de  
Anhalt-Zerbst, príncipe de (padre de Catalina de Rusia)  
Anjou, duque de (ver Felipe V)  
Anson, comodoro  
Antequera, José de  
Antonio Pascual, infante (hijo menor de Carlos III)  
Argensón, marqués de  
Aragón, María de  
Aragón, príncipe de  
Aranda, conde de-239-288-292-300  
Aranguren 345  
Arcos, duque de

Ardemans, Teodoro  
Areche, José Antonio de  
Armona, José Antonio de  
Arnaud  
Arriaga, Antonio (corregidor)  
Arriaga, fray Julián de  
Artois, conde de  
Asalto, conde del  
Aspuru, Tomás  
Aufort, marqués de  
Austria, Juan José de  
Aveiro, duque de  
Avendaño, Diego (sedicioso del motín de Esquilache)  
Azara, Félix Nicolás de

**- B -**

Bach, J. S.  
Ballesteros Beretta, Antonio  
Bárbara de Braganza (esposa de Fernando VI)  
Barcelona, Francisco (sacerdote)  
Barrington, lord  
Basterra, Ramón de  
Baudrillart (historiador)  
Bayeu, Francisco  
Bayeu, Josefa, (esposa de Goya)  
Bayeu, Ramón  
Beaujolais, Felipa Isabel, princesa de  
Beaumarchais, conde de  
Beccaria  
Béjar, duque de  
Beltraneja, la  
Belluga, cardenal  
Benedicto XIV, papa  
Bergeyck, conde de  
Bernardo, «El Malagueño» (cabecilla de los sediciosos)  
Bernis (embajador francés)  
Berwick, duque de  
Blackstone  
Boccherini  
Bodega y Cuadra (explorador)  
Bolaños, fray José de  
Bolingbroke, lord  
Boncore

Bontempi, padre  
Bonvouloir, M. de  
Borbón y Villabriga, Luis de (arzobispo de Toledo)  
Borbón y Villabriga, María Luisa  
Borbón y Villabriga, María Teresa, condesa de Chinchón  
Borghese  
Borja, Carlos de, patriarca de las Indias  
Bougainville  
Bourgoing, barón de  
Bowles, William  
Boyle  
Brancas, marqués de  
Bristol, lord (embajador británico)  
Bucareli (virrey de Nueva España)  
Burke  
Burriel, padre  
Bute, lord  
Byng, almirante  
Byron, capitán  
- C -  
Cabarrús, François (economista francés)  
Cadalso, José  
Cajigal, Manuel de  
Calabria, duque de  
Campillo, José del  
Campo, Bernardo del  
Campo, Pedro del  
Campo del Villar, Alfonso Muñiz, marqués de (ministro de Carlos III)  
Campo Florido, príncipe de  
Campomanes, Pedro Rodríguez  
Cano  
Cantú, César  
Carasale, Angel  
Carlos I  
Carlos II, «El Hechizado»  
Carlos III  
Carlos IV  
Carlos VI de Austria  
Carlos XII de Suecia  
Carlos Broschi (ver Farinelli)  
Carlos de Austria, Archiduque (hijo del Emperador Leopoldo)  
Carlos de Borbón y Farnesio (ver Carlos III)

Carlos María Isidro  
Carlota Joaquina, infanta  
Carmichael  
Carmona, Luis Salvador  
Carvajal y Lancaster, José  
Carvallo y Melo, Sebastián José de (ver Pombal, marqués de)  
Casafuerte, marqués de  
Casa-Sarria, marqués de  
Casas, fray Bartolomé de las  
Casas, Simón de las  
Caso, José Miguel  
Castellanos, Pedro Pascual  
Castelldosrius, marqués de  
Castillo, José del  
Castro, Felipe de  
Castropignano (militar napolitano)  
Castropignano, duquesa de  
Catalina de Rusia  
Cayón  
Cean Bermúdez  
Ceballos, Pedro de  
Cellamare  
Centomani  
Cimarosa  
Clavijo, conde de  
Clavijo y Fajardo  
Clemente XIII, papa  
Clemente XIV  
Coloma, padre  
Colomera, conde de  
Condé, príncipe de  
Condillac  
Condorcanqui, José Gabriel (ver Tupac Amaru)  
Consuegra, fray Luis  
Copené, madame  
Córdoba, Luis de  
Corneille  
Cornejo, Francisco  
Cornwallis  
Corona, marqués de la  
Corrado Giaquinto  
Corsini, príncipe (gobernador de Palermo)

Cosme III  
 Costillares  
 Couperin  
 Coxe, William  
 Crétineau-Joly  
 Crillon, Louis de Berton de Balbes, duque de  
 Criox, marquesa de  
 Cristian VI  
 Croix, marqués de  
 Cruz, Ramón de la  
 Cuadra, Sebastián de la  
**- CH -**  
 Chatham, conde de (ver Pitt)  
 Chathan, lord  
 Checa, profesor  
 Choiseul, duque de  
 Chueca Goitia  
 Churriguera, José  
**- D -**  
 D'Aiguillon  
 D'Alembert  
 D'Amelot, embajador  
 Danvila y Collado  
 D'Arçon, monsieur  
 D'Argenson (ministro de Estado francés)  
 Daubenton, Guillermo  
 D'Aulnoy, madame  
 Dedevises du Désert  
 Defourneaux (historiador francés)  
 Denina  
 D'Estrées, cardenal.  
 De Poggio Real, príncipe de  
 Depons (estudioso francés)  
 Diderot  
 Domenzain, Francisco  
 Domínguez Ortiz, Antonio  
 Doniol, Henry  
 Dorotea de Neoburgo, gran duquesa (abuela materna de Carlos III)  
 D'Ors, Eugenio  
 Du Barry, condesa de  
 Dubuisson, Ana  
 Dupral, Doménico

- E -

Ekaterina Alexeïevna (nombre ortodoxo de Catalina de Rusia)

Eleta, padre Joaquín (confesor de Carlos III)

Enrique IV

Enríquez, Juan Antonio

Ensenada, marqués de la

Ermolov

Escalona, duque de

Escarano

Espartero

Esquilache, marqués de

Eugenio de Saboya, príncipe

Evans (famoso relojero inglés)

- F -

Farinelli

Farnesio, Alejandro

Federico Augusto II, rey de Polonia

Federico Guillermo I de Prusia («El Rey sargento»)

Federico II de Prusia

Federico V

Feijóo, padre

Felipe, duque de Parma (hermanastro de Carlos III)

Felipe II

Felipe III

Felipe IV

Felipe V, (de Anjou) 19-25-34

Felipe Pascual (hijo de Carlos III)

Fernán Núñez, conde de (biógrafo de Carlos III)

Fernández, Miguel

Fernández Angulo

Fernández de Híjar, M<sup>a</sup> del Pilar

Fernández de Miranda, José (ver Losada, duque de)

Fernández de Moratín, Nicolás

Fernández de Moratín, Leandro

Fernández de Oviedo, Gonzalo

Fernando el Católico

Fernando IV, rey de Nápoles

Fernando VI

Fernando de las Dos Sicilias (hijo de Carlos III, ver Fernando IV de Nápoles)

Fernando VII

Ferro Caaveiro

Ferrer del Río, Antonio (académico)

Fèvre, padre (jesuita)  
 Figueroa, Ventura  
 Finestres  
 Fleury, cardenal  
 Flórez, padre  
 Floridablanca, conde de  
 Forner, Juan Pablo  
 Fox, Carlos Jacobo  
 Francisco I de Francia  
 Francisco Esteban de Lorena (esposo de María Teresa de Austria)  
 Franklin, Benjamin  
 Friburgo, fray Romualdo de  
 Fuenclara, Pedro Cebrián y Agustín, conde de  
 Fuente, Mauro de la (jesuita)  
 Fuentes, conde de  
**- G -**  
 Gabriel, infante don  
 Gages, conde Juan Bautista de, mariscal  
 Gálvez, Bernardo de  
 Gálvez, José de (ministro de marina)  
 Gálvez, Matías de  
 Gallisonière, almirante de la  
 Gamarra, Manuel de  
 Gamoneda, marqués de  
 Gándara, Miguel Antonio de la  
 Ganganelli, fray Lorenzo (ver Clemente XIV)  
 Ganivet  
 Gaona y Portocarrero, conde de Valparaíso, Juan de  
 Gastón, duque Juan  
 García de la Huerta  
 Gardoqui, Diego de (banquero bilbaíno)  
 Gausa, conde de  
 Gaztañeta, Antonio de  
 Gazzola, conde de  
 Giaquinto  
 Gibson, George  
 Gil de Bernabé, fray Braulio  
 Gil de Zárate  
 Gilabert y Rubio  
 Gluck  
 Godoy, Manuel  
 Goicoechea, Lucas

Gómez de la Torre y Jarabeitia, Francisco  
Gómez Molleda, Dolores  
Gonzaga, Valentí  
González Dávila, Gil  
González Velázquez, Antonio  
González Velázquez, Isidro  
Gournay, marqués de  
Goya, Francisco de  
Goyeneche, Juan de  
Gramont, duque de  
Gravina, Federico  
Gregorio, Leopoldo de (ver Esquilache, marqués de)  
Grenville  
Griffis, Stanton  
Grigori  
Grimaldi, marqués de  
Grimaldo, marqués de  
Guastalla, duque de  
Guevara, Baltasar de  
Guídice, inquisidor general  
Gustavo III de Suecia  
Gustavo Adolfo IV de Suecia  
Gutiérrez, Francisco

**- H -**

Hadyn  
Haendel  
Halifax, lord  
Harcourt (embajador francés)  
Harvey  
Hazard, Paul  
Henry Patrick  
Hermosilla y Gilabert, José de  
Hermoso, abate Lorenzo  
Hernández, Mario  
Herr, Richard  
Herrando, José  
Holstein-Gottorp (madre de Catalina de Rusia)  
Holland, lord  
Howe, lord  
Huéscar, duque de

**- I -**

Ibáñez, María Ignacia

Ibáñez de Rentería, José Agustín  
 Ibarra  
 Inocencio X, papa  
 Iriarte, Tomás de  
 Iruela, Pedro de  
 Isabel de Farnesio (madre de Carlos III)  
 Isla, padre  
 Iturbide  
 Iván VI  
**- J, K -**  
 Jáuregui (virrey del Perú)  
 Jay  
 Joli, Antonio  
 Jordán, Lucas  
 Jorge III de Inglaterra  
 Jorge Juan  
 Jovellanos, Gaspar Melchor de  
 José I, rey de Portugal  
 José II de Austria  
 José Carlos, infante (nieto de Carlos III)  
 Juan I  
 Juan V de Portugal  
 Juan de Portugal, príncipe  
 Juan José de Austria  
 Jubara, Felipe (abate italiano)  
 Katt  
 Keene (embajador inglés)  
 Keppel, lord  
 Keyserling, conde  
 Koblerin, Anne Sophie (modista vienesa)  
**- L, LL -**  
 Lafuente, Modesto  
 Laglancé, Jean  
 Lambrusel, padre  
 Landecho, Pepita  
 Lansköi  
 Las Casas  
 Leake, almirante  
 Leczinski, Estanislao (suegro de Luis XV)  
 Lede, marqués de  
 Lee, Arthur  
 Lee, Carlos

León, Francisco de  
León y Guzmán (capitán de navío)  
Leopoldo, archiduque (hijo de María Teresa de Austria)  
Leopoldo, emperador  
Leri  
Liria, duque de  
Lista, Alberto  
Lobkowitz, príncipe  
Locke  
López, padre Isidro  
López de Ayala  
Loredo, Nicolás Antonio  
Losada, duque de  
Louville, marqueses de  
Lozoya, marqués de  
Luis, infante (hermano de Carlos III)  
Luis I  
Luis XIV  
Luis XV  
Luis XVI  
Luis Antonio (hermano de Carlos III)  
Luis, el Cardenal-infante  
Luzán  
Llovera, Ventura de  
- **M** -  
Macanaz, Melchor de  
Macdonald Daniel, general  
Maceda, conde de  
Madariaga, Salvador de  
Maella, Mariano Salvador  
Maestre  
Maintenon, madame de  
Malagrida, padre  
Malaspina, Alejandro  
Malborough  
Malvezzi, cardenal  
Marañón, doctor  
Marchena, abate  
Mari, marqués de  
María de Portugal, princesa  
María Amalia de Austria  
María Amalia de Sajonia o de Walpurg (esposa de Carlos III)

María Ana, archiduquesa  
María Ana Victoria (hija de Felipe V)  
María Antonia Fernanda (hermana de Carlos III)  
María Antonieta  
María Carolina de Austria  
María Josefa Antonia (hija de Carlos III)  
María Josefa Carmela, infanta (hija de Carlos III)  
María Leczniska (esposa de Luis XV)  
María Luisa Antonia, infanta (hija de Carlos III)  
María Luisa de Orleans  
María Luisa de Parma (esposa de Carlos IV)  
María Luisa Gabriela de Saboya (primera esposa de Felipe V)  
María Teresa Antonia (hermanastra de Carlos III)  
María Teresa de Austria, emperatriz  
María Victoria (infanta portuguesa)  
Mariana de Neoburgo (esposa de Carlos II)  
Marianina (ver María Ana Victoria)  
Marías, Julián  
Marivaux  
Marquet  
Martín, capitán  
Mason de Morviliers  
Masones de Lima, duque de Sotomayor, Jaime  
Masserano, príncipe de (embajador)  
Maurois  
Mayans y Siscar, Gregorio  
Mazarredo, Francisca  
Médicis, Juan Gastón de  
Médicis, Ana Luisa María de  
Medinaceli, duque de  
Medina Sidonia, duque de  
Medina Sidonia, duquesa de  
Medrano, Juan  
Meléndez, Luis  
Meléndez Valdés, Juan  
Mena, Juan Pascual de  
Menéndez  
Menéndez Pelayo, Marcelino  
Menéndez Pidal  
Mengs, Antonio Rafael  
Mesonero Romanos  
Methuen, lord

Michel, hermanos  
Milord Marechal  
Mina, marqués de  
Molière  
Momonov  
Monforte  
Montealegre, marqués de  
Montehermoso, marquesa de  
Monteleón, marqués de  
Montellano, duque de  
Montemar, José Carrillo de Albornoz, duque de  
Montesquieu  
Montiano, Agustín de  
Montmorin (embajador)  
Montpensier, Luisa Isabel, princesa de  
Moñino, José (ver Floridablanca)  
Moreno, Ventura  
Morgan, Jorge  
Mozart  
Muniain, Juan Gregorio  
Muriel  
Murillo, marqués de  
Murray  
Mutis, José Celestino  
Muzquiz, Miguel de  
- **N** -  
Nassau, príncipe de  
Nava, Miguel María de  
Navarro, Juan José  
Navascués, Pedro  
Navia Osorio, Alfonso, (ver Santa Cruz de Marcenado, marqués de)  
Nelson  
Newton  
Nipho  
North, lord  
Nostiz, conde de  
- **O** -  
Oblitas, Antonio  
Ochandategui  
Oeiros, conde de (ver Pombal, marqués de)  
Olaguibel  
Olavide, Pedro de

Olivares, Conde Duque de  
Oliveira Marques  
Oñate, conde de  
O'Reilly (militar irlandés)  
Orendain, Juan Bautista  
Orléans, duque de  
Orléans, Luisa Isabel de  
Orlov, Alexeï  
Oropesa, conde de  
Orry, Jean  
Ortega  
Ortiz de la Riba  
Osuna, duque de  
Osuna, duquesa de  
Ossun, marqués de  
Ozanam, Didier  
- **P, Q** -  
Pairet, Juan Pablo  
Paisiello  
Palacio Atard, Vicente (historiador)  
Palafox y Mendoza, venerable  
Pallavicini, nuncio  
Panini (pintor)  
Pantellaria, príncipe de  
Paret, Luis  
Parma, duquesa de  
Parma, Francisco de Farnesio, duque de  
Paternó, Pastora (esposa de Esquilache)  
Patiño, José  
Paz, marqueses de la  
Pedro I de Rusia  
Pedro II de Rusia  
Pedro III (esposo de Catalina de Rusia)  
Peñaflorida  
Pérez Bayer, Francisco  
Pergolese  
Perricholi, la  
Pesle  
Peyron  
Pignatelli, general  
Pitt, William  
Pollock, Oliver

Pombal, marqués de  
Pompadour, marquesa de  
Poniatowski, conde Estanislao  
Ponz, Antonio  
Pópoli, duque de  
Portocarrero, Pedro, patriarca de las Indias  
Portugués Amada  
Potemkin  
Priego, marqués de  
Provenza, conde de  
Puente, José Eligio de la  
Purcell  
Quevedo, Francisco de  
- **R** -  
Racine  
Radoski, general  
Rajoy, obispo  
Rameau  
Ramírez de Cañizares, Isabel  
Ramos, Josefa  
Ranc, Jean  
Rávago, padre (jesuita)  
Rayneval, M. de  
Reglá, Juan  
Reguera  
Rénat, mademoiselle  
Rendón  
Revillagigedo, conde de  
Ribera, Pedro de  
Ricardos  
Ricci, padre Lorenzo (jesuita)  
Ricla, conde de  
Richelieu, mariscal  
Rigault  
Rimsky-Korsakov  
Río, Antonio del  
Ríos, Isabel de los  
Ripperdá, Juan Guillermo de  
Risbourg, marqués de  
Robinet, padre (jesuita)  
Rockingham  
Roche Aimon, cardenal de la

Rochefort, lord  
 Roda, Manuel de (ministro de Carlos III),  
 Rodríguez, Manuel  
 Rodríguez, Pedro (ver Campomanes)  
 Rodríguez Casado  
 Rodríguez, Ventura  
 Romero  
 Rojas, Diego de (obispo)  
 Rubens  
 Rubí, marqués de  
 Rubio, Francisco, mariscal  
 - S -  
 Sabatini, Francisco  
 Sachetti, Juan Bautista  
 Saint Priest  
 Salamanca, marqués de  
 Salcedo, María Antonia de (ver Montehermoso, marquesa de) Salzillo  
 Samaniego, Félix María  
 San Andrés, marqués de  
 San Estéfano, conde de  
 San Fernando de Quiroga, duque de  
 San Germano, marqués de  
 San Leonardo, marqués de  
 San Martín  
 San Pedro, duque de  
 Sancha  
 Sánchez Agesta, Luis  
 Sánchez Barba  
 Sandwich, lord  
 Santa Cruz de Marcenado, marqués de  
 Santisteban, conde de  
 Santos, Juan de los  
 Scarlatti, Domenico  
 Schaumburg-Lippe, conde von  
 Ségur, conde de  
 Sempere y Guarinos, Juan  
 Sentmenat, Antonio  
 Serna, Alfonso de la  
 Serra, fray Junípero  
 Serrailh  
 Shakespeare  
 Shelburn (ministro ingles)

Sidi Mohamed ben Abdallah  
 Sillero, fray Sebastián de Jesús  
 Silvestre, Luis (pintor)  
 Sisternes y Feliú, Manuel  
 Sofía Augusta Federica (nombre de Catalina de Rusia)  
 Solana, Ramón (jesuita)  
 Soldebraun, padre (confesor de la Reina)  
 Soldevila, Ferrán  
 Soler, padre Antonio  
 Solís, cardenal (arzobispo de Sevilla)  
 Soloviev  
 Somodevilla y Bengoechea, Zenón de (ver Ensenada, marqués de)  
 Somoza, José  
 Sonora, marqués de  
 Sopeña, padre Federico  
 Sor, Fernando  
 Spinelli, cardenal  
 Spínola, general  
 Squilacce, marqués de, (ver Esquilache)  
 Stanhope, general  
 Stormont  
 Stuart, general  
 Stuyck, familia (maestros de la Real Fábrica de Tapices)  
 Superunda, conde de  
 Surco, marquesa del  
 - **T** -  
 Tanucci, Bernardo  
 Tapia Ozcariz, Enrique de  
 Távora, marquesa de  
 Terrazas y Somodevilla, Juan Bautista de  
 Theiner, padre Agustín  
 Thurriegel, Juan Gaspar de  
 Tiépolo, Giandomenico  
 Tiépolo, Juan Bautista  
 Tiépolo, Lorenzo  
 Tizón, Héctor  
 Torcy, marqués de  
 Torreseca, condes de  
 Torrigiani, cardenal  
 Toscana, duque de (ver Leopoldo, archiduque)  
 Tournon, madame de  
 Townsend

Traum, conde de  
 Trémouille, Ana María (ver Ursinos, princesa de los)  
 Tupac Amaru  
 Turgot  
 - U -  
 Ulloa, Antonio de  
 Unzaga y Amézaga, Luis de (gobernador de la Luisiana)  
 Ureña, marqués de  
 Urquijo, Mariano Luis de  
 Ursinos, princesa de los  
 - V -  
 Vaca de Guzmán  
 Vadillo, marqués de  
 Valdeflores, marqués de  
 Valenzuela, Fernando de  
 Valle, José del (mariscal)  
 Van der Meer  
 Van Loo  
 Vanvitelli, Luigi  
 Vassilchik  
 Velasco, Luis de  
 Velázquez  
 Velázquez, Luis José  
 Vendôme, duque de  
 Ventura Figueroa, Manuel  
 Veragua, duque de  
 Vergara, Ignacio  
 Vergennes  
 Vernon, almirante  
 Vicens Vives, Jaime  
 Víctor Amadeo de Saboya  
 Victoria, Juan José Navarro, marqués de la  
 Vallabriga, María Teresa  
 Villadarias, marqués de  
 Villanueva, Diego de  
 Villanueva, Juan de  
 Villarias  
 Villars, duque de  
 Villatorcas, marqués de  
 Villegas, Micaela (ver La Perricholi)  
 Villena, marqués de  
 Vincenti, conde Hipólito

Visconti, Julio, conde  
Vistahermosa, duque de  
Vivaldi  
Voltaire  
Voltes Bou, Pedro  
Vorontsova, Elisabeth

- **W** -

Wager, almirante  
Walpole, lord  
Wall, Ricardo /ministro de Carlos III)  
Ward, Bernardo  
Washington, George  
Weymouth, lord  
Willing, capitán

- **Y, Z** -

Yaci, príncipe de (embajador de Nápoles)  
Yarza (arquitectos aragoneses)  
Yauch  
Yecla, padre (o Cuenca, padre)  
Young, Arthur  
Zavadovsky  
Zhan, Johannes (fraile premostratense)  
Zonbov  
Zorich

## ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

1. *Carlos III niño*, por J. Ranc, Museo del Prado, Madrid.
  2. *Fernando VI, príncipe de Asturias*, por J. Ranc, Museo del Prado, Madrid.
  3. *La familia del rey Felipe V*, por L. M. Van Loo. Copia realizada por Lozano y Valle, Patrimonio Nacional.
  4. *Isabel de Farnesio*, por J. Ranc, Museo del Prado, Madrid.
  5. *Bárbara de Braganza* (detalle), por J. Ranc, Museo del Prado, Madrid.
  6. *María Amalia de Sajonia* (detalle), atribuido a G. Boneto, Museo de San Martino, Nápoles.
  7. *Retrato de Carlos IV, príncipe de Asturias*, por A. R. Mengs, Museo del Prado, Madrid.
  8. *Luis I*, por M. A. Houasse, Museo del Prado, Madrid.
  9. *Luis XV de Francia*.
  10. *Bernardo Tanucci*.
  11. *Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda*.
  12. *Don José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca*, por F. de Goya, Museo del Prado, Madrid.
  13. *José Patiño*, Museo Naval, Madrid.
  14. *Retrato de don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, marqués de la Ensenada*, por J. Amigoni, Museo del Prado, Madrid.
  15. Palacio Real de Madrid.
  16. *Origen del motín contra Esquilache*, por E. Zarza, Biblioteca Nacional, Madrid.
  17. *George Washington*.
  18. *Federico el Grande*.
  19. *Catalina de Rusia*.
  20. *El jardín de los frailes del monasterio de San Lorenzo*, por M. A. Houasse, Patrimonio Nacional.
  21. *Vista del Palacio de Aranjuez*, por L. Paret, Museo Lázaro Galdiano, Madrid.
  22. Palacio de La Granja de San Ildefonso.
  23. *La Cibeles*, grabado de I. González Velázquez, Calcografía Nacional, Madrid.
- Cubierta: *Carlos III vestido con el hábito y manto de su Orden*, por M. S. Maella, Museo del Prado, Madrid.

## Galería fotográfica



## *1. Carlos III niño*



## *2. Fernando VI, príncipe de Asturias*



### *3. La familia del rey Felipe V*



#### *4. Isabel de Farnesio*



## *5. Bárbara de Braganza*



## *6. María Amalia de Sajonia*



## *7. Carlos IV, príncipe de Asturias*



8. *Luis I*





9. *Luis XV de Francia*



*10. Bernardo Tanucci*

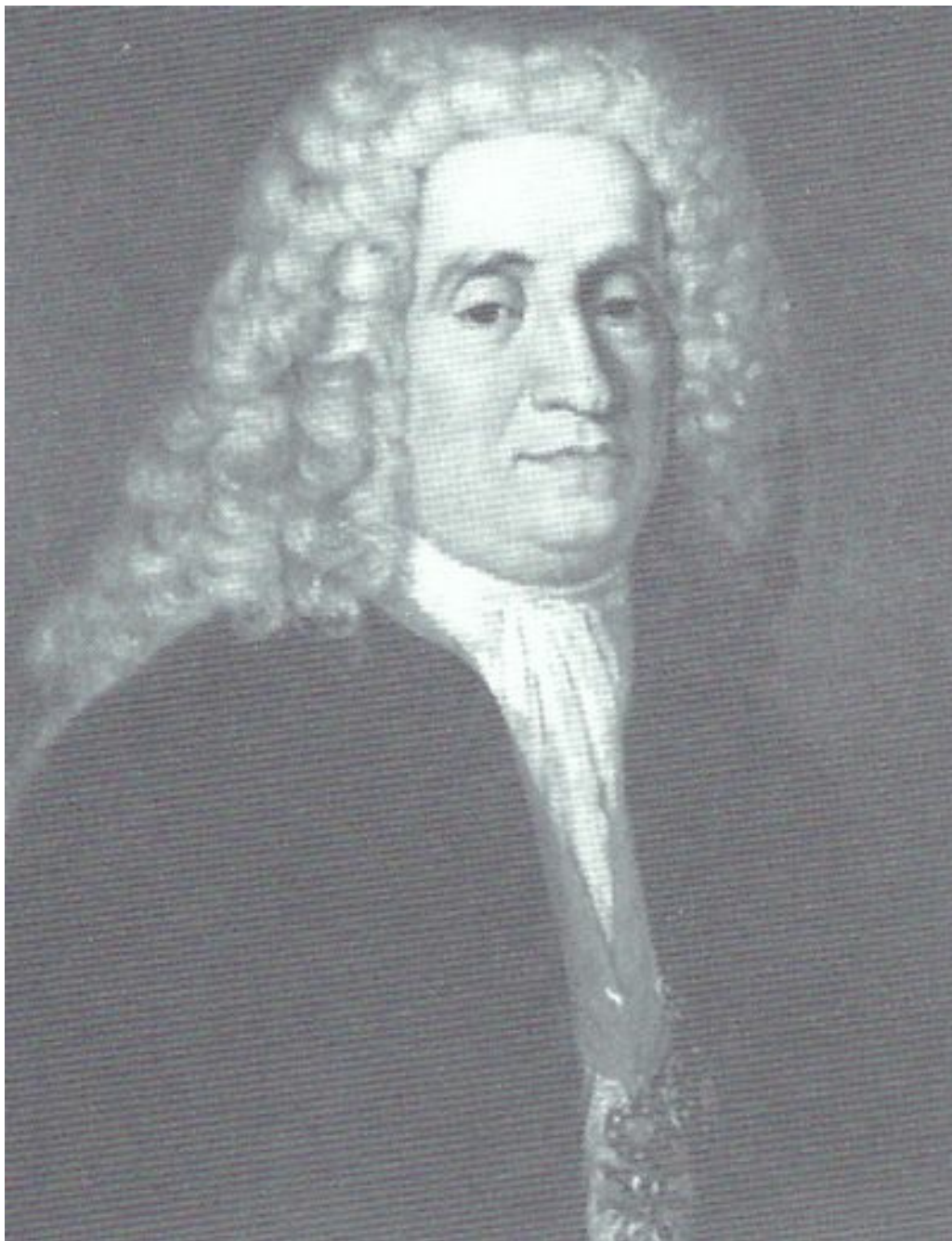


## *11. Conde de Aranda*



*12. Conde de Floridablanca*

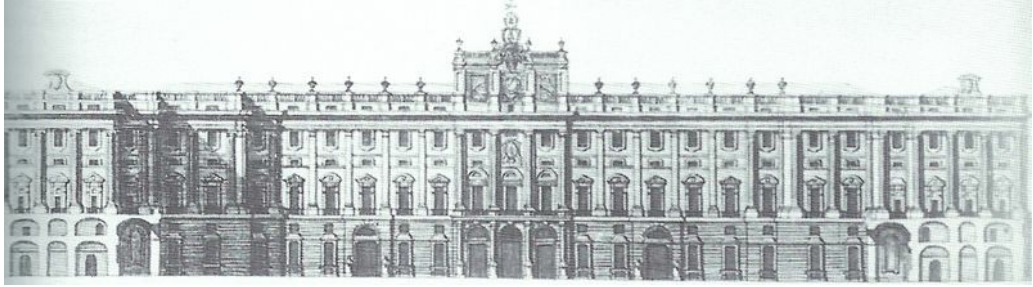




### *13. José Patiño*



#### *14. Marqués de la Ensenada*



*15. Palacio Real de Madrid*



## *16. Origen del motín contra Esquilache*





*17. Jorge Washington*



## *18. Federico el Grande*



## *19. Catalina de Rusia*



## *20. El Escorial*



## *21. Palacio de Aranjuez*



## *22. Palacio de La Granja de San Ildefonso*



### *23. La Cibeles, Madrid*

# Índice

|                                                                  |     |
|------------------------------------------------------------------|-----|
| ÍNDICE                                                           | 6   |
| I: EL ESTADO DE LA NACIÓN                                        | 12  |
| II: VÍSPERAS DE UN GRAN REINADO                                  | 23  |
| III: FERNANDO VI - EL TIEMPO DE ENSENADA                         | 39  |
| IV: LAS MOCEDADES DEL REY CARLOS III                             | 52  |
| V: CARLOS VII, EL REY DE LAS DOS SICILIAS                        | 69  |
| VI: LOS REYES EN BARCELONA Y MADRID                              | 84  |
| VII: INTERMEDIO SOBRE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA                    | 93  |
| VIII: VIDA DE LA CORTE MUERTE DE LA REINA                        | 98  |
| IX: LOS MINISTROS DE LA PRIMERA ÉPOCA - EL PALACIO REAL          | 104 |
| X: EL MOTÍN DE ESQUILACHE                                        | 111 |
| XI: CARLOS III Y LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS                    | 127 |
| XII: EN EL INTERIOR DE ESPAÑA...                                 | 141 |
| XIII: POLÍTICA EUROPEA Y MEDITERRÁNEA DE CARLOS III              | 154 |
| XIV: CARLOS III Y LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS         | 164 |
| XV: CARLOS III ANTE MENORCA Y GIBRALTAR                          | 174 |
| XVI: LA AMÉRICA VIRREINAL DE TIEMPOS DE CARLOS III               | 180 |
| XVII: DOS MINISTROS PARA UN REY: ARANDA Y FLORIDABLANCA          | 190 |
| XVIII: LOS REYES DE EUROPA EN TIEMPOS DE CARLOS III              | 203 |
| XIX: EL MEJOR ALCALDE, EL REY                                    | 218 |
| XX: LITERATURA Y ARTE EN TIEMPOS DE CARLOS III                   | 225 |
| XXI: LA FAMILIA DE CARLOS III ÚLTIMOS DÍAS DEL REY               | 238 |
| XXII: EPÍLOGO ESCRITO POR MUCHOS (Florilegio del Rey Don Carlos) | 244 |
| BIBLIOGRAFÍA                                                     | 248 |

|                         |     |
|-------------------------|-----|
| ÍNDICE ONOMÁSTICO       | 252 |
| ÍNDICE DE ILUSTRACIONES | 270 |
| Galería Fotográfica     | 271 |